

The image shows the front cover of an antique book. The spine is bound in dark brown leather with visible raised bands. The main cover is decorated with a marbled paper pattern, often called a 'stone' or 'shell' pattern, featuring irregular, dark, blotchy shapes on a lighter, yellowish-brown background. A white paper label is affixed to the spine, partially overlapping the leather. The label features a faint illustration of a classical building's facade at the top and contains the text 'IDAD A' and 'CIÓN G' in a serif font, which are likely parts of 'ACADEMIA' and 'ASOCIACIÓN' respectively.

IDAD A
CIÓN G

BIBLIOTECA
POPULAR

PQ6176

T4

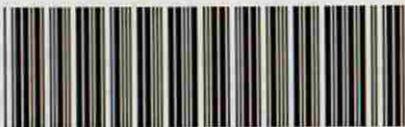
C.1

TÓNOMA

NERAL DE

45464

010110



1080021844

CA

MEXICO.



EX LIBRIS

HEMETHÉRI VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

No 1.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



BIBLIOTECA UNIVERSAL
VALVERDE Y TELLE
FONDO EMERGENCIA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



BIBLIOTECA UNIVERSAL
VALVERDE Y TELLE

BIBLIOTECA UNIVERSAL.

COLECCION

DE LOS

MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS,
NACIONALES Y EXTRANJEROS.

TOMO XVII.

TESORO DE LA POESÍA CASTELLANA.

SIGLO XVI.

Emeterio Valverde
PRESBITERO.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN ®

Biblioteca Valverde y Tellez
MADRID.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,
calle de Leganitos, 18, 2.º

1875.

46464



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
PQ617L

T4



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

Madrid, 1875.—IMP., EST. Y CALV. DE ARIBAU Y C.,
SUCESORES DE RIVADENEYRA,
IMPRESORES DE CAMARA DE S. N.,
calle del Duque de Osuna, número 3.

GARCILASO DE LA VEGA.

ÉGLOGAS.

SALICIO Y NEMOROSO.

A D. Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, virey
de Nápoles.

El dulce lamentar de dos pastores,
Salicio juntamente y Nemoroso,
He de cantar, sus quejas imitando,
Cuyas ovejas al cantar sabroso
Estaban muy atentas, los amores,
De pacer olvidadas, escuchando.
Tú, que ganaste obrando
Un nombre en todo el mundo,
Y un grado sin segundo,
Agora estás atento, solo y dado
Al inclito gobierno del estado
Albano; agora, vuelto á la otra parte,
Resplandeciente, armado,
Representando en tierra el fiero Marte;
Agora de cuidados enojosos
Y de negocios libre, por ventura
Andes á caza, el monte fatigando

010110

En ardiente jinete, que apresura
El curso tras los ciervos temerosos,
Que en vano su morir van dilatando;
Espera, que en tornando
A ser restituído
Al ocio ya perdido,
Luego verás ejercitar mi pluma
Por la infinita innumerable suma
De tus virtudes y famosas obras;
Antes que me consuma,
Faltando á tí, que á todo el mundo sobras.

En tanto que este tiempo que adivino
Viene á sacarme de la deuda un día,
Que se debe á tu fama y á tu gloria;
Que es deuda general, no sólo mía,
Mas de cualquier ingenio peregrino
Que celebra lo digno de memoria;
El árbol de vitoria

Que ciñe estrechamente
Tu gloriosa frente
Dé lugar á la hiedra que se planta
Debajo de tu sombra, y se levanta
Poco á poco, arrimada á tus loores;
Y en cuanto esto se canta,

Escucha tú el cantar de mis pastores.
Saliendo de las ondas encendido,
Rayaba de los montes el altura
El sol, cuando Salicio, recostado
Al pie de una alta haya, en la verdura,
Por donde una agua clara con sonido
Atravesaba el fresco y verde prado;
El, con canto acordado
Al rumor que sonaba,
Del agua que pasaba,
Se quejaba tan dulce y blandamente

Como si no estuviera de allí ausente
La que de su dolor culpa tenía;
Y así, como presente,
Razonando con ella, le decia:

SALICIO.

¡Oh, más dura que mármol á mis quejas,
Y al encendido fuego en que me queino
Mas helada que nieve, Galatea!
Estoy muriendo, y aun la vida temo;
Témola con razon, pues tú me dejas;
Que no hay, sin tí, el vivir para qué sea.

Vergüenza hé que me vea
Ninguno en tal estado,
De tí desamparado;
Y de mí mismo yo me corro agora.
¿De un alma te desdeñas ser señora,
Donde siempre moraste, no pudiendo
Della salir un hora?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

El sol tiende los rayos de su lumbre
Por montes y por valles, despertando
Las aves y animales y la gente:
Cuál por el aire claro va volando,
Cuál por el verde valle ó alta cumbre
Paciendo va segura y libremente,
Cuál con el sol presente

Va de nuevo al oficio
Y al usado ejercicio
Do su natura ó menester le inclina.
Siempre está en llanto esta ánima mezquina
Cuando la sombra el mundo va cubriendo
O la luz se avecina.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¿Y tú, desta mi vida ya olvidada,
Sin mostrar un pequeño sentimiento
De que por tí, Salicio, triste muera,
Dejas llevar, desconocida, al viento
El amor y la fe que ser guardada
Eternamente sólo á mí debiera?
¡Oh Dios! ¿Por qué siquiera,
Pues ves desde tu altura
Esa falsa perjura
Causar la muerte de un estrecho amigo,
No recibe del cielo algun castigo?
Si en pago del amor yó estoy muriendo,
¿Qué hará el enemigo?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Por tí el silencio de la selva umbrosa,
Por tí la esquividad y apartamiento
Del solitario monte me agradaba;
Por tí la verde hierba, el fresco viento,
El blanco lirio y colorada rosa
Y dulce primavera deseaba.
¡Ay, cuánto me engañaba!
Ay, cuán diferente era
Y cuán de otra materia
Lo que en tu falso pecho se escondía!
Bien claro con su voz me lo decía
La siniestra corneja, repitiendo
La desventura mía.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
¡Cuántas veces, durmiendo en la floresta,
Reputándolo yo por desvario,
Vi mi mal entre sueños! ¡Desdichado!
Soñaba que en el tiempo del estío
Llevaba, por pasar allí la siesta,
A beber en el Tajo mi ganado;
Y despues de llegado,

Sin saber de cuál arte,
Por desusada parte
Y por nuevo camino el agua se iba;
Ardiendo ya con la calor estiva,
El curso enajenado iba siguiendo
Del agua fugitiva.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Tu dulce habla ¿en cuya oreja suena?
Tus claros ojos ¿á quién los volviste?
¿Por quién tan sin respeto me trocaste?
Tu quebrantada fe ¿dó la pusiste?
¿Cuál es el cuello que como en cadena
De tus hermosos brazos anudaste?
No hay corazon que baste,
Aunque fuese de piedra,
Viendo mi amada hiedra,
De mí arrancada, en otro muro asida,
Y mi parra en otro olmo entretejida,
Que no se esté con llanto deshaciendo
Hasta acabar la vida.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
¿Qué no se esperará de aquí adelante,
Por difícil que sea y por incierto?
O ¿qué discordia no será juntada?
Y juntamente ¿qué tendrá por cierto
O que de hoy más no temerá el amante,
Siendo á todo materia por tí dada?
Cuando tú enajenada
De mí, cuitado, fuiste,
Notable causa diste
Y ejemplo á todos cuantos cubre el cielo,
Que el más seguro tema con recelo
Perder lo que estuviere poseyendo.
Salid fuera sin duelo,
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Materia diste al mundo de esperanza
De alcanzar lo imposible y no pensado,
Y de hacer juntar lo diferente,
Dando á quien diste el corazón malvado,
Quitándolo de mí con tal mudanza,
Que siempre sonará de gente en gente.

La cordera paciente
Con el lobo hambriento
Hará su ayuntamiento,
Y con las simples aves sin ruido
Harán las bravas sierpes ya su nido;
Que mayor diferencia comprendo
De tí al que has escogido.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Siempre de nueva leche en el verano
Y en el invierno abundo; en mi majada
La manteca y el queso está sobrado.
De mis cantares, pues, te vi agradada,
Tanto, que no pudiera el mantuano
Titiro ser de tí más alabado.
No soy, pues, bien mirado,
Tan disforme ni feo;

Que áun agora me veo
En esta agua que corre clara y pura,
Y cierto no trocará mi figura
Con ese que de mí se está riendo;
Trocára mi ventura.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¿Cómo te vine en tanto menosprecio?
¿Cómo te fui tan presto aborrecible?
¿Cómo te faltó en mí el conocimiento?
Si no tuvieras condición terrible,
Siempre fuera tenido de tí en precio,
Y no viera de tí este apartamiento.
¿No sabes que sin cuento

Buscan en el estío
Mis ovejas el frío
De la sierra de Cuenca, y el gobierno
Del abrigado extremo en el invierno?
Mas ¡qué vale el tener, si derritiendo
Me estoy en llanto eterno!
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Con mi llorar las piedras enternecen
Su natural dureza y la quebrantan,
Los árboles parece que se inclinan,
Las aves que me escuchan; cuando cantan,
Con diferente voz se condolocen,
Y mi morir cantando me adivinan.
Las fieras que reclinan
Su cuerpo fatigado,
Dejan el sosegado
Sueño por escuchar mi llanto triste.
Tú sola contra mí te endureciste,
Los ojos áun siquiera no volviendo
A lo que tú hiciste.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Mas ya que á socorrerme aquí no vienes,
No dejes el lugar que tanto amaste;
Que bien podrás venir de mí segura;
Yo dejaré el lugar do me dejaste;
Ven, si por sólo esto te detienes.
Ves aquí un prado lleno de verdura,
Ves aquí una espesura,
Ves aquí una agua clara,
En otro tiempo cara,
A quien de tí con lágrimas me quejo.
Quizá aquí hallarás, pues yo me alejo,
Al que todo mi bien quitarme puede;
Que pues el bien le dejo,
No es mucho que lugar también le quede.

Aquí dió fin á su cantar Salicio,
Y sospirando en el postrero acento,
Soltó de llanto una profunda vena.
Queriendo el monte al grave sentimiento
De aquel dolor en algo ser propicio,
Con la pasada voz retumba y suena.
La blanda Filomena,
Casi como dolida
Y á compasion movida,
Dulcemente responde al sôn lloroso.
Lo que cantó tras esto Nemoroso
Decidlo vos, Piérides; que tanto
No puedo yo ni oso,
Que siento enflaquecer mi débil canto.

NEMOROSO.

Corrientes aguas, puras, cristalinas;
Arboles que os estais mirando en ellas,
Verde prado de fresca sombra lleno,
Aves que aquí sembráis vuestras querellas,
Hiedra que por los árboles caminas,
Torciendo el paso por su verde seno;
Yo me vi tan ajeno
Del grave mal que siento,
Que de puro contento
Con vuestra soledad me recreaba,
Donde con dulce sueño reposaba,
O con el pensamiento discurría
Por donde no hallaba
Sino memorias llenas de alegría;
Y en este mismo valle, donde agora
Me entristezco y me canso, en el reposo
Estuve ya contento y descansado;
¡Oh bien caduco, vano y presuroso!

Acuérdome durmiendo aquí algun hora,
Que despertando, á Elisa vi á mi lado.
¡Oh miserable hado!
¡Oh tela delicada
Antes de tiempo dada
A los agudos filos de la muerte!
Más conveniente fuera aquesta suerte
A los cansados años de mi vida,
Que es más que el hierro fuerte,
Pues no la ha quebrantado tu partida.
¿Dó están agora aquellos claros ojos
Que llevaban tras sí como colgada
Mi ánima do quier que se volvian?
¿Dó está la blanca mano delicada,
Llena de vencimientos y despojos
Que de mí mis sentidos le ofrecian?
Los cabellos que vian
Con gran desprecio al oro,
Como á menor tesoro,
¿Adónde están? ¿Adónde el blanco pecho?
¿Dó la columna que el dorado techo
Con presuncion graciosa sostenia?
Aquesto todo agora ya se encierra,
Por desventura mia,
En la fria, desierta y dura tierra.
¿Quién me dijera, Elisa, vida mia,
Cuando en aqueste valle al fresco viento
Andábamos cogiendo tiernas flores,
Que habia de ver con largo apartamiento
Venir el triste y solitario dia
Que diese amargo fin á mis amores?
El cielo en mis dolores
Cargó la mano tanto,
Que á sempiterno llanto
Y á triste soledad me ha condenado;

Y lo que siento más es verme atado
A la pesada vida y enojosa,
Solo, desamparado,
Ciego sin lumbre en cárcel tenebrosa.

Después que nos dejaste, nunca pacé
En hartura el ganado ya, ni acude
El campo al labrador con mano llena.
No hay bien que en mal no se convierta y mude:
La mala hierba al trigo ahoga, y nace
En lugar suyo la infelice avena;
La tierra, que de buena
Gana nos producía
Flores con que solía
Quitar en sólo vellas mil enojos,
Produce agora en cambio estos abrojos,
Ya de rigor de espinas intratable;
Y yo hago con mis ojos
Crecer, llorando, el fruto miserable.

Como al partir del sol la sombra crece,
Y en cayendo su rayo se levanta
La negra escuridad que el mundo cubre,
De do viene el temor que nos espanta,
Y la medrosa forma en que se ofrece
Aquello que la noche nos encubre,
Hasta que el sol descubre
Su luz pura y hermosa;
Tal es la tenebrosa
Noche de tu partir, en que he quedado
De sombra y de temor atormentado,
Hasta que muerte el tiempo determine
Que á ver el deseado
Sol de tu clara vista me encamine.

Cual suele el ruiseñor con triste canto
Quejarse, entre las hojas escondido,
Del duro labrador, que cautamente

Le despojó su caro y dulce nido
De los tiernos hijuelos entre tanto
Que del amado ramo estaba ausente,
Y aquel dolor que siente
Con diferencia tanta
Por la dulce garganta
Despide, y á su canto el aire suena,
Y la callada noche no refrena
Su lamentable oficio y sus querellas,
Trayendo de su pena
Al cielo por testigo y las estrellas;
Desta manera suelto yo la rienda
A mi dolor, y así me quejo en vano
De la dureza de la muerte airada.
Ella en mi corazón metió la mano,
Y de allí me llevó mi dulce prenda;
Que aquel era su nido y su morada.
¡Ay, muerte arrebatada!
Por tí me estoy quejando
Al cielo y enojando
Con importuno llanto al mundo todo;
Tan desigual dolor no sufre modo.
No me podrán quitar el dolorido
Sentir, si ya del todo
Primero no me quitan el sentido.
Una parte guardé de tus cabellos,
Elisa, envueltos en un blanco paño,
Que nunca de mi seno se me apartan;
Descójolos, y de un dolor tamaño
Enternecerme siento, que sobre ellos
Nunca mis ojos de llorar se hartan.
Sin que de allí se partan,
Con suspiros calientes,
Más que la llama ardientes,
Los enjugo del llanto, y de consuno

Casi los paso y cuento uno á uno;
Juntándolos, con un cordón los ato.
Tras esto el importuno
Dolor me deja descansar un rato.
Mas luego á la memoria se me ofrece
Aquella noche tenebrosa, oscura,
Que siempre aflige esta ánima mezquina
Con la memoria de mi desventura.
Verte presente agora me parece
En aquel duro trance de Lucina;
Y aquella voz divina
Con cuyo són y acentos
A los airados vientos
Pudieras amansar, que agora es muda,
Me parece que oigo que á la cruda,
Inexorable diosa, demandabas
En aquel paso ayuda:
Y tú, rústica diosa, ¿dónde estabas?
¿Ibate tanto en perseguir las fieras?
¿Ibate tanto en un pastor dormido?
¿Cosa pudo bastar á tal crueza,
Que, conmovida á compasión, oído
A los votos y lágrimas no dieras
Por no ver hecha tierra tal belleza,
O no ver la tristeza
En que tu Nemoroso,
Queda, que su reposo
Era seguir tu oficio, persiguiendo
Las fieras por los montes, y ofreciendo
A tus sagradas aras los despojos?
¿Y tú, ingrata, riendo
Dejas morir mi bien ante mis ojos?
Divina Elisa, pues agora el cielo
Con inmortales piés pisas y mides,
Y su mudanza ves, estando queda,

¿Por qué de mí te olvidas, y no pides
Que se apresure el tiempo en que este velo
Rompa del cuerpo, y verme libre pueda,
Y en la tercera rueda
Contigo mano á mano
Busquemos otro llano,
Busquemos otros montes y otros rios,
Otros valles floridos y sombríos,
Donde descanse y siempre pueda verte
Ante los ojos míos,
Sin miedo y sobresalto de perderte?—
Nunca pusieran fin al triste lloro
Los pastores, ni fueran acabadas
Las canciones que sólo el monte oía,
Si mirando las nubes coloradas,
Al trasmontar del sol bordadas de oro,
No vieran que era ya pasado el día.
La sombra se veía
Venir corriendo apriesa
Ya por la falda espesa
Del altísimo monte, y recordando
Ambos como de sueño, y acabando
El fugitivo sol, de luz escaso,
Su ganado llevando,
Se fueron recogiendo paso á paso.

TIRRENO, ALCINO.

Aquella voluntad honesta y pura,
Ilustre y hermosísima María,
Que en mí de celebrar tu hermosura,

Tu ingenio y tu valor estar solía,
A despecho y pesar de la ventura
Que por otro camino me desvía,
Está y estará en mí tanto clavada,
Cuanto del cuerpo el alma acompañada.

Y aun no se me figura que me toca
A questo oficio solamente en vida;
Mas con la lengua muerta y fría la boca
Pienso mover la voz á ti debida.
Libre mi alma de su estrecha roca,
Por el Estigio lago conducida,
Celebrándote irá, y aquel sonido
Hará parar las aguas del Olvido.

Mas la fortuna, de mi mal no harta,
Me allige y de un trabajo en otro lleva:
Ya de la patria, ya del bien me aparta,
Ya mi paciencia en mil maneras prueba;
Y lo que siento más es que la carta
Dónde mi pluma tu alabanza mueva,
Poniendo en su lugar cuidados vanos,
Me quita y me arrebatada de las manos.

Pero por más que en mí su fuerza pruebe,
No tomará mi corazón mudable;
Nunca dirán jamás que me remueve
Fortuna de un estudio tan loable.
Apolo y las hermanas, todas nueve,
Me darán ocio y lengua con que hable
Lo ménos de lo que en tu sér cupiere,
Que esto será lo más que yo pudiere.

En tanto no te ofenda ni te harte
Tratar del campo y soledad que amaste,
Ni desdénas aquesta inculca parte
De mi estilo, que en algo ya estimaste.
Entre las armas del sangriento Marte
Do apenas hay quien su furor contraste,

Hurté de tiempo aquesta breve suma,
Tomando, ora la espada, ora la pluma.

Aplica, pues, un rato los sentidos
Al bajo són de mi zampoña ruda,
Indigna de llegar á tus oídos,
Pues de ornamento y gracia va desnuda;
Mas á las veces son mejor oídos
El puro ingenio y lengua casi muda,
Testigos limpios de ánimo inocente,
Que la curiosidad del elocuente.

Por aquesta razon, de tí escuchado,
Aunque me falten otras, ser merezco.
Lo que puedo te doy, y lo que he dado,
Con recibillo tú yo me enriquezco.
De cuatro ninfas que del Tajo amado
Salieron juntas, á cantar me ofrezco,
Filódoce, Dinámené y Climene,
Nise, que en hermosura par no tiene.

Cerca del Tajo, en soledad amena,
De verdes sauces hay una espesura,
Toda de hiedra revestida y llena,
Que por el tronco va hasta la altura,
Y así la teje arriba y encadena,
Que el sol no halla paso á la verdura;
El agua baña el prado con sonido,
Alegrando la hierba y el oído.

Con tanta mansedumbre el cristalino
Tajo en aquella parte caminaba,
Que pudieran los ojos el camino
Determinar apenas que llevaba.
Peinando sus cabellos de oro fino,
Una ninfa del agua do moraba
La cabeza sacó, y el prado ameno
Vido de flores y de sombra lleno.

Movióla el sitio umbroso el manso viento,

El suave olor de aquel florido suelo.
Las aves en el fresco apartamiento
Vió descansar del trabajoso vuelo.
Secaba entónces el terreno aliento
El sol subido en la mitad del cielo.
En el silencio sólo se escuchaba
Un susurro de abejas que sonaba.

Habiendo contemplado una gran pieza
Atentamente aquel lugar sombrío,
Somorgujó de nuevo su cabeza,
Y al fondo se dejó calar del río.
A sus hermanas á contar empieza
Del verde sitio el agradable frío,
Y que vayan las riega y amonesta
Allí con su labor á estar la siesta.

No perdió en esto mucho tiempo el ruego,
Que las tres dellas su labor tomaron,
Y en mirando de fuera, vieron luego
El prado, hácia el cual enderezaron.
El agua clara con lascivo juego
Nadando dividieron y cortaron
Hasta que el blanco pié tocó mojado,
Saliendo de la arena, el verde prado.

Poniendo ya en lo enjuto las pisadas,
Ecurrieron del agua sus cabellos,
Los cuales esparciendo, cobijadas
Las hermosas espaldas fueron dellos.
Luego sacando telas delicadas,
Que en delgadez competían con ellos,
En lo más escondido se metieron,
Y á su labor atentas se pusieron.

Las telas eran hechas y tejidas
Del oro que el felice Tajó envía,
Apurado, despues de bien cernidas
Las menudas arenas do se cria.

Y de las verdes hojas reducidas
En estambre sötíl, cual convenía
Para seguir el delicado estilo
Del oro ya tirado en rico hilo.

La delicada estambre era distinta
De las colores que ántes le habian dado
Con la fineza de la vária tinta
Que se halla en las conchas del pescado.
Tanto artificio muestra en lo que pinta
Y teje cada ninfa en su labrado,
Cuanto mostraron en sus tablas ántes
El celebrado Apéles y Timántes.

Filódoce, que así de aquéllas era
Llamada la mayor, con diestra mano
Tenía figurada la ribera
De Estrimon, de una parte el verde llano,
Y de otra el monte de aspereza fiero,
Pisado tarde ó nunca de pié humano,
Donde el amor movió con tanta gracia
La dolorosa lengua del de Tracia.

Estaba figurada la hermosa
Euridice, en el blanco pié mordida
De la pequeña sierpe ponzoñosa,
Entre la hierba y flores escondida;
Descolorida estaba como rosa
Que ha sido fuera de sazón cogida,
Y el ánima, los ojos ya volviendo,
De la hermosa carne despidiendo.

Figurado se vía extensamente
El osado marido que bajaba
Al triste reino de la escura gente,
Y la mujer perdida recobraba;
Y cómo despues desto él, impaciente
Por mirarla de nuevo, la tornaba
A perder otra vez, y del tirano

Se queja al monte solitario en vano.

Dinámenle no ménos artificio
Mostraba en la labor que habia tejido,
Pintando á Apolo en el robusto oficio
De la silvéstre caza embebecido.
Mudar presto le hace el ejercicio
La vengativa mano de Cupido,
Que hizo á Apolo consumirse en lloro
Despues que le enclavó con punta de oro.

Dafne, con el cabello suelto al viento,
Sin perdonar al blanco pié, corria
Por áspero camino tan sin tiento,
Que Apolo en la pintura parecia
Que, porque ella templase el movimiento,
Con ménos ligereza la seguia.

Él va siguiendo, y ella huye como
Quien siente al pecho el odioso plomo.

Mas á la fin los brazos le crecian,
Y en sendos ramos vueltos se mostraban,
Y los cabellos, que vencer solian
Al oro fino, en hojas se tornaban;
En torcidas raices se extendian
Los blancos piés, y en tierra se hincaban.

Llora el amante, y busca el sér primero,
Besando y abrazando aquel madero.

Climene, llena de destreza y maña,
El oro y las colores matizando,
Iba de hayas una gran montaña
De robles y de peñas variando.
Un puerco entre ellas, de braveza extraña,
Estaba los colmillos aguzando
Contra un mozo, no ménos animoso,
Con su venablo en mano ¡qué hermoso!

Tras esto, el puerco allí se via herido
De aquel mancebo por su mal valiente,

Y el mozo en tierra estaba ya tendido,
Abierio el pecho del rabioso diente,
Con el cabello de oro desparcido,
Barriendo el suelo miserablemente:
Las rosas blancas por allí sembradas
Tornaba con su sangre coloradas.

Adónis éste se mostraba que era,
Segun se muestra Vénus dolorida,
Que viendo la herida abierta y fiera,
Sobre él estaba casi amortecida.
Boca con boca coge la postrera
Parte del aire que solia dar vida
Al cuerpo, por quien ella en este suelo
Aborrecido tuvo al alto cielo.

La blanca Nise no tomó á destajo
De los pasados casos la memoria,
Y en la labor de su sutil trabajo
No quiso entretener antigua historia;
Antes mostrando de su claro Tajo
En su labor la celebrada gloria,
Lo figuró en la parte donde baña
La más felice tierra de la España.

Pintado el caudaloso rio se via,
Que, en áspera estrechez reducido,
Un monte casi alrededor ceñia,
Con ímpetu corriendo y con ruido:
Querer cercarle todo parecia
En su volver; mas era afan perdido;
Dejábase correr, en fin, derecho,
Contento de lo mucho que habia hecho.

Estaba puesta en la sublime cumbre
Del monte, y desde allí por él sembrada,
Aquella ilustre y clara pesadumbre,
De antiguos edificios adornada.
De allí con agradable mansedumbre

El Tajo va siguiendo su jornada,
Y regando los campos y arboledas
Con artificio de las altas ruedas.

En la hermosa tela se veían
Entretejidas las silvestres diosas
Salir de la espesura, y que venían
Todas á las riberas presurosas,
En el semblante tristes, y traían
Cestillos blancos de púrpureas rosas,
Las cuales esparciendo, derramaban
Sobre una ninfa muerta que lloraban.

Todas con el cabello desparcido
Lloraban una ninfa delicada,
Cuya vida mostraba que habia sido
Antes de tiempo y casi en flor cortada.
Cerca del agua, en un lugar florido
Estaba entre las hierbas degollada,
Cual queda el blanco cisne cuando pierde
La dulce vida entre la hierba verde.

Una de aquellas diosas, que en belleza,
Al parecer, á todas excedía,
Mostrando en el semblante la tristeza
Que del funesto y triste caso habia,
Apartada algun tanto, en la corteza
De un álamo unas letras escribía,
Como epitafio de la ninfa bella,
Que hablaban así por parte della.

«Elisa soy, en cuyo nombre suena
Y se lamenta el monte cavernoso,
Testigo del dolor y grave pena
En que por mí se aflige Nemoroso,
Y llama á Elisa. Elisa á boca llena
Responde el Tajo, y lleva presuroso
Al mar de Lusitania el nombre mio,
Donde será escuchado, yo lo fio.»

En fin, en esta tela artificiosa
Toda la historia estaba figurada,
Que en aquella ribera deleitosa
De Nemoroso fué tan celebrada;
Porque de todo aquesto y cada cosa
Estaba Nise ya tan informada,
Que llorando el pastor, mil veces ella
Se enterneció escuchando su querella.

Y porque aqueste lamentable cuento
No sólo entre las selvas se contase,
Mas dentro de las ondas sentimiento
Con la noticia de esto se mostrase,
Quiso que de su tela el argumento
La bella ninfa muerta señalase,
Y así se publicase de uno en uno
Por el humido reino de Neptuno.

Destas historias tales variadas
Eran las telas de las cuatro hermanas,
Las cuales, con colores matizadas
Y claras luces de las sombras vanas,
Mostraban á los ojos reveladas
Las cosas y figuras que eran llanas;
Tanto que al parecer el cuerpo vano
Pudiera ser tomado con la mano.

Los rayos ya del sol se trastornaban,
Escondiendo su luz, al mundo cara,
Tras altos montes, y á la luna daban
Lugar para mostrar su blanca cara;
Los peces á menudo ya saltaban,
Con la cola azotando el agua clara,
Cuando las ninfas, la labor dejando,
Hácia el agua se fueron paseado.

En las templadas ondas ya metidos
Tenían los pies, y reclinar querían
Los blancos cuerpos, cuando sus oídos

Fueron, de dos zampoñas que tañian
 Suave y dulcemente, detenidos;
 Tanto que sin mudarse las oían,
 Y al són de las zampoñas escuchaban
 Dos pastores á veces que cantaban.

Más claro cada vez el són se oía
 De los pastores, que venían cantando
 Tras el ganado, que también venía
 Por aquel verde soto caminando,
 Y á la majada, ya pasado el día,
 Recogido llevaban, alegrando
 Las verdes selvas con el són suave,
 Haciendo su trabajo menos grave.

Tirreno destes dos el uno era,
 Alcino el otro, entrambos estimados,
 Y sobre cuantos pacen la ribera
 Del Tajo con sus vacas enseñados;
 Mancebos de una edad, de una manera
 A cantar juntamente aparejados,
 Y á responder. Aquesto van diciendo,
 Cantando el uno, el otro respondiend.

TIRRENO.

Flérida, para mí dulce y sabrosa
 Más que la fruta del cercado ajeno,
 Más blanca que la leche y más hermosa
 Que el prado por Abril de flores lleno;
 Si tú respondes pura y amorosa
 Al verdadero amor de tu Tirreno,
 A mí majada arribarás primero
 Que el cielo nos amuestre su lucero.

ALCINO.

Hermosa Filis, siempre yo te sea

Amargo al gusto más que la retama,
 Y de ti despojado yo me vea,
 Cual queda el tronco de su verde rama,
 Si más que yo el murciélago desea
 La escuridad, ni más la luz desama
 Por ver el fin de un término tamaño
 Deste día, para mí mayor que un año.

TIRRENO.

Cual suele acompañada de su bando
 Aparecer la dulce primavera,
 Cuando Favonio y Céfito soplando
 Al campo tornan su beldad primera,
 Y van artificiosos esmaltando
 De rojo, azul y blanco la ribera;
 De tal manera á mí, Flérida mía,
 Viniendo, reverdece mi alegría.

ALCINO.

¿Ves el furor del animoso viento,
 Embravecido en la fragosa sierra,
 Que los antiguos robles ciento á ciento
 Y los pinos altísimos atierra,
 Y de tanto destrozo aún no contento,
 Al espantoso mar mueve la guerra?
 Pequeña es esta furia, comparada
 A la de Filis, con Alcino airada.

TIRRENO.

El grande trigo multiplica y crece;
 Produce el campo en abundancia tierno
 Pasto al ganado; el verde monte ofrece

A las fieras salvajes su gobierno;
A do quiera que miro me parece
Que derrama la copia todo el cuerno;
Mas se convertirá todo en abrojos
Si dello aparta Flérída sus ojos.

ALCINO.

De la esterilidad es oprimido
El monte, el campo, el soto y el ganado;
La malicia del aire corrompido
Hace morir la hierba mal su grado;
Las aves ven su descubierto nido,
Que ya de verdes hojas fué cercado;
Pero si Filis por aquí tornáre,
Hará reverdecer cuanto miráre.

TIRRENO.

El álamo de Alcides escogido
Fué siempre, y el laurel del rojo Apolo;
De la hermosa Vénus fué tenido
En precio y en estima el mirto solo;
El verde sauz de Flérída es querido,
Y por suyo entre todos escogiólo:
Doquiera que de hoy más sauces se hallen,
El álamo, el laurel y el mirto callen.

ALCINO.

El fresno por la selva en hermosura
Sabemos ya que sobre todos raya,
Y en aspereza y monte de espesura
Se aventaja la verde y alta haya;
Mas el que la beldad de tu figura

Donde quiera mirado, Filis, haya,
Al fresno y á la haya en tu aspereza
Confesará que vence su belleza.—

Esto cantó Tirreno y esto Alcino
Le respondió; y habiendo ya acabado
Al dulce són, siguieron su camino
Con paso un poco más apresurado.
Siendo á las ninfas ya el rumor vecino,
Juntas se arrojan por el agua á nado,
Y de la blanca espuma que movieron,
Las cristalinas ondas se cubrieron.

A LA FLOR DE GNIDO.

CANCION.

Si de mi baja lira
Tanto pudiese el són, que en un momento
Aplacase la ira
Del animoso viento,
Y la furia del mar y el movimiento;
Y en ásperas montañas
Con el suave canto enterneciese
Las fieras alimañas,
Los árboles moviese
Y al són confusamente los trajese;
No pienses que cantado
Sería de mí, hermosa flor de Gnido,
El fiero Marte airado,
A muerte convertido,
De polvo y sangre y de sudor teñido;

Ni aquellos capitanes
En las sublimes ruedas colocados,
Por quien los alemanes,
El fiero en ello atados,
Y los franceses van domesticados.

Más solamente aquella
Fuerza de tu beldad sería cantada,
Y alguna vez con ella
También sería notada
El aspereza de que estás armada;

Y cómo por tí sola,
Y por tu gran valor y hermosura,
Convertida en viola,
Llora su desventura
El miserable amante en tu figura.

Hablo de aquel cativo,
De quien tener se debe más cuidado,
Que está muriendo vivo,
Al remo condenado,
En la concha de Venus amarrado.

Por tí, como solía,
Del áspero caballo no corrige
La furia y gallardía,
Ni con freno le rige,
Ni con vivas espuelas ya le aflige.

Por tí, con diestra mano
No revuelve la espada presurosa,
Y en el dudoso llano
Huye la polvorosa
Palestra como sierpe ponzoñosa.

Por tí su blanda musa,
En lugar de la citara sonante,
Tristes querellas usa,
Que con llanto abundante
Hacen bañar el rostro del amante.

Por tí el mayor amigo
Le es importuno, grave y enojoso;
Yo puedo ser testigo,
Que ya del peligroso
Naufragio fui su puerto y su reposo.

Y agora en tal manera
Vence el dolor á la razon perdida,
Que ponzoñosa fiera
Nunca fué aborrecida
Tanto como yo dél, ni tan temida.

No fuiste tú engendrada
Ni producida de la dura tierra;
No debe ser notada
Que ingratamente yerra
Quien todo el otro error de sí destierra.

Hágate temerosa
El caso de Anajárete, y cobarde,
Que de ser desdefiosa
Se arrepintió muy tarde;
Y así su alma con su mármol arde.

Estábase alegrando
Del mal ajeno el pecho empedernido,
Cuando abajo mirando,
El cuerpo muerto vido
Del miserable amante, allí tendido.

Y al cuello el lazo atado,
Con que desenlazó de la cadena
El corazon cuitado,
Que con su breve pena
Compró la eterna punición ajena.

Sintió allí convertirse
En piedad amorosa el aspereza.
¡Oh, tarde arrepentirse!
¡Oh, última terneza!
¿Cómo te sucedió mayor dureza?

Los ojos se enclavaron
En el tendido cuerpo que allí vieron;
Los huesos se tornaron
Mas duros y crecieron,
Y en sí toda la carne convirtieron ;
Las entrañas heladas
Tornaron poco á poco en piedra dura ;
Por las venas cuitadas
La sangre su figura
Iba desconociendo y su natura,
Hasta que finalmente,
En duro mármol vuelta y trasformada,
Hizo de sí la gente
No tan maravillada
Cuanto de aquella ingratitud vengada.
No quieras tú, señora,
De Némesis airada las saetas
Probar, por Dios, agora;
Baste que tus perfetas
Obras y hermosura á los poetas
Den inmortal materia,
Sin que tambien en verso lamentable
Celebren la miseria
De algun caso notable
Que por tí pase triste y miserable.

SONETOS.

I.

Dentro de mi alma fué de mi engendrado
Un dulce amor, y de mi sentimiento
Tan aprobado fué su nacimiento
Como de un solo hijo deseado ;
Mas luégo nació dél quien ha estragado
Del todo el amoroso pensamiento :
En áspero rigor y en gran tormento
Los primeros deleites ha trocado.
¡Oh crudo nieto, que das vida al padre
Y matas al abuelo! ¿ por qué creces
Tan desconforme á aquel de que has nacido?
¡Oh celoso temor! ¿ á quién pareces?
¡Que aún la invidia, tu propia y fiera madre,
Se espanta en ver el monstruo que ha parido!

II.

Estóy contino en lágrimas bañado,
Rompiendo siempre el aire con sospiros;
Y mas me duele á mí no osar deciros
Que he llegado por vos á tal estado,
Que viéndome do estoy y lo que he andado
Por el camino estrecho de seguirus,
Si me quiero tornar para huiros,
Desmayo viendo atras lo que he dejado;
Y si quiero subir á la alta cumbre,
A cada paso espántanme en la vía
Ejemplos tristes de los que han caido.
Sobre todo, me falta ya la lumbre

De la esperanza, con que andar solía
Por la oscura región de vuestro olvido.

III.

Echado está por tierra el fundamento
Que mi vivir cansado sostenía.
¡Oh, cuánto bien se acaba en solo un día!
Oh, cuántas esperanzas lleva el viento!
Oh, cuán ocioso está mi pensamiento
Cuando se ocupa en bien de cosa mía!
A mi esperanza, así como á baldía,
Mil veces la castiga mi tormento.

Las más veces me entregó, otras resisto
Con tal furor, con una fuerza nueva,
Que un monte puesto encima rompería.

Aqueste es el deseo que me lleva
A que desee tornar á ver un día
A quien fuera mejor nunca haber visto.

IV.

¡Oh dulces prendas, por mi mal halladas,
Dulces y alegres cuando Dios quería!

Juntas estais en la memoria mía,
Y con ella en mi muerte conjuradas.
¿Quién me dijera, cuando en las pasadas
Horas en tanto bien por vos me vía,
Que me habiais de ser en algún día
Con tan grave dolor representadas?

Pues en una hora junto me llevastes
Todo el bien que por términos me distes,
Llebadme junto el mal que me dejastes.

Si no, sospecharé que me pusistes
En tantos bienes, porque deseastes
Verme morir entre memorias tristes.

FRAY LUIS DE LEÓN.

ODAS.

LA VIDA TRANQUILA.

¡Qué descansada vida
La del que huye el mundanal ruido,
Y sigue la escondida
Senda por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido!
Que no le enturbia el pecho

De los soberbios grandes el estado,
Ni del dorado techo
Se admira, fabricado
Del sabio moro, en jaspes sustentado.

No cura si la fama
Canta con voz su nombre pregonera,
Ni cura si encarama
La lengua lisonjera
Lo que condena la verdad sincera.

¿Qué presta á mi contento,
Si soy del vano dedo señalado,
Si en busca de este viento

De la esperanza, con que andar solía
Por la oscura region de vuestro olvido.

III.

Echado está por tierra el fundamento
Que mi vivir cansado sostenía.
¡Oh, cuánto bien se acaba en solo un día!
Oh, cuántas esperanzas lleva el viento!
Oh, cuán ocioso está mi pensamiento
Cuando se ocupa en bien de cosa mía!
A mi esperanza, así como á baldía,
Mil veces la castiga mi tormento.

Las más veces me entregó, otras resisto
Con tal furor, con una fuerza nueva,
Que un monte puesto encima rompería.

Aqueste es el deseo que me lleva
A que desee tornar á ver un día
A quien fuera mejor nunca haber visto.

IV.

¡Oh dulces prendas, por mi mal halladas,
Dulces y alegres cuando Dios quería!
Juntas estais en la memoria mía,
Y con ella en mi muerte conjuradas.

¿Quién me dijera, cuando en las pasadas
Horas en tanto bien por vos me vía,
Que me habiais de ser en algun día
Con tan grave dolor representadas?

Pues en una hora junto me llevastes
Todo el bien que por términos me distes,
Llebadme junto el mal que me dejastes.

Si no, sospecharé que me pusistes
En tantos bienes, porque deseastes
Verme morir entre memorias tristes.

FRAY LUIS DE LEÓN.

ODAS.

LA VIDA TRANQUILA.

¡Qué descansada vida
La del que huye el mundanal ruido,
Y sigue la escondida
Senda por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido!
Que no le enturbia el pecho

De los soberbios grandes el estado,
Ni del dorado techo
Se admira, fabricado
Del sabio moro, en jaspes sustentado.

No cura si la fama
Canta con voz su nombre pregonera,
Ni cura si encarama
La lengua lisonjera
Lo que condena la verdad sincera.

¿Qué presta á mi contento,
Si soy del vano dedo señalado,
Si en busca de este viento

Ando desalentado
Con ansias vivas, con mortal cuidado?
¡Oh monte, oh fuente, oh rio,
Oh secreto seguro, delicioso!
Roto casi el navio,
A vuestro almo reposo
Huyo de aqueste mar tempestuoso.
Un no rompido sueño,
Un día puro, alegre, libre quiero;
No quiero ver el ceño
Vanamente severo
De á quien la sangre ensalza ó el dinero.
Despiértenne las aves
Con su cantar sabroso no aprendido,
No los cuidados graves
De que es siempre seguido
El que al ajeno arbitrio está atendido.
Vivir quiero conmigo,
Gozar quiero del bien que debo al cielo,
A solas, sin testigo,
Libre de amor, de celo,
De ódio, de esperanzas, de recelo.
Del monte en la ladera
Por mi mano plantado tengo un huerto,
Que con la primavera,
De bella flor cubierto,
Ya muestra en esperanza el fruto cierto.
Y como codiciosa,
Por ver y acrecentar su hermosura,
Desde la cumbre airosa
Una fontana pura
Hasta llegar corriendo se apresura;
Y luego, sosegada,
El paso entre los árboles torciendo,
El suelo de pasada

De verdura vistiendo,
Y con diversas flores va esparciendo.
El aire el huerto orea,
Y ofrece mil olores al sentido,
Los árboles menea
Con un manso ruido,
Que' del oro y del cetro pone olvido.
Ténganse su tesoro
Los que de un falso leño se confían;
No es mio ver el lloro
De los que desconfían
Cuando el cierzo y el ábrego porfían.
La combatida antena
Cruje, y en ciega noche el claro día
Se torna, al cielo suena
Confusa vocería,
Y la mar enriquecen á porfía.
A mí una póbrecilla
Mesa, de amable paz bien abastada,
Me basta; y la vajilla
De fino oro labrada
Sea de quien la mar no teme airada.
Y mientras miserable-
Mente se están los otros abrasando
Con sed insaciable
Del peligroso mando,
Tendido yo á la sombra esté cantando;
A la sombra tendido,
De hiedra y lauro eterno coronado,
Puesto el atento oído
Al són dulce, acordado,
Del plectro sábiamente meneado.

PROFECÍA DEL TAJO.

Folgaba el rey Rodrigo
Con la hermosa Cava en la ribera
Del Tajo, sin testigo ;
El río sacó fuera
El pecho, y le habló desta manera :
« En mal punto te goces,
Injusto forzador ; que ya el sonido
Oyo ya, y las voces,
Las armas y el bramido
De Marte, y de furor y ardor ceñido.
» ¡ Ay ! Esa tu alegría
Que llantos acarrea ! y esa hermosa
(Que vió el sol en mal día),
A España ¡ ay ! cuán llorosa
Y al cetro de los godos cuán costosa !
» Llamas, dolores, guerras,
Muertes, asolamiento, fieros males
Entré tus brazos cierras,
Trabajos inmortales,
A ti y á tus vasallos naturales,
» A los que en Constantina
Rompen el fértil suelo, á los que baña
El Ebro, á la vecina
Sansueña, á Lusitania,
A toda la espaciosa y triste España.
» Ya dende Cádiz llama
El injuriado Conde, á la venganza,
Atento, y no á la fama,
La bárbara pujanza,
En quien para tu daño no hay tardanza.
» Oye que al cielo toca

Con temeroso són la trompa fiera ;
Que en Africa convoca
El moro á la bandera,
Que al aire desplegada va ligera.
» La lanza ya blande
El árabe cruel, y hierre el viento
Llamando á la pelea ;
Innumerable cuento
De escuadras juntas veo en un momento.
» Cubre la gente el suelo,
Debajo de las velas desparece
La mar, la voz al cielo
Confusa y vária crece,
El polvo roba el día y le escurece.
» ¡ Ay, que ya presurosos
Suben las largas naves ! ¡ Ay, que tienden
Los brazos vigorosos
A los remos, y encienden
Las mares espumosas por do hienden !
» El Eolo derecho
Hinche la vela en popa, y larga entrada
Por el hercúleo estrecho
Con la punta acerada
El gran padre Neptuno da á la armada.
» ¡ Ay triste ! ¿ Y áun te tiene
El mal dulce regazo, ni llamado,
Al mal que sobreviene
No acorres ? ¿ Ocupado
No ves ya el puerto á Hércules sagrado ?
» Acude, corre, vuela,
Traspasa el alta sierra, ocupa el llano,
No perdones la espuela,
No des paz á la mano,
Menea fulminante el hierro insano.
» ¡ Ay, cuánto de fatiga !

¡Ay, cuánto de sudor está presente
Al que viste loriga,
Al infante valiente,
A hombres y á caballos juntamente.
»Y tú, Bétis divino,
De sangre ajena y tuya amancillado,
¡Darás al mar vecino
Cuánto yelmo quebrado,
Cuánto cuerpo de nobles destrozado!
»El furibundo Marte
Cinco luces las heces desordena,
Igual á cada parte;
La sexta ¡ay! te condena,
Oh cara patria, á bárbara cadena.»

NOCHE SERENA, Á OLOARTE.

Quando contemplo el cielo,
De innumerables luces adornado,
Y miro hácia el suelo,
De noche rodeado,
En sueño y en olvido sepultado,
El amor y la pena
Despiertan en mi pecho un ánsia ardiente,
Despiden larga vena,
Los ojos hechos fuente,
Oloarte, y digo al fin con voz doliente:
«Morada de grandeza,
Templo de claridad y hermosura,
El alma que á tu alteza

Nació ¿qué desventura
La tiene en esta cárcel baja, oscura?
»¿Qué mortal desatino
De la verdad aleja así el sentido,
Que de tu bien divino
Olvidado, perdido,
Sigue la vana sombra, el bien fingido?»
El hombre está entregado
Al sueño, de su suerte no cuidando,
Y con paso callado
El cielo vueltas dando,
Las horas del vivir le va hurtando.
¡Oh! despertad, mortales,
Mirad con atención en vuestro daño;
Las almas inmortales,
Hechas á bien tamaño,
¿Podrán vivir de sombras y de engaño?
¡Ay! levantad los ojos
A aquesta celestial eterna esfera,
Burlaréis los anteojos
De aquesta lisonjera
Vida, con cuanto teme y cuanto espera.
¿Es más que un breve punto
El bajo y torpe suelo, comparado
Con ese gran trasunto,
Do vive mejorado
Lo que es, lo que será, lo que ha pasado?
Quien mira el gran concierto
De aquestos resplandores eternos,
Su movimiento cierto,
Sus pasos desiguales,
Y en proporcion concorde tan iguales;
La luna cómo mueve
La plateada rueda, y va en pos de ella
La luz do el saber llueve,

Y la graciosa estrella
De amor la sigue, reluciente y bella ;
Y cómo otro camino
Prosigue el sanguinoso Marte airado,
Y el Júpiter benino,
De bienes mil cercado,
Serena el cielo con su rayo amado.
Rodéase en la cumbre
Saturno, padre de los siglos de oro ;
Tras él la muchedumbre
Del reluciente coro
Su luz va repartiendo y su tesoro.
¿Quién es el que esto mira,
Y precia la bajeza de la tierra,
Y no gime y suspira,
Y rompe lo que encierra
El alma, y destes bienes la destierra ?
Aquí vive el contento,
Aquí reina la paz, aquí asentado
En rico y alto asiento
Está el amor sagrado,
De glorias y deleites rodeado.
Inmensa hermosura
Aquí se muestra toda, y resplandece
Clarísima luz pura,
Que jamás anochece ;
Eterna primavera aquí florece.
¡ Oh campos verdaderos !
¡ Oh prados con verdad frescos y amenos,
Riquísimos mineros !
¡ Oh deleitosos senos,
Repuestos valles, de mil bienes llenos !

Á FELIPE RUIZ.

¿ Cuándo será que pueda
Libre desta prision volar al cielo,
Felipe, y en la rueda
Que huye más del suelo
Contemplar la verdad pura sin duelo ?
Allí, á mi vida junto,
En luz resplandeciente convertido,
Veré distinto y junto
Lo que es y lo que ha sido,
Y su principio propio y escondido.
Entonces veré cómo
La soberana mano echó el cimiento
Tan á nivel y plomo,
Dó estable y firme asiento
Posee el pesadísimo elemento ;
Veré las inmortales
Columnas dó la tierra está fundada,
Las lindes y señales
Con que á la mar hinchada
La Providencia tiene aprisionada ;
Por qué tiembla la tierra,
Por qué las hondas mares se embravecen ;
Dó sale á mover guerra
El cierzo, y por qué crecen
Las aguas del Océano y descrecen ;
De dó manan las fuentes,
Quién ceba y quién bastece de los rios
Las perpétuas corrientes,
De los helados frios
Veré las causas y de los estíos ;
Las soberanas aguas.

Del aire en la region quién las sostiene,
De los rayos las fraguas ;
Dó los tesoros tiene
De nieve Dios, y el trueno dónde viene.
¿ No ves cuando acontece
Turbarse el aire todo en el verano ,
El día se ennegrece ,
Sopla el Gallego insano ,
Y sube hasta el cielo el polvo vano ;
Y entre las nubes mueve
Su carro Dios, ligero y reluciente ;
Horrible són conmueve,
Relumbra fuego ardiente ,
Treme la tierra, humillase la gente ;
La lluvia baña el techo ,
Invian largos rios los collados ,
Su trabajo deshecho
Los campos anegados
Miran los labradores espantados ?
Y de allí levantado ,
Veré los movimientos celestiales ,
Así el arrebatado
Como los naturales ,
Las causas de los hados , las señales.
Quién rige las estrellas
Veré, y quién las enciende con hermosas
Y eficaces centellas ;
Por qué están las dos osas
De bañarse en la mar siempre medrosas.
Veré este fuego eterno,
Fuente de vida y luz, dó se mantiene ,
Y por qué en el invierno
Tan presuroso viene ;
Quién en las noches largas le detiene.
Veré sin movimiento

En la más alta esfera las moradas
Del gozo y del contento ,
De oro y luz labradas ,
De espíritus dichosos habitadas.

EN LA ASCENSION.

¿ Y dejas, Pastor santo ,
Tu grey en este valle hondo, oscuro ,
Con soledad y llanto,
Y tú, rompiendo el puro
Aire, te vas al inmortal seguro ?
Los ántes bienhadados ,
Y los agora tristes y afligidos ,
A tus pechos criados ,
De tí desposeidos,
¿ A dó convertirán ya sus sentidos ?
¿ Qué mirarán los ojos
Que vieron de tu rostro la hermosura,
Que no les sea enojos ?
Quién oyó tu dulzura ,
¿ Qué no tendrá por sordo y desventura ?
A aqueste mar turbado ,
¿ Quién le pondrá ya freno ? ¿ quién concierto
Al viento fiero, airado ,
Estando tú cubierto ?
¿ Qué norte guiará la nave al puerto ?
¡ Ay ! nube envidiosa
Aun deste breve gozo, ¿ qué te quejas ?
¿ Dó vuelas presurosa ?

¡Cuán rica tú te alejas!
¡Cuán pobres y cuán ciegos ¡ay! nos dejas!



A SANTIAGO.
Las selvas conmoviera,
Las fieras alimañas, como Orfeo,
Si ya mi canto fuera
Igual á mi deseo,
Cantando el nombre santo Zebedeo;
Y fueran sus hazañas
Por mí con voz eterna celebradas,
Por quien son las Españas
Del yugo desatadas
Del bárbaro furor y libertadas;
Y aquella nao dichosa,
Del cielo esclarecer merecedora,
Que joya tan preciosa
Nos trujo, fuera agora
Cantada del que en Cítia y Chiro mora.
Osa el cruel tirano
Ensangrentar en tí su injusta espada:
No fué consejo humano;
Estaba á tí ordenada
La primera corona, y consagrada.
La fe que á Cristo diste
Con presta diligencia has ya cumplido;
De su cáliz bebiste
Apénas que subido
Al cielo retornó, de tí partido.

No sufre larga ausencia,
No sufre, no, el amor que es verdadero.
La muerte y su inclemencia
Tiene por muy ligero
Medio por ver al dulce compañero.
Cual suele el fiel sirviente,
Si en medio la jornada le han dejado,
Que haciendo prestamente
Lo que le fué mandado,
Torna buscando al amo ya alejado;
Así entregado al viento,
Del mar Egeo al mar de Atlante vuela,
Dó puesto el fundamento
De la cristiana escuela,
Torna buscando á Cristo á remo y vela.
Allí por la maldita
Mano el sagrado cuello fué cortado;
Camina en paz bendita,
Alma, que ya has llegado
Al término por tí tan deseado.
A España, á quien amaste
(Que siempre al buen principio el fin responde)
Tu cuerpo le enviaste
Para dar luz adonde
El sol su claridad cubre y esconde.
Por los tendidos mares
La rica navecilla va cortando;
Nercidas á millares,
Del agua el pecho alzando,
Turbadas entre sí, la van mirando.
Y dellas hubo alguna
Que, con las manos de la nave asida,
La aguija con la una,
Y con la otra tendida
A las demas, que lleguen las convida.

Ya pasa del Egeo,
Vuela por el Ionio, atras ya deja
El puerto Lilibeo,
De Córcega se aleja,
Y por llegar al nuestro mar se aqueja.
Esfuerza, viento, esfuerza,
Hínche la santa vela, embiste en popa
El viento; haz que no tuerza
Dó Avila casi topa
Con Calpe, hasta llegar al fin de Europa.
Y tú, España, segura
Del mal y cautiverio que te espera,
Con fe y voluntad pura
Ocupa la ribera,
Recibirás tu guarda verdadera;
Que tiempo será cuando,
De innumerables huestes rodeada,
Del cetro real y mando
Te verás derrocada,
En sangre, en llanto y en dolor bañada.
De hácia el Mediodía
Oye que la voz amarga suena:
La mar de Berbería
De flotas veo llena;
Hierva la costa en gente, en sol la arena.
Con voluntad conforme
Las proas contra tí se dan al viento,
Y con clamor deforme
De pavoroso acento
Avivan de remar el movimiento.
Y la infernal Meguera,
La frente de ponzoña coronada,
Guía la delantera
De la morisca armada,
De fuego, de furor, de muerte armada.

Cielos, so cuyo amparo
España está á merced, en tanta afrenta,
Si ya este suelo caro
Os fué, nunca consienta
Vuestra piedad que mal tan crudo sienta.
Mas ¡ay! que la sentencia
En tabla de diamante está esculpida;
Del godo la potencia
Por el suelo caida,
España en breve tiempo es destruida.
¿Cuál río caudaloso,
Que los opuestos muelles ha rompido
Con sonido espantoso,
Por los campos tendido,
Tan presto y tan feroz jamas se vido?
Mas cese el triste llanto,
Recobre el español su bravo pecho,
Que ya el Apóstol santo,
Un otro Marte hecho,
Del cielo viene á dalle su derecho.
Vesle de limpio acero
Cercado, y con la espada relumbrante:
Como rayo ligero,
Cuanto le va delante
Destroza y desbarata en un instante.
De grave espanto herido,
Los rayos de su vista no sostiene
El moro descreido;
Por valiente se tiene
Cualquier que para huir ánimo tiene.
Huye, si puedes tanto,
Huye; mas por demas, que no hay huida;
Bebe dolor y llanto
Por la misma medida
Con que ya España fué de tí medida.

Como leon hambriento
Sigue, teñida en sangre espada y mano,
De más sangre sediento,
Al moro que huye en vano;
De muertos queda lleno el monte llano.
¡Oh gloria, oh gran prez nuestra,
Escudo fiel, oh celestial guerrero!
Vencido ya se muestra
El africano fiero
Por tí, tan orgulloso da primero.
Por tí del vituperio,
Por tí de la afrentosa servidumbre
Y triste cautiverio
Libres en clara lumbre,
Y de la gloria estamos en la cumbre.
Siempre venció tu espada,
O fuese de tu mano poderosa,
O fuese meneada
De aquella generosa
Que sigue tu milicia religiosa.
Da tu virtud divina
La fama, que resuena en toda parte,
Siquiera sea vecina,
Siquiera más se aparte,
A la gente conduce á visitarte.
El áspero camino
Vence con devocion, y al fin te adora
El franco, el peregrino
Que Libia descolora,
El que en Poniente, el que en Levante mora.

EN LA CARCEL DONDE ESTUVO PRESO.

Aquí la envidia y mentira
Me tuvieron encerrado.
Dichoso el humilde estado
Del sabio que se retira
De aqueste mundo malvado,
Y con pobre mesa y casa
En el campo deleitoso
Con solo Dios se compasa,
Y á solas su vida pasa,
Ni envidiado, ni envidioso.

EPITAFIO AL TÚMULO DEL PRÍNCIPE

DON CARLOS.

Aquí yacen de Carlos los despojos,
La parte principal volvióse al cielo;
Con ella fué el valor; quedóle al suelo
Miedo en el corazon, llanto en los ojos.



SAN JUAN DE LA CRUZ.

CANCIONES.

- I.
1. En una noche oscura,
Con ansias en amores inflamada,
¡Oh dichosa ventura!
Salí sin ser notada,
Estando ya mi casa sosegada.
 2. A obscuras y segura,
Por la secreta escala, disfrazada,
¡Oh dichosa ventura!
A obscuras, en celada,
Estando ya mi casa sosegada.
 3. En la noche dichosa,
En secreto, que nadie me veía,
Ni yo miraba cosa,
Sin otra luz ni guía,
Sino la que en el corazón ardía.
 4. Aquesta me guiaba
Más cierto que la luz de mediodía,

- Adonde me esperaba
Quien yo bien me sabía,
En parte donde nadie parecía.
5. ¡Oh noche, que guiaste,
Oh noche amable más que el alborada!
Oh noche, que juntaste
Amado con amada,
Amada en el Amado trasformada!
 6. En mi pecho florido,
Que entero para él solo se guardaba,
Allí quedó dormido:
Yo le regalaba,
Y el ventalle de cedros aire daba.
 7. El aire del almena,
Cuando ya sus cabellos esparcía,
Con su mano serena
En mi cuello hería,
Y todos mis sentidos suspendía.
 8. Quedéme y olvidéme,
El rostro recliné sobre el Amado,
Cesó todo, y dejéme,
Dejando mi cuidado
Entre las azucenas olvidado.

II.
CANCION ENTRE EL ALMA Y EL ESPOSO.

ESPOSA.

1. ¿Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?

Como el ciervo huiste,
Habiéndome herido ;
Sali tras ti clamando, y ya eras ido.

2. Pastores, los que fuerdes
Allá por las majadas al otero,
Si por ventura vierdes
Aquel que yo más quiero,
Dícidle que adolezco, peno y muero.

3. Buscando mis amores,
Iré por esos montes y riberas,
Ni cogeré las flores,
Ni temeré las fieras,
Y pasaré los fuertes y fronteras.

4. ¡Oh bosques y espesuras,
Plantadas por mano del Amado!
¡Oh prado de verduras,
De flores esmaltado!
Decid si por vosotros ha pasado.

CRIMATURAS.

5. Mil gracias derramando,
Pasó por estos sotos con presura,
Y viéndolos mirando,
Con sola su figura
Vestidos los dejó de su hermosura.

ESPOSA.

6. ¡Ay, quién podrá sanarme!
Acaba de entregarte ya de vero,
No quieras enviarme
De hoy más ya mensajero,
Que no saben decirme lo que quiero.

7. Y todos cuantos vagan,

De ti me van mil gracias refiriendo,
Y todos más me llegan,
Y déjame muriendo

Un no sé qué que quedan balbuciendo.

8. Mas, ¿cómo perseveras,
¡Oh vida! no viviendo donde vives,
Y haciendo porque mueras,
Las flechas que recibes,
De lo que del Amado en tí concibes?

9. ¿Por qué, pues has llegado
A aqueste corazón, no le sanaste?
Y pues me lo has robado,
¿Por qué así le dejaste,
Y no tomas el robo que robasta?

10. Apaga mis enojos,
Pues que ninguno basta á deshacellos,
Y véante mis ojos,
Pues eres lumbre de ellos,
Y sólo para tí quiero tenellos.

11. Descubre tu presencia,
Y máteme tu vista y hermosura ;
Mira que la dolencia
De amor, que no se cura
Sino con la presencia y la figura.

12. ¡Oh cristalina fuente,
Si en esos tus semblantes plateados
Formases de repente
Los ojos deseados
Que tengo en mis entrañas dibujados!

13. Apártalos, Amado,
Que voy de vuelo.

ESPOSO.

Vuélvete, paloma,

010110

Que el ciervo vulherado
Por el otero asoma,
Al aire de tu vuelo, y fresco toma.

ESPOSA.

14. Mi Amado, las montañas,
Los valles solitarios nemorosos,
Las insulas extrañas,
Los ríos sonorosos,
El silbo de los aires amorosos;

15. La noche sosegada
En par de los levantes de la aurora,
La música callada,
La soledad sonora,
La cena, que recrea y enamora,

16. Cazadnos las raposas,
Que está ya florecida nuestra vifia,
En tanto que de rosas
Hacemos una pifia,
Y no parezca nadie en la montiña.

17. Detente, ciervo muerto,
Ven, austro, que recuerdas los amores,
Aspira por mi huerto,
Y corran tus olores,
Y pacera el Amado entre las flores.

18. Oh ninfas de Judea,
En tanto que en las flores y rosales
El ámbar perfunea,
Morá en los arrabales,
Y no queráis tocar nuestros umbrales.

19. Escóndete, Carillo,
Y mina con tu haz á las montañas,
Y no quieras decillo;
Mas mira las campañas

De la que va por insulas extrañas.

ESPOSO.

20. A las aves ligeras,
Leones, ciervos, gamos saltadores,
Montes, valles, riberas,
Aguas, aires, ardores,
Y miedos de las noches veladores,

21. Por las amenas liras
Y cantos de Sirenas os conjuro
Que cesen vuestras iras,
Y no toqueis al muro,
Porque la Esposa duerma más seguro.

22. Entrádose ha la Esposa
En el ameno huerto deseado,
Y á su sabor reposa,
El cuello reclinado
Sobre los dulces brazos del Amado.

23. Debajo del manzano
Allí conmigo fuiste desposada,
Allí te di la mano,
Y fuiste reparada
Donde tu madre fuera violada.

ESPOSA.

24. Nuestro lecho florido,
De cuevas de leones enlazado,
En púrpura tendido,
De paz edificado,
De mil escudos de oro coronado.

25. Á zaga de tu huella
Los jóvenes discurren al camino
Al toque de centella,

Al adobado vino,
Emisiones de balsamo divino.

26. En la interior bodega

De mi Amado hebi, y cuando salia
Por toda aquesta vega,
Ya cosa no sabía,

Y el ganado perdi que antes seguía.

27. Allí me dió su pecho,

Allí me enseñó ciencia muy sabrosa,
Y yo le di de hecho
A mí, sin dejar cosa;

Allí le prometí de ser su esposa.

28. Mi alma se ha empleado,

Y todo mi caudal, en su servicio;

Ya no guardo ganado

Ni ya tengo otro oficio,

Que ya sólo en amar es mi ejercicio.

29. Pues ya si en el ejido

De hoy más no fuere vista ni hallada,

Direis que me he perdido,

Que, andando enamorada,

Me hice perdidiza y fui ganada.

30. De flores y esmeraldas

En las frescas mañanas escogidas,

Harémos las guirnaldas,

En tu amor florecidas,

Y en un cabello mio entretejidas.

31. En sólo aquel cabello

Que en mi cuello volar consideraste,

Mirástele en mi cuello,

Y en él preso quedaste,

Y en uno de mis ojos te llagaste.

32. Cuando tú me mirabas,

Su gracia en mi tus ojos imprimian,

Por eso me adamabas,

Y en eso merecian

Los míos adorar lo que en tí vian:

33. No quieras despreciarme,

Que si color moreno en mí hallaste,

Ya bien puedes mirarme,

Despues que me miraste;

Que gracia y hermosura en mí dejaste.

ESOSO.

34. La blanca palomica

Al arca con el ramo se ha tornado,

Y ya la tortolica

Al socio descado

En las riberas verdes ha hallado.

35. En soledad vivía,

Y en soledad ha puesto ya su nido,

Y en soledad la guía

A solas su querido,

Tambien en soledad de amor herido.

ESTOSA.

36. Gocémosnos, Amado,

Y vámonos á ver en tu hermosura

Al monte y al collado,

Do mana el agua pura;

Entremos más adentro en la espesura.

37. Y luego á las subidas

Cavernas de las piedras nos iremos,

Que están bien escondidas,

Y allí nos entraremos,

Y el mosto de granadas gustaremos.

38. Allí me mostrarías

Aquello que mi alma pretendía,

Y luego me darías
Allí tú, vida mía,
Aquello que me diste el otro día.
39. El aspirar del aire,
El canto de la dulce filomena,
El soto y su donaire
En la noche serena.
Con llama que consume y no da pena.
40. Que nadie lo miraba,
Aminadab tampoco parecía,
Y el cerco sosegaba,
Y la caballería
A vista de las aguas descendía.

III.

I. ¡Oh llama de amor viva,
Que tiernamente hieres
De mi alma en el más profundo centro!
Pues ya no eres esquiva,
Acaba ya, si quieres,
Rompe la tela de este dulce encuentro.
II. ¡Oh cauterio suave!
¡Oh regalada llaga!
¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado,
Que á vida eterna sabe,
Y toda deuda paga!
Matando, muerte en vida la has trocado.
III. ¡Oh lámparas de fuego,
en cuyos resplandores

Las profundas cavernas del sentido,
Que estaba oscuro y ciego,
Con extraños primores,
Calor y luz dan junto á su querido!
IV. ¡Cuán manso y amoroso
Recuerdas en mi seno,
Donde secretamente solo moras!
Y en tu aspirar sabroso,
De bien y gloria lleno,
¡Cuán delicadamente me enamoras!

FERNANDO DE HERRERA.

CANCIONES.

POR LA VITORIA DE LEPANTO.

Cantemos al Señor, que en la llanura
 Venció del ancho mar al Trace fiero;
 Tú, Dios de las batallas, tú eres diestra,
 Salud y gloria nuestra.
 Tú rompiste las fuerzas y la dura
 Frente de Faraon, feroz guerrero;
 Sus escogidos príncipes cubrieron
 Los abismos del mar y descendieron,
 Cual piedra, en el profundo, y tu ira luégo
 Los tragó, como arista seca el fuego.

El soberbio tirano, confiado
 En el grande aparato de sus naves,
 Que de los nuestros la cerviz cautiva
 Y las manos aviva
 Al ministerio injusto de su estado,
 Derribó con los brazos suyos graves
 Los cedros más excelsos de la cima
 Y el árbol que más yerto se sublima,

Bebiendo ajenas aguas y atrevido
 Pisando el bando nuestro y defendido.

Temblaron los pequeños, confundidos
 Del impio furor suyo; alzó la frente
 Contra tí, Señor Dios, y con semblante
 Y con pecho arrogante,
 Y los armados brazos extendidos,
 Movió el airado cuello aquel potente;
 Cercó su corazon de ardiente saña
 Contra las dos Hesperias, que el mar baña,
 Porque en tí confiadas le resisten,
 Y de armas de tu fe y amor se visten.

Dijo aquel insolente y desdefioso:
 «No conocen mis iras estas tierras,
 Y de mis padres los ilustres hechos,
 O valieron sus pechos
 Contra ellos con el húngaro medroso,
 Y de Dalmacia y Rodas en las guerras?
 ¿Quién las pudo librar? ¿Quién de sus manos
 Pudo salvar los de Austria y los germanos?
 ¿Podrá su Dios, podrá por suerte ahora
 Guardallas de mi diestra vencedora?

«Su Roma, temerosa y humillada,
 Los cánticos en lágrimas convierte;
 Ella y sus hijos tristes mi ira esperan
 Cuando vencidos mueran;
 Francia está con discordia quebrantada,
 Y en España amenaza horrible muerte
 Quien honra de la luna las banderas;
 Y aquellas en la guerra gentes fieras
 Ocupadas están en su defensa,
 Y aunque no, ¿quién hacerme puede ofensa?
 Los poderosos pueblos me obedecen,
 Y el cuello con su daño al yugo inclinan,
 Y me dan por salvarse ya la mano.

Y su valor es vano ;
Que sus luces cayendo se oscurecen.
Sus fuertes á la muerte ya caminan,
Sus vírgenes están en cautiverio,
Su gloria ha vuelto al cetro de mi imperio.
Del Nilo á Eufrates fértil y Istro frío,
Cuanto el sol alto mira todo es mío.»
Tú, Señor, que no sufres que tu gloria
Usurpe quien su fuerza osado estima,
Prevalciendo en vanidad y en ira,
Este soberbio mira,
Que tus aras afea en su victoria.
No dejes que los tuyos así oprima,
Y en sus cuerpos, cruel, las fieras cebe,
Y en su esparcida sangre el odio pruebe ;
Que hechos ya su oprobio, dice: « ¿ Dónde
El Dios de estos está? ¿ De quién se esconde? »
Por la debida gloria de tu nombre,
Por la justa venganza de tu gente,
Por aquel de los míseros gemido,
Vuelve el brazo tendido
Contra éste, que aborrece ya ser hombre ;
Y las honras que celas tú consiente,
Y tres y cuatro veces el castigo
Esfuerza con rigor á tu enemigo,
Y la injuria á tu nombre cometida
Sea el hierro contrario de su vida.
Levantó la cabeza el poderoso
Que tanto odio te tiene; en nuestro estrago
Juntó el consejo, y contra nos pensaron
Los que en él se hallaron.
« Venid, dijeron, y en el mar undoso
Hagamos de su sangre un grande lago ;
Des hagamos á estos de la gente,
Y el nombre de su Cristo juntamente,

Y dividiendo de ellos los despojos,
Hártense en muerte suya nuestros ojos.»
Vinieron de Asia y portentosa Egipto
Los árabes y leves africanos,
Y los que Grecia junta mal con ellos
Con los erguidos cuellos,
Con gran poder y número infinito,
Y prometer osaron con sus manos
Encender nuestros fines y dar muerte
A nuestra juventud con hierro fuerte,
Nuestros niños prender y las doncellas,
Y la gloria manchar y la luz dellas.
Ocuparon del piélago los senos,
Puesta en silencio y en temor la tierra,
Y cesaron los nuestros valerosos,
Y callaron dudosos,
Hasta que al fiero ardor de sarracenos
El Señor, eligiendo nueva guerra,
Se opuso el jóven de Austria, generoso
Con el claro español y belicoso ;
Que Dios no sufre ya en Babel cautiva
Que su Sion querida siempre viva.
Cual león á la presa apercebido,
Sin recelo los impíos esperaban
A los que tú, Señor, eras escudo ;
Que el corazón desnudo
De pavor, y de fe y amor vestido,
Con celestial aliento confiaban.
Sus manos á la guerra compusiste,
Y sus brazos fortísimos pusiste
Como el arco acerado, y con la espada
Vibraste en su favor la diestra armada.
Turbáronse los grandes, los robustos
Rindiéronse temblando y desmayaron ;
Y tú entregaste, Dios, como la rueda,

Como la arista queda
Al impetu del viento; á estos injustos,
Que mil huyendo de uno se pasmaron,
Cual fuego abrasa selvas, cuya llama
Da las espesas cumbres, se derrama,
Tal en tu ira y tempestad seguiste,
Y su faz de ignominia convertiste.
Quebrantaste al cruel dragon, cortando
Las alas de su cuerpo temerosas,
Y sus brazos terribles no vencidos;
Que con hondos gemidos
Se retira á su cueva, do silbando
Trembla con sus culebras venenosas,
Lleno de miedo torpe sus entrañas,
De tu leon temiendo las hazañas;
Que, saliendo de España, dió un rugido
Que lo dejó asombrado y aturdido.
Hoy se vieron los ojos humillados
Del sublime varon y su grandeza;
Y tú solo, Señor, fuiste exaltado,
Que tu dia es llegado,
Señor de los ejércitos armados,
Sobre la alta cerviz y su dureza,
Sobre derechos cedros y extendidos,
Sobre empingados montes y crecidos,
Sobre torres y muros, y las naves
De Tiro, que á los tuyos fueron graves.
Babilonia y Egipto amedrentada
Temerá el fuego y la asta violenta,
Y el humo subirá á la luz del cielo;
Y faltos de consuelo,
Con rostro oscuro y soledad turbada
Tus enemigos llorarán su afrenta.
Mas tú, Grecia, concorde á la esperanza
Egipcia y gloria de su confianza,

¡Triste! que á ella pareces, no temiendo
A Dios y á tu remedio no atendiendo,
; Por qué, ingrata, tus hijas adornaste
En adulterio infame á una impia gente,
Que deseaba profanar tus frutos,
Y con ojos enjutos
Sus odiosos pasos imitaste,
Su aborrecida vida y mal presente?
Dios vengará sus iras en tu muerte;
Que llega á tu cerviz con diestra fuerte
La aguda espada suya; ;quién, cuitada,
Reprimirá su mano desatada?
Mas tú, fuerza del mar, tú, excelsa Tiro,
Que en tus naves estabas gloriosa,
Y el término espantabas de la tierra,
Y si hacías guerra
De temor la cubrías con suspiro,
; Como acabaste, fiera y orgullosa?
; Quién pensó á tu cabeza daño tanto?
Dios, para convertir tu gloria en llanto
Y derribar tus inclitos y fuertes,
Te hizo perecer con tantas muertes.
Llorad, naves del mar, que es destruida
Vuestra vana soberbia y pensamiento.
; Quién ya tendrá de tí lástima alguna,
Tú, que sigues la luna,
Asia adúltera, en vicios sumergida?
; Quién mostrará un liviano sentimiento?
; Quién rogará por tí? Que á Dios encienda
Tu ira y la arrogancia que te ofende;
Y tus vicios delitos y mudanza
Han vuelto contra tí á pedir venganza.
Los que vieron tus brazos quebrantados,
Y de tus pinos ir el mar desnudo,
Que sus ondas turbaron y llanura,

Viendo tu muerte oscura,
Dirán, de tus estragos espantados :
¿Quién contra la espantosa tanto pudo?
El Señor, que mostró su fuerte manó
Por la fe de su príncipe cristiano;
Y por el nombre santo de su gloria,
A su España concede esta victoria.
Bendita, Señor, sea tu grandeza,
Que despues de los daños padecidos,
Despues de nuestras culpas y castigo,
Rompiste al enemigo
De la antigua soberbia la dureza.
Adórente, Señor, tus escogidos,
Confiese cuanto cerca el ancho cielo
Tu nombre; oh nuestro Dios, nuestro consuelo!
Y la cerviz rebelde, condenada,
Perezca en bravas llamas abrasada.

A DON JUAN DE AUSTRIA,

VENCEDOR DE LOS MORISCOS DE LAS ALPEJARRAS

Quando con resonante
Rayo y furor del brazo impetuoso
A Encélado arrogante
Júpiter poderoso
Despeñó airado en Etna cavernoso;
Y la vencida tierra,
A su imperio rebelde quebrantada,
Desamparó la guerra
Por la sangrienta espada

De Marte, aún con mil muertes no domada;
En el sereno polo
Con la suave citara presente,
Cantó el crinado Apolo
Entónces dulcemente,
Y en oro y lauro coronó su frente.
La canora armonía
Suspendia de dioses el senado;
Y el cielo, que movía
Su curso arrebatado,
El vuelo reprimía enajenado.
Halagaba el sonido
Al piélagó sañudo, al raudo viento
Su fragor encogido,
Y con divino aliento
Las musas consonaban á su intento.
Cantaba la victoria
Del ejército etéreo, y fortaleza
Que engrandeció su gloria,
El horror y aspereza
De la titania stirpe, y su fiereza;
De Pálas atenea
El gorgóneo terror, la ardiente lanza,
Del rey de la onda egea
La indómita pujanza,
Y del hercúleo brazo la venganza.
Mas del bistonio Marte
Hizo en grande alabanza luenga muestra,
Cantando fuerza y arte
De aquella armada diestra
Que á la flegrea hueste fué siniestra.
«A tí, decia, escudo;
A tí, del cielo esfuerzo generoso,
Poner temor no pudo
El escuadron sañoso,

Con sierpes enroscadas espantoso.

»Tú solo á Cromedonte
Trajiste al hierro agudo de la muerte
Junto al doblado monte,
Y abrió con diestra suerte
El pecho de Peloro tu asta fuerte.

»Oh, hijo esclarecido
De Júpiter, oh duro y no cansado pecho,
Por quien cayó vencido,
Y en peligroso estrecho
Mimante pavoroso fué deshecho!

»Tú, cubierto de acero,
Tú, estrago de los hombres indignado,
Con sangre hórrido y fiero
Rompes acelerado
Del ancho muro el torreón alzado.

»A tí, libre ya, debe,
De recelo Saturnio, que el profano
Linaje que se atrevé
Alzar la osada mano
Sienta su bravo orgullo salir vano.

»Mas aunque resplandezca
Esta victoria tuya conocida,
Con gloria que merezca
Gozar eterna vida,
Sin que yaga en tinieblas ofendida;

»Vendrá tiempo en que tenga
Tu memoria el olvido y la termine,
Y la tierra sostenga
Un valor tan insigne,
Que ante él desmaye el tuyo y se le incline;

»Y el fértil Occidente,
Cuyo inmenso mar cerca el orbe y baña,
Descubrirá presente,
Con prez y honor de España,

La lumbre singular de esta hazaña;

»Que el cielo le concede
Aquel ramo de César invencible,
Que su valor herede,
Para que al turco horrible
Derribe el corazon y ardor terrible.

»Vese el pérfido bando
En la fragosa, yerta, aeria cumbre,
Que sube amenazando
La soberana lumbre,
Fiado en su animosa muchedumbre;

»Y allí, de miedo ajeno,
Corre cual suelta cabra y se abalanza
Con el fogoso trueno
De su cubierta estancia,
Y sigue de sus odios la venganza;

»Mas despues que aparece
El jóven de Austria en la enriscada sierra,
Frio miedo entorpece
Al rebelde, y lo atierra
Con espanto y con muerte la impia guerra.

»Cual tempestad ondosa
Con horrisono estruendo se levanta,
Y la nave, medrosa
De rabia y furia tanta,
Entre peñascos ásperos quebranta;

»O cual del cerco estrecho
El flamigero rayo se desata,
Con luengo sulco hecho
Y rompe y desbarata
Cuanto al encuentro su impetu arrebatá;

»La fama alzará luégo,
Y con las alas de oro la victoria,
Sobre el giro del fuego
Resonando su gloria

Con puro lampo de inmortal memoria ;

»Y extenderá su nombre
Por do céfiro espira en blando vuelo
Con inelito renombre,
Al remoto indio suelo
Y á do esparce el rigor helado el cielo.

»Si Peloro tuviera
Parte de su destreza y valentía,
El solo te venciera,
Gradivo, aunque á porfia
Tu esfuerzo acrecentaras y osadía.

»Si éste al cielo amparara
Contra las duras fuerzas de Mimante,
Ni el trance recelara
El vencedor tonante,
Ni sacudiera el brazo fulminante.

»Traed, cielos, huyendo
Este cansado tiempo espacioso
Que oprime deteniendo
El curso glorioso ;
Haced que se adelante presuroso.»

Así la lira suena,
Y Jove el canto afirma, y se estremece
El Olimpo, y resuena
En torno y resplandece,
Y Mavorte dudoso se oscurece.

POR LA PÉRDIDA DEL REY

DON SEBASTIAN.

Voz de dolor y canto de gemido
Y espíritu de miedo envuelto en ira,

Hagan principio acerbo á la memoria

De aquel día fatal, aborrecido,
Que Lusitania misera suspira,
Desnuda de valor, falta de gloria ;
Y la llorosa historia

Asombre con horror funesto y triste
Dende el áfrico Atlante y seno ardiente
Hasta do el mar de otro color se viste,
Y do el límite rojo de oriente,
Y todas sus vencidas gentes fieras
Ven tremolar de Cristo las banderas.

¡Ay de los que pasaron, confiados
En sus caballos y en la muchedumbre
De sus carros, en tí, Libia desierta,
Y en su vigor y fuerzas engañados,
No alzaron su esperanza á aquella cumbre
De eterna luz, mas con soberbia cierta
Se ofrecieron la incierta

Vitoria, y sin volver á Dios sus ojos,
Con yerto cuello y corazón ufano
Sólo atendieron siempre á los despojos !
Y el Santo de Israel abrió su mano,
Y los dejó, y cayó en despeñadero
El carro, y el caballo y caballero.

Vino el día cruel, el día lleno
De indignación, de ira y furor, que puso
En soledad y en un profundo llanto,
Da gente y de placer el reino ajeno.
El cielo no alumbró, quedó confuso
El nuevo sol, presago de mal tanto,
Y con terrible espanto

El Señor visitó sobre sus males,
Para humillar los fuertes arrogantes,
Y levantó los bárbaros no iguales,
Que con osados pechos y constantes

No busquen oro, mas con hierro airado
La ofensa venguen y el error culpado.

Los impios y robustos, indinados,
Las ardientes espadas desnudaron
Sobre la claridad y hermesura

De tu gloria y valor, y no cansados
En tu muerte, tu honor todo afearon,
Mezquina Lusitania sin ventura;

Y con frente segura
Rompieron sin temor con fiero estrago
Tus armadas estandras y braveza.

La arena se torno sangriento lago,
La llanura con muertos aspezeza;
Cayo en unos vigor, cayó denuedo;

Mas en otros desmayó y torpe miedo.
¿Son éstos por ventura los famosos,

Los fuertes, los beligeros varones
Que conturbaron con furor la tierra,
Que sacudieron reinos poderosos,

Que domaron las hórridas naciones,
Que pusieron desierto en cruda guerra
Cuanto el mar indo encierra,

Y soberbias ciudades destruyeron?
¿Dó el corazon seguro y la osadía?

¿Cómo así se acabaron y perdieron
Tanto heroico valor en solo un día;
Y lejos de su patria derribados,

No fueron justamente sepultados?
Tales fueron ya éstos, tual hermoso
Cedro del alto Libano, vestido

De ramos, hojas, con excelsa alteza;
Las aguas lo criaron poderoso,
Sobre empinados árboles crecido,

Y se multiplicaron en grandeza
Sus ramos con belleza;

Y extendiendo su sombra, se auideron
Las aves que sustentan el grande cielo,
Y en sus hojas las fieras engendraron,

Y hizo á mucha gente umbroso velo:
No igualó en celsitud y en hermosura,
Jamás árbol ninguno á su figura.

Pero elevóse con su verde cima,
Y sublimó la presuncion su pecho,
Desvanecido todo y confiado,

Haciendo de su alteza solo estima.
Por eso Dios lo derribó deshecho
A los impios y ajenos entregado,

Por la raiz cortado;
Opreso de los montes arrojados,
Sin ramos y sin hojas y desnudo,

Huyeron dél los hombres, espantados,
Que su sombra tuvieron por escudo;
En su ruina y ramos cuantas fueron

Las aves y las fieras se pusieron.
Tú, infanda Libia, en cuya seca arena
Murió el vencido reino lusitano,

Y se acabó su generosa gloria,
No estés alegre y de ufania llena,
Porque tu temerosa y flaca mano

Hubo sin esperanza tal vitoria,
Indina de memoria;
Que si el justo dolor mueve á venganza

Alguna vez el español coraje,
Despedazada con aguda lanza,
Compensarás muriendo el hecho ultraje;

Y Luco amedrentado, al mar inmenso
Pagará de africana sangre el censo.

ELEGÍA.

De aquel error en que viví engañado
Salgo á la pura luz, y me levanto
Tal vez del peso que sufrí cansado.

Pudo mi desconcierto crecer tanto,
Que anduve de mí mismo aborrecido,
Sujeto siempre á la miseria y llanto.

Ya vuelvo en mí, y contemplo cuán perdido
Rendí el lozano corazón sin miedo
A los dañados gustos del sentido.

Mas sé que aunque me esfuerzo apenas puedo
Abrazar la razón, porque el engaño
No se me aparta de la vista un dedo.

Y no me vale, aunque en mí bien me engaño,
Pensar quién soy ni deducir del cielo
La clara origen contra un dulce daño.

¡Cuán mal se limpian del corporeo velo
Las manchas, y cuán tarde se desata
De su pasión quien anda en este suelo!

Mil buenos pensamientos desbarata
La ocasión, á deleites ofrecida,
Cuando ménos el hombre se recata.

Mas éstos son peñascos de la vida,
Do se rompe la nave en mar ondoso,
Si no va con destreza bien regida.

¿Quién es tan temerario y desdenoso,
Que se entregue á la muerte en esperanza
Del caso siempre incierto y peligroso?

Quien quisiera hartarse en la venganza
De mis males, hallára á su deseo
Colmada la medida sin mudanza,

Si, conociendo yo mi devaneo,

No diera al vasto gusto de la mano
Y alzára de la tierra al fiero Anteo.

Grande trabajo es, aunque no es vano,
Querer mudar una costumbre larga;
Grande es, pero es el premio soberano.

Traje en los hombros esta grave carga
Sin reposar, como otro nuevo Atlante,
En quien de todo el cielo el peso carga.

No soy despues del daño tan constante,
Que no tiemble en pensar lo que sufría,
Y de mi ostinacion, que no me espante.

Ahora voy por una llana vía
A la seguridad del bien que sigo,
Do será no acertar desdicha mía.

Considero, apartado yo conmigo,
Del rojo sol la inmensa ligereza
Y en cuanto infunde su calor amigo;

La tibia, inestable luna, la grandeza
Del ancho mar, su vário movimiento,
El sitio de la tierra y su firmeza.

Juzgo cuánto es el gusto y el contento
De gozar la belleza diferente
Que en sí contiene este terrestre asiento,

Y cuán dulce es vivir alegremente
Espacios luengos de una edad dichosa,
Y contemplar tan alto bien presente,

Dó en esta vista y luz maravillosa
El ánimo encendido ensalce el velo
A la profunda claridad hermosa;

Y allí se afine de aquel torpe velo
Que en sí lo trajo opreso, y no le impida
La gruesa niebla ni el error del suelo.

¡Cuánta miseria no es perder la vida
En la purpúrea flor de la edad pura,
Sin gozor de la luz del sol crecida!

¡Cuán vana eres, humana hermosura!
¡Cuán presto se consume y se deshace
La gracia y el donaire y compostura!
La bella virgen, cuya vista aplaca
Y regala al sentido, en tiempo breve
Al mismo que agrado no satisfaca.
No mal tan presto aparta el viento leve
Y disipa las nieblas, y el ardiente
Sol desata el vigor de helada nieve,
Como a la tierna edad la flor luciente
Huye, y los años vuelan, y parece
El valor y belleza juntamente.
¡Cuán brava y cuán caduca resplandece
Nuestra gloria! ¡Cuán súbito en el punto
Que deleita a los ojos desaparece!
Mas ¡oh, si ser pudiese que este punto
De breve vida alegres en sosiego
Gozásemos, sin miedo y dolor junto!
Cuál, de ambición y de avaricia ciego,
Sulca el píedago inmenso, peregrino,
Y ve del sol más tarde el claro fuego;
Cuál, ardiendo en furor de Marte indio,
Arma el osado pecho en duro hierro
Contra el estrecho daudo y el vecino;
Cuál, de sí mismo puesto en un desierto,
Niega su voluntad por otra ajena,
Y sigue inferior el mayor yerro.
Disponeros halagos, dulce pena,
Buscando mal del devarío humano,
Traen de gusto la esperanza llena.
Ningun monte ó desierto, ninguna llano,
A do pueda llegar gente atrevida
Nos librará del ciego error profano.
Ira, miedo, codicia aborrecida
Nos cercan, y huir no es de provecho;

Que las llevamos siempre en la huida.
Incierto y congojoso tiene el pecho
Quien espera; no goza ni sosiega
Si sus vanos contentos no ha deshecho.
Quien sabe que se goza, y amaza entrega
Su fortuna dichosa al brazo ajeno,
De la virtud á la alta cumbre lleva.
Estos deleites, que seguí sin freno,
Que al fin tan caro cuestan, me trajeron
Siempre de confusión y temor llena.
Ni fueron fines ni frutos fuerón:
Dañáronnos huyendo, y si hubo alguno,
Que no, huyó con cuantos me huyeron.
Seguro gozo puede ser ninguno,
Ninguno puede ser perpétuo en cuanto
La tierra eria y cerca el gran Neptuno.
Sola virtud, tú sola puedes tanto
Que el gozo dar perpétuo y bien seguro
Puedes si en amor tuyo más levanto.
Lugar puede hallarse tan oscuro
Do se escondá algún tiempo el error cierto,
Mas sale á fuerza al cabo al aire puro.
La vergüenza del propio desconcierto,
El miedo, vanguarda de nuestras penas,
Nos muestran nuestra falta en descubierta.
El delito y las culpas son ajenas
De nuestra condición; pero nacimos
Con mil flaquezas de miseria llenas;
Y tan mal nuestros bienes conocimos,
Y dimos tanta mano al torpe gusto,
Que solos sus regalos admitimos.
¿Do está el deseo ya del honor justo?
¿Dó el amor verdadero de la gloria?
¿Dó contra el vicio el corazón robusto?
Gran hazaña es gozar de la victoria.

Del bravo contendor, y los despojos
Guardar para blason de la memoria ;
Pero es mucho mayor ante los ojos
Que miran bien, por la no usada senda
Caminando entre peñas y entre abrojos,
Sobrepujar en áspera contienda
Sus contrarios, y verse en la ardua cumbre
Do no alcance el nublado ni le ofenda.
Mas ¿quién podrá subir sin viva lumbre?
¿Quién sin favor que aliente su flaqueza,
Y le alce de esta grave pesadumbre?
Si yo pudiese bien en tu belleza
Fijar mis ojos, musa soberana,
Y contemplar cercano tu grandeza,
Del ciego error y multitud profana,
Que se entorpece en la tiniebla oscura,
No seguiria la opinion liviana ;
Antes con voluntad libre y segura,
Abrasado en tu amor, ocuparia
La vida en admirar tu hermosura.
Y aquí do el Bétis desigual varia
El curso y vuelve y trueca la creciente,
Un apartado puesto escogeria,
Do la ambicion de tanta errada gente,
Los deseos injustos, la esperanza,
Dulce engaño del ánimo doliente,
En este estado, libre de mudanza,
No podrian turbarme del sosiego
Que en la discreta soledad se alcanza.
Otro rompa los senos del mar ciego
Con prestas alas de su osada nave,
Do no se aventuró romano ó griego ;
Llegue do el sacro Océano se trabe
Con el piélago Austral, y no cansado
Cerque el golfo que el hielo torna grave ;

Que bien puede alabarse, confiado
De haber visto, tratado y conocido,
Y mil varios peligros allanado ;
Pero no habrá gozado ni entendido
Los bienes que el silencio en el desierto
Da á un corazon modesto y bien regido,
Fuera de todo humano desconcierto.

SONETOS.

AL MARQUÉS DE SANTA CRUZ.

Tú, que vengando con la armada mano
El ya perdido honor del Occidente,
Teniste del mar Jonio la corriente
Con la vertida sangre de otomano ;
Y volviendo, en el piélago africano
Venciste el reino antiguo y tiria gente,
Y del frances y escoto el pecho ardiente
Rompiste, y la pujanza del germano ;
Y de rendir cansado el mar y tierra,
Descansas ya en la paz del alto cielo,
Que la tierra era poca á tanta gloria ;
Ahora que amenaza cruda guerra
El impio seita, y tiembla todo el suelo,
Ven, ó envia á los tuyos la victoria,

AL INVIERNO.

Hérido invierno, que la luz serena
 Y agradable color del puro cielo
 Cubres de oscura sombra y turbio velo
 Con la mojada faz, de nieblas llena,
 ¡Vuelva a la fría grilla y la cadena
 Del nevado aquillon, y entre aquel hielo
 Que oprime con rigor el duro suelo,
 Las lacias de tu impetu refrena;
 Que en tanto que en tu ira embravecido,
 Asaltes el divino hispanio río,
 Que corre al sacro seno de occidente,
 Yo, triste, en noche eterna del olvido
 (Culpa tuya), apartado del sol mio,
 No me enciendo en los rayos de su frente.

AL GOLPO DE LEPANTO.

Hondo Ponto, que bramas atronado
 Con tumulto y terror del turbio seno
 Saca el rostro, de torpa miedo lleno;
 Mira tu campo arder exangreniado;
 Y junto en este cerco y encerrado
 Todo el cristiano esfuerzo y sarraceno,
 Y cubierto de humo y fuego y trueno,
 Heir también el imperio quebrantado.
 Con profundo maraureo la victoria
 Mayor celebra que jamas vió el cielo;
 Y más dudosa y singular hazaña;
 Y di que sólo mereció la gloria
 Que tanto nombre da á tu sacro suelo
 El jóven de Austria y el valor de España.

DON JUAN DE ARGUJO.

SONETOS.

LAS ESTACIONES.

Vierte alegre la copia en que atesora
 Bienes la primavera, da colores
 Al campo y esperanza á los pastores
 Del premio de su fe la bella Flora;
 Pasa ligero el sol adonde mora
 El canero abrasador, que en sus ardores
 Destruye campos y marchita flores,
 Y el orbe de su lustro descolora;
 Sigue el húmedo otoño, cuya puarta
 Adornar Baco de sus dones quiere;
 Luego el invierno en su rigor se extrema.
 ¡Oh variedad común, mudanza cierta!
 ¿Quién habrá que en sus males no te espere?
 ¿Quién habrá que en sus bienes no te tema?

LA TEMPESTAD Y LA CALMA.

Yo ví del rojo sol la luz serena
 Turbarse, y que en un punto desaparece

Su alegre faz, y en torno se oscurece
El cielo con tinieblas de horror llena.
El austro proceloso airado suena,
Crece su furia, y la tormenta crece,
Y en los hombros de Atlante se estremece
El alto olimpo y con espanto truena;
Mas luego vi romperse el negro velo
Deshecho en agua, y á su luz primera
Restituirse alegre el claro dia;
Y de nuevo esplendor ornado el cielo
Miré y dije: ¿ Quién sabe si le espera
Igual mudanza á la fortuna mia?

AL GUADALQUIVIR EN UNA AVENIDA.

Tú, á quien ofrece el apartado polo,
Hasta donde tu nombre se dilata,
Preciosos dones de luciente plata
Que invidia el rico Tajo y el Pactolo;
Para cuya corona, como á solo
Ray de los rios, entreteje y ata
Pálas su oliva con la rama ingrata
Que contempla en tus márgenes Apolo;
Claro Guadalquivir, si impetuoso
Con crespas ondas y mayor corriente
Cubrieres nuestros campos mal seguros,
De la mejor ciudad, por quien famoso
Alzas igual al mar la altiva frente,
Respeta humilde los antiguos muros.

LA AVARICIA.

Castiga el cielo á Tántalo inhumano,
Que en impia mesa su rigor provoca,
Medir queriendo en competencia loca
Saber divino con engaño humano.
Agua en las aguas busca, y con la mano
El árbol fugitivo casi toca;
Huye el copioso Eridano á su boca,
Y en vez de fruta aprieta el aire vano.
Tú, que espantado de su pena, admiras
Que el cercano manjar en largo ayuno
Al gusto falte y á la vida sobre,
¿ Cómo de muchos Tántalos no miras
Ejemplo igual? Y si codicias uno,
Mira el avaro en sus riquezas pobre.

LA CONSTANCIA.

Aunque en soberbias olas se revuelva
El mar, y conmovida en sus cimientos
Gima la tierra, y los contrarios vientos
Talen la cumbre en la robusta selva;
Aunque la ciega confusion envuelva
En discordia mortal los elementos,
Y con nuevas señales y portentos
La máquina estrellada se disuelva,
No desfallece ni se ve oprimido
Del varon justo el ánimo constante,
Que su mal como ajeno considera;
En la mayor adversidad sufrido,
La airada suerte con igual semblante
Mira seguro y alentado espera.

LA RECAIDA.

Otras dos veces del furioso noto
Probé las iras en el mar turbado,
Y no volver jamás á tal estado,
Arrepentido, prometí, y devoto.
De la desbacha jarcia y leño roto
Di los despojos al altar sagrado,
Y apenas pisé el puerto deseado,
Cuando olvidé el peligro y rompí el voto;
Y ahora, que continua y fiera lucha,
Mar y vientos se esfuerzan en mi daño,
Y sus enojos aplacar porfío,
Mis aordas voces sin piedad escucha
El justo cielo. ¡Oh inútil desengaño,
Cuán tarde llegas al remedio mío!

A ORFEO.

Pudo con diestra lira y dulce canto
Bajar Orfeo á la region oscura,
Y del dolor que eternamente dura
La fuerza suspender y el triste llanto.
Del divino concerto pudo tanto
La fuerza, y de su fe constante y pura,
Que á recobrar su prenda mal segura
Halló entrada en los reinos del espanto.
Venturoso amador, si no rompiera
El precepto fatal, y conservára
El bien que con tan largo afan conquista;
Mas ordena ¡oh dolor! la suerte fiera
Que cuanto con la voz dulce ganára,
Vuelva á perder con la atrevida vista.

A HÉRCULES.

El jabali de Arcadia, el leon nemeo,
El toro á los cien pueblos pavoroso,
Cayeron á mis pies, y victorioso
De la hidra me vió el lago Lerneo.
El can de tres gargantas y Tifeo,
Fieras guardas del claustro tenebroso,
No burlaron mi intento generoso,
Ni te valió caer al fuerte Anteo.
Ejemplos de mi ilustre vencimiento
Son Aceloo, Busiris y Diomedes,
Y el rey á quien huir Hesperia mira;
Mas ¿por qué ufano mis vitorias cuento,
Cautivo en tu prision? ¡Cuánto más puedes
Si me rendiste, oh bella Deyanira!

A BACO.

A ti, de alegres vides coronado,
Baco, gran padre domador de Oriente,
He de cantar; á ti, que blandamente
Tiembles la fuerza del ray y chillido;
Ora castigues á Licurgo airado,
O á Penteo en tus iras insolente,
Ora te mire la festiva gente
En sus convites dulce y regalado,
O ya de tu Ariadna al alto asiento
Subas ufano la mortal corona,
Vén fácil, vén humano al canto mío;
Que si no desmereces el sacro aliento
Mi voz penetrará la opuesta zona,
Y al Tíbre enviará el Hispalio río,

PÍRAMO.

«Tú, de la noche gloria y ornamento,
Errante luna, que oyes mis querellas;
Y vosotras, clarísimas estrellas,
Luciente honor del alto firmamento,
»Pues ha subido allá de mi lamento
El són y de mi fuego las centellas,
Sienta vuestra piedad, ¡oh luces bellas!
Si la merece; mi amoroso intento.»
Estó diciendo, deja el patrio muro
El desdichado Píramo, y de Nino
Parte al sepulcro, donde Tisbe espera.
¡Pronóstico infeliz, presagio duro
De infaustas bodas, si ordenó el destino
Que un túmulo por fálamo escogiera!

HORACIO COCLES.

Con prodigioso ejemplo de osadía
Un hombre miro en la romana puente
Resistir sólo de la etrusca gente
El grueso campo que pasar porfía.
Ni la enemiga fuerza le desvía,
Ni de su vida el cierto fin presente;
Que su valor dejar no le consiente
La difícil empresa en que insistía.
Oigo del roto puente el són fragoso
Cuando al Tibre el varón se precipita
Armado, y sale de él con nueva gloria;
Y al mismo punto escuchó del gozoso
Pueblo las voces, que aclamando grita:
«¡Viva Horacio; de Horacio es la victoria!»

Á JULIO CÉSAR,

MIRANDO LA CABEZA DE POMPEYO.

Presenta ufano á César victorioso
El tirano de Ménfis inclemente
La temida cabeza que al Oriente
Tuvo al són de las armas temeroso.
No pudo dar el corazón piadoso
Enjutos ojos ni serena frente
Al don funesto; mas ginió impaciente
De tal crueldad, y repitió horroroso:
«Tú, gran Pompeyo, en la fatal caída
Serás ejemplo de la humana gloria
Y cierto aviso de su fin incierto.
»¡Cuánto se debe á tu virtud crecida!
¡Cuán costosa en tu muerte es mi victoria!
Vivo te aborrecí, te lloro muerto.»

FRANCISCO DE MEDRANO.

ODAS.

A JUAN ANTONIO DE ALCÁZAR,

POR LA TEMBLANZA.

La inexpugnable torre y la ferrada
Puerta y los cames, tristes veladores,
Asaz pudieran conservar guardada
De osados amadores
A Danaos encerrada,

Si Venus, ingeniosa, no burlára
De Acrisio, padre y guarda recatado
De la virgen, si no se transformára
Jove en metal sagrado,
Que el camino allaná.

Penetra victorioso las escuadras,
Y romper quiere el oro por las peñas
Duras, más que los rayos poderoso,
¿Qué fuerte á las enseñás
No se allana medroso?

Desmentidas las puertas más leales
De los pueblos Filipino abrió con dones,

Y venció émulos reyes; aus iguales
Son ¡oh cuáles prisiones!
Las dádivas reales.

Sigue el oro el cuidado congojoso
Y la sed de más oro. Yo prudente
El fausto siempre aborrecí ambicioso,
Flavio, luz del presente
S'glo, por ti dichoso.

Quien más negáre á su desear méndigo,
Habrá del cielo más; de los que nada
Codician el estrecho bando sigo,
De la chusma afanada
Tras la plata enemigo.

Dueño más noble de unas pocas plantas
Que si me diera luz la fama ciega,
Porque en mis torres ocultára cuantas
Mieses Sicilia siega,
Pobre en riquezas tantas,

Con un arroyo breve de agua pura,
Y tierra poca y fiel á mi esperanza,
En desprecio me viene quien la anchura
Del indio imperio alcanza
Con suerte mal segura.

Y aunque ni las abejas calabresas
Me labran miel, ni vientos regalados
De Ribadavia añejes ven mis mesas,
Ni ocupar mis ganados
De Alcudia las dehesas;

No pobreza importuna me atormenta,
Ni tú le permítieras, y enfrenada
La codicia, ni así del fisco aumenta
Mi hacienda linitada
La mal habida renta,

Como la del que siempre afana en vano.
Fáltale á quien de poco es enemigo,

Mucho. ¡Dichoso á quien con seso sano
Dios le dió bien amigo,
Lo asaz con parca mano!

A DON ALONSO DE SANTILLAN.

Fió, Santiso, España sus banderas
De tu constancia y fe; tú al mar violento,
Expuesto vas, y al viento
Y á las escuadras fieras
Del holandes sangriento.

El se apresta, y á duro cautiverio
Reducir nuestras gentes se asegura,
Y por dar se apresura
Al español imperio
En el mar sepultura.

Llegue; que puños hallará y consejo
Buenos así, que cuando á ver su muerte
De su engaño despierte,
Cual medrosó conejo
Huir quiera, y no acierte.

Tú al ménos, cuando el viento ó mar derrama
A los tuyos, ansioso de más gloria
La muerte ó la victoria
Al cautiverio infame
Prefiere; ten memoria
De aquella hermosa y varonil gitana
Que ver pudo con frente no turbada
Vencida y destrozada
Por la gente romana
Su poderosa armada;
Y ni siguió la vergonzosa huida,

Ni la alteró cual hembra el ya desnudo
Puñal, de industria agudo;
Mas al pecho, atrevida,
Aplicó el áspid crudo.

Tal es. Osó con ánimo robusto
A morir generosa ántes que viva
Verse llevar cativa,
Triunfando de ella Augusto:
¡Mujer asaz altiva!

Sacaste en el primero y el segundo
 Hasta el último día del reposo
 A luz la faz alegre del profundo,
 Y el celestial asiento luminoso
 Con tanto resplandor y hermosura
 De varia y perfectísima pintura.

«Con que tan lejos del concierto humano
 Se adorna el cielo de purpúreas tintas,
 Y el traslucido esmalte soberano
 Con inflamadas lucas y distintas
 Muestras tu diestra y poderosa mano
 Cuando con tanta maravilla pintas
 Los grandes signos del etéreo claustro
 De la parte del Fénix y del Anstro;

«Al ufano pavon alas y falda,
 De oro bordaste y de matiz divino,
 Do vive el rosicler, do la esmeralda
 Reluce y el zafiro alegre y fino;
 Al fiero pardo la listada espalda,
 La piel al tigre en modo peregrino,
 Y la tierra amantísima que esmalta
 El lirio y rosa, el amazanto y calta.

«Todo fiero animal por tí vestido
 Va diverso en color del vario velo;
 Todo volante genero atrevido,
 Que al aire y nubes hunda en presto vuelo;
 Los que cortan el mar, y el que tendido
 Su cuerpo arrastra en el materno suelo.
 De tí, mi inculto ingenio, enfermo y poco,
 Fuerzas alcance, yo á tí solo invoco.»

DE LA FORMACION DEL HOMBRE.

Un mundo en breve forma reducido,
 Propio retrato de la mente eterna,

PABLO DE CESPEDES.

FRAGMENTOS QUE SE CONSERVAN DE SU POEMA

EL ARTE DE LA PINTURA.

LIBRO PRIMERO.

Mueve al alma un deseo que la inclina
 A seguir desigual atrevimiento;
 Ardor, que nos parece ser divina
 Inspiracion de pretendido intento;
 Si el desierto vigor donde se afina
 En mí avivase el fugitivo aliento,
 Diria el artificio soberano
 Sin par qué llegar pudo estado humano.
 ¿Cuál principio conviene á la noble arte?
 ¿El dibujo que él solo representa
 Con vivas líneas que redobla y parte,
 Cuanto el aire, la tierra y mar sustenta?
 ¿El concierto de músculos y parte
 Que á la invencion las fuerzas acrecienta?
 ¿El bello colorido y los mejores
 Modos con que florece, ó los colores?
 Comenzaré de aquí: «Pintor del mundo,
 Que del confuso caos tenebroso

Hizo Dios, que es el hombre, ya escogido
Morador de su rágia sempiterna ;
Y el aura simple de inmortal sentido
Inspiró dentro en la mansion interna,
Que la exterior parte avive, y mueva
Los miembros frios de la imagen nueva.

Vistió de una ropa que compuso,
En extremo bien hecha y ajustada,
De un color hermosísimo, confuso,
Que entre blanco se muestre colorada ;
Como si alguno entre azacenas puso
La rosa en bella confusion mezclada,
O del indio marfil traslora y pinta
La limpia tez con la sidonia tinta.

LOS INSTRUMENTOS NECESARIOS
PARA LA PINTURA.

Será entre todos el pincel primero
En su cañon atado y recogido,
Del blanco pelo del silvestre vero
(El belgido es mejor y en más tenido);
Sedas el jabali cerdoso y fiero
Parejas ha de dar el más crecido ;
Será grande ó mayor, segun que fuere
Formado á la ocasion que se ofreciere.

Un junco que tendrá ligero y firme
Entre los dedos la siniestra mano,
Do el pulso incierto en el pintar se afirma,
Y el teñido pincel vacile en vano ;
De aquellas que cargó de tierra firme
Entre oro y perlas navegante ufano,
De ébano ó de marfil, asta que se entre
Por el cañon y con el pelo encuentre.

Demas un tabloneillo relumbrante
Del árbol bello de la tierna pera,
O de aquel otro que del triste amante
Imitáre el color en su madera,
Abierto por la parte de delante,
Do salga el grueso dedo por defuera ;
En él asentarás por sus tenores
La variedad y mezcla de colores.

Un pórfido cuadrado, llano y liso,
Tal que en su tez te mires limpia y clara,
Donde podrás con no pequeño aviso
Trillarlos con sutil mixtura y rara ;
De tres piernas la máquina de aliso,
De una á otra poco más que vara,
Las clavijas pondrás en sus encajes,
Donde á tu mano el cuadro alces ó bajas.

De macizo nogal y sazonado
Derecha regla, que el perfil recuadra,
Tendrás tambien, de acero bien labrado,
No faltará ocasion, la justa escuadra ;
El compas del redondo fiel trabado,
A quien el propio nombre al justo cuadra,
Que, abriéndose ó cerrando, no se sienta
El salto donde el pase más se aumenta.

Demas de esto, un cuchillo acomodado
De sus perdidos filos ya desnudo,
Que incorpore el color, y otro delgado
Que córte sin sentir, fino y agudo ;
Los despojos del pájaro sagrado,
Cuya voz oportuna tanto pudo
De la Tarpea roca en la defensa,
Cuando tenerla el fiero galo piensa.

Sea argentada concha, do el tesoro
Creció del mar en el extremo seno,
La que guarde el carmin y guarde el oro,

El verde, el blanco y el azul sereno;
Un ancho vaso de metal sonoro,
De frescas ondas transparentes lleno,
Do molidos á olio en blando frío,
Del calor los defienda y del estío.

Una ampolla de vidrio cristalina,
Que el perfecto barniz guarde, distinta
De otra do se conserva y do se afina
Olio con que más cómodo se pinta;
Con estas otra que á la par destina
A la letra, y dibujo obscura tinta,
De caparrosa hecha, agalla y goma,
Con el licor que da la fértil Soma.

DE LA DURACION DE LA TINTA.

Tiene la eternidad ilustre asiento
En este humor por siglos infinitos,
No en el oro y el bronce, ni ornamento
Vario, ni en los colores exquisitos;
La vaga fama con robusto aliento
En él espárece los canoros gritos
Con que celebra las famosas lides
Desde la India á la ciudad de Alcides.
¿Qué fuera (si bien fué segura estrella,
Y el hado en su favor constante y cierto)
Con la soberbia sepultura y bella
De las cenizas del esposo muerto
La magnánima Reina, si en aquella
Noche oscura de olvido y desconcierto
La tinta la dejára y los colores
De versos y eruditos escritores?
Los soberbios alcázares alzados
En los latinos montes hasta el cielo,
Anfiteatros y arcos levantados

De poderosa mano y noble celo,
Por tierra desparcidos y asolados,
Son polvo ya que cubre el yermo suelo;
De su grandeza apénas la memoria
Vive, y el nombre de pasada gloria.

De Priamo infelice solo un día
Deshizo el reino tan temido y fuerte;
Crece la inculta hierba do crecía
La gran ciudad, gobierno y alta suerte;
Viene espantosa con igual porfia
A los hombres y mármoles la muerte;
Llega el fin postrimero, y el olvido
Cubre en oscuro seno cuanto ha sido.

Humo envuelto en las nieblas, sombra vana
Somos, que áun no bien vista, desaparece;
Breve suma de números que allana
La Parca cuando multiplica y crece;
Tirana suerte en condicion humana,
Que con nuestros despojos enriquece.
Deuda cierta nacemos y tributo
Del gran tesoro del hambriento Pluto.

Todo se anega en el Estigio lago:
Oro esquivo, nobleza, ilustres hechos;
El ancho imperio de la gran Cartago
Tuvo su fin con los soberbios techos;
Sus fuertes muros de espantoso estrago
Sepultados se cierra en sí y deshechos,
El espacioso puerto, donde suena
Ahora el mar en la desierta arena.

Espantoso su nombre fué, espantoso
El hierro agudo á la ciudad de Marte;
Ella lo sabe, y Trasimeno ondoso,
Que en su sangre hirvió de parte á parte,
Caverna ahora del león vellosa,
Do Aspe sorda y Cerasta se reparte,

A dó no humano acento, mas bramidos
De fieras resonantes son oídos.

Vos sentisteis también ménos amigos
Los tristes hados con discurso extraño,
No tanto por los golpes enemigos,
Mas por vuestro valor, último daño,

¡Oh Numancia, oh Sagunto! que testigos
Ahora sois de humano desengaño;
Caísteis, mas quitó vuestra venganza
Al vencedor la palma y la esperanza.

¿Qué? Si la edad hambrienta lleva
Las peñas enrisgadas y subidas,
El fiero diente y su crueza ceba
De piedras arrancadas y esparcidas;
Las altas torres con extraña prueba
Al tiempo rinden las eternas vidas;
Hiéndese y abre el duro lado en tanto
El mármol liso, el simulacro santo.

Del gran Señor la omnipotente mano,
Que las ruedas formó del ancho mundo
Y cuanto adorna el pavimento humano,
Y el mar y cuanto esconde en el profundo;
¿No vemos que refrena y va á la mano
De la natura el gran poder segundo?
Pues todo cuanto á luz sacar le place
Acaba, y con morir su curso hace.

¿Cuántas obras la tierra avara esconde,
Que ya ceniza y polvo las contemplo?
¿Dónde el bronce labrado y oro, y dónde
Atrios y gradas del asirio templo,
Al cual de otro gran rey nunca responde,
De alta memoria peregrino ejemplo?
Sólo el decoro que el ingenio adquiere
Se libra de morir ó se difiere.

No creo que otro fuese el sacro río

Que al vencedor Aquiles y ligero
Le hizo el cuerpo con fatal rocío
Impenetrable al homicida acero,
Que aquella trompa y sonoro brío
Del claro verso del eterno Homero,
Que viviendo en la boca de la gente,
Ataja de los siglos la corriente;

Como se opuso con igual aliento
El verso grande de Maron divino,
Cuando con paso audaz de ilustre intento
Del áurea eternidad halló el camino;
Puso en el trono del purpúreo asiento
La noble tinta del poeta Andino
Al magnánimo Eneas, no el ínico
Pasaje y la creciente de Numico.

PRINCIPIOS PARA ADESTRAR LA MANO.

Primero romperás lo ménos duro
Deste arte, poco á poco conquistando;
Procura un órden, por el cual seguro
Por sus términos vayas caminando;
Comienza de un perfil sencillo y puro
Por los ojos y partes figurando
La faz; ni me desplugo deste modo
Un tiempo linear el cuerpo todo.

Un día y otro día, y el continuo
Trabajo hace práctico y despierto,
Y despues que tendrás seguro el tino
Con el estilo firme y pulso cierto,
No cures atajar luengo camino
Ni por allí te engañe cerca el puerto;
Vedan que el deseado fin consigas
Pereza y confianzas enemigas.

Así la universal naturaleza

Cuantos produce al esplendor del cielo,
No primero los arma de firmeza
Ni con osado pié huellan el suelo;
Que el sabor de la leche la terneza
Funde y condense del purpúreo velo;
Y como va creciendo el alimento,
Refuerza con igual mantenimiento,

Hasta que ya crecida allega al punto
Adulta edad de más perfecto estado,
El sustento dispone, y dalo junto
Al cuerpo y al vigor acomodado;
No quieras adornar más tu trasunto
De lo que conviniere al primer grado;
Que cuanto más en él te detuvieres,
Irás más pronto al otro á que subieres.

Ya que el aura segunda de la suerte
Descubre en tu favor felice agüero,
No puede, según esto, sucederte
Menos el resto que el sudor primero;
Por ende con ahínco anteponte
Pretende entre los otros delantero,
Llevando siempre, y vencerás, por guía
La libre obstinacion de tu porfía.

La elegancia y la suerte graciosa
Con que el diseño sube al sumo grado
No pienses descubrirla en otra cosa,
Aunque industria acrecientes y cuidado,
Que en aquella excelente obra espantosa,
Mayor de cuantas se han jamas pintado,
Que hizo el Bonarrota de su mano
Divina en el etrusco Vaticano.

Cual nuevo Prometeo en alto vuelo
Alzándose, extendió las alas tanto,
Que puesto encima el estrellado cielo,
Una parte alcanzó del fuego santo,

Con que tornando enriquecido al suelo,
Con nueva maravilla y nuevo espanto
Dió vida con eternos resplandores
A mármoles, á bronces, á colores.

Era perpétua noche y sombra oscura
La ignorancia, que tanto ocupa y tiene,
Cuando con llama relumbrante y pura
Esta luz clara se aparece y viene;
Vistióse de no vista hermosura
El siglo inculto y rudo, á quien conviene
Con título vencer debido y justo
La fortunada edad del gran Augusto.
¡Oh, más que mortal hombre, ángel divinol
¡Oh! ¿cuál te nombraré? No humano, cierto,
Es tu sér; que del cerco impíreo vino
Al estilo y pincel vida y concierto;
Tú mostraste á los hombres el camino
Por mil edades escondido, incierto,
De la reina virtud; á tí se debe
Honra que en cierto día el sol renueve.

LIBRO SEGUNDO.

DE LA PROPORCION DE LOS HOMBRES.

Y aunque en la proporcion generalmente
De los antiguos muchos disfrieron,
Una intento seguir, la más corriente
Que en las mayores obras eligieron;
Yo la vi y observé en aquella fuente
De perenne saber, de do salieron
Nobles memorias de valiente mano,
Que ornan la alta Tarpeya y Vaticano.
Del alto de la frente, do el cabello

Se comienza á espesar oscurecido,
Hasta donde adornado de su vello
El perfil de la barba es más crecido,
Y do más bajo se avecina al cuello,
En tres partes iguales dividido,
La medida será con quien midieres
Grande ó pequeña imagen que hicieres.

DE LA PROPORCION DE LOS ANIMALES.

El estudio no ménos y el cuidado
Que pusiste en humanas proporciones,
A cualquier animal representado
Aplicarás por partes y razones;
Al corzo ligerísimo, al venado,
Pero en particular á los leones
Con fuerte garra y con lanúdas crines,
Y cierta ley de rigurosos fines.
El hermoso lebrel, el crudo alano
Pintado, ser de grande ornato hallo;
El jabali espantoso, el tigre hircano,
Y otros en grande número que callo;
Mas sobre todo ten siempre á la mano
El bizarro dibujo del caballo,
Con que tanto enriquece la pintura
El aliento, caudal y hermosura.

PINTURA DE UN CABALLO.

Muchos hay que la fama ilustre y nombre
Por estudio más alto ennobleciera
Con obras famosísimas, dó el hombre
Explica el artificio y la manera;
Sólo el caballo les dará renombre
Y gloria en la presente y venidera

Edad, pasando del dibujo esquivo
A descubrirnos cuanto muestra el vivo.

Que parezca en el aire y movimiento
La generosa raza dó ha venido,
Salga con altivez y atrevimiento
Vivo en la vista, en la cerviz erguido;
Estribe firme el brazo en duro asiento
Con el pié resonante y atrevido,
Animoso, insolente, libre, ufano,
Sin temor al horror de estruendo vano;

Brioso el alto cuello y enarcado,
Con la cabeza descarnada y viva;
Llenas las cuencas, ancho y dilatado
El bello espacio de la frente altiva;
Breve el vientre rollizo, no pesado,
Ni caído de lados, y que aviva
Los ojos eminentes; las orejas
Altas sin derramarlas, y parejas.

Bulla hinchado el fervoroso pecho
Con los músculos fuertes y carnosos;
Hondo el canal dividirá derecho
Los gruesos cuartos limpios y hermosos;
Llena el anca y crecida, largo el trecho
De la cola, y cabellos desdeñosos,
Ancho el hueso del brazo y descarnado,
El casco negro, liso y acopado.

Parezca que desdeña ser postrero
Si acaso caminando ignota puente
Se le pone al encuentro y delantero
Precede á todo el escuadron siguiente,
Seguro, osado, denodado y fiero
No dude de arrojarse á la corriente
Raudal, que con las ondas retorcidas
Resuena en las riberas combatidas.

Si de léjos al arma dió el aliento

Ronco la trompa militar de Marte,
De repente estremece un movimiento
Los miembros, sin parar en una parte;
Crece el resuello, y recogido el viento,
Por la abierta nariz ardiendo parte;
Arroja por el cuello levantado
El cerdoso cabello al diestro lado.

Tal las sueltas madejas extendidas
De la fiera cerviz con fiero asalto,
Cuando con los relinchos encendidas
El aire y blanca nieve á Pelio alto,
Las matas más cerradas esparcidas
Al vago viento igual de salto en salto,
En el encuentro de su ninfa bella,
Saturno volador delante della;

Tal el gallardo Cilaro iba en suma,
Y los de Marte atroz iban y tales;
Fuego espiraba la albicante espuma
De los sangrientos frenos y bozales;
Tal con el tremolar de libia pluma
Volaban por los campos desiguales
Con ánimos y pechos varoniles
Los del carro feroz del grande Aquiles;

A los cuales excede en hermosura
El cisne volador del señor mio;
Que la victoria cierta se asegura
De otro cualquiera en gentileza y brio;
Va delante á la nieve helada y pura
En color, y en correr al Euró frio,
Y á cuantos en su verso culto admira
La ronca voz de la pelasca lira.

Salve, gran madre, á quien dichoso parto
Digno engrandece de corona y cetro,
Cuyo esplendor se extiende y crece harto
Más vivo y puro que el diurno eletro,

Rendido el persa, el agareno y parto
A su valor con sonoro pletro;
Si, el suelo tiene áun quien venza y quiebre
De Esmirna y Roma el presumir celebre.

Cuales en torno el carro levantado
De uncidos ferocísimos leones.
Van al abrigo del materno lado
De estrellas los ardientes escuadrones;
No menor gozo tienta el pecho amado
Ver tú salir de tí tales varones,
Cuya virtud cual el celeste fuego
Reluce, y más el gran Marqués de Priego.

Este, por quien de gloria coronada
Viste de eterno honer mil ornamentos,
Córdoba, de laureles adornada
Y de palmas sus altos fundamentos;
Luz de su ilustre patria, levantada
Encima á cualesquier merecimientos;
Y es bien razon que en serlo dello sea
De cuanto alumbra el sol y el mar rodea.

Y si tú, grave cítara, pretendes
Seguir este subido heroico intento,
Y el valor celebrar donde te enciendes
Tanto, y alzar tu voz al claro asiento,
No consienten tus fuerzas lo que emprendes,
Que pocas son, y el ya cansado aliento;
Vuelve, vuelve, y conoce la carrera
Que ya tomaste á proseguir primera.

DE LA PERSPECTIVA.

Si enseñarte pudiese los conceptos
Escritos, y la voz presente y viva
Los primeros abriera, y los secretos
Que encierra en sí la docta perspectiva;

Como extendidos por el aire y retos
Los rayos salen de la vista esquiua;
Como al término llegan de su intento,
Dó paran como en basa y fundamento;

Osaré confesar que alguna parte
El continuo trabajo alcanzar puede,
Por gastar largo tiempo en aquesta arte,
Y la esperanza audaz, que al fin sucede,
De mirar dónde acaba y dónde parte
El córte de las líneas, y dó quede
Señalado el escorzo con certeza
En breve forma y con mayor belleza.

DEL ESCORZO.

Acórtase por esto, y se retira
El perfil que á los miembros ciñe y parte,
Y asimismo escondiéndose á la mira,
Y desmiente á la vista una gran parte,
Donde una gracia se descubre y mira
Tan alta, que parece que allí el arte,
O no alcanza de corta, ó se adelanta
Sobre todo artificio, ó se levanta.

Esto llaman *escorzo*, introducido
Que en la habla comun se entienda y nombre,
De tierras extranjerias conducido,
Trajo con la arte misma el mismo nombre;
Ora pues ni el trabajo conocido
Tal vez te haga acobardar ni asombre,
Ni la dificultad severa pueda
Bomperte el paso á la sublime rueda.

LA PINTURA DE ALEJANDRO POR APÉLES.

¿Qué diré de la tabla que desvia
El fulminante brazo y los colores?
Vivo parece, y viva fuerza envía
El golpe entre fingidos resplandores,
Al cual se rindió el Asia, y la porfía
De los partos huyendo vencedores,
Y la pintura tan subida y nueva,
Que con relinchos su caballo aprueba.

DE LA CUADRÍCULA.

Bien hay donde extender la blanca vela
Por ancho campo, donde el fin no es cierto
Y traer mil preceptos que la escuela
Tuvo de los antiguos y el concierto;
Mas mientras la intencion más se desvela,
Más cerca pide el deseado puerto;
Con todo, descubrir el fin se debe
Del camino más fácil y más breve.

Y para mayor luz, sabrás que hay una
Industria con que muchos han obrado,
Y acudiendo el favor de la fortuna,
Y el suceso al estudio y al cuidado,
Sus pinturas ilustres una á una
Las colocaron en tan alto grado,
Tan firmes, que la fuerza no ha podido
Del tiempo oscurecerlas, ni el olvido.

Harás de cuatro listas bien labradas,
Que entre sí puedan encajarse, un cuadro,
Y por iguales trechos señaladas
A la redonda sean del rectadro;
De señal á señal atravesadas
Vayan las hebras á encontrarse en cuadro,

Cual el vario ajedrez suele mostrarse,
Y de ébano y marfil diferenciarse.

Podrás como quisieres la figura
En tabla ó en papel representarla,
En la cual se descubra en la escultura
Un movimiento vivo en que mirarla;
De suerte la acomoda en la postura,
Que habrás despues con tintas de pintarla,
Si aspira el noble pecho á la alta gloria
Que da de siglo á siglo la memoria.

El ya dicho instrumento en medio puesto
De esta figura y de tu opuesta vista,
La membrana ó papel tendrás dispuesto,
Do tu dibujo con razon consista;
Un trazo suba por derecho enhiesto,
Y corra por traves la ciega lista
Con otros tantos cuadros y señales,
Todas al justo ó todas desiguales.

Y luégo mirarás por donde pasa
Cierto el contorno de la bella idea,
De rincon en rincon, de casa en casa
De aquella red que contrapuesta sea;
A tus cuadrados los perfiles casa
Con oscura ematite, do se vea
El escorzo tan justo, con efecto
Igual en todo al imitado objeto.

DE LA IMITACION DE LA NATURALEZA.

Y pues ya sale y resplandece y dora
Con belleza de luz del nuevo dia
El cielo oscuro, la florida aurora,
Y alza la faz rosada al aura fria,
A vos llamo y á vos convoco ahora
Ilustre y animosa compañía

Que conmigo entendido aquella parte
Habeis de los principios de aquesta arte.

Mas ¿qué me canso de pintar si al vivo
Desfallece el matiz y apénas llega,
Si con humilde ingenio lo que escribo
Mal el verso declara ó mal despliega?
Del natural pretende alto motivo
Seguir que á solo estudio no se entrega;
Del natural recoge los despojos
De lo que pueden alcanzar sus ojos.

Busca en el natural, y si supieres
Buscarlo, hallarás cuanto buscares;
No te canse mirarlo, y lo que vieres
Conserva en los diseños que sacares;
En la honrosa ocasion y menesteres
Te alegrará el provecho que hallares,
Y con vivos colores resucita
El vivo que el pincel é ingenio invita.

No me atrevó á decir ni me prometo
Todas las bellas partes requeridas
Hallarse de continuo en un sujeto,
Todas veces sin falta recogidas;
Aunque las eria sin ningun defecto,
A todas en belleza preferidas,
Naturaleza, tú entresaca el modo,
Y de partes perfectas haz un todo.

DE LAS IMÁGENES DE LA FANTASÍA.

En el silencio oscuro su belleza,
Desnuda de afectadas fantasías,
Le descubre al pintor naturalza
Por tantos modos y por tantas vías,
Para que el arte atienda á su lindeza
Con nuevo ardor quando en las cumbres frías

La luna embiste blanca y en cabello
Al pastorcillo desdeñoso y bello.

Las frescas espeluncas escondidas
De arboredos silvestres y sombríos,
Los sacros bosques, selvas extendidas
Entre corrientes de cerúleos ríos;
Vivos lagos y perlas esparcidas
Entre esmeraldas y jacintos fríos.
Contemple, y la memoria entretenida
De varias cosas queda enriquecida.

PREDICCIÓN DE SÍ MISMO.

Si dispusiese el soberano cielo,
Cuyo imperio corrige y ley gobierna
Cuanto á luz manifiesta el ancho suelo,
Y el estado mortal siguiendo alterna,
Que despues que dá vuelta el leve vuelo
Del tiempo, que consume y desgobierna
Cuanto produce y cria el universo,
Viviese la memoria de mi verso;

Quizá acontezca entre otros desvaríos
En que dan los que aquesta humana senda
Huellan, que mire en los preceptos míos
Uno que alzarse á la virtud pretenda,
Y añadiendo al cuidado nuevos bríos,
Levantar á su antiguo honor empresa
Esta arte ya perdida y desechada,
Sin honra en el olvido sepultada.

¿Cómo? ¿No puede ser? Un tiempo estuvo,
Y pasaron mil años, escondida,
En tanto que la niebla oscura tuvo
De la ignorancia la virtud sin vida,
Hasta que aventajadamente hubo
Quien la ensalzó do ahora está subida;

Mas, como todas cosas, nunca puede
Firmarse donde permanezca y quede.

No asienta en nada el pié ni permanece
Cosa jamas criada en un estado;
Este hermoso sol que resplandece,
Y el coro de los astros levantado,
El vago aire y sonante, y cuanto crece
En la tierra y mar de grado en grado
Mueven, como ellos cambian vez y asientos,
Y revuelven los grandes elementos.

GUTIERRE DE CETINA.

MADRIGAL.

Ojos claros, serenos,
Si de un dulce mirar sois alabados,
; Por qué, si me mirais, mirais airados?
Si cuando más piadosos
Más bellos pareceis á quien os mira,
No me miréis con ira,
Porque no parezcáis ménos hermosos.
; Ay, tormentos rabiosos!
Ojos claros, serenos,
Ya que así me mirais, miradme al ménos.

LUIS MARTIN.

MADRIGALES.

Iba cogiendo flores
Y guardando en la falda,
Mi ninfa, para hacer una guirnalda;
Mas primero las toca
A los rosados labios de su boca,
Y les da de su aliento los olores;
Y estaba, por su bien, entre una rosa
Una abeja escondida
Su dulce humor hurtando,
Y como en la hermosa
Flor de los labios se halló, atrevida
La picó, sacó miel, fuése volando.

Sobre el verde amaranto y espadaña
Que Guadalhorce baña
Tenía con dorada llave el sueño
Cerrados los dos ojos, claros soles,
De mi hermoso dueño,
Y del rostro los rojos arboles
Con un sudor cubiertos oloroso,

Vidola el cristalino dios del rio,
Y á tierra sale de su albergue undoso,
Vestido el cuerpo de ovas y rocío,
Y con helados labios bebe y toca
El delicado aliento de su boca.
El sueño sintió el hielo,
Y abrió los soles del sereno cielo,
Y al dios hecho de escarcha así le ofenden,
Que suena ya su pecho como fragua,
Y teme que los rayos que lo encienden
Lo conviertan en agua:
Y así turbado y ciego
Saltó en el agua y escapó del fuego.

SONETO.

Cubierto estaba el sol de un negro velo,
Luchaba el viento con el mar hinchado,
Y él, en huecos peñascos quebrantado,
Con blanca espuma salpicaba el cielo.
El ronco trueno amenazaba al suelo,
Tocaba el rayo al monte levantado,
Y pardas nubes de granizo helado
El campo cobijaban con su hielo.
Mas luégo que su clara luz mostraron
Los bellos ojos que contento adoro,
Y á quien el alba envidia los colores,
Calmó el mar, calló el viento, se ausentaron
Los truenos, pintó el sol las nubes de oro,
Vistióse el campo de olorosas flores.

BALTASAR DE ESCOBAR.

SONETO.

AL PIÉ DE LAS POESÍAS
DE FERNANDO DE HERRERA.

Así cantaba en dulce són Herrera,
Gloria de Bétis espacioso, cuando
Iba las quejas amorosas dando
De su mansa corriente en la ribera;
Y las ninfas, del bosque en la frontera,
Selva de Alcides, todas escuchando,
En cortezas de olivos entallando
Sus versos, cual si Apolo los dijera.
Y porque, tiempo, tú no los consumas,
En estas hojas trasladados fueron
Por sacras manos del castalio coro.
Dieron los cisnes de sus blancas plumas,
Y las ninfas del Bétis esparcieron
Para enjugarlos sus arenas de oro.

SOTO.

MADRIGAL.

Quando las penas miro
De tu martirio fuerte,
Amor, gimo y suspiro
(Como último remedio) por la muerte;
Procuro, por perderte,
Perder contigo la enojosa vida;
Y viéndola por tí más que perdida,
Del gran placer que siento
Vuelvo á vivir y crece mi tormento.

GASPAR GIL POLO.

CANCION DE NEREA.

En el campo venturoso,
Donde con clara corriente
Guadalaviar hermoso,
Dejando el suelo abundoso
Da tributo al mar potente;
Galatea desdeñosa
Del dolor que á Licio daña,
Iba alegre y bulliciosa
Por la ribera arenosa
Que el mar con sus ondas baña,
Entre el arena cogiendo
Conchas y piedras pintadas,
Muchos cantares diciendo
Con el són del ronco estruendo
De las ondas alteradas.
Junto al agua se ponía,
Y las ondas aguardaba,
Y en verlas llegar huía;
Pero á veces no podía,
Y el blanco pié se mojaba,

Licio, al cual en sufrimiento
Amador ninguno iguala,
Suspendió allí su tormento,
Mientras miraba el contento
De su polida zagala;

Mas cotejando su mal
Con el gozo que ella habia,
El fatigado zagal,
Con voz amarga y mortal,
Desta manera decia:

«Ninfa hermosa, no te vea
Jugar con el mar horrendo;
Y aunque más placer te sea,
Huye del mar, Galatea,
Como estás de Licio huyendo.

»Deja ahora de jugar,
Que me es dolor importuno,
No me hagas más penar,
Que en verte cerca del mar
Tengo celos de Neptuno.

»Causa mi triste cuidado,
Que á mi pensamiento crea;
Porque ya está averiguado
Que, si no es tu enamorado,
Lo será cuando te vea.

»Y es lo cierto, porque amor
Sabe, desde que me hirió,
Que para pena mayor
Me falta un competidor
Más poderoso que yo.

»Deja la seca ribera
Do está el agua infructuosa;
Guarda que no salga afuera
Alguna marina fiera
Enroscada y escamosa,

»Huye ya, y mira que siento
Por tí dolores sobrados,
Porque con doble tormento
Celos me da tu contento
Y tu peligro cuidados.

»En verte regocijada,
Celos me hacen acordar
De Europa, ninfa preciada,
Del toro blanco engañada
En la ribera del mar.

»Y el ordinario cuidado
Hace que piense continuo
De aquel desdenoso Alnado,
Orilla el mar arrastrado,
Visto aquel monstruo marino.

»Mas no veo en mi terror
De congoja y pena tanta,
Que bien sé por mi dolor
Que á quien no teme el amor
Ningun peligro le espanta.

»Guarte, pues, de un gran cuidado,
Que el vengativo Cupido,
Viéndose menospreciado,
Lo que no hace de grado,
Suele hacerlo de ofendido.

»Ven conmigo al bosque ameno
Y al apacible sombrío,
De olorosas flores lleno,
Dó en el día más sereno
No es enojoso el estío.

»Si el agua te es placentera,
Hay allí fuente tan bella
Que para ser la primera
Entre todas sólo espera
Que tú te laves en ella.

» En aqueste raso suelo
A guardar tu hermosa cara
No basta sombrero ó velo;
Que estando al abierto cielo
El sol, morena, se para.

» No escuchas dulces concetos,
Sino el espantoso estruendo
Con que los bravosos vientos
Con soberbios movimientos
Van las aguas revolviendo.

» Y tras la fortuna fiera,
Son las vistas más suaves
Ver llegar á la ribera
La destrozada madera
De las anegadas naves.

» Ven á la dulce floresta
Dó natura no fué escasa,
Donde haciendo alegre fiesta
La más calorosa siesta
Con más deleite se pasa.

» Huye los soberbios mares:
Ven, verás como cantamos
Tan deleitosos cantares
Que los más duros pesares
Suspendemos y engañamos.

» Y aunque quien pasa dolores
Amor le fuerza á cantarlos,
Yo haré que los pastores
Nos digan cantos de amores,
Porque huelgues de escucharlos.

» Allí por bosques y prados
Podrás leer todas horas,
En mil robles señalados,
Los nombres más celebrados
De las ninfas y pastoras;

» Mas seráte cosa triste
Ver tu nombre allí pintado,
En saber que escrita fuiste
Por el que siempre tuviste
De tu memoria borrado.

» Y aunque mucho estás airada,
No creo yo que te asombre
Tanto el verte allí pintada
Como el ver que eres amada
Del que allí escribió tu nombre.

» No ser querida y amar
Fuera triste desplacer;
Mas ¿qué tormento ó pesar,
Te puede, ninfa, causar
Ser querida y no querer?

» Mas desprecia cuanto quieras
A tu pastor, Galatea,
Sólo que en esas riberas
Cerca de las ondas fieras
Con mis ojos no te vea.

» ¿Qué pasatiempo mejor
Cerca del mar puede hallarse
Que escuchar el ruiseñor,
Coger la olorosa flor

Y en clara fuente lavarse?
» Pluguiera á Dios que gozaras
De nuestro campo y ribera:
Y porque más lo preciaras
Ojalá tú lo probaras
Antes que yo lo dijera.

» Porque cuanto alabo aquí
De su crédito le quito,
Pues el contentarme á mí
Bastará para que á tí
No te venga en apetito, »

Licio mucho más le hablára,
Y tenía más que hablalle,
Si ella no se lo estorbára,
Que con desdenosa cara
Al triste dice que calle.

Volvió á sus juegos la fiera
Y á sus llantos el pastor;
Y de la misma manera
Ella queda en la ribera
Y él en su mismo dolor.

GLOSA.

Contando está Melibeo
A Florisa su dolor,
Y ella responde: «Pastor,
Ni te entiendo ni te creo.»

Él dice: «Pastora mia,
Mira con qué pena muero,
Que de grado sufro y quiero
El dolor que no querria;
Arde y muérese el deseo;
Tengo esperanza y temor.»
Ella responde: «Pastor,
Ni te entiendo ni te creo.»

Él dice: «El triste cuidado
Tan agradable me ha sido,
Que cuanto más padescido,
Entonces más deseado;
Premio ninguno deseo,
Y estoy sirviendo al amor.»
Ella responde: «Pastor,

Ni te entiendo ni te creo.»

Él dice: «La dura muerte
Deseára, si no fuera
Por la pena que me diera
Dejar, pastora, de verte;
Pero, triste, si te veo,
Padezco muerte mayor.»

Ella responde: «Pastor,
Ni te entiendo ni te creo.»

Él dice: «Muero en mirarte,
Y en no verte estoy penando;
Cuando más te voy buscando,
Mas temor tengo de hallarte;
Como el antiguo Proteo,
Mudo figura y color.»

Ella responde: «Pastor,
Ni te entiendo ni te creo.»

Él dice: «Haber no pretendo
Más bien del que la alma alcanza,
Porque aun con la esperanza
Me parece que te ofendo;
Que mil deleites poseo
En tener por tí un dolor.»

Ella responde: «Pastor,
Ni te entiendo ni te creo.»

SANTA TERESA DE JESUS.

GLOSA.

*Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero,
Que muero porque no muero.*

Aquesta divina union,
Del amor con que yo vivo,
Hace á Dios ser mi cautivo,
Y libre mi corazon:
Mas causa en mí tal pasion
Ver á Dios mi prisionero,
Que muero porque no muero.
¡Ay! Qué larga es esta vida,
Qué duros estos destierros,
Esta cárcel y estos hierros
En que el alma está metida!
Sólo esperar la salida
Me causa un dolor tan fiero,
Que muero porque no muero.
¡Ay! ¡Qué vida tan amarga
Do no se goza el Señor!
Y si es dulce el amor,
No lo es la esperanza larga;

Quíteme Dios esta carga,
Más pesada que de acero,
Que muero porque no muero.
Sólo con la confianza
Vivo de que he de morir;
Porque muriendo el vivir
Me asegura mi esperanza:
Muerte do el vivir se alcanza,
No te tardes, que te espero,
Que muero porque no muero.
Mira que el amor es fuerte;
Vida no seas molesta,
Mira que sólo te resta,
Para ganarte, perderte;
Venga ya la dulce muerte,
Venga el morir muy ligero,
Que muero porque no muero.
Aquella vida de arriba
Es la vida verdadera:
Hasta que esta vida muera,
No se goza estando viva:
Muerte, no seas esquiva;
Vivo muriendo primero,
Que muero porque no muero.
Vida, ¿qué puedo yo darle
A mi Dios, que vive en mí,
Si no es perderte á ti,
Para mejor á Él gozarle?
Quiero muriendo alcanzarle,
Pues á Él solo es el que quiero,
Que muero porque no muero.
Estando ausente de ti,
¿Qué vida puedo tener?
Sino muerte padecer
La mayor que nunca vi;

Lástima tengo de mí,
Por ser mi mal tan entero,
Que muero porque no muero.

El pez que del agua sale
Aun de alivio no carece,
A quien la muerte padece
Al fin la muerte le vale:
¿Qué muerte habrá que se iguale
A mi vivir lastimero?

Que muero porque no muero.
Cuando me empiezo á aliviar
Viéndote en el Sacramento,
Me hace más sentimiento

El no poderte gozar:
Todo es para más penar,
Por no verte como quiero,
Que muero porque no muero.

Cuando me gozo, Señor,
Con esperanza de verte,
Viendo que puedo perderte,
Se me dobla mi dolor.

Viviendo en tanto pavor,
Y esperando como espero,
Que muero porque no muero.

Sácame de aquesta muerte,
Mi Dios, y dame la vida,
No me tengas impedida
En este lazo tan fuerte:

Mira que muero por verte,
Y vivir sin tí no puedo,
Que muero porque no muero.

Lloraré mi muerte ya,
Y lamentaré mi vida,
En tanto que detenida
Por mis pecados está.

¡Oh, mi Dios, cuando será,
Cuando yo diga de vero,
Que muero porque no muero!

*Ya toda me entregué y di,
Y de tal suerte he trocado,
Que mi Amado es para mí,
Y yo soy para mi Amado.*

Cuando el dulce Cazador
Me tiró y dejó rendida,
En los brazos del amor
Mi alma quedó caída,
Y cobrando nueva vida

De tal manera he trocado,
*Que mi Amado es para mí,
Y yo soy para mi Amado.*

Tiróme con una flecha
Enarbolada de amor,
Y mi alma quedó hecha
Una con su Criador;

Ya yo no quiero otro amor,
Pues á mi Dios me he entregado,
*Y mi Amado es para mí,
Y yo soy para mi Amado.*

Si el amor que me teneis,
Dios mio, es como el que os tengo;
Decidme, ¿en qué me detengo?
O Vos ¿en qué os deteneis?
— Alma ¿qué quieres de mí?

— Dios mío, no más que verte.
— Y ¿qué tienes más de ti?
— Lo que más te no es perderte.
Un amor que osupe os pido:
Dios mío, que mi alma os tenga,
Para hacer un dulce nido
Adonde más la convenga.
Un alma en Dios escondida
¿Qué tiene que desear,
Si no amar y más amar,
Y en amor toda encendida,
Tornarte de nuevo á amar?

¡Dichoso el corazón enamorado
Que en solo Dios ha puesto el pensamiento!
Por él renuncia todo lo criado,
Y en él halla su gloria y su contento.
Aun de sí mismo vive descuidado,
Porque en su Dios está todo su intento,
Y así alegre pasa y muy gozoso
Las ondas deste mar tempestuoso.

DIEGO HURTADO DE MENDOZA.

AL SILENCIO DE SUS QUEJAS.

De los tormentos de amor,
Que hacen desesperar,
El que tengo por mayor
Es no poderse quejar
El hombre de su dolor.
Cualquier mal es duro y fuerte,
Y tiene su furor loco;
Mas el mío es de tal suerte,
Que consume poco á poco,
Hasta llegar á la muerte.
No hay mal que con publicallo
No se acabe, aunque sea fiero;
Mas yo, cuitado que callo,
¿Cómo es posible pasallo,
Si de entrambas cosas muero?
Dime, Filis: ¿quién me ha vuelto,
Que tal me ha puesto contigo?
O es demonio que anda suelto
O venganza de enemigo
Que anda en amistad envuelto.
¿Qué te pueden haber dielo,

Con que tanto mal me han hecho?
¿Quién puso saña en tu pecho,
Que al trato ha puesto entredicho
Y á mi vida en tanto estrecho?
Dígame cuanto deseas,
Hágame en ello servicio;
Pero tú nunca lo creas,
Ni me juzgues por indicio,
Hasta que claro lo veas.
¡Oh, tiempo para llorarse,
Donde se sufre y se espera,
Y aún para desesperarse,
Pues quieres que un triste muera
Sin el gusto de quejarse!
Y pues en todo recibo
Agravio con daño cierto,
Hagan bien á este cautivo,
Que está, de medroso, muerto,
De desesperado, vivo.

REDONDILLAS Á SU DAMA,

ESTANDO AUSENTE.

El que es tuyo, si el perdido
De alguno puede llamarse,
De sí mismo aborrecido,
A tí envía á encomendarse.
No juzgues á presuncion
Que te escriba lo que siento,
Sino sobra de aficion
Y falta de sufrimiento.
Y aunque esta carta cerrada,
Te parezca como quicra,

Con mis lágrimas bañada
Se imprimió el sello en la cera,
En ella toda verás
De mis congojas la muestra,
Por donde conocerás
Cuanto más siento que muestra.
¿Por ventura has olvidado
Esta tierra en que moraste,
Que aún esperan tu mandado
Los amigos que dejaste?
Por cierto, si es en tu mano
De escribir como solias,
Que nos haces de temprano
Contar y esperar los días.
A los que léjos estamos,
Si el amor es verdadero,
Todo cuanto imaginamos
Nos parece hacedero.
Puede ser que, de contenta,
Nos tienes por olvidados,
Y que ponés en tu cuenta
Los ausentes por pagados.
A hermosura tan alta
No contentará morada
Donde lo ménos que falta
Es ser vista y adorada.
¿Qué te aprovecha la maña?
La discrecion ¿qué te vale
Entre esa gente huraña,
Para quien el sol no sale?
De mí puedes entender
Que desesperando espero,
Y esperaré hasta ver
Si tornas como primero.
Mas hé miedo que el reposo

Te convida á descansar,
O quizá algun envidioso
Te detiene á mi pesar.
Vivo los dias pensando
Si tiene mi mal enmienda;
Las noches, no la hallando,
A llorar suelto la rienda.
Y paso atónito y loco
Mi tiempo en esta zozobra;
Que para llorar es poco,
Mas para vivir me sobra.
Cuando finjo que te veo
O que algun tiempo me viste,
Es con el rostro y meneo
Con que de aqui te partiste.
¿Qué bien hay que no sea malo?
¿Qué mal que no me persiga?
¿Dónde buscaré regalo,
Si el regalo me castiga?
Procuro quien te parezca,
Y como ninguna hallo
Que tanta gloria merezca,
Bajo los ojos y callo.
Yo no estoy en mi poder,
Que el desatino me lleva,
Viendo que no puede ser
Hacer tan falsa la pueba.
Si duermo, soñando pienso
Que te hablo, al mismo instante
Huyes, y quedo suspenso,
La voz y mano adelante.
Sueño, quien de vos se ceba,
No se acuerda del remate;
Entrais haciendo gran pueba
Y salís por disparate.

Una imágen tengo tuya
Puesta delante mis ojos,
Que aunque hé miedo que me huya
Y pruebe hacerme enojos,
Háblola y hállola muda,
Mírola y hállola esquivá;
Tanto, que me pone duda
Si es la pintada ó la viva.
Revuelto de cuando en cuando,
Acuso mi ceguedad:
Despues digo suspirando:
¿Por qué tanta crueldad?
Es la vida mi deudora,
Y la pintada me paga;
De manera que empeora
Con el remedio mi llaga.
En otro tiempo holgara
De tratar con tus amigos,
Y ahora huyo la cara,
Como de falsos testigos;
Que trayendo á la memoria
Lo que fui y lo que ellos son,
No me causan vanagloria,
Sino desesperacion.
Quien llamó á la muerte ausencia
No estaba bien en lo cierto;
Que no ha menester paciencia
El hombre despues de muerto.
Yo, que sufro, callo y creo
Ausente y mal satisfecho,
¿Con cuántas muertes peleó
Entre la boca y el pecho!
Tal me veo, en tal afrenta,
Señora, como te escribo,
Que no me recibo en cuenta

Las horas que sin tí vivo;
Y pregunto de hombre en hombre
Si volverás ó si engañas,
En la voz siempre tu nombre,
Y tu vista en las entrañas.
Y por carrera tan larga
Voy de mí mismo huyendo,
Que, como el alma es la carga,
Deseo el fin, no lo viendo.
Mas espero en mal tan grave
De tan contrarios extremos,
Que se mude ó que me acabe,
Como en otras cosas vemos.
El cielo que está nublado
Desecha la oscuridad;
La luna y sol eclipsado
Vuelven á su claridad.
Tras el invierno el verano,
Tras la noche el día claro,
Y tras lo enfermo lo sano,
Tras el mal viene el reparo.
El duro roble en la sierra,
De fuerte rayo herido,
Vemos levantar de tierra
Más alto y más extendido;
Y la mar, que, de turbada,
Hizo miedo á las estrellas,
Torna clara y sosegada,
Como á competir con ellas.
¡Cualquier mudanza llegase,
Y llegase con presteza,
Ó el mal en bien se trocase,
Ó cesase su braveza!
Piensa lo que sentiría
Viéndote como te vi;

Tan gran colmo de alegría
Caber no podría en mí.
Si no viniera á este punto
De ausencia ni despedida,
No perdiera todo junto
El alma, el mundo y la vida.
El alma, que deséspero,
El mundo, que le aborrezco,
La vida, ya que no muero,
Que muerte en vida padezco.
Cuando de haber tú partido
Culpa alguna yo tuviese,
Más querría no haber sido
O la tierra me sumiese.
Tan áspera adversidad
No hay hombre que la consuele,
Pues no alcanza la piedad
A lo ménos que ella duele.
Entre lo que vida alcanza,
Y entre los muertos, busqué
Remedio á esta maladanza,
Pero nunca le hallé.
Uno, que no siente nada,
Calla otro, que lo siente;
En fin, no hay hora menguada
Sino para el que está ausente.
Mas ¿qué haré si te gasta
Contra mí algun importuno?
Para dañar uno basta,
Para aprovechar ninguno.
Con voluntad invidiosa
Vió mi mal y tu llaneza;
Parecerále otra cosa,
Si procura tu aspereza.
Tal medicina hay que daña,

Aunque al médico le place,
Y tal ingenio, que engaña
Al maestro que lo hace.

A tirano antojadizo.
Dieron maestro cruel;
El toro de alambre hizo
Quien murió encerrado en él.
Presto se le tornó en lloro
Cuanto comenzó por juego;
El mismo dentro del toro
Probó el tormento del fuego.

Era el són de los gemidos,
Con la fuerza de la llama,
Cual suena á nuestros oídos
Un bravo toro que brama.

El suceso y la ambición,
El caso y la maravilla,
Movieron admiración,
Mas no movieron mancilla.
¡Oh cruel! En este caso
¿Qué te dolió el bien ajeno?
La envidia te hinchó el vaso
Cuando me diste el veneno.

Y como inocente dello,
Bebilo hasta acaballo.
En mi mano fué bebello,
Aunque no fué remediallo.

Si tú, señora, no quieres
Tomar de mí la conquista,
Procura ya, si pudieres,
De sanarme con tu vista.

VILLANCICO.

*Esta es la justicia
Que mandan hacer
Al que por amores
Se quiso prender.*

Engañó al mezquino
Mucha hermosura,
Faltó la ventura,
Sobró el desatino.
Errado el camino,
No puede volver
El que por amores
Se quiso prender.

Mándenle escribir,
Aunque no contente,
Y si se arrepiente,
Que no pueda huir,
Que quiera morir,
Y no pueda ser;
Esta es la justicia

Que mandan hacer.
Entró simple y ciego,
Mas no sin razon;
Hizose aficion
De lo que era juego;
Él encendió el fuego
En que habia de arder,
Cuando por amores
Se quiso prender.

Sufra desfavores
Hechos por antojo,
Háganse del ojo

Sus competidores,
Y los miradores
Échenlo de ver;
Que esta es la justicia
Que mandan hacer
*Al que por amores
Se quiso prender.*
Si acaso algún día
Habla con su dama,
Mire ella al que ama,
Y con él se ría;
De envidia y porfía
Se ha de mantener
*El que por amores
Se quiso prender.*
Diga su cuidado,
Mas no sea creído;
Antes que sea oído
Sea condenado;
Quiera ser mirado:
No le quieran ver
*Al que por amores
Se dejó prender.*

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.

A UNA DAMA LLAMADA ANA.

Vuestros lindos ojos, Ana,
¡Quién me dejase gozállos,
Y tantas veces besállos
Cuantas me pide la gana
Con que vivo de mirállos!
Darles hía
Cien mil besos cada día,
Y aunque fuesen un millon:
Mi penado corazón
Nunca harto se vería.
¡Oh cuán bienaventurado
Es aquel que puede estar
Do os pueda ver y hablar
Sin perderse de turbado,
Como yo suelo quedar!
¡Ay de mí!
Que ante vos, despues que os vi
Y quedé de vos herido,
No hay en mí ningún sentido
Que sepa parte de sí.
La lengua se me entorpece,

Sus competidores,
Y los miradores
Échenlo de ver;
Que esta es la justicia
Que mandan hacer
*Al que por amores
Se quiso prender.*
Si acaso algún día
Habla con su dama,
Mire ella al que ama,
Y con él se ría;
De envidia y porfía
Se ha de mantener
*El que por amores
Se quiso prender.*
Diga su cuidado,
Mas no sea creído;
Antes que sea oído
Sea condenado;
Quiera ser mirado:
No le quieran ver
*Al que por amores
Se dejó prender.*

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.

A UNA DAMA LLAMADA ANA.

Vuestros lindos ojos, Ana,
¡Quién me dejase gozállos,
Y tantas veces besállos
Cuantas me pide la gana
Con que vivo de mirállos!
Darles hía
Cien mil besos cada día,
Y aunque fuesen un millon:
Mi penado corazón
Nunca harto se vería.
¡Oh cuán bienaventurado
Es aquel que puede estar
Do os pueda ver y hablar
Sin perderse de turbado,
Como yo suelo quedar!
¡Ay de mí!
Que ante vos, despues que os vi
Y quedé de vos herido,
No hay en mí ningún sentido
Que sepa parte de sí.
La lengua se me entorpece,

Y de locos aturdidos
Me retinan los oídos,
Y la lumbre se oscurece
A mis ojos doloridos.
Viva llama
Por mi cuerpo se derrama,
Y hago con piés y manos
Mil ademanes livianos,
Ajenos del que no ama.
Mi alma os quiere y adora,
Mas su pasión y fatiga
Le dan causa que os maldiga,
Y amándoos como á señora,
Os tenga por enemiga.
Amo y quiero,
Aborrezco y desespero
Todo junto, y el por qué
Preguntado, no lo sé,
Mas siento que es así, y muero.
Circe diz que convertía
Los hombres en animales;
Y es creible que eran tales,
Porque yo en mi fantasía
Hallo las mismas señales.
Entender
No me sé, ni conocer,
Cuando cabe vos estoy,
Porque sin duda no soy
El mismo que suelo ser.
¿Queréis por ejemplo desto
Otro donaire mayor?
Si acaso me dais favor,
Parezco bien dispuesto,
Y lágame un ruiseñor;
Mas despues,

Con el más chico revés,
Ninguna gloria me queda,
Porque, deshecha la rueda,
Quedo mirando los piés.
De suerte que en vuestra mano
Es trastrocar el ser mio;
Con un mismo desvario
Estoy gracioso y ufano,
Y otras veces necio y frio.
Y ando á tienta,
Buscando contentamiento,
Pero no acierto á tomallo;
Piérdolo donde lo hallo,
Despues lo busco en el viento.
Muy hacadero me muestra
Amor, con su liviandad,
El fin de mi voluntad;
Mas la falta de la vuestra
Muestra la dificultad.
Mil razones,
Estorbos y dilaciones
Hallais porque no queréis;
Quered, y no hallaréis
Nada destas ocasiones.
Tenedme cuidado vos
Sólo de serme obediente;
Que yo haré s. guramente
Lo que cumpl. á ambos á dos,
Sin ningun inconveniente.
Descuidada
Estad de ser olvidada
Aunque vos os olvideis,
Porque no sois ni seréis
De vos misma tan amada.
Si segun lo que padezco,

Pudiéndolo yo decir,
Merced os he de pedir,
Mucho mayor la merezco
Que la puedo recibir.
Mas no pido
Pago tan descomedido,
Que es demandar gollerías;
Porque no diré en mis días
Lo que esta noche he sufrido.
No quiero que hagais nada,
Sino que sólo querais;
Que si vos aquí llegais,
Yo doy fin á la jornada
Donde vos la comenzaís.
Yo os espero,
Porque llegando primero
Do vos habeis de llegar,
Vamos despues á la par,
Que es trabajo placentero.
No se cuenten mis suspiros,
Porque al favor de miraros,
Ya que no puedo gozaros,
Buen galardón es serviros
En pago de deseáros.
Reina mía,
Cara llena de alegría,
Donde mana mi tristeza,
Sufrá vuestra gentileza
En paciencia esta porfia.

EN UNA PARTIDA FUERA DE ESPAÑA.

¡Oh cruel de mí conmigo!
¿Dónde voy? ¿Dónde me alejo,
Lastimado?
¿Cómo soy tan mi enemigo,
Que me parto de do dejo
Mi cuidado?
¡Oh piés míos! ¿dónde vais
Sin mí por tierras ajenas,
Tan extrañas?
Decí, ¿adónde me lleváis,
Dejándome allá en cadenas
Las entrañas?
Ojos míos corporales,
Que no veis á quien os suele
Consolar,
Verted lágrimas leales,
Porque en algo se consuele
Mi pesar.
Ojos del entendimiento,
Que lleváis siempre presente
Mi deseo,
Gozad sin impedimento
De la imágen excelente
Que no veo.
¡Oh pecho, donde se encierra
Mi dolor y penas tantas,
Tan sangrientas,
Pues dentro tienes tal guerra,
Di, ¿por qué no te quebrantas
Y revientas?
¡Oh pensamiento envidoso,
Que un momento solamente

No me dejas,
Dame un poco de reposo;
No seas tan diligente
Con tus quejas.

¡Oh, suspiros engendrados
De las ansias y pasión
Del sentido!

Salid, salid aquejados;
Dad descanso al corazón
Afligido.

Tristezas y angustias mías,
Que yo de mi voluntad
Busco y llamo,
Ayudadme en estos días
A sentir la soledad
De quien amo.

¡Oh partida acelerada!
¡Oh cuchillo de dolor
Lastimero!

Partirás, por ser forzada,
La vida, mas no el amor
Verdadero.

Este cuerpo miserable
Podrá, por ser tú cruel,
Apartarse;
Que el ánimo no mudable
Antes quedará sin él
Que mudarse.

Vos, mi fe, que comenzaís
En la letra que comienzan
Mis amores,
Pues en su poder quedais,
Suplicalde que la venzan
Mis dolores.
Y selde tan importuna,

Pues sois con justo derecho
Su cautiva,
Que otra fe jamás alguna
No se aposente en su pecho
Mientras viva.

¡Oh, muy fiel corazón mío,
Que quedas allá en servicio
De mi dueño,
En tu lealtad confío
Que harás bien el oficio
Que te enseñó!
No te dolerás de tí,
Pues quedas donde el tormento
Se te paga;
Pero duelele de mí,
Que do quiera que estoy siento
Cruda llaga.

¡Oh descanso en que me vi,
Que un día solo en mi mano
Reposaste!
Cierto no te merecí,
Pues veniste, y tan temprano
Me dejaste.

Día de Mayo postrero,
Que fin y comienzo fuiste
De mi gloria,
Cuanto entonces placentero,
Tanto me es agora triste
Tu memoria.

¡Oh, mi reina y mi señora!
Pues os he sido en presencia
Fiel amante,
Sedme vos también agora
En los peligros de ausencia
Muy constante.

Por la fe que me debeis,
Y por el fuego encendido
Que en mi arde,
Os suplico que os guardéis
De ofenderme con olvido,
Aunque tarde.

Con vos queda mi ventura,
Mi descanso y mi placer
Y mi alegría;
Va conmigo mi amargura
Para siempre me tener
Compañía.
Muy buena conversacion
Llevo en iros deseando
De contino;
Que en vuestra contemplacion
Con vos me voy razonando
De camino.

Á UN AMIGO SUYO, PIDIÉNDOLE

CONSEJO EN UNOS AMORES ALDEANOS.

Heredero principal
Del discreto Cartagena,
Pues vuestro saber es tal,
Quiéroos descubrir mi mal
Porque remedieis mi pena.
Sabed que muero de amores
Rústicos y labradores,
Groseros y desabridos;
Más lozanos y pulidos,
Y lindos como unas flores.
Es una moza aldeana,

Zahareña, desdeñosa,
Muy grave sobre liviana,
Hermosa, pero villana,
Villana, pero hermosa.
Bien dispuesta á maravilla,
Rubia, blanca y colorada;
Pero tan desamorada,
Que querella ni servilla
Es cosa muy excusada.

Y esta gran contrariedad
Acrecienta mi fatiga,
Porque su mucha beldad
Convida mi voluntad;
Mas ella me es enemiga,
Y no sólo no agradece
Lo que por ella padece
Mi penado corazon,
Mas por la misma razon
Me desama y aborrece.

Y maguer simple pastora,
No deja de conocer
Lo que es, ni ménos ignora
La beldad que en ella mora,
Que no se puede asconder;
Do viene que su limpieza
Al olor de su lindeza
La hace doblado esquivia,
Despreciadora y altiva,
Preciando su gentileza.
Vila por desdicha mía
El dia de Santiago;
Que, aunque es santísimo dia,
Segun yo peno, diria
Que fué para mí aciago.
Un corro de mozas bellas,

Y esta traidora con ellas,
Bailaban en unas bodas;
Mas sobrábalas á todas
Como el sol á las estrellas.
Miré que estaba vestida,
Por ser fiesta señalada,
De saya verde fruncida,
Con un tejillo ceñida
Y una albanega labrada.
Sus zapatas coloradas
A media pierna arrugadas,
Su cabezon y gorguera,
Camisa blanca grosera,
Con las mangas apuntadas.
Bailaba con gran primor,
Cantando con gentil arte
Sus cantares á sabor,
A fuer de Villamayor,
Seis á seis de cada parte.
Yo, cuitado, por gozar
Lo que debiera excusar,
A mirallas me paré,
Y al punto que allí llegué
Decían este cantar:

«Aquí no hay
Sino ver y desear;
Aquí no veo
Sino morir con deseo.
» Madre, un caballero
Que estaba en este corro
A cada vuelta
Hacíame del ojo.
Yo, como era bonica,
Teníasele en poco.

» Madre, un escudero
Que estaba en esta baila
A cada vuelta
Asíame de la manga;
Yo, como soy bonica,
Teníasele en nada.»

Yo, que bailar la miraba,
De que gran placer había,
En la moza contemplaba,
Y cada vuelta que daba
El corazon me hería.
Y no bien amonestado
Del cantar atras contado,
Preso de su hermosura,
Queriéndolo así ventura,
Acordé de ser penado.
Y por más no dilatar
Lo que el amor me pedía,
Determiné de esperar
Allí para la hablar
Cuando á su casa volvía.

Y díjele: «A fe, señora,
Que sois gentil bailadora;
Dichoso quien os habrá.»
Respondiéndome: «Dios, que ha,
En eso pensaba agora.»

Dende adelante siguiendo
La conquista comenzada,
Cuanto mas la voy queriendo,
Ménos con ella me entiendo,
Ni ella quiere entender nada.
Mas, caso que lo quisiese,
Y yo con ella pudiese
Platicar, lo cual no puedo,

Téngole cobrado miedo,
Y hé miedo que me entendiése.

Y como de mis dolores
Esté tan libre y ajena,
Aunque le diga primores,
Siente tan poco de amores
Que se burla de mi pena.
Y en pago de cuanto afano,
Por ser el padre villano,
Acusando mi porfia,
Dice que no es igual mia,
Siendo mayor una mano.

Mira, Señora, en mi mal,
Que es extraño y al revés
De otros amores; el cual,
Si fuera más general,
Mal de muchos gozo es;
Mas éste, cualquier que sea,
Por el lugar do se emplea
Es tal, que si sin morir
Dél me deja Dios salir,
Nunca mas amor de aldeá.

Pero no puedo hacer,
Segun amo, ya mudanza;
Y pensar jamas vencer
Tan ignorante mujer
Es una vana esperanza.
Pues vivir con tal dolor
No lo consiente el amor,
Si no me quiero tornar
Garzon del mesmo lugar,
Y me hago labrador.

Contempla, pues, mi tormento,
Y el trabajo con que vivo;
Y creed que lo que siento

Es para mí, que lo cuento,
Mucho mas de lo que escribo;
Y viendo cuál puede ser
Lo que debo padecer,
Si os doleis de mi cuidado,
Venga el remedio esperado
Conforme á vuestro saber.

RESPUESTA DEL AMIGO
SOBRE LOS DICHS AMORES.

Más con gana de serviros
Que con sobra de saber,
Quiero, mi señor, deciros
De vuestros nuevos suspiros
De amores mi parecer;
Aunque ser yo trovador
Va tan fuera de razon,
Que sois en cargo, señor,
Siendo vos el causador,
De hacer restitucion.

Pero pues me habeis mandado,
Y es forzado obedeceros,
Sintiendo vuestro cuidado
Tanto, que me ha lastimado,
He por bien de obedeceros;
Y si el remedio no fuere
Tal que alivie la pasion,
Pues pedis vida á quien muere,
De quien lo que quereis quiere
Recibireis la intencion.

Y por ser vuestros amores
De calidad tan contraria,

Temo más vuestros dolores,
Y los tengo por mayores,
Pues es pena extraordinaria;
Que, según do se ha empleado
El amor que os apasiona,
Es hablar en lo excusado
Pensar de ser remediado,
Si no mudáis la persona.

Que, pues con tan cruda mano
Os ha herido el amor,
Pienso ser consejo sano
Hablarla como aldeano;
Quizá sentirá el dolor.
Porque, siendo tan grosero
Su traje con su vivir,
El estilo verdadero
Le parecerá extranjero,
Aunque lleguéis á morir.

Y si en vos, señor, hubiera
Poder de poder libraros,
El mejor remedio fuera
Desa cruel pena fiera
Tener medio de apartaros;
Mas, pues no podéis haber
Libertad de vuestro mal,
So enmienda de más saber,
Si quereis querido ser,
Mudad vuestro natural.

RAZONAMIENTO
DE UN CAPITAN GENERAL Á SU GENTE.

Señores y compañeros
Que salisteis de Bohemia

Por virtud, y no por premia,
A ganar honra y dineros,
Ya sabéis que hasta aquí,
Mientras quiso la fortuna,
No ha habido falta ninguna
Por vosotros ni por mí.

Agora, por los pecados
De alguno, veis que nos vemos
Do de hambre perecemos,
De toda parte cerrados.
Veis los turcos poderosos,
Y más fuertes á la fin,
Y muerto Pedro Rachin
Y otros hombres valerosos.

Pues ya que con osadía
Queramos acometellos,
Antes de tocar en ellos
Nos mata el artillería.
Para estar aquí perdidos
Estas causas grandes son,
Cuanto más que hay traicion
Y estamos todos vendidos.

Y por nuestra mala suerte,
Si esperamos á mañana,
Moriremos, y no gana
El Rey nada en nuestra muerte,
El remedio es retraer,
Por excusar tanto mal,
Y el capitán general
Es del mismo parecer.

Y caso que de este hecho
Alguna mengua ganemos,
Al menos excusarémos
De no morir sin provecho.
Cualquier daño y perdicion

Con la vida se repara;
Más vale vergüenza en cara
Que mancilla en corazón.
Pero diga quien dijere;
Que si es honra el combatir,
No es ménos saber huir
Cuando el tiempo lo requiere.
Aperciba pues cualquiera
Los pies, si quereis salvaros,
Porque yo pienso llevaros,
Si puedo, la delantera.

GLOSA.

*Guárdame las vacas,
Carillejo, y besarte hé;
Si no, bésame tú á mí,
Que yo te las guardaré.*

En el troque que te pido,
Gil, no recibes engaño;
No te me muestres extraño
Por ser de mí requerido.
Tan ventajoso partido
No sé yo quien te lo dé;
Si no, bésame tú á mí,
Que yo te las guardaré.
Por un poco de cuidado
Ganarás de parte mia
Lo que á ninguno daria
Sino por dón señalado.
No vale tanto el ganado
Como lo que te daré;
Si no, dámelo tú á mí,

Que yo te las guardaré.

— No tengo necesidad
De hacerte este favor,
Sino sola la en que amor
Ha puesto mi voluntad.
Y negarte la verdad
No lo consiente mi fe;
Si no, quíereme tú así,
Que yo te las guardaré.

— Oh, cuántos me pedirian
Lo que yo te pido á tí,
Y en alcanzarlo de mí
Por dichosos se tendrian.
Toma lo que ellos querrian,
Haz lo que te mandaré;
Si no, mándame tú á mí,
Que yo te las guardaré.

Mas tú, Gil, si por ventura
Quieres ser tan perezoso,
Que precias más tu reposo
Que gozar de esta dulzura,
Yo por darte á tí holgura
El cuidado tomaré

*Que tú me beses á mí,
Que yo te las guardaré.*

Yo seré más diligente
Que tú sin darme pasion,
Porque con el galardón
El trabajo no se siente;
Y haré que se contente
Mi pena con el por qué,
*Que es que me beses tú á mí,
Que yo te las guardaré.*

A UN CABALLERO

QUE LE ENVIÓ UNA COPLA MAL TROVADA.

Una copla me enviastes,
Señor, de mala yacija,
Hecha con piés de estornija;
El mal es que trasnochastes,
Y al cabo paristes hija.
Mas, sin más satisfaccion
De los yerros que hay en ella,
Sois digno de haber perdon,
Siquiera por la pasion
Que pasastes en hacella.

A OTRO, POR LO MISMO.

El que las coplas hicistes,
Todos los que las miramos
Sabed que en deuda os quedamos
De la risa que nos distes;
Pero vos de vos y dellas
Quejaros tambien podréis,
Porque el tiempo nos debeis
Que gastamos en leellas.

Á UN MAL PAGADOR.

Pues no se excusa perderos,
Segun que camino va,
Yerro pienso que será

Dejar perder mis dineros.
Y pues por tan poco precio
Perderme, señor, quereis,
Más quiero que me acuseis
De importuno que de necio.

Á UNA DONCELLA

QUE SE METIÓ MONJA.

Nueva planta sois, Maria,
Puesta en el huerto de Dios;
Desde hora mirad por vos,
Que os cumple, de noche y dia.
En buena tierra quedais;
Procurad bien de arraigaros,
Porque no pueda arrancaros
El viento cuando crezcáis.

UN BEBEDOR.

Hubo un hombre vizcaíno,
Por nombre llamado Juan,
Peor comedor de pan
Que bebedor de buen vino.
Humilde de condicion
Y de bajos pensamientos,
De corta disposicion
Y de flaca complexion,
Pero de grandes alientos.
Fué devoto en demasía,
Especial de San Martin

Y de los montes del Rhin
Y valle de Malvasia ;
Y con esta inclinacion,
Aunque delicado y flaco,
Prometi6 con devocion
Obediencia y religion
Al poderoso dios Baco ;
En la cual fu6 tan constante ,
Que el fervor de la niñez,
Creciendo con la vejez,
Iba con tino adelante ;
Y con el fuego de amor
Su rostro todo inflamado
De aquel divino licor,
Mud6 su propia color
En moreno y colorado.
Tuvo con esto á la par
Una risica donosa
De Marta la piadosa,
Dispuesta para colar ;
Y de la continuacion
Del estrecho coladero,
Hizosele en conclusion
Sed perpétua en el pulmon
Y callos en el gargüero.
Por lo cual fu6 menester,
Sin que excusar se pudiese,
Que siempre, siempre tuviese
Por no morir, qué beber ;
Pero junto al paladar
Tuvo una esponja por vena,
Que, acabada de mojar,
Se le tornaba á secar
Como el agua en el arena.
De suerte que todavia

La sed se le acrecentaba,
Porque lo que la mataba,
Eso mismo la encendia ;
Y las ganas le crecian
Como llamas en la fragua,
Que se avivan y se crian
Cuanto más más las rocian
Los herreros con el agua.
Y con esta sed devota,
Hecha natural costumbre,
No le era más una azumbre
Que si bebiera una gota ;
Y de estar así embebido
En el beber de continuo
Andaba tan aturrido,
Encorvado y sometido
Al espíritu del vino.
En fin, su beber fu6 tal,
Que mil veces pereciera
Si Dios no le socorriera
Con un amo liberal ;
Mas, no bastando á la larga
Renta, viña ni majuelo
A matar la sed amarga,
Hubo de dar con la carga,
Como dicen, en el suelo.
Mientras monedas habia,
Que la bolsa lo bastaba,
Con ella se remediaba
Lo que la gana pedia ;
Pero no pudiendo dar
Fin á tan larga demanda,
A luégo luégo pagar,
Fu6 menester enviar
Sus prendas á Peñaranda.

Las más partes de las cuales
Por sus cuentas, rematadas
Y en un jarro sepultadas
Quedaron por sus cabaes.

Es lástima de decir,
Y mayor era de ver,
Que al tiempo de despedir,
«Ojos que las vieron ir
Nunca las vieron volver.»

Bebió calzas y jubones,
Y en veces ciertas espadas,
Camisas de otro labradas,
Bolsas, cintas y cordones;
Bebió gorras y puñal,
Y papahigo y sombrero,
Y el sayo, que era el caudal,
Y del ajuar principal,
Que fué las botas y cuero.

En fin, bebió sus alhajas
Hasta no dejar ninguna,
Consumidas una á una
Al olor de las tinajas.
Y demas de eso, bebió
Todo cuanto pudo haber,
Hasta el cuero en que paró;
Que cosa no le quedó,
Sino el alma, que beber.

Yéndose pues á morir
Porque el beber fallecia,
Y si siempre no bebía
Era imposible vivir,
Arrimado á la pared,
Hincó en tierra los hinojos
Por pedir á Dios merced;
Y dijo, muerto de sed,

Llorándole entrambos ojos:

«¡Oh, dios Baco poderoso,
Mira qué bien te he servido,
Y no me echés en olvido
En trance tan peligroso!
Mira que muero por tí
Y por seguir tu bandera,
Y haz siquiera por mí,
Si es fuerza morir aquí,
Que al ménos de sed no muera.»

Acabada esta oracion,
Sin del lugar menearse,
Súbito sintió mudarse
En otra composicion.
El corpezuelo se troca,
Aunque ántes era bien chico,
En otra cosa más poca,
Y la cara con la boca
Se hicieron un rostrico.

Las piernas se le mudaron
En unas zanquitas chicas;
Los brazos en dos alicas
Encima dél asomaron;
Cobró más el dolorido
Dos cornecicos por cejas,
Por voz un cierto sonido
A manera de ruido,
Enojoso á las orejas.

En fin, fué todo mudado
Y en otro sér convertido,
Pero no mudó el sentido,
Solicitud y cuidado.
Quedándole entera y sana
La inclinacion y apetito,
Sin mudársele la gana,

Mudó la figura humana
Y quedó hecho un mosquito.

DIALOGO ENTRE MEMORIA Y OLVIDO.

Dime tú, Memoria, di,
Que presumes sin derecho,
¿Por qué causa el mundo á tí
Loa y precia más que á mí,
Que le soy de más provecho?
Tú con tu importunidad
Les causas guerra contina;
Yo paz y tranquilidad;
Eresles enfermedad,
Yo salud y medicina.

MEMORIA.

¿Quién eres tú, desastrado,
Que hablas tan atrevido?

OLVIDO.

Soy un pobre desechado,
De todo el mundo olvidado,
Y así me llaman Olvido.
Soy libre de condicion,
Que apenas conozco dueño,
Y contrario á tu opinion,
Porque no tomo pasion
De nada, ni pierdo el sueño.

MEMORIA.

Siendo, pues, eso verdad,
Que eres quien dices, amigo,
¿Qué locura y liviandad
Es querer tú en dignidad
Cotejar aquí conmigo,
Y que por una medida
Pienses tú de ser medido
Con mi valor en la vida,
Siendo yo virtud sabida
Y tú vicio conocido?

OLVIDO.

Sé tú quien tú te quisieres,
Que no se me da una paja,
Pues con todo cuanto fueres,
En provechos y placeres
No te conozco ventaja.
No te esfuerces ni te ayudes
De fieros y fantasias;
Vengamos á las saludes,
Saca á plaza tus virtudes,
Yo tambien diré las mias.

MEMORIA.

No seas tan insolente,
Olvido desvergonzado;
Porque Dios entre la gente
Potencia más excelente
Que yo soy no la ha criado.
Bien sé que la alma, por ser

Sempiterna, es desigual;
Pero yo con mi saber
Casi llego á parecer
Tambien cosa celestial.

OLVIDO.

Si por celestial te tienes,
Memoria, súbete al cielo,
Donde vas y de do vienes;
Que yo no pido mis bienes
Sino en este dulce suelo,
Donde sin ningun cuidado
De cosas mias ni ajenas,
De presente ni pasado,
Soy exento y reservado
Dé tus congojas y penas.

MEMORIA.

¿No sabes tú que yo soy,
Entre las cosas criadas,
La que en toda parte estoy,
Y que con mi lumbre doy
Sér y vida á las pasadas?
Mediante lo cual tenemos
Noticia de ellas tan cierta
Como de las que sabemos,
Y con nuestros ojos vemos
Cada dia ante la puerta.
Pues los puntos y primores
De tantas ciencias y artes,
De que tan graves autores
Y de tan diversas partes
Fueron y son inventores ;

La verdad y autoridad
De todo cuanto pasó
En la vieja antigüedad,
¿Quién las hace en esta edad
Manifiestas, sino yo ?

¿Quién hace vivir la fama
De los excelentes hombres,
Que tan léjos se derrama,
Y á muchos otros inflama
En la invidia de sus nombres,
Sino yo, que si durmiese,
Y con virtud y fortuna
La cuenta se me perdiese,
No habria quien se moviese
A gentileza ninguna?

Pero la gloria mediante
De los ejemplos famosos
Que yo les pongo delante,
Convida á que se levante
El alma á los virtuosos,
Para estar siempre despiertos,
Menospreciando el morir,
Siendo seguros y ciertos
Que por mí, despues de muertos,
Comenzarán á vivir.

OLVIDO.

Quizá que concederia,
Por complacerte, Memoria,
Y templar nuestra porfia,
Que de esa tu fantasia
Llevases alguna gloria,
Si de los hechos pasados
Acordases solamente

Los dignos de ser loados,
Excelentes, señalados
Para ejemplo de la gente;
Mas tan bien haces mencion
Y llevas de mano en mano,
Por ejemplos y razon,
De Caligula y Neron
Como de Augusto y Trajano;
Tan bien cuentas del ladron
Malo como del bienquisto,
Y nos das informacion
Tan bien de la condicion
De Júdas como de Cristo.
No te hinchas pues los senos
De esos gozos y regalos,
Si por los ejemplos buenos
Haces daño con los malos;
Porque el mundo pecador,
A todo vicio inclinado,
Siempre sigue lo peor;
De manera que es mejor
Quedar conmigo callado.

MEMORIA.

Calla, miserable Olvido,
Hijo de la misma muerte;
No compares tu partido,
Que ser tuyo ó no haber sido
Todo casi es una suerte;
Y vén en conocimiento
De mi gracia y excelencia,
Que yo soy de nacimiento
Hija del entendimiento,
Madre de la providencia.

Mi cuidado y mi saber,
Que no se duermen ni trocan,
Dan aviso en proveer
Todo lo que es menester
De las cosas que nos tocan.
Yo hago que el hombre entienda,
Con vigilancia y cuidado,
En su honra y en su hacienda,
Y con cordura defienda
Lo con fatiga ganado.
Yo doy lumbré á los errores
Que tú causas y procuras;
Alumbro á los oradores,
Letrados, predicadores,
Que sin mí quedan á oscuras.
Quito los inconvenientes,
Y por medio de testigos
Pongo paz entre las gentes,
Y hago que estén presentes
En ausencia los amigos.

OLVIDO.

Todo eso es la verdad,
Y está, Memoria, muy claro,
Y sería en calidad
De no poca utilidad,
Si no costase tan caro;
Pero hágote saber
Que el que de mucho se acuerda,
Jamás pudo carecer
De algun duelo ó desplacer
Que le aflija y que le muerda.
Las dulces cosas pasadas,
Acordadas, dan pasion,

Y las duras y pesadas
Tambien, no siendo olvidadas,
Aprietan el corazon ;
Y cuando nos apartamos
Del lugar do bien quisimos ,
Cuanto más nos acordamos,
Tanto más y más lloramos
La soledad que sentimos.

Alegas el buen servicio
Que haces á los humanos ,
Pero de este tal oficio
Poco ó ningun beneficio
Se les sigue de tus manos ;
Que á los que vienes y vas
Con avisos singulares,
Y á los que visitas más,
Por un placer que les das
Les causas treinta pesares.

Por tu medio son mayores
Cualesquier adversidades ,
Penas y angustias de amores,
Y otros cualesquier dolores ,
Pérdidas y enfermedades.

Todos los males serian
Menores si tú cesases :
Los que los sufren ternian
El descanso que querrian
Si tú no los atizases.

Enojos, enemistades,
Iras, bravezas y furias,
Bandos y parcialidades
Y vanas prosperidades,
Odios, afrentas, injurias,
Quisiones, guerras, batallas,
Y cosas de este tenor

Tú entiendes en despertallas,
Y yo entiendo en olvidallas :
Mira cuál es lo peor.

Y porque esta competencia
Ya, Memoria, se concluya,
Yo te digo, ten paciencia,
Que hallo gran diferencia
De mi virtud á la tuya ;
Porque es muy más eficaz
Para el cuerpo y para el alma,
Pues durmiendo á su solaz,
Los placeres tienen paz
Y los pesares su calma.

Y yo al fin soy una cosa,
Si no lo quieres negar,
Que, allende de ser sabrosa,
Muchos, por ser tan preciosa,
No la pueden alcanzar.
Por lo cual, si se hiciese
Mercado de tí y de mí,
No dudo, dama, que hubiese
Quien por onza de mí diese
Mas que por libra de tí.

En cualquier cosa perdida
Que no puede ser cobrada,
Tú renuevas la herida ;
Yo soy solo en esta vida
Medicina señalada.
Por tanto, Memoria amiga,
Piensa que estás en error,
Y si no te da fatiga,
Que mi mote te lo diga :
« Olvidar es lo mejor. »

BALTASAR DEL ALCAZAR.

SU MODO DE VIVIR EN LA VEJEZ.

Deseais, señor Sarmiento,
Saber en estos mis años,
Sujetos á tantos daños,
Cómo me porto y sustento.

Yo os lo diré en brevedad,
Porque la historia es bien breve,
Y el daros gusto se os debe
Con toda puntualidad.

Salido el sol por oriente,
De rayos acompañado,
Me dan un huevo pasado
Por agua, blando y caliente.

Con dos tragos del que suelo
Llamar yo néctar divino,
Y á quien otros llaman vino
Porque nos vino del cielo.

Cuando el luminoso vaso
Toca en la meridional,
Distando por un igual
Del oriente y del ocaso,
Me dan asada y cocida

De una gruesa y gentil ave,
Con tres veces del suave
Licor que alegra la vida.

Después que cayendo viene
A dar en el mar hesperio,
Desamparando el imperio
Que en este horizonte tiene,
Me suelen dar á comer
Tostadas en vino mulso,
Que el enflaquecido pulso
Restituyen á su sér.

Luégo me cierran la puerta,
Yo me entrego al dulce sueño;
Dormido soy de otro dueño,
No sé de mí nueva cierta.

Hasta que habiendo sol nuevo,
Me cuentan cómo he dormido;
Y así, de nuevo les pido
Que me den néctar y huevo.

Ser vieja la casa es esto,
Veo que se va cayendo;
Voyle puntales poniendo,
Porque no caiga tan presto.

Mas todo es vano artificio;
Presto me dicen mis males
Que han de faltar los puntales
Y allanarse el edificio.

REDONDILLAS.

Esclava soy, pero cuyo
Eso no lo diré yo;
Que cuyo soy me mandó

Que no diga que soy suyo.

Cuyo soy jurado tiene
De ahorcarme si lo digo;
Libreme Dios de un castigo
Que á tales términos viene.

¡Yo horro, siendo de un cuyo
Tal cual quien me cautivó?
Bien librado estaba yo
Si dijera que soy suyo.

Ando á ganar para mí;
Mas no quiero libertad,
Que esto de mi soledad
Por ser esclavo la di.

Harto he dicho; pero cuyo
Puedo yo ser, eso no;
Digalo quien me mandó
Que no diga que soy suyo.

Púsome en el alma un clavo
Su dulce nombre y la ese,
Porque ninguno pudiese
Saber de quien soy esclavo.

Quien quisiere saber cuyo
Lea donde se escribió,
Y verá quien me mandó
Que no diga que soy suyo.

Quiero al fin decir quien es,
Si no me lo estorba el miedo.
Soy de Ines... ¡Perdido quedo!
Señores, no soy de Ines.

Burlando estaba en el cuyo.
¡Mal haya quien me engañó!
No estaba en mi seso, no,
Si he dicho que soy suyo.

CONSEJOS Á UNA VIUDA.

Deja el llanto y la tristeza,
Gloria de las Isabeles,
Que son verdugos crueles
De tus años y belleza.

La pérdida del marido
Considera que pasó,
Y el pasar no reparó
Cosa de lo ya perdido;

Y sustentar la herida
Siempre abierta del dolor
No promete bien mayor
Del que le das á tu vida;

Porque la tienen de suerte
Tus lágrimas y crueldad,
Que la luz de tu beldad
Se ha vuelto sombra de muerte.

Si quieres ver manifiesto
El ciego error en que estás,
Toma el espejo y verás
El estado en que te ha puesto;

Porque visto el daño, espero,
Compadecida de tí,
Que recibirás de mí
Lo que aconsejarte quiero.

Deja el triste luto aparte,
Pon los alegres doseles,
Y arma la cama en que sueles
Con tu Adónis recrearte.

Ardan los ricos pebetes
Que en tus regalos consumes,
Y usa de nuevos perfumes,
Y de varios ramilletes.

Cubre de perlas el cuello;
Da lustre á la tez hermosa,
Cobra tu color de rosa
Y esparce al viento el cabello.
Ponte la rica cintura
Con los curiosos zarcillos;
Los brazaletes y anillos
Adornen tu hermosura.
Haz ventana para ver
Los ratos desocupados,
Desvanece á los mirados
Si lo merecieren ser.
Tus ojos cojan y lleven
Las banderas y despojos
De las almas, y los ojos
De los que á verte se atreven.
La arpa ya olvidada encuerda,
Tañe y canta letra mía,
Pues que tu dulce armonía
Con la del cielo concuerda.
Bebe clarete, que quita
Melancolías y alegría;
Di luego mal de tu suegra,
Y ande la risa y la grita.
Recibe á brazos abiertos
Cualquier placer que viniere;
Si Venus algo pidiere,
No te acuerdes de los muertos;
Porque en cualquiera razon
Que madama se declara,
Más vale vergüenza en cara
Que mancilla en corazón.
Tus afligidas doncellas,
Que ya no ser lo desean,
Ten por bien que no lo sean;

Serás adorada de ellas.
Y en satisfaccion y á cuenta
De un hecho tan cortesano,
Te darán ripio á la mano
Para que vivas contenta.
Ande pues tu planta bella
Siempre verde y regalada,
De contentos cultivada
Por el fruto que habrás della;
Y así vivirás ufana
Largo tiempo, y al fin del
Podrás usar, Isabel,
El oficio de Diana.

UN CARDENAL VALIENTE.

Estando los escuadrones
Florentinos y romanos,
De indinados corazones,
Para venir á las manos
Por sus antiguas pasiones,
Iba el cardenal de España
Rodeando la campaña,
Y animando á sus soldados
Que entrasen determinados
En la militar hazaña,
Diciéndoles: «Ea, señores,
Pelead como debéis,
Pues en todo sois mejores,
Y tantas veces habeis
Vencido trances mayores.
» La deseada victoria,
Que esperais, ya es conocida;

No teneis por qué dudalla :
Los muertos en la batalla
Vais á cenar á la gloria.»

Y oyendo el rumor vecino,
Echóles la bendicion,
Y en un caballo sabino,
Hijo de padre frison,
Tomó de Roma el camino.

Viendo los soldados esto,
Que era indicio manifesto
Que iba el Cardenal huyendo,
Dábanle voces, diciendo :

«Monseñor, no os vais tan presto;

» Ya los enemigos vienen,
La bélica trompa suena
Para que todos se ordenen ;
Hallaros heis á la cena
Que aderezada nos tienen.»

El respondió sin parar :
«Yo holgara de quedar,
Aunque de camino voy,
Por daros gusto ; mas hoy
He dispuesto no cenar.»

UNA CENA.

En Jaen, donde resido,
Vive don Lope de Sosa,
Y diréte, Ines, la cosa
Mas brava de él que has oido.
Tenia este caballero
Un criado portugues.....
Pero cenemos, Ines,

Si te parece, primero.

La mesa tenemos puesta,
Lo que se ha de cenar junto,
Las tazas del vino á punto,
Falta comenzar la fiesta.

Comience el vinillo nuevo,
Y échole la bendicion ;
Yo tengo por bendicion
De santiguar lo que bebo.

Franco fué, Ines, este toque ;
Pero arrójame la bota,
Vale un florin cada gota
De aqueste vinillo aloque.

¿ De qué taberna se trajo ?
Mas ya..... de la del Castillo ;
Diez y seis vale el cuartillo ;
No tiene vino más bajo.

Por nuestro Señor, que es mina
La taberna de Alcocer ;
Grande consuelo es tener
La taberna por vecina.

Si es ó no invencion moderna,
Vive Dios, que no lo sé,
Pero delicada fué
La invencion de la taberna ;

Porque allí llevo sediento,
Pido vino de lo nuevo,
Mídenlo, dánmelo, bebo,
Págolo y voyme contento.

Esto, Ines, ello se alaba,
No es menester alaballo ;
Sólo una falta le hiallo,
Que con la priesa se acaba.

La ensalada y salpicon
Hizo fin ; ¿ qué viene ahora ?

La morcilla, ¡ gran señora,
Digna de veneracion!
¡ Qué oronda viene y qué bella!
¡ Qué traves y enjundia tiene!
Paréceme, Ines, que viene
Para que demos en ella.
Pues sús, encójase y entre;
Que es algo estrecho el camino.
No echés agua, Ines, al vino;
No se escandalice el vientre.
Echa de lo tras añejo,
Porque con más gusto comas;
Dios te guarde, que así tomas,
Como sabía, mi consejo.
Mas di, ¿ no adoras y precias
La morcilla ilustre y rica?
¡ Cómo la traidora pica!
Tal debe tener especias.
¡ Qué llena está de piñones!
Morcilla de cortesanos,
Y asada por esas manos,
Hechas á cebar lechones.
El corazon me revienta
De placer y no sé de tí,
¿ Cómo te va? Yo por mí
Sospecho que estás contenta.
Alegre estoy, vive Dios;
Mas oye un punto sutil:
¿ No pusiste allí un candil?
¿ Cómo me parecen dos?
Pero son preguntas viles;
Ya sé lo que puede ser:
Con este negro beber
Se acrecientan los candiles.
Probemos lo del pichel,

Alto licor celestial;
No es el aloquillo tal
Ni tiene que ver con él.
¡ Qué suavidad! qué clareza!
¡ Qué rancio gusto y olor!
¡ Qué paladar! ¡ qué color!
¡ Todo con tanta fineza!
Mas el queso sale á plaza,
La moradilla va entrando,
Y ambos vienen preguntando
Por el pichel y la taza.
Prueba el queso, que es extremo,
El de Pinto no le iguala;
Pues la aceituna no es mala,
Bien puede bogar su remo.
Haz pues, Ines, lo que sueles.
Laca de la bota llena
Seis tragos; hecha es la cena,
Levántense los manteles.
Ya que, Ines, hemos cenado
Tan bien y con tanto gusto,
Parece que será justo
Volver al cuento pasado.
Pues sabrás, Ines hermana,
Que el portugues cayó enfermo...
Las once dan, yo me duermo;
Quédese para mañana.

CUENTO.

Oyeme, así Dios te guarde,
Que te quiero, Ines, contar
Un cuento bien de gustar

Que me sucedió esta tarde :
Has de saber que un frances
Pasó vendiendo calderas ;
Estáme atenta, no quieras
Que lo cuente en balde, Ines.
Llamélo, y desque me vido...
Escúchame con reposo,
Que es el cuento más donoso
De cuantos habrás oido.
Dijele : « Amigo, á contento,
¿ Cuánto por esta caldera...? »
¿ No me escuchas ? Pues yo muera
Sin ólio si te lo cuento.

EPIGRAMAS.

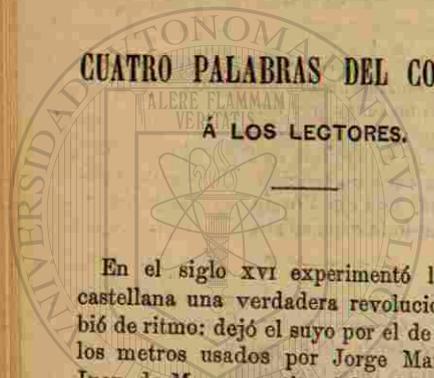
Tus cabellos, estimados
Por oro contra razon,
Ya se sabe, Ines, que son
De plata sobredorados ;
Pues querrás que se celebre
Por verdad lo que no es :
Dar plata por oro, Inés,
Es vender gato por liebre.

Si el envindar os conviene,
Compadre, no es tan barato
Como pensais ese rato,
Porque la rapaza tiene
Mas almas que tiene un gato ;
Pero dejadla vivir
A sus anchas, y no dudo

Que os veréis presto cornudo ;
No acerté : quise decir
Que os veréis presto viúdo.

No es delito, contra el Papa
Que os riais, señor Centeno ;
Pero no tengo por bueno
Que se ria vuestra capa.
Y si ropero que os fie
Otra capa no teneis,
Mejor será que lloreis
Cuando la capa se rie.

Entraron en una danza
Doña Costanza y don Juan ;
Cayó danzando el galan,
Pero no Doña Costanza.
De la gente cortesana
Que lo vió, quedó juzgado
Que don Juan era pesado,
Doña Costanza liviana.



CUATRO PALABRAS DEL COLECTOR

Á LOS LECTORES.

En el siglo XVI experimentó la poesía castellana una verdadera revolución. Cambió de ritmo: dejó el suyo por el de Italia. A los metros usados por Jorge Manrique y Juan de Mena, sustituyó los del Petrarca. Modificó también su símbolo: estudió en los poetas latinos y griegos, los imitó y hasta les tomó los dioses. Habría aquí indudablemente naufragado á no estar tan vivo en España el sentimiento religioso, que en las grandes ocasiones la arrancó del antiguo Olimpo y le dió por fuente de inspiración el cielo del Cristianismo, por modelo ya las sencillas y sublimes páginas del Evangelio, ya los vigorosos y levantados cantos de los Profetas.

Esta revolución, iniciada principalmente por Garcilaso, daba á la poesía castellana

variedad, soltura, grandeza; pero le quitaba en cambio la espontaneidad y el carácter que hasta entonces había tenido. Suscitó, como era natural, enérgicas protestas; y aunque al fin prevaleció, merced á la corriente de los sucesos que llevaban á las letras como á las artes al Renacimiento, y merced también al talento de los que la realizaron; no tanto, que no quedase en pie la vieja escuela, ni dejase de ejercer influencia así en algunos de los reformadores como en la marcha general de nuestra literatura. No sólo subsistieron las dos escuelas, sino que á la larga vinieron á compenetrarse y en cierto modo á refundirse.

Por esto hemos concedido en esta colección tan ancho espacio á las poesías de Cristóbal del Castillejo, que fué el que más brillantemente protestó contra la reforma, Castillejo procuró conservar y conservó en toda su pureza el metro, la donosura, el gracejo, la originalidad de los poetas del siglo XV; y no habríamos considerado completa ni aun racional la colección, si por la reproducción de sus obras y las de otros que le siguieron no hubiésemos dado á conocer las dos tendencias y las dos escuelas.

Castillejo no se limitó á oponer poesías á poesías para combatir á los reformadores; atacó directamente la reforma, lamentando

que por un ritmo extranjero se abandonase el propio. Como la lucha era sin duda alguna de interes, terminamos esta coleccion por transcribir parte de una de las composiciones en que la sostuvo, seguros de que no lo han de llevar á mal nuestros lectores, cualquiera que sea la escuela por que se decidan.

Decia Castillejo :

Pues la Santa Inquisicion
Suele ser tan diligente
En castigar con razon
Cualquier secta y opinion
Levantada nuevamente,
Resucitese Lucero
A corregir en España
Una mty nueva y extraña
Como aquella de Lutero
En las partes de Alemania.
Bien se pueden castigar
A cuenta de anabaptistas,
Pues por ley particular
Se tornan á bautizar
Y se llaman petrarquistas.
Han renegado la fe
De las trovas castellanas,
Y tras las italianas
Se pierden, diciendo que
Son más ricas y galanaas.
El juicio de lo cual
Yo lo dejo á quien más sabe,
Pero juzgar nadie mal
De su patria natural
En gentileza no cabe;

Y aquella cristiana musa
Del famoso Juan de Mena,
Sintiendo desto gran pena,
Por infieles los acusa
Y de alevos los condena.

•
•
Dios dé su gloria á Boscan
Y á Garcilaso, poeta,
Que con no pequeño afan
Y con estilo galan
Sostuvieron esta seta,
Y la dejaron acá
Ya sembrada entre la gente ;
Por lo cual debidamente
Les vino lo que dirá
Este soneto siguiente :

Garcilaso y Boscan, siendo llegados
al lugar donde están los trovadores
Que en esta nuestra lengua y sus primores,
Fueron en este siglo señalados;
Los unos á los otros alterados
Se miran, demudadas las colores,
Temiéndose que fuesen corredores
O espías ó enemigos demandados ;
Y juzgando primero por el traje,
Pareciéronles ser, como debía,
Gentiles españoles caballeros ;
Y oyéndoles hablar nuevo lenguaje,
Mezclado de extranjera poesia,
Con ojos los miraban de extranjeros.

Mas ellos, caso que estaban
Sin favor y tan á solas,

Contra todos se mostraban,
Y claramente burlaban
De las coplas españolas.

Viéndoles que presumían
Tanto de la nueva ciencia,
Dijéronles que querían
De aquello que referían
Ver algo por experiencia;
Para prueba de lo cual,
Por muestra de novel uso,
Cada cual de ellos compuso
Una rima en especial,
Cual se escribe aquí de yuso.

SONETO DE BOSCAN.

Si las penas que dais son verdaderas,
Como muy bien lo sabe el alma mía,
¿Por qué ya no me acaban y sería
Sin ellas mi morir muy más de véras?
Mas si por dicha son tan lisonjeras,
Que quieren retozar con mi alegría,
Decid, ¿por qué me matan cada día
Con muerte de dolor de mil maneras?
Mostradme este secreto ya, señora,
Y sepa yo de vos, pues por vos muero,
Si aquesto que padezco es muerte ó vida;
Porque, siéndome vos la matadora,
Mayor gloria de pena ya no quiero
Que poder yo tener tal homicida.

OCTAVA RIMA DE GARCILASO.

Y ya que mis tormentos son forzados,
Aunque vienen sin fuerza consentidos,
Pues ¿qué mayor alivio á mis cuidados
Que ser por vuestra causa padecidos?
Si, como son por vos bien empleados,
De vos fuesen, señora, conocielos,
La más crecida angustia de mi pena
Sería de descanso y gloria llena.

Juan de Mena, como oyó
La nueva trova polida,
Contentamiento mostró,
Caso que se sonrió
Como de cosa sabida,
Y dijo: «Segun la prueba,
Once sílabas por pié
No hallo causa por qué
Se tenga por cosa nueva,
Pues yo mismo las usé.»

Don Jorge dijo: «No veo
Necesidad ni razon
De vestir nuestro desseo
De coplas que por rodeo
Van diciendo su intencion.
Nuestra lengua es muy devota
De la clara brevedad,
Y esta trova, á la verdad,
Por el contrario, denota
Oscura prolijidad.»
(Garcí-Sánchez se mostró
Estar con alguna saña,
Y dijo: «No cumple, no,

Al que en España nació
Valerse de tierra extraña;
Porque en solas mis lecciones
Miradas bien sus estancias,
Veréis tales consonancias,
Que Petrarca y sus canciones
Queda atrás en elegancias.

Cartagena dijo luego,
Como práctico en amores:
«Con la fuerza de este fuego
No nos ganarán el juego
Estos nuevos trovadores:
Muy mal entonadas son
Estas trovas, á mi ver,
Enfadosas de leer
Y tardas de relacion,
Y encuignas de placer.»

Torres dijo: «Si yo viera
Que la lengua castellana
Sonetos de mí sufriera,
Fácilmente los hiciera,
Pues los hice en la romana;
Pero ningún sabor tomo
En coplas tan altaneras,
Escritas siempre de véras,
Que corren con piés de plomo,
Muy pesadas de caderas.»

Al cabo de conclusiones
Fué que por buena crianza
Y por honrar la nacion
De parte de la invencion
Sean dignas de alabanza.
Y para que á todos fuese
Manifiesto este favor,
Se dió cargo á un trovador

Que aquí debajo escribiese
Un soneto en su loor.

SONETO.

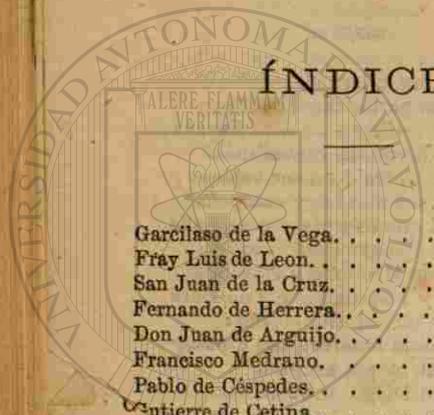
Musas italianas y latinas,
Gentes en estas partes tan extraña,
¿Cómo habeis venido á nuestra España,
Tan nuevas y hermosas clavellinas?

O ¿quién os ha traído á ser vecinas
Del Tajo y de sus montes y campaña?
O ¿quién es el que os guía y acompaña
De tierras tan ajenas peregrinas?—

Don Diego de Mendoza y Garcilaso
Nos trujeron, y Boscán y Luis de Haro,
Por órden y favor del dios Apolo:

Los dos llevó la muerte paso á paso,
El otro Soliman; y por amparo
Sólo queda don Diego, y basta solo.

FIN.



ÍNDICE.

	<i>Páginas.</i>
Garcilaso de la Vega.	5
Fray Luis de Leon.	35
San Juan de la Cruz.	52
Fernando de Herrera.	62
Don Juan de Arguijo.	83
Francisco Medrano.	90
Pablo de Céspedes.	94
Antonie de Cetina.	114
Luis Martin.	115
Baltasar de Escobar.	117
Soto.	118
Gaspar Gir. Polo.	119
Santa Teresa de Jesus.	126
Diego Hurtado de Mendoza.	131
Cristóbal de Castilleja.	141
Baltasar del Alcázar.	172
Cuatro palabras del Colector a los lectores.	184

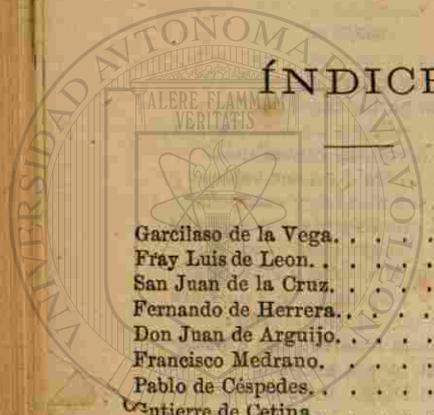
BIBLIOTECA UNIVERSAL.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

INSTITUTO GENERAL DE BIBLIOTECAS





ÍNDICE.

	<i>Páginas.</i>
Garcilaso de la Vega.	5
Fray Luis de Leon.	35
San Juan de la Cruz.	52
Fernando de Herrera.	62
Don Juan de Arguijo.	83
Francisco Medrano.	90
Pablo de Céspedes.	94
Antoine de Cetine.	114
Luis Martin.	115
Baltasar de Escobar.	117
Soto.	118
Gaspar Gir. Polo.	119
Santa Teresa de Jesus.	126
Diego Hurtado de Mendoza.	131
Cristóbal de Castilleja.	141
Baltasar del Alcázar.	172
Cuatro palabras del Colector a los lectores.	184

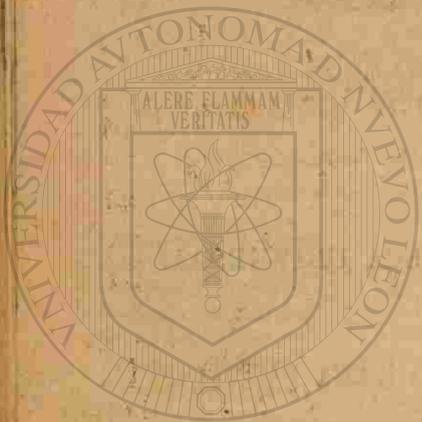
BIBLIOTECA UNIVERSAL.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

SISTEMA GENERAL DE BIBLIOTECAS





BIBLIOTECA UNIVERSAL.

—
COLECCION

DE LOS

MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS,
NACIONALES Y EXTRANJEROS.

TOMO XXII.

TESORO DE LA POESÍA CASTELLANA.

SIGLO XIX.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,
calle de Leganitos, 18, 2.º

1876.



DIONISIO SOLÍS.

CANTILENAS.

¡Ay! que prometí, Clórida,
Celoso no quererte
Y airado aborrecerte,
Y al eco de tu acento
Mi nueva llama siento
Con más furor arder;
Que mal resiste un misero
Al dios irresistible
Que blando y apacible
A padecer condena,
Y brinda con la pena
En copas de placer.

¿No escuchas qué lejano
Ronco murmurio suena?
¿No ves que en llama rápida
El éter centellea?
¿No miras cómo en nubes
Del sol la blanca esfera,
De sombras tenebrosas
En derredor se llena,
Y allá en el bosque el austro
Las alas tiende inmensas,
De oscuridad cubriendo

Madrid, 1876.—IMP., EST. Y GALV. DE ARIBAU Y C.^ª,
SUCESORES DE RIVADENEIRA,
IMPRESORES DE CAMARA DE S. M.,
calle del Duque de Osuna, número 2.

La amedrentada tierra,
Y cómo el árbol sacro
Que en esta orilla ondea,
La sien frondosa inclina
A la borrasca horrenda ?
¡Cuál llueve ! ¡Cuál sonoro
El raudo trueno rueda,
Y aterrador el eco
Retumba en la floresta !
Guárdate, Cloe ; mira
Con inflamada diestra
Al dios del rayo asiendo
Las célicas saetas.
¡Ay triste ! ¡Quién asilo
Benéfico nos diera
Contra el fulmineo cielo
Y la inundada tierra !
Entrémonos, bien mio,
En esta oscura cueva,
Que de la temerosa
Tempestad nos defienda.
Vamos, ¿ en qué te tardas ?
Entra, mi amor, en ella,
Y acaso olvidaremos
El rayo y la tormenta.

Hizo el Amor un día
De Primavera mofa
Porque duraban poco
Sus flores olorosas ;
Pero ella le replica
Con risa burladora :

«Dí, niño, tus placeres
¿ Duran más que las rosas ?»

LA PREGUNTA DE LA NIÑA

Madre mia, yo soy niña ;
No se enfade, no me riña,
Si fiada en su prudencia
Desahogo mi conciencia,
Y contarle solícito
Mi desdicha ó mi delito,
Aunque muerta de rubor.
Pues Blasillo el otro día,
Cuando mismo anochea,
Y cantando descuidada
Conducía mi manada,
En el bosque, por acaso,
Me salió solito al paso,
Más hermoso que el amor.
Se me acerca temeroso,
Me saluda cariñoso,
Me repite que soy linda,
Que no hay pecho que no rinda
Que si río, qué si lloro,
A los hombres enamoro,
Y que mato con mirar.
Con estilo cortesano
Se apodera de mi mano,
Y entre dientes, madre mia,
No sé bien qué me pedía ;
Yo entendí que era una rosa,
Pero él dijo que otra cosa,
Que yo no le quise dar.

¿Sabe usted lo que decia
El taimado que queria?
Con vergüenza lo confieso,
Mas no hay duda que era un beso;
Y fué tanto mi sonrojo,
Que irritada de su arrojo,
No sé cómo no morí.

Mas mi pecho enternecido
De mirarle tan rendido,
Al principio resistiendo,
El instando, yo cediendo,
Fué por fin tan importuno,
Que en la boca, y sólo uno,
Que me diera permiti.

Desde entónces, si le miro,
Yo no sé por qué suspiro,
Ni por qué si á Clori mira
Se me abrasa el rostro en ira;
Ni por qué, si con cuidado
Se me pone junto al lado,
Me estremezco de placer.

Siempre orillas de la fuente
Busco rosas á mi frente,
Pienso en él y me sonrío,
Y entre mí le llamo mio,
Me entristezco de su ausencia,
Y deseo en su presencia
La más bella parecer.

Confundida, peno y dudo,
Y por eso á usted acudo.
Dígame, querida madre,
Si sentia por mi padre
Este plácido tormento,
Esta dulce que yo siento
Deliciosa enfermedad.

Diga usted con qué se cura
O mi amor, ó mi locura,
Y si puede por un beso,
Sin que pase á más exceso,
Una niña enamorarse
Y que trate de casarse
A los quince de su edad.

SONETOS.

Dulce es tras el horror de noche umbría
Cándido sol en matutino cielo;
Dulce á la sed en abrasado suelo,
De fuentecilla el són límpida y fria;
Dulce al piloto, tras borrasca impía,
La blanca orilla en que bendice el cielo,
Y al triste enfermo el plácido consuelo
Que á su nocturna pena ofrece el día.

Pero ni el sol que luce en el oriente,
Ni del raudal el eco bullicioso,
Ni al tímido piloto el patrio nido,
Ni la salud al misero doliente
Tan dulce es para mí, cual tu amoroso
Beso ¡oh Corina! con mi beso unido.

Puro y luciente sol ¡oh qué consuelo!
Al alma mia en tu presencia ofreces,
Cuando con rostro cándido esclareces
La oscura sombra del nocturno velo!
¡Oh cómo animas el marchito suelo
Con benéfica llama! ; Y cómo creces

Inmenso y luminoso, que pareces
Llenar la tierra, el mar, el aire, el cielo!
¡Oh sol! entra en la espléndida carrera
Que el dedo te señala omnipotente
Al asomar por las etéreas cumbres;
Y tu increado Autor piadoso quiera
Que desde oriente á ocaso eternamente
Pueblos felices en tu curso alumbres.

Dicen que eres mudable, Don Pepito,
Que fuiste de Manolo cortesano,
Soneterno del frances tirano
Y de sus odres perenal mosquito;
Que mudando de altar, de culto y rito,
Fuiste tras esto maratista insano;
Y para postres, del Neron hispano
Semanalmente adulador contrito.
Pero no dicen bien, el pueblo miente,
Ni ménos bay razon por que afrentando
Te esté, y traidor y apóstata te llame.
Antes en eso mismo, que insolente
Te echa Madrid en cara, estás mostrando
Cuán firme has sido siempre en ser infame.

JOSÉ DE VARGAS PONCE.

PROCLAMA DE UN SOLTERON.

SÁTIRA.

Frescas viuditas, cándidas doncellas,
Al veneno de amor busco triaca;
Ya más no quiero ser Perico entre ellas;
A la que guste ofrezco mi casaca.
Hoy, si hacen migas nuestras dos estrellas,
Maño por mano, juego á toma y daca.
Niñas, ojo avizor; hoy me remato.
¿Cuál es la que echa el cascabel al gato?
¿Están ustedes muchas? ¡Jesus, cuántas!
Y allí viene un tropel.... ¡Vaya! esto es hecho.
¿Será posible con tan lindas plantas
Que yo me quede ogaño de barbecho?
¡Qué coro celestial! Como unas santas
No miran si soy tuerto ó contrahecho.
¿A flor tan ruin acude tal enjambre?
¡Y dirán que hay mal pan si es buena el hambre!
Pues callen, si es posible, breve rato,
En cuanto aplico mi cabal medida.
Con la que al justo venga me contrato
Y maridito cuente de por vida.
Si me aprieta, renuncio á tal zapato;
Suelto me lameré. La despedida
Disimule el desaire y no se ofenda,
Que no es para envidiada tal prebenda.

Oigan en rimas á la pata llana
 (Y rabie la hermandad del verso grifo
 Porque no quiero en zarzas ver mi lana)
 El pacto marital con que me rifo.
 Rubia guedeja peinará la rana,
 Y ántes habrá coplero sin Rengifo,
 Que me atrape ninguna, si no hallo
 La que voy á pintar. ; Callan ó callo?

No quiero fea en público cilicio,
 Ni en belleza sin par mi quita-sueño;
 Antes que necia, venga un maleficio,
 Y ántes que docta, un toro jarameño.
 Lejos de mí la que se incline al vicio;
 Lejos de mí virtud de adusto ceño.
 ¿ Pido peras al olmo? ; Al sol celajes?
 Agora lo veredes, dijo Agrájes.

Yo busco una mujer boca de risa,
 Guardosa sin afán, franca con tasa,
 Que al honesto festin vaya sin prisa,
 Y traiga entera su virtud y gasa;
 No sepa si el sultán viste camisa,
 Mas sepa repasar las que hay en casa;
 Cultive flores, cuide pollas cluecas,
 Despunte agujas y jorobe ruecas.

El padre director no la visite,
 Ni yo pague la farda en chocolate;
 Que rece poco y bien, riñas me evite;
 No sea gazmoña ni con ellas trate;
 Sólo el mentarla tores la espírite;
 Primo no tenga capitán ni abate;
 Probar el vino por salud lo intente;
 Pero ; tomar tabaco? Aunque reviente.

Conozco que sin mí vale la misa,
 Que una cosa es marido y otro paje;
 Ir pegado á su piel como camisa

Fuera pagar ridículo peaje.
 ¿ A quien no causa menosprecio ó risa
 Esposo con honores de bagaje?
 Unidos, si señor, mas sin que sea
 Ella mi sombra, yo su guarda-mea.

Por quita allá esas pajas no alborote
 La casa toda, ni oiga la vecina
 Si se pegó el guisado ; nadie note
 Que habla al pobre marido con bocina;
 Dulcinea la busco, no Quijote;
 No haga de gallo quien nació gallina.
 Ponga el amor á sus vivezas dique,
 Sin que á fuerza de amor me crucifique.

La que oye brujas, duende la desvela,
 Y ve en cada esquinzazo la fantasma;
 Que al mal ladrón de miedo enciende vela,
 Que al entrar el murciélago se pasma,
 Que á cada trueno grita y se las pela,
 Aplique á otro tumor su cataplasma.
 Vedo en vocablos melindroso dengue,
 Como la que al demonio llama el mengue.

Dulce no pruebe con goloso dedo,
 Ni cacé pulgas y ante mí las mate;
 De cobarde ratón no finja miedo,
 Ni lucio gato mi cariño empare;
 Fuera deguito, que si eructa acedo
 Cueste más muñecas que la rima al vate.
 ; No da toda mujer picaros ratos,
 Sin que traiga además perros y gatos?

De que nuestro vecino vaya ó venga
 Jamas haga platillo á la ventana;
 Ni flatos gaste, ni vapores tenga,
 Gimiendo sin cesar rolliza y sana;
 Al tocador los siglos no entretenga,
 Y no almuerce á las mil de la mañana;

En paz las horas cuéntelas conmigo:
Una de amante, veintitres de amigo.

De trato señorial, de porte serio,
Procure sin afán la buena fama;
Huya el descoeco y aire de misterio;
Sepa de burlas, odie la soflama;
No haga la niña, no hable con imperio,
Y no viva en la calle ni en la cama,
Ni la moda poniendo por escudo,
Nadie estudie en sus carnes el desnudo.

Sólo en pensarlo pierdo los estribos.
¿Cuándo doncella ó recatada esposa
Se vieron en España en cueros vivos?
¡Oh siglos! ¡Oh costumbres!..... Quejumbrosa
Musa ¡chiton! Los tiempos primitivos
Goza mi patria (¡presuncion gloriosa!)
Del feliz paraíso, dando pruebas
De ser todos Adanes, todas Evas.

Digo, volviendo al destripado cuento,
Que mi futura y muy señora mía
Ni ha de hacer de mi hogar triste convento,
Ni casa con resabios de behetría.
Mano á mano con ella yo contento,
Ella gozosa en dulce compañía,
Mudo silencio no me dé modorra,
Ni vértigos mujer fondo en cotorra.

Cuando por dicha caro fruto tenga,
Corra á mi cargo señalar compadre;
Con *hijo mio* no me empiece arenga,
Ni exija que á mi suegra llame madre;
No porque tarde pocas noches venga,
En falsete ó tenor me gruñá ó ladre.
Niña que luzca su procaz bolero,
Ni chico fabulista no los quiero.

No espere que yo sufra en su embarazo

De antojos la ridícula cadena,
Joya del viejo, del galán abrazo,
Trayendo á casa cuanto ve en la ajena.
¿No es una gracia que hasta el fin del plazo
El marido simplon, ánima en pena,
Sustos temiendo, flujos y traspieses,
Esté el sándio de parto nueve meses?

Ni la sucia costumbre asaz frecuente
De cenar en la cama arrellanada,
Y mientras males al marido miente,
Reprueba el guiso, riñe á la criada,
Y ensarta ave-marias juntamente,
Todo al compás de grave cabezada;
Pues glotona, devota, floja y bronca,
Masca á un tiempo, murmura, reza y ronca.

¿Y qué diré de la que á trochemoche
De su gran dote sin cesar blasona,
Rompe galas sin fin, vive en el coche,
Luciendo en todas partes su persona;
De visita en función mañana y noche,
Locuras con locuras eslabona,
Derrochando sin término ni cuenta,
Y porque trajo seis gasta sesenta?

No en mis días sufrir la extravagancia
De que falsa española se me engringue,
Que hasta el pau y turrón quiera de Francia,
Que con París me mueva y me jeringue,
Y á flaca bolsa chupe la sustancia
El modista frances monsieur La-Pringue.
Seda de Murcia, paño de Segovia,
Mantel gallego.... ¿No? Pues vade, novia

Marimacho no luzca en un caballo
En su rollizo muslo pantalones;
De ningún tribunal me explique fallo,
Ni por sólo intrigar suba escalones,

Ni de escribir sus dedos erien callo
Por tener hasta en China conexiones,
Pues más quisiera al mes un galanteo
Que no oír la exclamar : ¡ Juan, qué correo!
Zurcir á cada paso un ya..... ¿ me explico ?
Con que..... Pues..... ¿ eh ? mi sufrimiento abisma.
¿ Y aquel en horas no cerrar el pico
Por cada duelo, que renueva un cisma ?
¿ Y aquel dale que dale al abanico
En visita ¿ con quién ? consigo misma ?
¿ Y el no soltar espejo ó cornucopia,
Jamás harta de ver su imagen propia ?
No mi mujer visite á todo el mundo
De sangre azul por ser de sangre goda.
¡ Pobre de mí surcando el mar profundo !
Que vino..... que se va..... que se acomoda.
¡ Yo correr noche y día furibundo,
Pésame tras festin, duelo tras boda !
¡ Yo malgastar al año mil pesetas
En renovar diez veces las tarjetas !
No sufro..... dije poco, yo abomino
De naipes en mujer el gusto ciego,
Y en el monte, malilla ó reversino
Ver fundir mi caudal á lento juego.
¿ Lento ? ¡ Ya, ya ! ¡ Gracioso desatino !
No es sino acometerle á sangre y fuego,
Como antaño Leonor la mojegata,
Que jugó su berlina y volvió á pata.
Pierde ; ¿ y qué ? ¿ Nada más ? Iras y enojos
Vomita en casa, despechada y ciega ;
Rayos escupen sus airados ojos ;
¡ Triste del criado que á su encuentro llega !
Son de su fatua cólera despojos
Cintas, flores, airon ; con todos pega ;
Sobre el lecho vestida se derroca,

Rayos lanzando su blasfema boca.
Tragne la mar la falsa y zalamera,
Que dice relamida : « Esposo mío,
¿ Ves aquel nubarrón ? No salgas fuera.
Guarda la cama mientras quiebra el frío.
¡ Pluguiese al cielo que por tí tosiera !
No más prado, mi bien ; ya cae rocío. »
Y de envidia se come y se remuerde
Si al paso encuentra una viudita verde.
Léjos de mí la dueña publicista,
Hecha edecan con faldas del dios Marte,
Que de Alejandro explica la conquista,
Marchas, vados, botin, parte por parte ;
No pierde simulacro ni revista ;
En batalla campal con Bonaparte,
Sueña que de un revés le deja cojo,
Y del golpe al marido vácia un ojo.
Contempla el pobre tuerto á su heroína
Envuelta siempre en mapas y gacetas,
Y el Juan Lanas se dice : ¡ Alma mezquina !
« ¿ Cuándo tendrán su vez rotas calcetas ?
¿ Cuándo dará una vuelta á la cocina ?
¿ Visto ni cómo bombas ni saetas ?
¿ Hay desgracia mayor, más triste estado
Que estar con Montecúculi casado ? »
¡ Mala landre devore á patizamba,
Amén de chata, tiesa y linajuda !
Porque tuvo un abuelo butibamba,
En su obsequio el esposo en vano suda.
Encarece los tiempos del rey Vamba,
Manda severa y habla campanuda ;
Y ni advertencias ni labor consiente
En honra y gloria del señor pariente.
« Sépase, dice, que mi quinto abuelo
Fué copero mayor del rey Perico,

Y en memoria tres cubas y un majuelo
 Tengo en mi escudo, y por cimera un mico.
 Adórnale dos mitras y un capelo.....
 Basta, basta: de alumnias no me pico;
 Fórrese en sus diplomas y blasones,
 Y cómanla con ellos los ratones.

Tampoco sabihonda: ¡ Dios me guarde!
 Asco da la mujer sobre un *in-folio*.

La que á Plauto comenta y hace alarde
 De ilustrar á Terencio en un escolio;
 La que cita á Nason mañana y tarde,
 Apostillando á Grevio y á Nizolio,
 Vaya, si gusta, con Ovidio al Ponto
 Y busque entre los getas algun tonto.

¿ Domine por mujer? ¿ Purista? ¿ Cuerno!
 ¿ Qué tilde escapa de sus uñas horro?
 ¿ Armar un zipizape sempiterno
 Porque en lugar de gorra dije gorro!

¡ O bien porque escribí sin *h* invierno
 Verme tratar de bárbaro y de porro,
 Y dar la casa y la quietud al diablo!

¿ Por qué? ¡ Crimen atroz! ¡ Por un vocablo!
 Otrosi, traductoras abrenuncio;
 Harto habla una mujer sin diccionarios.

De caletre infeliz pícaro anuncio
 Es llenar de sandeces los diarios.
 De Jansenio y Molinos trate el Nuncio,
 De hierbas y jarabes boticarios,

Los pilotos del viento y de la luna.....
 ¿ Qué toca á la mujer? Mecer su cuna.

¿ De nada ha de hacer gala? Sí: de juicio.
 ¿ No ha de tomar noticias? De sus eras.

¿ Jamas ha de leer? No por oficio.
 ¿ No podrá disputar? Nunca de véras.

¿ No es virtud el valor? En ellas vicio.

¿ Cuáles son sus faenas? Las caseras;
 Que no hay manjar que cause más empacho
 Que mujer trasformada en marinacho.

¡ Voto á bríos! Lo mejor se me olvidaba,
 La sal del huevo, la esencial receta.
 Primero unido con astrosa esclava
 De medio palmo de atezada geta;
 Antes marido de una infame Cava
 Y al remo vil de bárbara goleta,
 Que sufrir en mujer ni en cosa mía
 La nueva secta de *sensiblería*.

¿ Sus desmayos pintar? ¡ Ocioso anhelo!
 Pues no lo hiciera ni el pincel de Goya.

¿ Matan pollo ó pichon? ¡ Válgame el cielo!
 Baja el soponcio al punto por tramoya.

¿ Se va Paquita? ¿ Toma Juana el velo?
 ¿ Se murió el colorin? Aquí fué Troya;
 Ya le dió el patatús. ¡ San Timoteo!

¡ Qué gestos, qué bregar, qué pataleo!
 Mas ¡ hola! ¿ Dónde están? ¿ Y mi auditorio?

Ni una abispa quedó del avispero.
 ¿ Ni una siquiera? Más que un locutorio
 Habla esta soledad. ¡ Bodorrio huero!

Convirtiósese en viudez mi desposorio.
 No hay esperanzas: me quedé soltero.
 ¡ Suceso extraño! ¡ Cosa nunca oída!

Primer sermón sin hembra no dormida.
 Adios, amigas; próspero viaje;
 Mi paz huyera de teneros cerca.

Más quiero en pobre ermita mi hospedaje
 Que vivir con mujer voluble, terca.

Locuaz, sosa, gazmoña, abencerraje,
 Figuona, ruda, necia, altiva, puerca,
 Falsa, golosa, y..... basta, musa mía:

¿ Cómo apurar tan larga letanía?

Quédense, que ya es tarde, en el tintero
La que al de Padua lo zambulle al pozo,
La que jalbega el arrugado cuero,
La que con vidrio y pez se rapa el bozo,
La que trece no sienta á su puchero,
La que al rosario toma cuenta al mozo,
La que reza en latin sin saber jota,
O hace de linda siendo una marmota.
La que escudriña toda ajena casta,
La que come carbon y cal merienda,
La que el habano fuma y rejon gasta,
La que de rifa en rifa lleva prenda,
La que en reir es agua por canasta,
La que no compra y va de tienda en tienda,
La que cura los males por ensalmo
Y siembra chismes mil en medio palmo.
La que al marido más que el mozo sisa,
La que engulle sin él, con él no cena,
La que siempre sentada está deprisa,
La que sale á semana por novena,
La que atraca á pillar la última misa,
La que lleva en la bolsa una alacena,
La que escabecha el pelo por la noche
Y se charola el rostro como un coche.
Mas ¿quién el guapo que á contar se atreve
Sus gracias todas? Con menor faena
Dirá las gotas que un invierno llueve,
Y del cerúleo mar la rubia arena.
Confieso, porque el diablo no me lleve,
Que es un ángel mujer que sale buena.
¡Así el cielo de allá me la enviara
De veinte abrilés y donosa cara!

MANUEL JOSÉ QUINTANA.

ODAS.

AL COMBATE DE TRAFALGAR.

No da con fácil mano
El destino á los héroes y naciones
Gloria y poder. La triunfadora Roma,
Aquella cuyo imperio
Se rindió en silenciosa servidumbre,
Obediente y postrado un hemisferio,
¡Cuántas veces gimió rota y vencida
Antes de alzarse á tan excelsa cumbre!
Vedla ante Anibal sostenerse apenas:
Sangre itálica inunda las arenas
Del Tesin, Trebia y Trasimeno ondoso;
Y las madres romanas,
Como infausto cometa y espantoso,
Ven acercarse al vencedor de Cánas.
¿Quién le arrojó de allí? ¿Quién hacía el sollo
Que Dido fundó un tiempo sacudia
La nube que amagaba al Capitolio?
¿Quién con funesto estrago
En los campos de Zama el cetro rompe
Con que leyes dió al mar la gran Cartago?
La constancia: ella sola es el escudo
Donde el cuchillo agudo
La adversidad embota; ella convierte
En deleite el dolor, la ruina en gloria;

Ella fija el dudoso torbellino
De la fortuna, y manda la victoria :
Para el pueblo magnánimo no hay suerte,
¡Oh España ! ¡ Oh patria ! El luto que te cubre
Muestra en tan grave afán tu amarga pena ;
Pero espera también, y con sublime
Frente, de vil abatimiento ajena,
La alta Gádes contempla y sus murallas
Besadas por las olas,
Que asombradas aún y enrojecidas
Tiéndense allí por las sonantes playas,
Cantando las hazañas españolas.

Se alzó el breton en el soberbio alcázar
Que corona su indómito navío,
Y ufano con su gloria y poderío,
«Allí están, exclamó ; volved los ojos,
Compañeros, allí ; nuevos despojos
Ya vuestra invicta mano
Va á conseguir en los endebles pinos
Que España apresta á su defensa en vano.
Libre de esclavitud no sea ninguno :
Hijos somos nosotros de Neptuno,
¿ Y ellos osan surcar el Océano ?
Acordaos de Abukir : sólo un momento
Llegar, vencer y devorarlo sea !
Dadme este triunfo, y de laurel ceñido
Que el opulento Tánemís me vea.»

Dijo ; y tiende la vela : ellos le siguen
Abriendo el mar con sus nadantes proras
Del viento y de las ondas vencedoras ;
Mientras que firme el español los mira,
Y despreciando su arrogancia fiera,
El noble pecho palpitando en ira,
Con impávida frente los espera.
¡Ira justa ! ¡ Ardor santo ! Esos crueles,

Bajo las alas de la paz seguros,
Son los que nuestra sangre derramaron
Por vil codicia, á la amistad perjuros ;
Esos los que á perpétua tiranía
Condenaron el mar, los que hermanaron
Del poder la insolencia y la soberbia
Con la rapacidad y alevosía ;
Esos... la noche con su negro manto
Envuelve el mundo ; sombras espantosas,
En torno de los mástiles vagando,
Estragos, muerte anuncian, y acrecientan
La pavorosa expectación ; el día
Abre el campo al furor, y horrendo Marte
Con clamores de guerra hinche la esfera
Y levanta en los aires su estandarte.

Responde á esta señal el hueco bronce,
Con mortal estampido el eco truena,
Y por el mar llevándose bramando,
Hasta en las costas de Africa resuena.
Vuelan, movidas de rencor, las naves
Con naves á encontrar : ménos violentas
Despide el polo austral sierras de hielo,
Que con su mole inmensa y resonante
Por las fáciles ondas se deslizan,
Y el audaz navegante atemorizan :
Ni con estruendo igual turban el cielo
Las negras tempestades,
Cuando por Bóreas y Euro embravecidas,
A su furiosa guerra y duro encuentro
Hacen del orbe estremecerse el centro.
— Tres veces fiero el insular se avanza,
Creyendo en su pujanza
Romper de nuestra escuadra el fuerte muro ;
Tres veces rechazado
Por el hispano esfuerzo, ya dudosa

Ve la victoria que esperó seguro.
¿Quién su despecho pintará y su saña
Cuando aquel pabellón, ántes tan fiero,
Miró invencible al pabellón de España?
No hay saber, no hay valor, sólo ya fia
Su fortuna al poder: dobla sus naves
Y las redobla en desigual pelea,
De popa á proa; en uno y otro lado
Cada español navio
De mil rayos y mil es contrastado;
Y él, con igual aliento
Que recibe la muerte, así la envia.
No: si cien voces yo, si lenguas ciento
Me diese el cielo, á numerar bastara
Las inclitas hazañas de aquel dia:
El humo al sol se las robaba entónces;
Pero la fama las dirá en su trompa,
Las artes en sus mármoles y broncea.
Llega el momento, en fin, tiende la muerte
Su mano horrible y pálida, y señala
Victimas grandes: el valiente Alcedo,
Castaños, Móyua, intrépidos, perecen.
Vosotros dos también, honor eterno
De Bética y Guipúzcoa... ¡Ah, si el destino
Supiese perdonar! ¿Cómo aplacarle
La oliva no bastó que unió Minerva
A los lauros de Marte en vuestra frente?
¿Qué á vuestra ilustre indagadora mente
Pudo ocultar el mundo ó las estrellas?
De vuestras sábias huellas
Llenos están de América los mares,
Las Cielades lo están; viuda la patria
De tantos héroes que enlutada llora,
Pide á su corazón lágrimas nuevas
Que á vuestro acerbo fin derrame ahora.

¡Ah! ¡Vivierais los dos! Y en vez de llanto,
Del dolorido canto
Que mi fúnebre acento hoy os consagra,
Pudiera yo contraponer el pecho
Al golpe atroz y recibir la herida:
Diera á la patria así mi inútil vida,
¡Y vivierais los dos! Y ella orgullosa
Con vuestra luz y espíritu valiente,
Al arduo porvenir hiciera frente,
De rayos coronada y victoriosa.
No, empero, sin venganza y sin estrago,
Generoso escuadrón, allí caiste;
También brotando á rios
La sangre inglesa inunda sus navios;
También Albion pasmada
Los montes de cadáveres contempla,
Horrendo peso á su soberbia armada;
También Nelson allí... Terrible sombra,
No esperes, no, cuando mi voz te nombra,
Que vil insulte á tu postrer suspiro:
Inglés te aborreci, y héroe te admiro.
¡Oh golpe! ¡Oh suerte! El Támesis aguarda
De las naves cautivas
El confuso tropel, y ya en idea
Geza el aplauso y los sonoros vivas
Que al vencedor se dan. ¡Oh suerte! El puerto
Sólo le verá entrar pálido y yerto:
Ejemplo grande á la arrogancia humana,
Digno holocausto á la aflicción hispana.
Así el furor de Marte
Impele el brazo de la parca, y siega
Vidas sin fin. Lanzado por la rabia
Cunde el fuego voraz, las tablas arden,
Un volcan encendido
Es cada buque, por los aires vagos

Se alza y retumba el hórrido estallido,
Y los sepulta el mar. ¿Hay más estragos?
Sí; que el cielo, ominoso á tal porfia,
Manda á los aquilones inclementes
Separar los feroces combatientes
Y en borrascosa noche hundir el dia.
Lo manda; ellos crueles,
Azotando las ondas con sus alas,
Se arrojan á los miseros bajeles.
Al nuevo asalto, al sin igual combate
Fallece el árbol trémulo y se abate;
Hiéndese la armazon, el Océano
Por el roto entrepuente entra bramando;
Y moribundo el español exclama:
«¡ Ah! pereciere yo, pero lidiando.»

En tan atroz conflicto
Allá en las nubes la gloriosa frente
Asomaban los fuertes campeones
Que armados del tridente y del acero
Al pabellon ibero
Hicieron humillarse las naciones.
Laura y Tovar se vian,
Avilés y Bazan, que, saludando
A los héroes de Hesperia que morian,
«Venid entre nosotros, les decian,
Venid entre los bravos que imitasteis.
Ya el premio hermoso del valor ganasteis;
Ya á vuestro ejemplo de constancia armada
España, concitando sus guerreros,
Magnánima se apresta á nuevas lides.
Volved la vista á la ciudad de Alcides:
Gravina, Escañó, y Alava, y Cisneros,
Y otros ciento allí están, firme columna,
Dulce esperanza á nuestro patrio suelo.

Venid, volad al cielo,
Y sed astros de esfuerzo y de fortuna.»

A LA INVENCION DE LA IMPRENTA.

¿Será que siempre la ambicion sangrienta
O del sólio el poder pronuncie solo,
Cuando la trompa de la fama alienta
Vuestro divino labio, hijos de Apolo?
¿No os da rubor? El dón de la alabanza,
La hermosa luz de la brillante gloria
¿Serán tal vez del nombre á quien daría
Eterno oprobio ó maldicion la historia?
¡ Oh! Despertad: el humillado acento
Con majestad no usada
Suba á las nubes penetrando el viento;
Y si quereis que el universo os crea
Dignos del lauro en que ceñís la frente,
Que vuestro canto enérgico y valiente
Digno tambien del universo sea.

No los aromas del loor se vieron
Vilmente degradados
Así en la antigüedad; siempre las aras
De la invencion sublime,
Del genio bienhechor los recibieron.
Nace Saturno, y de la madre tierra
El seno abriendo con el fuerte arado,
El precioso tesoro
De vivifica mies descubre al suelo.
Y grato el canto le remonta al cielo,
Y Dios le nombra de los siglos de oro.
¿Dios no fuiste tambien tú, que un dia
Cuerpo á la voz y al pensamiento diste,

Y trazándola en letras, detuviste
La palabra veloz que ántes huía ?
Sin tí se devoraban
Los siglos á los siglos, y á la tumba
De un olvido eternal yertos bajaban.
Tú fuiste : el pensamiento
Miró ensanchar la limitada esfera
Que en su infancia fatal le contenía.
Tendió las alas, y arribó á la altura
De do escuchar la edad que ántes viviera,
Y hablar ya pudo con la edad futura.
¡ Oh gloriosa ventura !
Goza, genio inmortal, goza tú solo
Del himno de alabanza y los honores
Que á tu invencion magnífica se deben :
Contéplala brillar ; y cual si sola
A ostentar su poder ella bastára,
Por tanto tiempo reposar natura
De igual prodigio al universo avara.
Pero al fin sacudiéndose, otra prueba
La plugo hacer de sí, y el Rhin helado
Nacer vió á Guttenberg. ¿ Conque es en vano
Que el hombre al pensamiento
Alcanzase escribiéndole á dar vida,
Si desnudo de curso y movimiento,
En letargosa oscuridad se olvida ?
No basta un vaso á contener las olas
Del fervido Oceáno,
Ni en sólo un libro dilatarse pueden
Los grandes dones del ingenio humano.
¿ Qué les falta ? ¿ Volar ? Pues si á natura
Un tipo basta á producir sin cuento
Seres iguales, mi invencion la siga :
Que en ecos mil y mil sienta doblarse
Una misma verdad, y que consiga

Las alas de la luz al desplegarse. »
Dijo, y la imprenta fué ; y en un momento
Vieras la Europa atónita, agitada
Con el estruendo sordo y formidable
Que hace sañudo el viento
Soplando el fuego asolador que encierra
En sus cavernas lóbregas la tierra.
¡ Ay del alcázar que al error fundaron
La estúpida ignorancia y tiranía !
El volcan reventó, y á su porfia
Los soberbios cimientos vacilaron.
¿ Qué es del monstruo, decid, inmundo y feo
Que abortó el dios del mal, y que insolente
Sobre el despedazado Capitolio
A devorar el mundo impunemente
Osó fundar su abominable solio ?
Dura, sí ; mas su inmenso poderío
Desplomándose va ; pero su ruina
Mostrará largamente sus estragos.
Así torre fortísima domina
La altiva cima de fragosa sierra ;
Su albergue en ella y su defensa hicieron
Los hijos de la guerra,
Y en ella su pujanza arrebatada
Rugiendo los ejércitos rompieron.
Después abandonada,
Y del silencio y soledad sitiada,
Conserva, aunque ruinoso, todavía
La aterradora faz que ántes tenía.
Mas llega el tiempo, y la estremece, y cae ;
Cae, los campos gimen
Con los rotos escombros, y entre tanto
Es escarnio y baldon de la comarca
La que ántes fué su escándalo y espanto.
Tal fué el lauro primero que las sienes

Ornó de la razon, miéntras osada,
Sedienta de saber la inteligencia,
Abarca el universo en su gran vuelo.
Levántase Copérnico hasta el cielo,
Que un velo impenetrable ántes cubria,
Y allí contempla el eternal reposo
Del astro luminoso

Que da á torrentes su esplendor al dia.

Siente bajo su planta Galileo
Nuestro globo rodar: la Italia ciega
Le da por premio un calabozo impio,
Y el globo en tanto sin cesar navega
Por el piélago inmenso del vacío.

Y navegan con él impetuoso,
A modo de relámpagos huyendo,
Los astros rutilantes; mas lanzado
Veloz el genio de Newton tras ellos,
Los sigue, los alcanza,
Y á regular se atreve

El grande impulso que sus orbes mueve.

«¡ Ah! ¿qué te sirve conquistar los cielos,
Hallar la ley en que sin fin se agitan
La atmósfera y el mar, partir los rayos
De la impalpable luz, y hasta en la tierra
Cavar y hundirte, y sorprender la cuna
Del oro y del cristal? Mente ambiciosa,
Vuélvete al hombre.» Ella volvió, y furiosa
Lanzó su indignacion en sus clamores.

«¡ Con que el mundo moral todo es horrores!

¡ Con que la atroz cadena

Que forjó en su furor la tiranía,

De polo á polo inexorable suena,

Y los hombres condena

De la vil servidumbre á la agonía!

¡ Oh! no sea tal. » Los déspotas lo oyeron,

Y el cuchillo y el fuego á la defensa

En su diestra nefaria apercibieron.

¡ Oh insensatos! ¿qué haceis? Esas hogueras,

Que á devorarme horribles se presentan,

Y en arrancarme á la verdad portian,

Fanales son que á su esplendor me guían,

Antorchas son que su victoria ostentan.

En su amor anhelante

Mi corazon estático la adora,

Mi espíritu la ve, mis piés la siguen.

No: ni el hierro ni el fuego amenazante

Posible es ya que á vacilar me obliguen.

¡ Soy dueño por ventura

De volver el pié atrás? Nunca las ondas

Toman del Tajo á su primera fuente

Si una vez hácia el mar se arrebataron:

Las sierras, los peñascos su camino

Se cruzan á atajar; pero es en vano;

Que el vencedor destino

Las impele bramando al Océano.

Llegó, pues, el gran dia

En que un mortal divino, sacudiendo

De entre la mengua universal la frente,

Con voz omnipotente

Dijo á la faz del mundo: «El hombre es libre.»

Y esta sagrada aclamacion saliendo,

No en los estrechos limites hundida

Se vió de una region; el eco grande

Que inventó Guttenberg la alza en sus alas;

Y en ellas conducida,

Se mira en un momento

Salvar los montes, recorrer los mares,

Ocupar la extension del vago viento;

Y sin que el trono ó su furor la asombre,

Por todas partes el valiente grito

Sonar de la razon : « Libre es el hombre. »
Libre, sí, libre : ¡ oh dulce voz ! Mi pecho
Se dilata escuchándote, y palpita,
Y el númen que me agita,
De tu sagrada inspiracion henchido,
A la region olímpica se eleva,
Y en sus alas flamigeras me lleva.
¿ Dónde quedais, mortales,
Que mi canto escuchais ? Desde esta cima
Miro al destino las ferradas puertas
De su alcázar abrir, el denso velo
De los signos romperse, y descubrirse.
Cuanto será. ¡ Oh placer ! No es ya la tierra
Ese planeta mísero en que ardieron
La implacable ambicion, la horrible guerra.
Ambas gimiendo para siempre huyeron,
Como la peste y las borrascas huyen
De la afligida zona que destruyen,
Si los vientos del polo aparecieron.
Los hombres todos su igualdad sintieron,
Y á recobrarla las valientes manos
Al fin con fuerza indómita movieron.
No hay ya ¡ qué gloria ! esclavos ni tiranos ;
Que amor y paz el universo llenan,
Amor y paz por donde quier respiran,
Amor y paz sus ámbitos resuenan.
Y el Dios del bien sobre su trono de oro
El cetro eterno por los aires tiende ;
Y la serenidad y la alegría
Al orbe que defiende
En raudales benéficos envía.
¿ No la veis ? ¿ No la veis ? ¿ La gran columna,
El magnífico y bello monumento
Que á mi atónita vista centellea ?
No son, no, las pirámides que al viento

Levanta la miseria en la fortuna
Del que renombra entre opresion granjea.
Ante él por siempre humea
El perdurable incienso
Que grato el orbe á Guttenberg tributa :
Breve homenaje á su favor inmenso.
¡ Gloria á aquel que la estúpida violencia
De la fuerza aterró, sobre ella alzando
A la alma inteligencia !
Gloria al que, en triunfo la verdad llevando,
Su influjo eternizó libre y fecundo :
¡ Himnos sin fin al bienhechor del mundo !

A ESPAÑA, DESPUES DE LA REVOLUCION DE MARZO.

¿ Qué era, decidme, la nacion que un dia
Reina del mundo proclamó el destino,
La que á todas las zonas extendía
Su cetro de oro y su blason divino ?
Volábase á Occidente,
Y el vasto mar Atlántico sembrado
Se hallaba de su gloria y su fortuna.
¡ Doquiera España ! En el preciado seno
De América, en el Asia, en los confines
Del Africa, allí España. El soberano
Vuelo de la atrevida fantasia
Para abarcarla se cansaba en vano ;
La tierra sus mineros le rendía,
Sus perlas y coral el Océano,
Y donde quier que revolver sus olas
El intentase, á quebrantar su furia
Siempre encentraba costas españolas.

Ora en el cieno del oprobio hundida,
Abandonada á la insolencia ajena,
Como esclava en mercado, ya aguardaba
La ruda argolla y la servil cadena.
¡Qué de plagas! ¡Oh Dios! Su aliento impuro,
La pestilente fiebre respirando,
Infestó el aire, emponzoñó la vida;
La hambre enflaquecida
Tendió sus brazos lívidos, ahogando
Cuanto el contagio perdonó; tres veces
De Jano el templo abrimos,
Y á la trompa de Marte aliento dimos;
Tres veces, ¡ay! los dioses tutelares
Su escudo nos negaron, y nos vimos
Rotos en tierra y rotos en los mares.
¿Qué en tanto tiempo viste
Por tus inmensos términos, oh Iberia?
¿Qué viste ya sino funesto luto,
Honda tristeza, sin igual miseria,
De tu vil servidumbre acerbo fruto?
Así, rota la vela, abierto el lado,
Pobre bajel á naufragar camina,
De tormenta en tormenta despeñado,
Por los yermos del mar; ya ni en su popa
Las guirnaldas se ven que ántes le ornaban,
Ni en señal de esperanza y de contento
La flámula riendo al aire ondea.
Cesó en su dulce canto el pasajero;
Ahogó su vocería
El ronco marinero;
Terror de muerte en torno le rodea,
Terror de muerte silencioso y frío,
Y él va á estrellarse al áspero bajío.
Llega el momento, en fin; tiende su mano
El tirano del mundo al Occidente,

Y fiero exclama: « El Occidente es mio. »
Bárbaro gozo en su ceñuda frente
Resplandeció, como en el seno oscuro
De nube tormentosa en el estío
Relámpago fugaz brilla un momento,
Que añade horror con su fulgor sombrío.
Sus guerreros feroces
Con gritos de soberbia el viento llenan;
Gimen los yunques, los martillos sueñan,
Arden las forjas. ¡Oh vergüenza! ¿ Acaso
Pensais que espadas son para el combate
Las que mueven sus manos codiciosas?
No en tanto os estimei: grillos, esposas,
Cadenas son que en vergonzosos lazos
Por siempre amarren tan inertes brazos.
Estremecióse España
Del indigno rumor que cerca oía,
Y al grande impulso de su justa saña
Rompió el volcan que en su interior hervía.
Sus déspotas antiguos
Consternados y pálidos se esconden;
Resuena el eco de venganza en torno,
Y del Tajo las márgenes responden:
« ¡Venganza! » ¿ Dónde están, sagrado río,
Los colosos de oprobio y de vergüenza,
Que nuestro bien en su insolencia ahogaban?
Su gloria fué, nuestro esplendor comienza;
Y tú, orgulloso y fiero,
Viendo que aún hay Castilla y castellanos,
Precipitas al mar tus rubias ondas,
Diciendo: « Ya acabaron los tiranos. »
¡Oh triunfo! ¡Oh gloria! ¡Oh celestial momento!
¿ Con que puede ya dar el labio mio
El nombre augusto de la patria al viento?
Yo le daré, mas no en el arpa de oro

Que mi cantar sonoro
Acompañó hasta aquí; no aprisionado
En estrecho recinto, en que se apoca
El númen en el pecho
Y el aliento fatídico en la boca.
Desenterrad la lira de Tirteo,
Y el aire abierto á la radiante lumbre
Del sol, en la alta cumbre
Del riscoso y pinífero Fuenfria,
Allí volaré yo, y allí cantando
Con voz que atruene en rededor la sierra,
Lanzaré por los campos castellanos
Los ecos de la gloria y de la guerra.
¡Guerra, nombre tremendo, ahora sublime,
Único asilo y sacrosanto escudo
Al impetu sañudo
Del fiero Atila que á Occidente oprime!
¡Guerra, guerra, españoles! En el Bétis
Ved del Tercer Fernando alzarse airada
La augusta sembra; su divina frente
Mostrar Gonzalo en la imperial Granada;
Blandir el Cid su centellante espada;
Y allá sobre los altos Pirineos,
Del hijo de Jimena
Animarse los miembros gigantes.
En torvo ceño y desdenosa pena
Ved cómo cruzan por los aires vanos;
Y el valor exhalando que se encierra
Dentro del hueco de sus tumbas frías,
En fiera y ronca voz pronuncian: «¡Guerra!
¡Pues qué! ¿Con faz serena
Vierais los campos devastar opimos,
Eterno objeto de ambicion ajena,
Herencia inmensa que afanando os dimos?
Despertad, raza de héroes: el momento

Llegó ya de arrojarse á la victoria;
Que vuestro nombre eclipse nuestro nombre;
Que vuestra gloria humille nuestra gloria.
No ha sido en el gran día
El altar de la patria alzado en vano
Por vuestra mano fuerte.
Juradlo, ella os lo manda: «¡Antes la muerte,
Que consentir jamás ningún tirano!»
Sí, yo lo juro, venerables sombras;
Yo lo juro también, y en este instante
Ya me siento mayor. Dadme una lanza,
Cefidme el casco fiero y refulgente;
Volemos al combate, á la venganza,
Y el que niegue su pecho á la esperanza,
Hunda en el polvo la cobarde frente.
Tal vez el gran torrente
De la devastacion en su carrera
Me llevará. ¿Qué importa? ¿Por ventura
No se muere una vez? ¿No iré, espirando,
A encontrar nuestros ínclitos mayores?
«Salud, ¡oh padres de la patria mia!
Yo les diré, salud. La heroica España
De entre el estrago universal y horrores
Levanta la cabeza ensangrentada,
Y vencedora de su mal destino,
Vuelve á dar á la tierra amedrentada
Su cetro de oro y su blason divino.»

JUAN NICASIO GALLEGO.

ELEGÍAS.

EL DOS DE MAYO.

Noche, lóbrega noche, eterno asilo
Del miserable, que esquivando el sueño
En tu silencio pavoroso gime,
No desdénen mi voz; leal befeño
Presta á mis sienes, y en tu horror sublime
Empapada la ardiente fantasía,
Da á mi pincel fatídicos colores
Con que el tremendo día
Trace al fulgor de vengadora tea,
Y el ódio irrite de la patria mía,
Y escándalo y terror al orbe sea.
¡Día de execración! La destructora
Mano del tiempo le arrojó al averno;
Mas ¿quién el sempiterno
Clamor con que los ecos importuna
La madre España en enlutado arreo
Podrá atajar? Junto al sepulcro frío,
Al pálido lucir de opaca luna,
Entre cipreses fúnebres la veo:
Trémula, yerta y desceñido el manto,
Los ojos moribundos

Al cielo vuelve, que le oculta el llanto;
Roto y sin brillo el cetro de dos mundos
Yace entre el polvo, y el leon guerrero
Lanza á sus piés rugido lastimero.
¡Ay, que cual débil planta
Que agosta en su furor hórrido viento,
De víctimas sin cuento
Lloró la destrucción Mantua affigida!
Yo vi, yo vi su juventud florida
Correr íerme al huésped ominoso.
Mas ¿qué su generoso
Esfuerzo pudo? El pérfido caudillo,
En quien su honor y su defensa fia
La condenó al cuchillo.
¿Quién ¡ay! la alevosía,
La horrible asolacion habrá que cuente,
Que, hollando de amistad los santos fueros,
Hizo furioso en la indefensa gente
Ese tropel de tigres carniceros?
Por las henchidas calles
Gritando se despeña
La infame turba que abrigó en su seno,
Rueda allá rechinando la cureña,
Acá retumba el espantoso trueno,
Allí el jóven lozano,
El mendigo infeliz, el venerable
Sacerdote pacífico, el anciano
Que con su arada faz respeto imprime,
Juntos amarra su dogal tirano.
En balde, en balde gime,
De los duros satélites en torno,
La triste madre, la affigida esposa
Con doliente clamor; la pavorosa
Fatal descarga suena,
Que á luto y llanto eterno la condena.

¡Cuánta escena de muerte! ¡Cuánto estrago!
¡Cuántos ayes doquier! Despavorido
Mirad ese infelice
Quejarse al adalid empedernido
De otra cuadrilla atroz. «¡Ahl! ¿Qué te hice?
Exclama el triste en lagrimas deshecho:
«Mi pan y mi mansion partí contigo,
Te abrí mis brazos, te cedi mi lecho,
Templé tu sed, y me llamé tu amigo;
¿Y ahora pagar podrás nuestro hospedaje
Sincero, franco, sin doblez ni engaño,
Con dura muerte y con indigno ultraje?»
¡Perdido suplicar! ¡Inútil ruego!
El monstruo infame á sus ministros mira,
Y con tremenda voz gritando: ¡fuego!
Tinto en su sangre el desgraciado espira.
Y en tanto ¿dó se esconden?
¿Dó están ¡oh cara patria! tus soldados,
Que á tu clamor de muerte no responden?
Presos, encarcelados
Por jefes sin honor, que, haciendo alarde
De su perfidia y dolo,
A merced de los vándalos te dejan,
Como entre hierros el leon, forcejan
Con inútil afan. Vosotros sólo,
Fuerte DAOIZ, intrépido VELARDE,
Que osando resistir al gran torrente,
Dar supisteis en flor la dulce vida
Con firme pecho y con serena frente;
Si de mi libre musa
Jamás el eco adormeció á tiranos,
Ni vil lisonja emponzoñó su aliento,
Allá del alto asiento
A que la accion magnánima os eleva,
El himno oid que á vuestro nombre entona,

Mientras la fama aligera le lleva
Del mar de hielo á la abrasada zona.
Mas ¡ay! que en tanto sus funestas alas,
Por la opresa metrópoli tendiendo,
La yerma asolacion sus plazas cubre,
Y al áspero silbar de ardientes balas,
Y al ronco són de los preñados bronces,
Nuevo fragor y estrépito sucede.
¿Ois cómo rompiendo
De moradores tímidos las puertas,
Caen estallando de los fuertes gonces?
¿Con qué espantoso estruendo
Los dueños buscan, que medrosos huyen!
Cuanto encuentran destruyen,
Bramando, los atroces foragidos,
Que el robo infame y la matanza ciegan.
¿No veis cuál se despliegan,
Penetrando en los hondos aposentos,
De sangre y oro y lágrimas sedientos?
Rompen, talan, destrozan
Cuanto se ofrece á su sangrienta espada.
Aqui, matando al dueño, se alborozan,
Hieren allí su esposa acongojada;
La familia asolada
Yace espirando, y con feroz sonrisa
Sorben voraces el fatal tesoro.
Suelta, á otro lado, la madeja de oro,
Mustio el dulce carmin de su mejilla,
Y en su frente marchita la azucena,
Con voz turbada y anhelante lloro,
De su verdugo ante los pies se humilla
Tímida virgen, de amargura llena;
Mas con furor de hiena,
Alzando el corvo alfanje damasquino,
Hiende su cuello el bárbaro asesino.

¡Horrible atrocidad!..... Treguas ¡oh musa,
Que ya la voz rehusa
Embargada en suspiros mi garganta!
Y en ignominia tanta,
¿Será que rinda el español bizarro
La indómita cerviz á la cadena?
No, que ya en torno suena
De Pálas fiero el sanguinoso carro,
Y el látigo estallante
Los caballos flamígeros hostiga.
Ya el duro peto y el arnes brillante
Visten los fuertes hijos de Pelayo.
Fuego arrojó su ruginoso acero:
¡Venganza y guerra! resonó en su tumba;
¡Venganza y guerra! repitió Moncayo;
Y al grito heroico que en los aires zumba,
¡Venganza y guerra! olaman Turia y Duero.
Guadalquivir guerrero
Alza al bélico són la régia frente,
Y del Patron valiente
Blandiendo altivo la nudosa lanza,
Corre gritando al mar: ¡Guerra y venganza!
¡Oh sombras infelices
De los que aleva y bárbara cuchilla
Robó á los dulces larés!
¡Sombras inultas que en fugaz gemido
Cruzais los anchos campos de Castilla!
La heroica España, en tanto que al bandido
Que á fuego y sangre, de insolencia ciego,
Brindó felicidad, á sangre y fuego
Le retribuye el dón, sabrá piadosa
Daros solemne y noble monumento.
Allí en padron cruento
De oprobio y mengua, que perpétuo dura,
La vil traicion del déspota se lea,

Y altar eterno sea
Donde todo español al monstruo jure
Rencor de muerte que en sus venas cunda,
Y á cien generaciones se difunda.

A LA MUERTE

DE LA DUQUESA DE FRIAS.

Al sonante bramido
Del piélago feroz, que el viento ensaña,
Lanzando atras del Turia la corriente;
En medio al denegrido
Cercos de nubes que de Sirio empaña
Cual velo funeral la roja frente;
Cuando el cárabo oscuro
Ayes despide entre la breña inculta,
Y á tardo paso soñoliento Arturo
En el mar de Occidente se sepulta;
A los mustios reflejos
Con que en las ondas alteradas tiembla
De moribunda luna el rayo frio,
Daré, del mundo y de los hombres léjos,
Libre rienda al dolor del pecho mio.
Sí, que al mortal á quien del hado el ceño
A infortunios sin término condena,
Sobre su cuello misero cargando
De uno en otro eslabon larga cadena,
No en jardin halagüeño,
Ni al puro ambiente de apacible aurora
Soltar conviene el lastimero canto
Con que al cielo importuna.
Solitario arenal, sangrienta luna

Y embavecidas o las acompañen
Sus lamentos fatidicos. ¡ Oh lira
Que escenas sólo de aflicción recuerdas;
Lira que ven mis ojos con espanto,
Y á recorrer tus cuerdas
Mi ya trémula mano se resiste!
Ven, lira del dolor: ¡ Piedad no existe!
¡ No existe, y vivo yo! ¡ No existe aquella
Gentil, discreta, incomparable amiga,
Cuya presencia sola
El tropel de mis penas disipaba!
¿ Cuándo en tal hermosura alma tan bella
De la córte española
Más digno fué y espléndido ornamento?
¡ Y aquel mágico acento
Eamudeció por siempre, que llenaba
De inefable dulzura el alma mía!
Y ¡ qué! fortuna impía,
¿ Ni su postrer adios oír me dejas?
¿ Ni de su esposo amado
Templar el llanto y las amargas quejas?
¿ Ni el estéril consuelo
De acompañar hasta el sepulcro helado
Sus pálidos despojos?
¡ Ay! derramen sin duelo
Sangre mi corazón, llanto mis ojos.
¿ Por qué, por qué á la tumba,
Insaciable de víctimas, tu amigo
Antes que tú no descendió, señora?
¿ Por qué al ménos contigo
La memoria fatal no te llevaste,
Que es un tormento irresistible ahora?
¿ Qué mármol hay que pueda
En tan acerba angustia los aciagos
Recuerdos resistir del bien perdido?

Aún resuena en mi oído
El espantoso obús lanzando estragos,
Cuando mis ojos ávidos te vieron
Por la primera vez. Cien bombas fueron,
A tu arribo, marcial salva triunfante.
Con inmóvil semblante
Escucho amedrentado el són horrendo
De los globos mortíferos, en torno
Del leño frágil á tus piés cayendo,
Y el agua, que á su empuje se encumbraba
Y hasta las altas grimpolas saltaba.
El dulce soplo de Favonio, en tanto,
Las velas hinche del bajel ligero,
Sin que salude con festivo canto
La suspirada costa el marinero.
Ardiendo de la patria en fuego santo,
Insensible al horror del bronce fiero,
Fijar te miro impávida y serena
La planta breve en la menuda arena.
¡ Salve, oh deidad! del gaditano muro
Grita la muchedumbre alborozada;
¡ Salve, oh deidad! de gozo enajenada,
La ruidosa marina,
Que á tí se agolpa y el batel rodea,
Y al cielo sube el aclamar sonoro,
Como al aplauso del celeste coro
Salió del mar la hermosa Citeréa.
Absortas contemplaron
El fuego de tus ojos
Las bellas ninfas de la bella Gádes;
Absortas te envidiaron
El pié donoso y la mejilla pura,
El vivo esmalte de tus labios rojos,
El albo seno y la gentil cintura.
Yo te miraba atónito; no empero

Sentí en el alma el pasado agudo
De bastarda pasión, que á dicha pudo
Del honor y el deber la ley severa
Ser á mi pecho impenetrable escudo.
Mas ¿quién el homenaje
De afecto noble, de amistad sincera
Cual yo te tributó, cuando el tesoro
De tu divino ingenio descubría,
Que en cuerpo tan gallardo relucía
Como rico brillante en joya de oro?
¡Cuántas, ¡ay! qué apacibles
Horas en dulces pláticas pasadas
Bétis me viera de tu voz pendiente!
¡Cuántas en las calladas
Florestas de Aranjuez el eco blando
Detuvo el paso á la tranquila fuente;
Ya el primor ensalzando
Que al fragante clavel las hojas riza
Y la ancha cola del pavon matiza;
Ya la vária fortuna
Del cetro godo y del laurel romano,
O el poder sobrehumano
Que de un soplo derroca
Del alto solio al triunfador de Jena,
Y con duras amarras le encadena,
Como al antiguo Encélado, á una roca.
Pero otro dón magnífico, sublime,
Más alto que el ingenio y la hermosura
Debiste al Criador, vivaz destello
De su lumbré inmortal, alma ternura.
¿Cuándo, cuándo al gemido
Negó del infeliz oro tu mano,
Ayes tu corazón? El escondido
Volcan que decoroso
Tu noble aspecto revelaba apénas,

Un infortunio, un rasgo generoso,
Un sacrificio heróico hervir hacía.
Entónces agitado
Tu rostro angelical resplandecía
De más purpúreo rosicler cubierto;
Del seno relevado
La extraña conmocion, el entreabierto
Labio, las refulgentes
Ráfagas de tus ojos,
Que entre los anchos párpados brillaban,
Las lágrimas ardientes
Que á tus negras pestañas asomaban,
El gesto, el ademán, los mal seguros
Acentos, la expresion..... ¡Ah! nunca, nunca
Tan insigne modelo
De esto feliz, de inspiracion divina,
Mostró Casandra en los dardanos muros,
Ni en las lides olímpicas Corina.
Y sólo al santo fuego
De un pecho tan magnánimo pudiera
Deber tu amigo el aire que respira.
Sólo á tu blando ruego
La Amistad se vistiera
Máscara y formas del Amor, su hermano.
¿Quién, sino tú, señora,
Dejando inquieta la mullida pluma
Antes que el frío tálamo la Aurora,
Entrar osára en la mansion del crimen?
¿Quién, sino tú, del duro carcelero,
Menos al són del oro empedernido
Que al eco de los míseros que gimen,
Quisiera el ceño soportar? Perdona,
Cara Piedad, que mi indiscreta musa
Publique al mundo tan heroico ejemplo,
Y que mi gratitud cuelgue en el templo

De la santa Amistad digna corona.....
Eu el mezquino lecho
De cárcel solitaria
Fiebre lenta y voraz me consumia,
Cuando, sordo á mis quejas,
Rayaba apenas en las altas rejas
El perezoso albor del nuevo dia.
De planta cautelosa
Insólito rumor hiere mi oido;
Los vacilantes ojos
Clavo en la ruda puerta, estremecido
Del súbito crujir de sus cerrojos,
Y el repugnante gesto
Del fiero alcaide mi atencion excita,
Que hácia mí sin cesar la mano agita
Con labio mudo y sonreír funesto.
Salto del lecho y sigole azorado,
Cruzando los revueltos corredores
De aquella triste y lóbrega caverna,
Hasta un breve recinto iluminado
De moribunda y fúnebre linterna.
Y á par que por oculto
Tránsito desaparece,
Como vision fantástica, el Cerbero,
De nuevo extraño bulto
Sombra confusa que se acerca y crece,
La angustia dobla de mi horror primero.
Mas ¡cuál mi asombro fué cuando improvisa
A la pálida luz mi vista errante
Los bellos rasgos de *Piedad* divisa
Entre los pliegues del cendal flotantel
; Por qué, por qué benigna,
Clamé, bañado en llanto de alborozo,
Osas pisar, señora,
Esta morada indigna,

Que tu respeto y tu virtud desdora?
¡ Ah! si á la fuerza del inmenso gozo,
Del placer celestial que el alma oprime,
Hoy á tus plantas espirar consigo,
Mi fiebre, mi prision, mi fin bendigo.
« A este oscuro aposento
No á que de pena ó de placer espíres
La voz de la amistad mis pasos guía,
Sino á esforzar tu desmayado aliento
Contra los golpes de la suerte impía.
Su cuello al susto y la congoja doble
El que del crimen en su pecho sienta
El punzante aguijón; que al alma noble,
De la indolencia plácida se anida.
Ni el peso de los grillos la atormenta,
Ni el són de los cerrojos la intimida.
Recobra, amigo caro,
La esperanza marchita
Y el digno esfuerzo del varon constante.
Pronto será que el astro rutilante,
Que jamas estas bóvedas visita,
De la calumnia vil triunfar te vea:
Mi fausto anuncio tu consuelo sea.»
— «Serálo, si; lo juro;
Y aunque ese llanto que tu rostro inunda
Vaticinio tan próspero desmiente,
No me hará de fortuna el torvo ceño
Fruncir las cejas ni arrugar la frente;
Que el dichoso mortal á quien risueño
Mira el destino.....» — No acabé. A deshora
La aciaga voz del carcelero escuché,
Diciendo: es tarde; baste ya, señora.
— «¡Adios! ¡Adios! Del vulgo malicioso,
Que al despuntar del sol sacude el sueño,
Temo el labio mordaz. ¡Adios te queda!»

—«Aguarda...»—«¡Adios!...» Y en soledad
Oigo ¡ay de mí! del caracol torcido
Barrer las gradas la crujiente seda.

¡Oh digno, oh generoso
Dechado de amistad! ¡Oh alegre día!
¿Y en dónde estás, en dónde,
Angel consolador, Duquesa amada,
Que no te mueve ya la angustia mía?
¡Gran Dios, y ni responde
De su esposo infeliz al caro acento,
Aunque en la tumba helada
Lágrimas de dolor vierte á raudales!
¡Ni de su triste huérfana el lamento,
Con ambos brazos al sepulcro asida,
Ablanda sus entrañas maternas!
¡Oh dulces prendas de su amor! Al mármol
En balde importunais. Hará el rocío
Del venidero Abril que al campo vuelva
La verde pompa que abrasó el estío;
Mas no esperéis que el túmulo sombrío
La devorada victima deyuelve,
Ni á sus profundos huecos
Otra respuesta oír que sordos ecos.

En él de bronce y oro,
Inclito vate, entallarán cinceles
Vuestro heroico blason entretejiendo
Con sus antiguas palmas tus laureles.....
¡Inútil afanar! Lá sien ceñida
De adelfa y mirto, pulsará tu mano
La dolorosa cítara, moviendo
Con sus blandas querellas
El orbe todo á compasion..... ¡En vano!
Resonarán con ellas,
Mis gemidos simpáticos, y el coro
De cuantos cisnes tu infortunio inspira

Alzar podrá á su gloria
Noble trofeo en canto peregrino;
Mas ¡ay! ¿podrá su lira
Forzar las puertas del eden divino,
Y el diente ensangrentado
Del áspid arrancar, en tí clavado?

A más alto poder, misero amigo,
Los ojos torna y el clamor dirige,
Que entre sollozos lúgubres exhalas.
Al Sér inmenso que los orbes r'ge,
En las rápidas alas
De ferviente oracion remonta el vuelo.
Yo elevaré contigo
Mis tiernos votos y al gemir de aquella,
Que en mis brazos creció, cándida niña,
Trasunto vivo de tu esposa bella,
Dará benigno el cielo
Paz á su madre, á tu afliccion consuelo.
Sí; que hasta el sólio del Eterno llega
El ardiente suspiro
De quien con puro corazon le ruega,
Como en su templo santo el humo sube
Del balsámico incienso en vaga nube.

SONETOS.

A JUDAS.

Quando el horror de su traicion impía
Del falso apóstol fascinó la mente,
Y del árbol fatídico pendiente,
Con rudas contorsiones se mecía;

Complacido en su mísera agonía,
Mirábale el demonio frente á frente,
Hasta que ya, del término impaciente,
De entrambos piés con impetu le asía.
Mas cuando vió cesar del descompuesto
Rostro la convulsión trémula y fiera,
Señal segura de su fin funesto,
Con infernal sonrisa placentera
Sus labios puso en el horrible gesto,
Y el beso le volvió que á Cristo diera.

Á ZARAGOZA.

Viendo el tirano que el valor ferviente
Domar no puede del león de España,
Ni al lazo odioso de coyunda extraña
Dobla el fuerte Aragon la invicta frente,
Juró crúel venganza, y de repente
Se hundió en el Orco, y con horrible saña,
Del reino oscuro que Aqueronte baña,
Alzó en su ayuda la implacable gente.
De allí el desmayo y la miseria adusta,
De allí la ardiente sed, la destructora
Fiebre salieron y el contagio inundo.
Ellos domaron la ciudad augusta;
No el hierro, no el poder. ¡Decanta ahora
Tu triunfo, oh Corso, y tu valor al mundo!

LOS HOYUELOS DE LESBIA.

Cruzaba el hijo de la cipria diosa
Solo y sin venda la floresta umbría,

Cuando al pié de un rosal vió que dormía,
Al blando sôn del mar, mi Lesbia hermosa;
Y al ver, pasmado, que su faz graciosa
Los reflejos del alba repetía,
Tanto se deslumbró, que no sabía
Si aquella era mejilla ó si era rosa.
Alargó el dedo el niño entre las flores,
Y en ambos lados le aplicó á la bella,
Formando dos hoyuelos seductores.....
¡Ay, que al verla reir, la dulce huella
Del dedo del amor mata de amores!
¡Feliz el que su boca estampe en ella!

ALBERTO LISTA.

ODAS.

LA MUERTE DE JESUS.

¿Y eres tú el que velando
La excelsa majestad en nube ardiente,
Fulminaste en Siná? Y el impío bando,
Que eleva contra tí la osada frente,
¿Es el que oyó medroso
De tu rayo el estruendo fragoroso?
Mas ahora abandonado
¡Ay! pendes sobre el Gólgota, y al cielo

Alzas gimiendo el rostro lastimado.
Cubre tus bellos ojos mortal velo,
Y su luz extinguida,
En amargo suspiro das la vida.
Así el amor lo ordena ;
Amor más poderoso que la muerte.
Por él de la maldad sobre la pena
El Dios de las virtudes, y el leon fuerte
Se ofrece al golpe fiero
Bajo el vellon de cándido cordero.
¡Oh víctima preciosa,
Ante siglos de siglos degollada!
Aun no ahuyentó la noche pavorosa
Por vez primera el alba nacarada,
Y hostia del amor tierno,
Moriste en los decretos del Eterno.
¡Ay! ¡quién podrá mirarte,
Oh paz, oh gloria del culpado mundo!
¿Qué pecho empedernido no se parte
Al golpe acerbo del dolor profundo,
Viendo que en la delicia
Del gran Jehová descarga su justicia?
¿Quién abrió los raudales
De esas sangrientas llagas, amor mio?
¿Quién cubrió tus mejillas celestiales
De horror y palidez? ¿Cuál brazo impío
A tu frente divina
Cifó corona de punzante espina?
Cesad, cesad, crúeles ;
Al Santo perdonad, muera el malvado.
Si sois de un justo Dios ministros fieles,
Caiga la dura pena en el culpado ;
Si la impiedad os guía
Y en la sangre os cebais, verted la mia.
Mas ¡ ay! que eres tú solo

La víctima de paz, que el hombre espera.
Si del Oriente al escondido polo
Un mar de sangre criminal corriera,
Ante Dios irritado,
No expiación, fuera pena del pecado.
Que no, cuando del cielo
Su cólera en diluvios descendia,
Y á la maldad que dominaba el suelo,
Y á las malvadas gentes envolvía,
De la diestra potente
Depuso Sabaoth su espada ardiente.
Venció la excelsa cumbre
De los montes el agua vengadora :
El sol, amortecida la alba lumbre,
Que el firmamento rápido colora,
Por la esfera sombría
Cual pálido cadáver discurria.
Y no el ceño indignado
De su semblante descogió el Eterno.
Mas ya, Dios de venganzas, tu Hijo amado,
Domador de la muerte y del averno,
Tu cólera infinita
Extinguir en su sangre solicita.
¿Oyes, oyes cual clama :
Padre de amor, por qué me abandonaste ?
Señor, extingue la funesta llama
Que en tu furor al mundo derramaste :
De la acerba venganza
Que sufre el Justo nazca la esperanza.
¿No veis cómo se apaga
El rayo entre las manos del Potente ?
Ya de la muerte la tiniebla vaga
Por el semblante de Jesus doliente,
Y su triste gemido
Oye el Dios de las iras complacido.

Vén, ángel de la muerte:
Esgrime, esgrime la fulmínea espada,
Y el último suspiro del Dios fuerte,
Que la humana maldad deja expiada,
Suba al solio sagrado,
Do vuelva en padre tierno al indignado.
Rasga tu seno ¡oh tierra!
Rompe ¡oh templo! tu velo. Moribundo
Yace el Criador; mas la maldad aterra,
Y un grito de furor lanza el profundo.
Muere..... Gemid humanos:
Todos en él pusisteis vuestras manos.

EL TRIUNFO DE LA TOLERANCIA.

¡Ay! ¿cuándo brillarás, felice día,
En que estreché el humano
Con el humano la amorosa diestra?
¿Cuándo será el momento que desierre
A la olvidada historia
El grito funeral de guerra y gloria?
Dulce beneficencia, tú del cielo
El don más delicioso,
Del misero mortal desconocida,
¿Adónde, adónde fijarás tus aras,
Cuando en tu fuego ardiente
Se purifique la malvada gente?
¡Ah! desciende; tu santo trono sean
Rendidos corazones,
Y la virtud tu sacrificio; extiende
El cetro bienhechor, que te confia
El Hacedor del mundo,
Y llena el orbe de tu ardor fecundo.

¡Oh, tantas veces, tanto suspirada
De las almas sensibles,
Y apenas á sus votos concedida!
Vén; contigo la paz, la tolerancia
Y la amistad hermosa
Embellzcan la tierra ya dichosa.
Que asaz de sangre retinó su acero
El fanatismo impio,
De la manera hipócrita velado;
Asaz quemó su antorcha asoladora,
A la ambicion prestada,
Del inocente la infeliz morada.
Sí, yo los vi; ¡los monstruos! de ira ardiendo,
Sedientos de venganza,
Invocaron á un Dios de mansedumbre;
En su sangre de amor fieros mojaron
Los agudos puñales,
Y á destrozarse volaron los mortales.
¡Oh tristes campos de la antigua Albiga!
¡Oh cavernas del Alpe!
¡Oh noche infanda de delito y muerte,
En que el furor sagrado y la perfidia
Y la ambicion insana
Las Galias inundó de sangre humana!
Y tú ¡oh España, amada patria mía!
Tú sobre el solio viste,
Con tanta sangre y triunfos recobrado,
Alzar al monstruo la cerviz horrenda,
Y adorado de reyes,
Fiero esgrimir la espada de las leyes.
¡Execrables hogueras! allí arde
Nuestra primera gloria;
La libertad comun yace en cenizas
So el trono y so el altar. Allí se abate
Bajo el poder del cielo,

Del libre pensamiento el libre vuelo.
¿Dónde correis, impíos? ¿qué inhumana,
Qué sed devoradora
De sangre y de suplicios os enciende?
¿No veis en esa víctima sin crimen,
Que la impiedad condena
De la patria la mísera cadena?
Y ¡qué, grande Hacedor! ¿en nombre tuyo
Siempre el mortal perverso
Degollará y oprimirá? Creando
Cual es su corazón un Dios de ira,
¿Volará á las matanzas
Invocando al Señor de las venganzas?
Mas ¡ay! ¿qué grito por la esfera umbria
Desde la helada orilla
Del caledonio golfo se desprende?
Hombres, hermanos sois, vivid hermanos;
Y vueta al mediodía
Y al piélago feliz do nace el día.
Sí; que una vez el Hacedor benigno
Dijo: *Que la luz sea,*
Y fué la luz. Tronó sereno el cielo,
Y desde el Tajo hasta el remoto Ganges
Desplómase al abismo
Las aras del sangriento fanatismo.
Salud, mundo infeliz; ya destruido
Ves el imperio horrendo
Que levantó el error; ya se oscurece
Al celestial aspecto de la lumbré
La abominable hoguera
Que un diluvio de sangre no extinguiera
¡Ay! que ya del Océano saliendo
La lumbré bienhechora,
Por los iberos campos se dilata.
¡Ay! que ya las riberas inundando

Del levítico Bétis,
Llega á las playas últimas de Tétis.
Mas ¡oh! ¿dónde se fija? ¡oh santuario
Por siempre respetable,
Otro tiempo espelunca de furores!
Sí, santa luz; do tus reflejos miro,
Allí con luz sombría
De la supersticion la antorcha ardia.
Ardia, sí; y los hombres engañados,
Que deslumbró su fuego,
Allí mismo la muerte fulminaban
En tu nombre ¡oh Señor de las piedades!
Allí, allí los insanos
Degollar meditaban sus hermanos.
Y la calumnia, como sierpe astuta,
Que sus vestigios borra,
La víctima inocente sorprendia;
Y pérfida de Témis la balanza
Oprimió al acusado
Con el peso de un Dios de furia armado.
Ese lumbroso oriente, ese divino
Raudal inextinguible
De saber, de bondad y de clemencia,
Fué trono de feroces magistrados,
Cuya justicia impía
Vengar de Dios la injuria presumia.
¡Olvido eterno á su crueldad! y sea
Castigo á tanto crimen
El perdón que las víctimas conceden.
Si es posible, tu velo, oh tolerancia,
Sepulte sus errores,
Y tú, prole futura, los ignores.
Hijos gloriosos de la paz, el día
Del bien ha amanecido;
Cantad el himno de amistad, que presto

Lo cantará gozoso y reverente
El tártaro inhumano
Y el isleño del último Oceano.

SONETOS:

MOISES.

Expuesto fué del Nilo en la corriente
El que á Israel intrépido acaudilla,
Borrando de la faz la vil mancilla
De esclavitud á su oprimida gente;
Y al rey, que en la niñez tierna, inocente,
Ensangrentó la bárbara cuchilla,
Con vigor celestial hiere y humilla,
Y sepulta en el piélago inclemente.
Así necios los míseros tiranos,
O mandan que no nazca el pensamiento,
O que, si nace audaz, al nacer muera.
Más oculto se expone á los humanos,
Y crece, y llega el vengador momento,
Y al déspota sumerge la onda fiera.

DEMÓSTENES.

Rayo de la elocuencia, ¿por qué truenas,
Si es ya la libertad un nombre vano?
Trasíbulo, lanzando al espartano,
No el vicio y la maldad lanzó de Aténas.
De tu sublime voz la patria llenas;

Brillan asta y arnes contra el tirano;
Mas ¡ay! del griego en la cuidada mano
Las armas pesan más que las cadenas.

Sumido en ocio y en delicias, ¿quieres
Que el hierro, de los persas tan temido,
Contra el astuto macedon esgrima?

Y aunque al tirano venzas, nada esperes;
Que á un pueblo turbulento y corrompido,
¿Cuándo falta un Filipo que lo oprima?

MARCO BRUTO.

¿Pensaste, oh Bruto, que á nacer volviera
La libertad do Sila no aterrado
Depuso la segur, de herir cansado,
Teñida en sangre de la Italia entera?
¿De qué al mundo sirvió tu virtud fiera!
A un tirano clemente y desarmado
Dado te fué oprimir; más no fué dado
Que libre Roma y corrompida fuera.

Pérfido Octavio, Antonio sanguinario,
Pendiente de un puñal, con mano impía,
Tienen ya esa corona que aborreces.
¡Oh virtud necia! ¡Oh brazo temerario!
Si era forzosa ya la tiranía,
¿Por qué á monstruos tan bárbaros la ofreces?

LA ENVIDIA.

Dulce es á la codicia cuando alcanza
Doblar el oro inútil, que ha escondido;

Dulce al amor, feliz ó desvalido,
 Meditar ya el placer, ya la esperanza.
 Dulce es tambien á la feroz venganza,
 Que no obedece al tiempo ni al olvido,
 Los sedientos rencores que ha sufrido,
 Apagar entre el fuego y la matanza.
 A un bien aspira todo vicio humano;
 Teñida en sangre, la ambicion impía
 Sueña en el mando y el laurel glorioso.
 Sola tú, envidia horrenda, monstruo insano,
 Ni conoces ni esperas la alegría;
 Que ¿dónde irás que no haya un venturoso?

LEANDRO FERNANDEZ MORATIN.

ELEGÍAS.

Á LA MUERTE DE DON JOSÉ ANTONIO CONDE,
 DOCTOR, ANTICUARIO, HISTORIADOR Y HU-
 MANISTA.

¡Te vas, mi dulce amigo,
 La luz huyendo al dial
 Te vas, y no conmigo!
 ¡Y de la tumba fría
 En el estrecho límite,
 Mudo tu cuerpo está!
 Y á mí, que débil siento

El peso de los años,
 Y al cielo me lamento
 De ingratitud y engaños,
 Para llorarte ¡miserol
 Largo vivir me da.
 O fuéramos unidos
 Al seno delicioso,
 Que en sus bosques floridos
 Guarda eterno reposo
 A aquellas almas inclitas,
 Del mundo admiracion;
 O á mí solo llevara
 La muerte presurosa,
 Y tu virtud gozara
 Modesta, ruborosa,
 Y tan ilustres méritos
 Ufana tu nacion.
 Al estudio ofreciste
 Los años fugitivos,
 Y jóven conociste
 Cuánto le son nocivos
 Al generoso espíritu
 El ocio y el placer.
 Veloz en la carrera,
 Al templo te adelantas
 Donde Témis severa
 Dicta sus leyes santas,
 Y en ellas digno intérprete
 Llegaste á florecer.
 Cinéronte corona
 De lauros inmortales
 Las nueve de Helicon;
 Sus diáfanos cristales
 Te dieron, y benévolas
 Su lira de marfil.

Dulce al amor, feliz ó desvalido,
 Meditar ya el placer, ya la esperanza.
 Dulce es tambien á la feroz venganza,
 Que no obedece al tiempo ni al olvido,
 Los sedientos rencores que ha sufrido,
 Apagar entre el fuego y la matanza.
 A un bien aspira todo vicio humano;
 Teñida en sangre, la ambicion impía
 Sueña en el mando y el laurel glorioso.
 Sola tú, envidia horrenda, monstruo insano,
 Ni conoces ni esperas la alegría;
 Que ¿dónde irás que no haya un venturoso?

LEANDRO FERNANDEZ MORATIN.

ELEGÍAS.

Á LA MUERTE DE DON JOSÉ ANTONIO CONDE,
 DOCTOR, ANTICUARIO, HISTORIADOR Y HU-
 MANISTA.

¡Te vas, mi dulce amigo,
 La luz huyendo al día!
 ¡Te vas, y no conmigo!
 ¡Y de la tumba fría
 En el estrecho límite,
 Mudo tu cuerpo está!
 Y á mí, que débil siento

El peso de los años,
 Y al cielo me lamento
 De ingratitud y engaños,
 Para llorarte ¡miserol
 Largo vivir me da.
 O fuéramos unidos
 Al seno delicioso,
 Que en sus bosques floridos
 Guarda eterno reposo
 A aquellas almas inclitas,
 Del mundo admiracion;
 O á mí solo llevara
 La muerte presurosa,
 Y tu virtud gozara
 Modesta, ruborosa,
 Y tan ilustres méritos
 Ufana tu nacion.
 Al estudio ofreciste
 Los años fugitivos,
 Y joven conociste
 Cuánto le son nocivos
 Al generoso espíritu
 El ocio y el placer.
 Veloz en la carrera,
 Al templo te adelantas
 Donde Témis severa
 Dicta sus leyes santas,
 Y en ellas digno intérprete
 Llegaste á florecer.
 Cinéronte corona
 De lauros inmortales
 Las nueve de Helicon;
 Sus diáfanos cristales
 Te dieron, y benévolas
 Su lira de marfil.

Con ella, renovando
La voz de Anacraonte,
Eco amoroso y blando
Sonó de Pindo el monte,
Y te cedió Teócrito
La caña pastoril.

Febo te dió la ciencia
De idiomas diferentes:
El ritmo y afluencia
Que usaron elocuentes
Arabia, Roma y Atica,
Supiste declarar.

Y el cántico festivo,
Que en bélica armonía
El pueblo fugitivo
Al Númen dirigía,
Cuando al feroz ejército
Hundió en su centro el mar.

La historia, alzando el velo
Que lo pasado oculta,
Entregó á tu desvelo
Bronces que el arte abulta,
Y códices y mármoles
Amiga te mostró;

Y allí, de las que han sido
Ciudades poderosas,
De cuantas dió al olvido
Acciones generosas
La edad que vuela rápida,
Memorias te dictó.

Desde que el cielo airado
Llevó á Jerez su saña,
Y al suelo derribado
Cayó el poder de España,
Subiendo al trono gótico

La prole de Ismael;
Hasta que rotas fueron
Las últimas cadenas,
Y tremoladas vieron
De Alhambra en las almenas
Los ya vencidos árabes
Las cruces de Isabel.

A ti fué concedido
Eternizar la gloria
De los que ha distinguido
La paz ó la victoria,
En dilatadas épocas
Que el mundo vió pasar.

Y á ti de dos naciones
Instres enemigas
Referir los blasones,
Hazañas y fatigas,
Y de candor histórico
Dignos ejemplos dar.

Europa, que anhelaba
De tu saber el fruto,
Y ofrecerle esperaba
En aplausos tributo,
La nueva de tu pérdida
Debe primero oír.

La pareo inexorable
Te arrebató á la tumba,
En eco lamentable
La bóveda retumba,
Y allá en su centro lóbrego
Sonó ronco gemir.

¡Ay! perdona, ofendido
Espíritu, perdona.
Si en la region de olvido
Cifras áurea corona,

Y tus virtudes sólidas
Tienen ya galardón,
No de una madre ingrata
El duro ceño acuerdes;
Que nunca se dilata
La existencia que pierdes,
Sin que la turben pérdidas
Envidia y ambición.

Á LAS MUSAS.

Esta corona, adorno de mi frente,
Esta sonante lira y flautas de oro,
Y máscaras alegres, que algún día
Me disteis, sacras Musas, de mis manos
Trémulas recibid, y el canto acabe,
Que fuera osado intento repetirle.
He visto ya cómo la edad ligera,
Apresurando á no volver las horas,
Robó con ellas su vigor al númen.
Sé que negais vuestro favor divino
A la cansada senectud, y en vano
Fuera implorarle; pero en tanto, bellas
Ninfas, del verde Pindo habitadoras,
No me negueis que os agradezca humilde
Los bienes que os debí. Si pude un día,
No indigno sucesor de nombre ilustre,
Dilatarle famoso, á vos fué dado
Llevar al fin mi atrevimiento. Sólo
Pudo bastar vuestro amoroso anhelo
A prestarme constancia en los afanes
Que turbaron mi paz, cuando insolente,
Vano saber, enconos y venganzas,

Codicia y ambición, la patria mía
Abandonaron á civil discordia.

Yo vi del polvo levantarse audaces
A dominar y perecer tiranos;
Atropellarse efímeras las leyes,
Y llamarse virtudes los delitos.
Vi las fraternas armas nuestros muros
Bañar en sangre nuestra, combatirse,
Vencido y vencedor, hijos de España,
Y el trono desplomándose al vendido
Impetu popular; de las arenas
Que el mar sacude en la fenicia Gades,
A las que el Tajo lusitano envuelve
En oro y conchas, uno y otro imperio,
Iras, desórden esparciendo y luto,
Comunicarse el funeral estrago.
Así cuando en Sicilia el Etna ronco
Revienta incendios, su bifronte cima
Cubre el Vesubió en humo denso y llamas,
Turba el Averno sus calladas ondas;
Y allá del Tíbre en la ribera etrusca
Se estremece la cúpula soberbia,
Que al vicario de Cristo da sepulcro.
¿Quién pudo en tanto horror mover el plectro?
¿Quién dar al verso acordes armonías,
Oyendo resonar grito de muerte?
Tronó la tempestad; bramó iracundo
El huracán, y arrebató á los campos
Sus frutos, su matiz; la rica pompa
Destrozó de los árboles sombríos.
Todas huyeron tímidas las aves
Del blando nido, en el espanto mudas:
No más trinos de amor. Así agitaron
Los tardos años mi existencia, y pudo
Sólo en region extraña el oprimido

Animo hallar dulce descanso y vida.

Breve será, que ya la tumba aguarda,
Y sus mármoles abre á recibirme;
Ya los voy á ocupar..... Si no es eterno
El rigor de los hados, y reservan
A mi patria infeliz mayor ventura,
Dénsela presto, y mi postrer suspiro
Será por ella..... Prevenid en tanto
Flébiles tonos, enlazad coronas
De ciprés funeral, Musas celestes;
Y donde á las del mar sus aguas mezcla
El Garona opulento, en silencioso
Bosque de lauros y menudos mirtos,
Ocultad entre flores mis cenizas.

—
—
EPÍSTOLA.
—

—
—
Á CLAUDIO.

EL FILOSOFASTRO.

Ayer don Ermeguncio, aquel pedante,
Locuaz declamador, á verme vino
En punto de las diez. Si de él te acuerdas,
Sabrás que no tan sólo es importuno,
Presumido, embrollon, sino que á tantas
Gracias añade la de ser goloso,
Más que el perro de Filis. No te puedo
Decir con cuántas indirectas frases,
Y tropos elegantes y floridos,

Me pidió de almorzar. Cedi al encanto
De su elocuencia, y vieras conducida,
Del rústico gallego que me sirve,
Ancha bandeja con tazon chinosco
Rebosando de hirviente chocolate
(A tres pajes hambrientos y golosos
Racion cumplida), y en cristal luciente
Agua que serenó barro de Andújar:
Tierno y sabroso pan, mucha abundancia
De leves tortas y bizcochos duros,
Que toda absorben la pocion suave
De Soconusco, y su dureza pierden.
No con tanto placer el lobo hambriento
Mira la enferma res que en solitario
Bosque perdió el pastor, como el ayuno
Huésped el dón que le presento opimo.
Antes de comenzar el gran destrozo,
Altos elogios hiao del fragante
Aroma que la taza despedía,
Del esponjoso pan, de los dorados
Bollos, del plato, del mantel, del agua;
Y empieza á devorar. Mas no presumas
Que por eso calló; diserta y come,
Engulle y grita, fatigando á un tiempo
Estómago y pulmon. ¡Qué cosas dijo!
¡Cuánta doctrina acumuló, citando,
Vengan al caso ó no, godos y etruscos!
Al fin en ronca voz: «¡Oh edad nefanda!
¡Vicios abominables! ¡Oh costumbres!
¡Oh corrupcion!» exclama; y de camino
Dos tortas se tragó. «¡Que á tanto llegue
Nuestra depravacion, y un placer solo
Tantos afanes y dolor produzca
A la oprimida humanidad! Por este
Sorbo llenamos de miseria y luto

La América infeliz ; por él Europa,
La culta Europa en el Oriente usurpa
Vastas regiones, porque puso en ellas
Naturaleza el cinamomo ardiente ;
Y para que más grato el gusto adule
Este licor, en duros eslabones
Hace gemir al atezado pueblo,
Que en África compró, simple y desnudo.
¡Oh, qué abominacion! Dijo; y llorando
Lágrimas de dolor, se echó de un golpe
Cuanto en el hondo canjilon quedaba.

Claudio, si tú no lloras, pues la risa
Llanto causa también, de mármol eres ;
Que es mucha erudicion, celo muy puro,
Mucho prurito de censura estóica
El de mi huésped; y este celo, y esta
Comezon docta, es general locura
Del filosofador siglo presente.
Más difíciles somos y atrevidos
Que nuestros padres, más innovadores,
Pero mejores no. Mucha doctrina,
Poca virtud. No hay picaron tramposo,
Venal, entremetido, disoluto,
Infame delator, amigo falso,
Que ya no ejerza autoridad censoria
En la Puerta del Sol, y allí gobierne
Los estados del mundo ; las costumbres,
Los ritos y las leyes mude y quite.
Prócuro, que se viste y calza y come
De calumniar y de mentir, publica
Centones de moral. Nevio, que puso
Pleito á su madre y la encerró por loca,
Dice que ya la autoridad paterna
Ni apoyos tiene ni vigor, y nace
La corrupcion de aquí. Zenon, que trata

De no pagar á su pupila el dote,
Habiéndola comido el patrimonio
Que en su mano rapaz la ley le entrega,
Dice que no hay justicia, y se conduce
De que la probidad es nombre vano.
Rufino, que vendió por precio infame
Las gracias de su esposa, solicita
Una insignia de honor. Camilo apunta
Cien onzas, mil, á la mayor de espadas,
En ilustres garitos disipando
La sangre de sus pueblos infelices ;
Y habla de patriotismo..... Claudio, todos
Predican ya virtud como el hambriento
Don Ermeguncio cuando sorbe y lora.....
¡Dichoso aquel que la practica y calla !

SONETOS.

JUNIO BRUTO.

Suena confuso y misero lamento
Por la ciudad ; corre la plebe al foro,
Y entre las fascas que le dan decoro
Ve al gran senado en el sublime asiento.
Los cónsules allí. Ya el instrumento
De Marte llama la atención sonoro ;
Arde el incienso en los altares de oro,
Y leve el humo se difunde al viento.
Valerio alza la diestra : en ese instante
Al uno y otro jóven infelice

Hiere el lictor, y sus cabezas toma.
Mudo terror al vulgo circunstante
Ocupa. Bruto se levanta, y dice:
«Gracias, Jove inmortal; ya es libre Roma.»

Á LA MEMORIA
DE DON JUAN MELENDEZ VALDÉS.

Ninfas, la lira es ésta, que algun día
Pulsó Batilo en la ribera umbrosa
Del Tormes, cuya voz armoniosa
El curso de las ondas detenía.

Quede pendiente en esta selva fría
Del lauro mismo, que la cipria diosa
Mil veces desnudó, cuando amorosa
La docta frente á su cantor ceñía.

Intacta y muda entre la pompa verde
(Sólo en sus fibras resonando el viento),
El claro nombre de su dueño acuerde;

Ya que la patria, en el comun lamento,
Feroz ignora la opinion que pierde,
Negando á sus cenizas monumento.

Á LA MUERTE DEL EXCELENTE ACTOR
ISIDORO MAIQUEZ.

Tú solo el arte adivinar supiste
Que los afectos acalora y calma;
Tú la virtud robustecer del alma,

Que al oro, al hierro, á la opresion resiste.
Inimitable actor, que mereciste
Entre los tuyos la primera palma,
Y amigo, alumno, y émulo de Talma,
La admiracion del mundo dividiste;
¿A quién dejaste sucesor muriendo?
¿De quién ha de esperar igual decoro
La escena, que te pierde y abandonas?
Así dijo Melpómene, y vertiendo
Lagrimas en la tumba de Isidoro,
Cetro depones y púrpura y coronas.

EPIGRAMAS.

¿Veis esa repugnante criatura,
Chato, pelon, sin dientes, estevado
Gangoso, y sucio, y tuerto, y jorobado?
Pues lo mejor que tiene es la figura.

Si al decorar tus salones,
Fanio, á Mercurio prefieres,
Tienes á fe mil razones;
Que es Dios de los mercaderes,
Y tambien de los ladrones.

Pobre Geroncio, á mi ver
Tu locura es singular;

¿Quién te mete á censurar
Lo que no sabes leer?

En un cartelón leí,
Que tu obrilla baladí
La vende Navamorcuende....
No ha de decir que la vende,
Sino que la tiene allí.

— Cayó á silbidos mi *Filomena*.
— Solemne tunda llevaste ayer.
— Cuando se imprima verán que es buena.
— ¿Y qué cristiano la ha de leer?

Tu crítica majadera
De los dramas que escribí,
Pedancio, poco me altera;
Mas pesadumbre tuviera
Si te gustáran á ti.

Pedancio, á los botarates
Que te ayudan en tus obras
No los mimes ni los trates;
Tú te bastas y te sobras
Para escribir disparates.

FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

EPÍSTOLA.

AL DUQUE DE PRIAS CON MOTIVO DE LA
MUERTE DE LA DUQUESA.

¿Desde las tristes márgenes del Sena,
Cubierto el cielo de apiñadas nubes,
De nieve el suelo, y de tristeza el alma,
Salud te envía tu infeliz amigo,
A tí más infeliz!.... Y ni le arredra
El temor de tocar la cruda llaga,
Que aun brota sangre, y de mirar tus ojos
Bañarse en nuevas lágrimas.... ¿Qué fuera
Si no llorára el hombre?.... Yo mil veces
He bendecido á Dios, que nos dió el llanto
Para aliviar el corazón, cual vemos
Calmar la lluvia al mar tempestuoso.
Llora, pues, llora; otros amigos fieles,
De más saber y de mayor ventura,
De la estoica virtud en tus oídos
Harán sonar la voz; yo que en el mundo
Del cáliz de amargura una vez y otra
Apuré hasta las heces, no hallé nunca
Más alivio al dolor que el dolor mismo;
Hasta que ya cansada, sin aliento,
Luchando el alma, y reluchando en vano,
Bajo el inmenso peso se rendía....
¿Lo creerás, caro amigo?... Llega un tiempo

En que gastados del dolor los filos,
Ese afán, esa angustia, esa congoja,
Truécanse al fin en plácida tristeza;
Y en ella absorta, embebecida el alma,
Replégase en sí misma silenciosa,
Y ni la dicha ni el placer envidia.

Tú dudas que así sea; y yo otras veces
Lo dudé como tú; juzgaba eterna
Mi profunda aflicción, y grave insulto
Anunciarme que un tiempo fin tendría.....
Y le tuvo: de Dios á los mortales
Es esta otra merced; que así tan sólo,
Entre tantas desdichas y miserias,
Sufrir pudieran la cansada vida.

Espera, pues: da crédito á mis voces,
Y fiate de mí..... ¿Quién en el mundo
Compró tan caro el triste privilegio
De hablar de la desdicha?... En tantos años,
¿Viste un día siquiera, un solo día,
En que no me mirases vil juguete
De un destino fatal, cual débil rama
Que el huracán arranca, y por los aires
La remonta un instante, y contra el suelo
La arroja luego, y la revuelca impío?.....

Lo sé: contra los golpes de la suerte,
Cuando sólo en nosotros los descarga,
El firme corazón opone escudo;
Mas no acontece así..... ¿Y acaso piensas
Que no he perdido nunca á quien amaba
Más que á mi propia vida?... Si un momento
Te da tregua el dolor, vuelve los ojos
A un huérfano infeliz, enfermo, triste,
Solo en el mundo, sin tener ya apénas
A quien llorar..., que á todos en la tumba
Unos tras otros los hundió la muerte.

En la misma estacion (¿vés? tu desgracia
Ha vuelto á abrir mi dolorosa herida)
Perdí una madre tierna, idolatrada,
Mi dicha y mi consuelo; tras sus huellas
Mi triste padre descendió á la tumba;
Y abrazados bajaron, de consuno
Pronunciando mi nombre, que á lo léjos
Sonó en mi corazón, no en mis oídos...
Corrí, volé, llegué; mas ya fué en vano;
La fatal losa á entrambos cobijaba;
Y para colmo de pesar y angustia,
¡Aún encontré la tierra removida!

Tú has hallado, si es dable, más consuelos
En tu grave aflicción... Aunque rebelde
Se vuelva contra mí tu pena misma,
Por fuerza has de escuchar mi voz severa,
Que no aduló jamás á la fortuna,
Ni ahora adula al dolor.— Tú en tu desgracia
Hallaste mil consuelos, que la suerte
Cruelmente me negó: viste á tu esposa
Y la cuidaste en su dolencia extrema;
Tú recibiste su postrer suspiro;
Tú estrechaste su mano; tú la viste
Tender á tí los brazos, y cual prenda
En los tuyos dejar su amada lija.....

Pero yo propio, sin querer, ahondo
El puñal en tu pecho, renovando
Ante tu vista la funesta imágen
De la noche fatal, en que aún luchaba
La vida con la muerte... Ya sus penas
Para siempre acabaron: ella misma,
Vueltos al cielo los piadosos ojos
Se lo rogó en su angustia; y la esperanza
Brilló al morir en su serena frente.
¡Oh, si nos fuera dado del sepulcro

Penetrar los arcanos!.... ¡Cuántas veces
Nuestro acerbo dolor se templaría!
En este mismo instante, en que lamentas
De tu misera Esposa el fatal hado,
¿Quién te ha dicho, infeliz, que más dichosa
No esté gozando de eternal ventura?
¡Callas, y sobre el pecho la cabeza
Dejas caer!... No calles, no: responde:
Sondea, si te atreves, el abismo
Que de tu amada Esposa te separa;
Cruza la eternidad; y luégo dime
En dónde está, si es misera ó dichosa,
Si pide luto ó parabien.

No ha mucho
(A tí contarlo puedo; alegres otros
Riieran de mi triste desvario)
Hallándome en la orilla encantadora
Del mar tirreno, la ciudad dejaba,
Madre de los placeres, y á Pompeya
La débil planta absorto dirigia.....
Fuentes, jardines, quintas y palacios
A mis ojos brillaban; mas la mente
Penetraba más hondo, y poco á poco
Se iba estrechando el corazón... las flores
Entre lava nacian; y esos pueblos,
Hoy ricos, florecientes, ocultaban
Otros pueblos felices algun día,
Labrados sobre otros que ya fueron.
Llegaba al fin á divisar los muros
De la ciudad desierta; y ya anunciaban
Que fué un tiempo morada de los hombres
Los sepulcros que orlaban la ancha vía.
A su arrimo descansa el pasajero;
Que ellos le dan sombra y reposo. ... Al cabo,
A las puertas tocaba; y en su linde

El vacilante pié se detenía,
Cual si temiese profanar osado
La mansion de los muertos.— Ni un acento,
Ni una voz, ni un murmullo.... hasta parecia
Que el eco está allí mudo, y no responde.
Cruzaba lento las estrechas calles
Sin huella humana; pórticos y plazas
Sin un solo viviente; en pié los muros,
Desiertos los hogares; y en los templos
Sin víctimas las aras.... y aún sin dioses.

¡Qué pequeño, qué misero y mezquino
El mundo ante mis ojos parecia
Cuando me hallaba allí!... Sonrisa amarga
Asomaba á mis labios, recordando
La ambicion de los hombres, sus venganzas,
Sus proyectos sin fin: un breve soplo
Sus bienes y sus males como el humo
Disipa; y la ceniza á cubrir basta
Una inmensa ciudad, cual leve polvo
Cubre un vil hormiguero.....

Así abismado

En tristes reflexiones, recorría
Aquel vasto recinto silencioso,
Cual una sombra vaga entre sepulcros.
Los lazos que me ataban á la tierra,
Aflojarse sentia; y libre el alma
Lanzábase, dejando atras los siglos,
Al espacio sin límites.... ¡Si vieras
Lo que es la triste vida, comparada
A aquella inmensidad! De cierto, amigo,
Cuajadas en tus ojos quedarían
Esas copiosas lágrimas que viertes;
Y en la tierra fijándolos, tú propio
Allí vieras el término á los males,
El descanso y la paz, de que ya goza

La que tú lloras ; tú que por el suelo
Arrastras como yo la dura carga.

Mas en tanto que el cielo te conceda
Volverte á unir á tu adorada Esposa,
Consagra á su memoria los instantes
Que de ella ausente estés ; y su recuerdo
Tu corazon anime ; y en tus labios
Resuene siempre su apacible nombre....
¿ Ni cómo de tu Esposa olvidarias
El claro ingenio, el alma generosa,
La divina beldad ; dotes preciados
Que rara vez el mundo admiró unidos !

Mas ya te veo hácia el opaco bosque
De cipreses y adelfas caminando,
Pendiente de tu diestra una corona
De tristes siemprevivas, y los ojos
Apénas alzas, descubrir temiendo
El monumento de perpétua pena
Que de tu Esposa las cenizas guarda....
Tanto infeliz como acorrió piadosa,
Tanto huérfano pobre y desvalido
De que fué tierna madre, los que un día
Su bondad y sus prendas admiraron,
En largas filas, silenciosos, mustios,
Tus pasos lentamente van siguiendo,
Y cercan su sepulcro.... ¿ No los oyes ?
Suyos son los tristísimos sollozos,
Suyas las quejas y el confuso llanto
Que interrumpen las fúnebres plegarias....
Yo aquí no tengo, para ornar su tumba,
Ni una flor que enviarte : que las flores
No nacen entre el hielo ; y si naciesen,
Sólo al tocarlas yo se marchitarán.

LA VUELTA A LA PATRIA.

Amada patria mia,
Al fin te vuelvo á ver!.... Tu hermoso suelo,
Tus campos de abundancia y de alegría,
Tu claro sol y tu apacible cielo!....
Sí : ya miro magnífica extenderse
De una y otra colina á la llanura
La famosa ciudad ; descollar torres
Entre jardines de eternal verdura ;
Besar sus muros cristalinos rios ;
Su vega circundar erguidos montes ;
Y la Nevada Sierra
Coronar los lejanos horizontes.

No en vano tu memoria
Doquiera me seguia ;
Turbaba mi placer, mi paz, mi gloria ;
El corazon y el alma me oprimia !
Del Tamesis y el Sena
En la aterida márgen recordaba
Del Dauro y del Genil la orilla amena ;
Y triste suspiraba ;

Y al ensayar tal vez alegre canto,
Doblábase mi pena,
Mi voz ahogaba el reprimido llanto.

El Arno delicioso
Me ofreció en balde su feraz recinto,
Esmaltado de flores,
Asilo de la paz y los amores.
« Mas florida es la vega
Que el manso Genil riega ;
Más grata la morada
De la hermosa Granada..... »
Y otras sentidas voces
Murmuraba con triste desconsuelo ;

Y el hogar de mis padres recordando,
Los mustios ojos levantaba al cielo.

Tal vez en mi dolor más me placía
De agreste sitio el solitario aspecto;
De las ciudades azorado huía,
Y ansioso, palpitante,
Los escabrosos Alpes recorría;
Mas su nevada cumbre
No tan viva y tan pura reflejaba
Del sol la clara lumbre
Cual la Nevada Sierra,
Cuando el astro del día
Un torrente de luz vierte en la tierra.

De Pompeya las ruinas pavorosas,
Sus calles silenciosas,
Sus pórticos desiertos,
De hierba ya cubiertos,
Mi profundo pesar lisonjeaban;
Y graves reflexiones
En mi agitada mente despertaban.
¿Qué vale el poder vano
Del miserable humano?
En abatir su orgullo y su renombre
La suerte se complace;
Y las obras que eternas juzga el hombre,
Con un soplo deshace....
Por el rastro de escombros junto al Tiber
Hoy busca el caminante
Del sumo Jove la ciudad triunfante:
Rompe el arado la fecunda tierra,
Que cual lóbrega tumba
Los sacros restos de Herculano encierra;
Y si Pompeya en pie mira sus muros,
Los siglos carcomieron su cimiento;
Y al respirar el viento,

Tiemblan sobre su planta mal seguros.

Así en mi juventud yo vi las torres
De la soberbia Alhambra quebrantadas
Amenazar del Dauro la corriente
Con su ruina inminente;
Cada rápido instante de mi vida
El plazo apresuró de su caída;
Y del antiguo Alcázar soberano,
En que el moro poder vinculó ufano
Su gloria á las edades,
Tal vez un día ni hallarán mis ojos
Los míseros despojos....
A tan funesta imágen, en el pecho
Mi corazón se ahogaba;
Y en lágrimas deshecho,
Al pié de los sepuleros me postraba....
¿Cuál es tu magia, tu inefable encanto,
Oh patria, oh dulce nombre,
Tan grato siempre al hombre?
El tostado africano,
Léjos tal vez de su nativa arena,
Con pesar y desden los prados mira,
Y por ella suspira:
Hasta el rudo lapón, si en hora infausta
Se vió arrancado del materno suelo,
Envidia y ansia las eternas noches,
Los yertos campos y el perpétuo hielo;
Y yo, á quien diera la benigna suerte
Nacer, Granada, en tu feliz regazo,
Y crecer en tu seno,
De tantos bienes lleno;
Yo triste, ausente de la patria mía,
¿De ti me olvidaría?
En las ásperas costas africanas,
Al náufrago inhumanas,

Yo tu sagrado nombre repetía;
Y las inquietas olas
Llevábanlo á las costas españolas.
En el polo apartado
Oyólo de mi labio el mar furioso,
Por el teson del bátavo enfrenado;
Oyólo el Rhin, el Ródano espumoso,
El alto Pirineo, el Apenino;
Y del Vesubio ardiente
En el cóncavo hueco
Por vez primera repitiólo el eco.

AL SUEÑO.

Único alivio del mortal infausto,
Bálsamo dulce del herido pecho,
Vén, blando Sueño, y mis cansados ojos
Lánguido cierra!

Vén, y cobija con tus graves alas,
Dios silencioso, mi apartado lecho,
De amor un tiempo venturoso nido,
Miseró ahora.

Goce adormido en tus tranquilos brazos,
Al són del viento que las hojas mueve,
O al sordo ruido de lejana lluvia,
plácida calma.

La hermosa imagen de mi dueño ausente
Miren mis ojos y mis brazos ciñan;
Y el dulce néctar de su dulce boca
Avido beba.

Ni oscura sombra ni mortal gemido

Turben, ¡oh Sueño! mi feliz descanso;
Ni de mi frente en el beleño escondas
Aspero abrojo.

SONETOS.

MIS PENAS.

Pasa fugaz la alegre primavera,
Rosas sembrando y coronando amores;
Y el seco estío, deshojando flores,
Haces apiña en la tostada era:

Mas la estacion á Baco lisonjera
Torna á dar vida á campos y pastores;
Y ya el invierno anuncia sus rigores,
Al tibio sol menguando la carrera.

Yo una vez y otra vez vi en Mayo rosas,
Y la mies ondear en el estío;

Vi de otoño las frutas abundosas,
Y el cielo estéril del invierno impío:
Vuelan las estaciones presurosas...
¡Y sólo dura eterno el dolor mío!

Libre quiso correr el turbio Sena;
Y apenas lo pregoná envanecido,
Con propia sangre mirase teñido
Y arrastrando más bárbara cadena:

Furioso rompe el cauce que lo enfrena,
Hierve, y se ensancha, y tala embravecido,

Y el continente cubre, y su bramido
 De escándalo y terror al orbe llena.
 Ufano ya con tan inmensa gloria,
 Disputa al mar el sumo poderio,
 Y señor se proclama de la tierra;
 Mientras, burlando al insolente río,
 Corre el Tórrmes cantando su victoria,
 Y dando al mundo la señal de guerra.

BERNARDINO FERNANDEZ DE VELASCO,
 DUQUE DE FRIAS.

DON JUAN DE LANUZA.

LEYENDA DRAMÁTICA.

EN el silencio de la noche umbría
 Airada Zaragoza, alza la frente,
 Y á usanza de Aragon, con vocería,
 Prorumpo, en fin, la sublevada gente:

¡ Vivan los fueros!
 ¡ Viva Aragon!
 ¡ Viva el Justicia!
 ¡ Viva Aragon!
 » Prelados y ricos-homes,

Ermúneo brazo infanzon,
 Hoy el pendon levantamos
 De los fueros de Aragon.
 » Publíquense los pregones,
 Con el fuero de la Union,
 Convocando á la defensa
 De los fueros de Aragon.

¡ Vivan los fueros!
 ¡ Viva Aragon!
 ¡ Viva el Justicia!
 ¡ Viva Aragon!
 » Que truenen los arcabuces,
 Los mosquetes y el cañon,
 Pues vuelve el Rey de Castilla
 Sus armas contra Aragon.
 » Para que la Santa Virgen
 Proteja nuestra intencion,
 En el Pilar tremolemos
 La bandera de Aragon.

¡ Vivan los fueros!
 ¡ Viva Aragon!
 ¡ Viva el Justicia!
 ¡ Viva Aragon!»

Así cundía el popular tumulto
 En la noble esforzada Zaragoza,
 Al despuntar en el rosado oriente
 El fresco albor de la vecina aurora.
 Mas luégo el humo de tronantes armas
 Al sol los rayos luminares roba,
 Y los volteados címbalos sonoros
 Con su rimbombe á la ciudad asordan.
 A la defensa general acuden
 Los que en los campos comarcanos moran;
 Campos que al Ebro, al Gállego y al Huerva
 Deben la gala de su verde pompa.

Sobre alta pica una bandera gualda
Al libre viento el tafetan desdobla;
Sobre él las armas de Aragon campear,
Y este mote tambien en letras rojas:
«Hagan fuero á Antonio Perez
De la manifestacion,
Porque sólo á los herejes
Los prende la Inquisicion.»
La voz y mando de la alzada gente
Don Juan de Luna denodado toma,
Noble infanzon, cuya ascendencia ilustran
Del reino de Aragon antiguas glorias.
Chambergó traje militar vistiendo,
Negras labores su casaca adornan,
Y, fiel recuerdo de la amada ausente,
Banda de Flándes cubre su valona.
«¡Viva Don Juan de Luna!», proclamaban
Los que bizarros á la lid se aprontan,
Y con armas las calles y las plazas
Discurren de la augusta Zaragoza.
A tanta agitacion, á estruendo tanto,
Lanuza acude con firmeza honrosa,
Y el pundonor aragones y brío
Con noble ardor en sus mejillas brotan.

DON JUAN DE LUNA.

Justicia de Aragon, un contrafuero
Nos hace el Rey, y su remedio clama
Con justa indignacion el reino entero.
Del patrio amor la belicosa llama
Hoy como nunca en nuestros pechos arde,
Y nuestro aliento y corazon inflama.
Si en vaga duda ó timidez cobarde
Hoy á la suerte el triunfo se dejara,

Para vencer, mañana fuera tarde.
¿No basta que la paz se perturbára
Por largas y sañudas disensiones,
Que la discordia en Ribagorza alzara,
Ni que alzasen opuestas pretensiones
Del Rey, de los señores y vasallos
En Ariza y Ayerbe turbaciones;
Ni que osado Almenara injustos fallos
Hoy demande en la corte del Justicia
Sobre fueros que el Rey juró guardallos;
Ni que á Perez, con pérfida malicia,
La Manifestacion negarse quiera,
Del Santo Tribunal por la injusticia?...
Pero no basta, no... Gente guerrera
Don Alonso de Vargas acaudilla,
Y al Reino invade ya fuerza extranjera.
Si al poder sucumbimos de Castilla,
Verá Aragon sus fueros conculcados,
Zaragoza el cadalso de Padilla...

DON JUAN DE LANUZA.

¿El cadalso? ¡Jamás! Ni nunca hollados
Nuestros fueros serán; que á la defensa
Pueblos enteros correrán armados!...
Quizá Castilla temeraria piensa
Que el brazo aragones hallará inerme;
Que Zaragoza aguardará indefensa;
Que el pundonor en nuestros pechos duerme,
Que dobláremos la cerviz al yugo
Para que campos y ciudades yerme.
¿Pues ya que armarse á su altiveza plugo,
Muéstrenos en la lid la noble espada,
No la infame cuchilla del verdugol...
¡Oid, aragoneses! Fuerza armada,

De Don Diego de Heredia puesta al mando,
Del paso de Alagon guarda la entrada.

El foral de la Union célebre bando
Publicado está ya, y en nuestros muros
Se van torres y puertas artillando.
¡Salven los fueros nuestros brazos duros,
Armados con espadas y arcabuces!
Los hijos de Aragon nunca perjuros
Vieron del sol resplandecer las luces.

Nuevo tumulto á la mansion acorre
Del Marqués de Almenara, y le aprisiona;
Y mal herido por la airada gente,
Rindió su aliento y su altivez odiosa.

Los de la Magdalena y de San Pablo,
Gritando ¡*Greuge!* impávidos se arrojan
Sobre la Aljafería, cuyas puertas
A su furia tenaz cayeron rotas.

Salvan á Antonio Perez, y su triunfo
Con fuertes voces por doquier pregonan,
Y señalando á la bandera gualda,
Cantan el mote de las letras rojas:

«Hagan fuero á Antonio Perez
De la Manifestacion,
Porque sólo á los herejes
Los prende la Inquisicion.»

Al ancho, antiguo y prolongado Coso,
Todos armados, con valor se agolpan,
Y en las fenestras la hermosura agita
El blanco lino y las rizadas tocas.

En los torreados muros suena el bronce;
El eco zumba de guerrera trompa;

El fogoso bridon la crin extiende;
El sol refleja en las bruñidas cotas.

Sobre un fuerte alazan, que en la carrera
Menuda braja en derredor arroja,
Llega Diego de Heredia, salpicada
De lodo y sangre la armadura toda;

Con un bilbilitano capacete
Su frente cubre y su cabeza adorna,
Con su blason el refulgente escudo,
Con su cruz de San Juan la doble cota.

Cifre espada tudésca, suspendida
Del ancho cinturon con ricas borlas,
Por no deber á toledano acero
Contra Castilla su defensa propia.

DON DIEGO DE HEREDIA.

Valientes hijos de Aragon, la suerte
Contraria sobre el campo de batalla
Hoy me quiso negar gloriosa muerte;
Empero vil temor no me avasalla,
Porque el honor la infamia no consiente,
Ni ante el poder de los malvados calla.

Para ganar la defendible puente
Que enlaza del Jalon ambas riberas
Llevaba yo mi denodada gente;
Las barras en escudos y cimeras,
La Virgen del Pilar en los pendones
Y la cruz de Alcoraz en las banderas.

Godofre Bardaji con dos cañones
Impávido marchaba á la vanguardia,
Ayerbe comandaba los peones.

El altivo contrario nos aguarda,
Gritando en alta voz: «¡Viva Castilla!»
Y apostando en la puente una bombardá.

Nuestro valor al enemigo humilla;
La bombardas ganamos y la puente,
Y roto el tercio fué de Bobadilla.
Péro Mejía, capitán valiente,
Experto militar en sus consejos,
Que ornára en Flándes con laurel su frente,
Con fuerte tropa de soldados viejos
De Pleitas y Grisen cruzó los vados,
De la menguante luna á los reflejos;
Y así, dos tercios de Aragon cortados
Fueron, y su auxiliar artillería
Y sesenta jinetes desmontados.
Al frente de su fiel caballería
Don Alonso de Vargas nuestro centro
Cerraba con intrépida osadía.

La dura carga del primer encuentro
Cien mosqueteros con su fuego atajan,
Parapetados de la puente dentro;

Emperó al peso abrumador se rajan
Sus recias tablas, y al crecido río
Nuestros soldados entre ruinas bajan.

Todo fué perdición... Al noble brío
El pavor sucedió... Nuestros contrarios
Pusieron el raudal á su albedrío;

Y siguiendo sus planes temerarios,
Llenos de orgullo y de feroz falacia,
Ya se aproximan por caminos varios...
¡Pedro Fuertes aquí!...

PEDRO FUERTES.

¡Nueva desgracia!
Ya son dueñas las tropas de Castilla
Del Cármen, del Portillo y Santa Engracia.

DON JUAN DE LANUZA.

¡Nunca el valor aragones se humilla!
Por la puente de piedra, por el vado,
Vamos del Ebro á la encontrada orilla.
El estandarte de Aragon alzado,
Será nuestra defensa la montaña...

DIONISIO PEREZ.

¡No hay salvación!... ¡El Ebro, desbordado,
Cubre la puente, inunda la campaña!...

Ya dentro la ciudad los atambores
De las tropas del Rey marcha redoblan,
Y al hórrido estridor de las cureñas
Los hombres callan, las mujeres lloran.

Don Alonso de Vargas en su pecho
Ostenta del patron la insignia roja,
Los blasones de España en las enseñas,
El Toison con las cruces de Borgoña,

Y cubierto el escudo de las barras
Con negro tafetan, como traidoras...
¡Injuria indigna al fuero de Sobrarbe!
¡Anuncio infame de venganza odiosa!

Ordena los cañones en el Coso,
Al Justicia y parciales aprisiona,
Al Reino desafuera por un bando,
Y este cartel en la ciudad pregona:

«Mañana se cortará la cabeza en la plaza
pública de Zaragoza al Justicia de Aragon
Don Juan de Lanuza, por haber hecho le-

Á CÁRLOS TERCERO

EN EL ANIVERSARIO DE SU MUERTE.

SONETO.

No ya sobre dos mundos tu corona
Afirma su poder y resplandece,
Ni respetada nuestra armada ofrece
Al libre viento su volante lona,
Ni la fama marcial nos galardona,
Ni el bélico laurel nos engrandece,
Cuando el bronce español sólo estremece
La tumba comital de Barcelona (1).
Y ¿ésta es ¡oh Dios! aquella monarquía
Que su estandarte tremoló en Otumba,
En San Quintín, Parténope y Pavia?
Vélate ¡oh sombral en tu gloriosa tumba,
Hoy que al rudo huracán de la anarquía
El trono de cien reyes se derrumba.

(1) Este soneto fué compuesto el 13 de Diciembre de 1842 cuando las tropas del Gobierno bombardeaban Barcelona.

ÁNGEL DE SAAVEDRA,

DUQUE DE RIVAS.

UN CASTELLANO LEAL.

I.

«Hola, hidalgos y escuderos
De mi alcuernia y mi blason,
Mirad como bien nacidos
De mi sangre y casa en pro.
»Esas puertas se defiendan,
Que no ha de entrar, vive Dios,
Por ellas quien no estoviese
Más limpio que lo está el sol.
»No profane mi palacio
Un fementido traidor,
Que contra su rey combate
Y que á su patria vendió.
»Pues si él es de reyes primo,
Primo de reyes soy yo;
Y Conde de Benayente,
Si él es Duque de Borbon;
»Llevándole de ventaja,
Que nunca jamás manchó
La traición mi noble sangre,
Y haber nacido español.»
Así atronaba la calle
Una ya cascada vez,
Que de un palacio salía,
Cuya puerta se cerró;
Y á la que estaba á caballo

Á CÁRLOS TERCERO

EN EL ANIVERSARIO DE SU MUERTE.

SONETO.

No ya sobre dos mundos tu corona
Afirma su poder y resplandece,
Ni respetada nuestra armada ofrece
Al libre viento su volante lona,
Ni la fama marcial nos galardona,
Ni el bélico laurel nos engrandece,
Cuando el bronce español sólo estremece
La tumba comital de Barcelona (1).
Y ¿ésta es ¡oh Dios! aquella monarquía
Que su estandarte tremoló en Otumba,
En San Quintín, Parténope y Pavía?
Vélate ¡oh sombral en tu gloriosa tumba,
Hoy que al rudo huracán de la anarquía
El trono de cien reyes se derrumba.

(1) Este soneto fué compuesto el 13 de Diciembre de 1842 cuando las tropas del Gobierno bombardeaban Barcelona.

ÁNGEL DE SAAVEDRA,

DUQUE DE RIVAS.

UN CASTELLANO LEAL.

I.

«Hola, hidalgos y escuderos
De mi alcuernia y mi blason,
Mirad como bien nacidos
De mi sangre y casa en pro.
»Esas puertas se defiendan,
Que no ha de entrar, vive Dios,
Por ellas quien no estoviese
Más limpio que lo está el sol.
»No profane mi palacio
Un fementido traidor,
Que contra su rey combate
Y que á su patria vendió.
»Pues si él es de reyes primo,
Primo de reyes soy yo;
Y Conde de Benayente,
Si él es Duque de Borbon;
»Llevándole de ventaja,
Que nunca jamás manchó
La traición mi noble sangre,
Y haber nacido español.»
Así atronaba la calle
Una ya cascada vez,
Que de un palacio salía,
Cuya puerta se cerró;
Y á la que estaba á caballo

Sobre un negro pisador,
Siendo en su escudo las lises,
Más bien que timbre, baldon;
Y de pajes y escuderos
Llevando un tropel en pos,
Cubiertos de ricas galas,
El gran Duque de Borbon;
El que lidiando en Pavía.
Más que valiente, feroz,
Gozóse en ver prisionero
A su natural señor,
Y que a Toledo ha venido,
Ufano de su traicion,
Para recibir mercedes
Y ver al Emperador.

II.

En una anchurosa cuadra
Del alcázar de Toledo,
Cuyas paredes adornan
Ricos tapices flamencos,
Al lado de una gran mesa
Que cubre de terciopelo
Napolitano tapete
Con borlones de oro y flecos;
Ante un sillón de respaldo,
Que entre bordado arabesco
Los timbres de España ostenta
Y el águila del imperio,
De pie estaba Carlos quinto,
Que de España era primero,
Con gallardo y noble talle,
Con noble y tranquilo aspecto.

De brocado de oro y blanco
Viste tabardo tudesco;
De rubias martas orlado,
Y desabrochado y suelto;
Dejando ver un justillo
De raso jalde cubierto,
Con primorosos bordados
Y costosos sobrepuestos;
Y la excelsa y noble insignia
Del Toison de Oro pendiendo
De una preciosa cadena
En la mitad de su pecho.
Un birrete de velludo
Con un blanco airon, sujeto
Por un joyel de diamantes
Y un antiguo camafeo,
Descubre por ambos lados,
Tanta majestad cubriendo,
Rubio, cual barba y bigote,
Bien atusado el cabello.
Apoyado en la cadera
La potente diestra ha puesto,
Que aprieta dos guantes de ambar
Y un primoroso masquero;
Y con la siniestra halaga
De un mastin muy corpulento,
Blanco, y las orejas rubias,
El ancho y carnoso cuello.
Con el condestable insigne,
Apaciguador del reino,
De los pasados disturbios
Acaso está discuriendo;
O del trato que dispone
Con el rey de Francia preso,
O de asuntos de Alemania,

Agitada por Lutero;
Cuando un tropel de caballos
Oye venir á lo léjos,
Y ante el alcázar pararse,
Quedando todo en silencio.
En la antecámara suena
Rumor impensado luégo;
Alzase al fin la mampara
Y entra el de Borbon soberbio.
Con el semblante de azufre
Y con los ojos de fuego,
Bramando de ira y de rabia
Que enfrena mal el respeto,
Y con balbuciente lengua
Y con mal borrado ceño,
Acusa al de Benavente
Un desagravio pidiendo.
Del español Condestable
Latió con orgullo el pecho,
Ufano de la entereza
De su esclarecido deudo.
Y aunque advertido procura
Disimular cual discreto,
A su noble rostro asoman
La aprobacion y el contento.
El Emperador un punto
Quedó indeciso y suspenso,
Sin saber que responderle
Al frances de enojo ciego.
Y aunque en su interior se goza
Con el proceder violento
Del Conde de Benavente,
De altas esperanzas lleno
Por tener tales vasallos,
De noble lealtad modelos,

Y con los que el ancho mundo
Goza á sus glorias estrecho;
Mucho al de Borbon le debe,
Y es fuerza satisfacerlo,
Le ofrece para calmarlo
Un desagravio completo;
Y llamando á un gentil-hombre,
Con el semblante severo
Manda que el de Benavente
Venga á su preseneia presto.

III.

Sostenido por sus pajes
Desciende de la litera
El Conde de Benavente
Del alcázar á la puerta.
Era un viejo respetable,
Cuerpo enjuto, cara seca,
Con dos ojos como chispas,
Cargados de largas cejas;
Y con semblante muy noble,
Mas de gravedad tan seria,
Que veneracion de léjos
Y miedo causa de cerca.
Eran su traje unas calzas
De púrpura de Valencia,
Y de recamado ante
Un coletó á la leonesa.
De fino lienzo gallego
Los puños y la gorguera,
Unos y otra guarnecidos
Con randas barcelonesas.
Un birrete de velludo

Con su cintillo de perlas,
Y el gaban de paño verde
Con alamares de seda.

Tan sólo de Calatrava
La insignia española lleva,
Que el Toison ha despreciado
Por ser orden extranjera.

Con paso tardo, aunque firme
Sube por las escaleras,
Y al verle, las alabardas
Un golpe dan en la tierra:

Golpe de honor y de aviso
Da que en el alcázar entra
Un grande, á quien se le debe
Todo honor y reverencia.

Al llegar á la antesala,
Los pajes que están en ella
Con respeto le saludan
Abriendo las anchas puertas.

Con grave paso entra el Conde,
Sin que otro aviso preceda,
Salones atravesando,
Hasta la cámara régia.

Pensativo está el monarca
Discurriendo cómo pueda
Componer aqnel disturbio
Sin hacer á nadie ofensa.

Mucho al de Borbon le debe
Aun mucho más de él espera,
Y al de Benavente mucho
Considerar le interesa.

Dilacion no admite el caso,
No hay quien dar consejo pueda,
Y Villalar y Pavia
A un tiempo se le recuerdan.

En el sillón asentado,
Y el codo sobre la mesa,
Al personaje recibe,
Que comedido se acerca.

Grave el Conde lo saluda
Con una rodilla en tierra,
Mas, como grande del reino,
Sin descubrir la cabeza.

El Emperador, benigno,
Que alce del suelo le ordena,
Y la plática difícil
Con sagacidad empieza.

Y entre sereno y afable
Al cabo le manifiesta,
Que es el que á Borbon aloja
Voluntad suya resuelta.—

Con respeto muy profundo,
Pero con la voz entera,
Respondele Benavente
Destocando la cabeza:

«Soy, señor, vuestro vasallo,
Vos sois mi rey en la tierra;
A vos ordenar os cumple
De mi vida y de mi hacienda.

«Vuestro soy, vuestra mi casa,
De mí disponed y de ella,
Pero no toqueis mi honra
Y respetad mi conciencia.

«Mi casa Borbon ocupe
Puesto que es voluntad vuestra,
Contamine sus paredes,
Sus blasones envilezca;

«Que á mí me sobra en Toledo,
Donde vivir, sin que tenga
Que rozarme con traidores

Cuyo sólo aliento infesta.
»Y en cuanto él deje mi casa,
Antes de tornar yo á ella,
Purificaré con fuego
Sus paredes y sus puertas.»
Dijo el Conde, la real mano
Besó, cubrió su cabeza,
Y retiróse bajando
A do estaba su litera.
Y á casa de un su pariente
Mandó que lo condujeran,
Abandonando la suya
Con cuanto dentro se encierra.
Quedó absorto Carlos quinto
De ver tan noble firmeza,
Estimando la de España
Más que la imperial diadema.

IV.

Muy pocos días el Duque
Hizo mansion en Toledo,
Del noble Conde ocupando
Los honrados aposentos.
Y la noche en que el palacio
Dejó vacío, partiendo
Con su séquito y sus pajes
Orgullosos y satisfecho,
Turbó la apacible luna
Un vapor blanco y espeso,
Que de las altas techumbres
Se iba elevando y creciendo.
A poco rato tornóse
En humo confuso y denso,

Que en nubarrones oscuros
Ofuscaba el claro cielo;
Después en ardientes chispas,
Y en un resplandor horrendo
Que iluminaba las calles
Dando en el Tajo reflejos,
Y al fin su furor mostrando
En embravecido incendio
Que devoraba altas torres
Y derrumbaba altos techos.
Resonaron las campanas,
Conmovióse todo el pueblo,
De Benavente el palacio
Presa de las llamas viendo.
El Emperador, confuso,
Corre á procurar remedio,
En atajar tanto daño
Mostrando tenaz empeño.
En vano todo; tragóse
Tantas riquezas el fuego,
A la lealtad castellana
Levantando un monumento.
Aun hoy unos viejos muros
Del humo y las llamas negros,
Recuerdan accion tan grande
En la famosa Toledo.

JAVIER DE BÚRGOS.

Á LOS PROGRESOS DE LA INDUSTRIA.

Rindió en incultas bárbaras naciones
El mortal prosternado
Con razon cultos á Minerva y Ceres,
Que una inventó el telar y otra el arado.
Roto por él, sus dones
Y de dulce abundancia los placeres
Prodigó el ántes yermo y triste suelo
Al humanal anhelo.
El silvestre madroño
Huyó y la jara del ribazo umbrío,
Que cubrió de racimos el otoño
O coronó de mieses el estío.

Minerva, en tanto, por divino juicio,
Las pieles de leones
Por la lana trocó, que tejió grata.
En telas trocó el arte los vellones
Que el múrice fenicio
Vino á teñir de espléndida escarlata.
Cundieron luego por el mundo bajo
Los bienes del trabajo.
Más cómoda guarida
Se alzó el salvaje. Se pobló la tierra;
Encantos nuevos encontró la vida,
Y sus furores mitigó la guerra.
No, pues, hoy temas que á civil pelea,
Á sacrilegas lides,

De nuevo incite la discordia brava.
La altiva industria, sí, mejor Alcides
Que el que la hidra Lernea
Postró al blandir de la potente clava;
Mejor Belerofonte que el que hiriera
A la crúel Quimera,
El aliento en las fauces
Sofocará del presumir liviano,
Y raudales de bien por anchos cauces
Harán que corran por el suelo hispano.
Sí, correrán; que la comun ventura
Al iluso, al malvado
Desarma, que á la patria herir amaga,
Mientras se finge su leal soldado.
De la anarquía impura
Jamás se alista en la cohorte aciaga
El que en trabajos útiles se engrie.
Mientras de la paz rie
La aurora refulgente,
Entre los campos que la esteva anima,
El viejo Pan la venerable frente
Orlada encumbra de la miés opima.
En mil canales por su ardiente tierra
Ruede sus ondas puras
El ancho Bétis; riegue el turbio Duero
De Castilla las áridas llanuras;
De la empinada sierra
Del Segre bullidor corra el venero
Del Urgel á las fértiles regiones.
De recios aquilones
Libre y rudos ataques,
Vuele entre velas la segura proa
Del Cantábrico mar á los Alfaques,
De la imperial Toledo hasta Lisboa.
Dar cima á tan magníficos portentos

Las ciencias pueden sólo.
Las ciencias, pues, como fanales brillen,
Sin que calumnia, error, envidia ó dolo
Los altos pensamientos
Del sabio turben ni su honor mancillen.
De la felicidad guía á la cumbre
De las ciencias la lumbré.
Bajo el humilde techo
Ellas groseros hábitos suavizan,
Aliento dan al generoso pecho,
De los pueblos la gloria immortalizan.

A par las artes, de su luz guiadas,
Decoren á porfía
De la sagrada Témis los palacios,
Las mansiones angustas de Sofía.
Las alas desplegadas,
Cual águila caudal que á los espacios
Se alza rauda del éter radiante,
El genio se levante.
Los pinceles hispanos
Al lado brillen del pincel de Apéles;
Emulen sus cinceles soberanos
Al divino cincel de Praxitéles.

En el felice porvenir gozaos,
Que á nuestra industria mira
Correr tras la del Tánesis y el Sena,
Del Chino activo y hábil Cachemira.
Las españoles naos,
Ondeando el gallardete en la alta entena,
Veo ya hendiendo la cerúlea onda;
De la rica Golconda,
Del rival con enojo,
Los diamantes cargar, y cuantas cria
Perlas Ormuz, aromas el mar Rojo,
Y Ceilan perfumada especería.

Mas cuanto Industria y Paz brinden ahora
De vida y de riqueza,
Tanto amenazan de orfandad y males
Discordia atroz ó misera Pereza.
De Calpe á do la aurora,
De la noche eclipsando los fanales,
En nácar y arrebol inunda el cielo;
Del alcázar de hielo,
Do su manida tiene
El rudo Bóreas, al opuesto polo,
De Paz é Industria la alabanza suene:
El cántico entonad, hijos de Apolo.

MANUEL DE CABANYES.

LA INDEPENDENCIA DE LA POESÍA.

Como una casta ruborosa virgen
Se alza mi musa, y tímida las cuerdas
Pulsando de su arpa solitaria,
Suelta la voz del canto.
¡Léjos, profanas gentes! No su acento
Del placer muelle, corruptor del alma,
En ritmo cadencioso hará suave
La funesta ponzoña.
¡Léjos, esclavos, léjos! no sus gracias
Cual vuestro honor traficanse y se venden;

No sangri-salpicados techos de oro
Resonarán sus versos.
En pobre independencía, ni las iras
De los verdugos del pensar la espantan
De sierva á fuer; ni, meretriz impura,
Vil metal la corrompe.
Fiera como los montes de su patria,
Galas desecha que maldad cobijan:
Las cumbres vaga en desnudez honesta;
Mas ¡guay de quien la ultraje!
Sobre sus cantos la expresión del alma
Vuela sin arte; números sonoros
Desdeña y rima acorde; son sus versos
Cual su espíritu libres.
Duros son; más son fuertes, son hidalgos
Cual la espada del bueno: y nunca, nunca
Tu noble faz con el rubor de oprobio
Cubrirán, madre España,
Cual del cisne de Ofanto los cantares
A la reina del mundo avergonzaron,
De su opresor con el infame elogio
Sus cuitas acreciendo.
¡Hijo cruel, cantor ingrato! El cielo
Le dió una lira mágica y el arte
De arrebatar á su placer las almas
Y arder los corazones;
Le dió á los héroes celebrar mortales
Y á las deidades del Olimpo.... El eco
Del Capitolio altivo aún los nombres
Que él despertó tornaba.

A....

Perdon, celeste Virgen,
Si á tus honestos labios
Arrebaté de amor costoso un sí;
Si á tu inocente pecho,
Si á tus sueños tranquilos
Turbé la calma plácida, perdon.
Yo te adoré, y un ara
De purísimo culto
En el seno del alma te erigi:
Que ni mi ardiente boca,
Ni mis ojos de fuego,
Ni un pensamiento vago profanó.
¡Yo te adoré á ti sola!
Y ledo ya teja
Nupcial corona para orlar tu sien;
Mas de repente en punzas,
En punzas venenosas
Vi tornarse en mis manos ruda flor.
¡Léjos, fatal guirnalda!
De la dicha renunció,
Si al bien que adoro llanto ha de costar
De mi dolor el cáliz
Apuraré yo sólo:
Sé tú feliz ¡oh amada! y pene yo.
Sé tú feliz!... Del pecho
La infausta imagen borra
De quien más que amador tu amigo fué;
Y en urna funeraria
La triste llama ahoga,
Llama primera que en tu seno ardió.
Sin una pobre choza,
Sin un árbol antiguo
A cuya sombra el cuerpo adormecer,

Yo arrastraré mi vida,
Como torrente inútil
Entre jaras y breñas corre al mar.
Mas solitario, errante
Entre agitadas olas,
So el templo santo, en desesperada lid,
¡Oh Virgen! donde quiera
Al ánima afligida
Dulzura tus memorias llevarán.
Y cuando al fin mi espíritu
Las odiadas cadenas
Rompa que le atan al arcilla vil,
Y sus alas despliegue,
Y á volar se aperciba
A la eterna mansion del Sumo Bien;
¡Angel mio! en los coros
Yo esperaré encontrarte
Que himnos santos entonan al Señor;
Y á tan plácida idea
Sobre el muriente labio
Sonrisa celestial florecerá.

SONETO.

¿ Ves, Gil, un hombronazo allí sentado,
De faz profana, en sayo penitente,
Tragar la torta y chocolate ardiente
Que la devota Flor le ha presentado?
Mirale bien: el egoismo ha hinchado
Su panza; estólidez hundió su frente,
Y afectos torpes arden la imprudente
Llama de su mirar: ese es Conrado.
Nueve horas largas á la paz dedica

De un sueño estrepitoso; cinco yanta;
Cuatro en el seno de hembra corrompida
Se revuelca; y moral que no practica,
Con bronca voz las otras seis decanta:
¡Qué piadoso varon! ¡Qué santa vida!

JOSÉ DE ESPRONCEDA.

AL SOL.

HIMNO.

Pára y oyéme ¡ oh sol! yo te saludo
Y estático ante ti me atrevo á hablarte:
Ardiente como tú mi fantasia,
Arrebatada en ánsia de admirarte,
Intrepidas á ti sus alas guía.
¡Ojalá que mi acento poderoso,
Sublime resonando,
Del trueno pavoroso
La temerosa yoz sobrepujando,
¡Oh sol! á ti llegara
Y en medio de tu curso te parára!
¡Ah! si la llama que mi mente alumbra,
Diera tambien su ardor á mis sentidos;
Al rayo vencedor que los deslumbra,
Los anhelantes ojos alzaría,
Y en tu semblante fúlgido atrevidos,

Mirando sin cesar, les fijaría.
¡Cuanto siempre te amé, sol refulgente!
¡Con qué sencillo anhelo,
Siendo niño inocente,
Seguirte ansiaba en el tendido cielo,
Y estático te vía,
Y en contemplar tu luz me embebecía!
De los dorados límites de Oriente
Que cife el rico en perlas Océano,
Al término sombrío de Occidente,
Las olas de tu ardiente vestidura
Tienes en pompa, augusto soberano,
Y el mundo bañas en tu lumbre pura.
Vivido lanzas de tu frente el día,
Y, alma y vida del mundo,
Tu disco en paz majestuoso envía
Plácido ardor fecundo,
Y te elevas triunfante,
Corona de los erbes centellante.
Tranquilo subes del cenit dorado
Al regio trono en la mitad del cielo,
De vivas llamas y esplendor ornado,
Y reprimes tu vuelo:
Y desde allí tu fulgida carrera
Rápido precipitas,
Y tu rica encendida cabellera
En el seno del mar trémula agitas,
Y tu esplendor se oculta,
Y el ya pasado día
Con otros mil la eternidad sepulta.
¡Cuántos siglos sin fin, cuántos has visto
En su abismo insondable desplomarse!
¡Cuánta pompa, grandeza y poderío
De imperios populosos disiparse!
¿Qué fueron ante ti? Del bosque umbrío

Secas y leves hojas desprendidas,
Que en círculos se mecen,
Y al furor de Aquilón desaparecen.
Libre tú de tu cólera divina,
Viste anegarse el universo entero,
Cuando las aguas por Jehová lanzadas,
Impelidas del brazo justiciero
Y á mares por los vientos despeñadas,
Bramó la tempestad; retumbó en torno
El ronco trueno y con temblor cruzieron
Los ejes de diamante de la tierra;
Montes y campos fueron
Alborotado mar, tumba del hombre.
Se estremeció el profundo;
Y entonces tú, como señor del mundo,
Sobre la tempestad tu trono alzabas,
Vestido de tinieblas,
Y tu faz engreías,
Y á otros mundos en paz resplandecías.
Y otra vez nuevos siglos
Viste llegar, huir, desvanecerse
En remolino eterno, cual las olas
Llegan, se agolpan y huyen de Océano,
Y tornan otra vez á sucederse;
Mientras inmutable tú, solo y radiante
¡Oh! siempre te elevas,
Y edades mil y mil huellas triunfante.
¡Y habrás de ser eterno, inextinguible,
Sin que nunca jamás tu inmensa hoguera
Pierda su resplandor, siempre incansable,
Andaz siguiendo tu inmortal carrera,
Hundirse las edades contemplando,
Y solo, eterno, perennal, sublime,
Monarca poderoso, dominando?
No; que también la muerte,

Si de lejos te sigue,
No ménos anhelante te persigue.
¡Quién sabe si tal vez póbre destello
Eres tú de otro sol que otro universo
Mayor que el nuestro un día
Con doble resplandor esclarecía!!!
Goza tu juventud y tu hermosura,
¡Oh sol! que cuando el pavoroso día
Llegue que el orbe estalle y se desprenda
De la potente mano
Del Padre soberano,
Y allá á la eternidad también descienda,
Deshecho en mil pedazos, destrozado,
Y en piélagos de fuego
Envuelto para siempre y sepultado,
De cien tormentas al horrible estruendo
En tinieblas sin fin tu llama pura
Entonces morirá : noche sombría
Cubrirá eterna la celeste cumbre :
Ni aun quedará reliquia de tu lumbre!!!

EL CANTO DEL COSACO.

¡Hurra, cosacos del desierto! ¡Hurra!
La Europa os brinda espléndido botín :
Sangrienta charca sus campiñas sean,
De los grajos su ejército festín.
¡Hurra! ¡á caballo, hijos de la niebla!
Suelta la rienda, á combatir volad :
¿Veis esas tierras fértiles? Las puebla
Gente opulenta, afeminada ya.
Casas, palacios, campos y jardines,

Todo es hermoso y refulgente allí :
Son sus hembras celestes serafines ;
Su sol alumbrá un cielo de zafir.
¡Hurra, cosacos del desierto!....
Nuestros sean su oro y sus placeres :
Gocemos de ese campo y ese sol ;
Son sus soldados ménos que mujeres,
Sus reyes viles mercaderes son.
Vedlos huir para esconder su oro ;
Vedlos cobardes lágrimas verter....
¡Hurra! volad : sus cuerpos, su tesoro
Huelen nuestros caballos con sus piés
¡Hurra, cosacos del desierto!....
Dictará allí nuestro capricho leyes,
Nuestras casas alcázares serán,
Los cetros y coronas de los reyes
Cual jugétes de niños rodarán.
¡Hurra! ¡volad! á hartar nuestros deseos :
Las más hermosas nos darán su amor,
Y no hallarán nuestros semblantes feos,
Que siempre brilla hermoso el vencedor.
¡Hurra, cosacos del desierto!....
Desgarrarémos la vencida Europa
Cual tigres que devoran su ración ;
En sangre empaparémos nuestra ropa
Cual rojo manto de imperial señor.
Nuestros nobles caballos relinchando
Régias habitaciones morarán ;
Cien esclavos, sus frentes inclinando,
Al mover nuestros ojos temblarán.
¡Hurra, cosacos del desierto!....
Venid, volad, guerreros al desierto
Como nubes en negra confusión,
Todos suelto el briden, el ojo incierto,
Todos atropellándoos en monton.

Id en la espesa niebla confundidos,
Cual tromba que arrebató el huracán,
Cual témpanos de hielo endurecidos
Por entre rocas despeñados van.

¡Hurra, cosacos del desierto!.....

Nuestros padres un tiempo caminaron
Hasta llegar á una imperial ciudad;
Un sol más puro es fama que encontraron,
Y palacios de oro y de cristal.

Vadearon el Tíbre sus bridones,
Yerta á sus piés la tierra enmudeció;
Su sueño con fantásticas canciones
La fada de los triunfos arrulló.

¡Hurra, cosacos del desierto!.....

¡Qué! ¿No sentís la lanza estremecerse,
Hambrienta, en vuestras manos, de matar?
¿No veis entre la niebla aparecerse
Visiones mil que el parabién nos dan?
Escudo de esas miserables naciones
Era ese muro que abatido fué;
La gloria de Polonia y sus blasones
En humo y sangre convertidos ved.

¡Hurra, cosacos del desierto!.....

¿Quién en dolor trocó sus alegrías?
¿Quién sus hijos triunfante encadenó?
¿Quién puso fin á sus gloriosos días?
¿Quién en su propia sangre los ahogó?
¡Hurra, cosacos! ¡gloria al más valiente!
Esos hombres de Europa nos verán;
¡Hurra! nuestros caballos en su frente
Hondas sus herraduras marcarán.

¡Hurra, cosacos del desierto!.....

A cada bote de la lanza ruda,
A cada escape en la abrasada lid,
La sangrienta ración de carne cruda

Bajo la silla sentiréis hervir.

Y allá despues en templos suntuosos,
Sirviéndonos de mesa algún altar,
Nuestra sed calmarán vinos sabrosos,
Hurtará nuestra hambre blanco pan.

¡Hurra, cosacos del desierto!.....

Y nuestras madres nos verán triunfantes,
Y á esa caduca Europa á nuestros piés,
Y acudirán de gozo palpitantes,
En cada hijo á contemplar un rey.

Nuestros hijos sabrán nuestras acciones,
Las coronas de Europa heredarán,
Y á conquistar también otras regiones
El caballo y la lanza aprestarán.

¡Hurra, cosacos del desierto! ¡Hurra!

La Europa os brinda espléndido botín;
Sangrienta charca sus campiñas sean,
De los grajos su ejército festin.

A LA PATRIA.

ELEGÍA.

¡Cuán solitaria la nación que un día
Pobló una inmensa gente!
¡La nación cuyo imperio se extendía
Del Ocaso al Oriente!
Lágrimas viertes, infeliz, ahora,
Soberana del mundo,
¡Y nadie de tu faz encantadora
Borra el dolor profundo!
Oscuridad y luto tenebroso
En tí vertió la muerte!

Y en su furor el déspota sañoso
Se complació en tu suerte.

No perdonó lo hermoso, patria mía;
Cayó el jóven guerrero,
Cayó el anciano, y la segur impía
Manejó placentero.

So la rabia cayó la virgen pura
Del déspota sombrío,
Como eclipsa la rosa su hermosura
En el sol del estío.

¡Oh vosotros del mundo habitadores!
Contemplad mi tormento:
¿Igualarse podrán ¡ah! qué dolores
Al dolor que yo siento?

Yo, desterrado de la patria mía,
De una patria que adoro,
Perdida miro su primer valfa,
Y sus desgracias lloro.

Hijos espúreos y el fatal tirano
Sus hijos han perdido,
Y en campo de dolor su fértil llano
Tienen ¡ay! convertido.

Tendió sus brazos la agitada España,
Sus hijos implorando;
Sus hijos fueron; mas traidora saña
Desbarató su bando.

¿Qué se hicieron tus muros torreados,
Oh mi patria querida?
¿Dónde fueron tus héroes esforzados,
Tu espada no vencida?

¡Ay! de tus hijos en la humilde frente
Está el rubor grabado:
A sus ojos caídos tristemente
El llanto está agolpado.

Un tiempo España fué: cien héroes fueron

En tiempos de ventura,
Y las naciones tímidas la vieron
Vistosa en hermosa.

Cual cedro que en el Líbano se ostenta,
Su frente se elevaba;
Como el trueno á la virgen amedrenta,
Su voz las aterraba.

Mas ora, como piedra en el desierto,
Yaces desamparada,
Y el justo desgraciado vaga incierto
Allá en tierra apartada.

Cubren su antigua pompa y poderío
Pobre hierba y arena,
Y el enemigo que temió á su brío
Burla y goza en su pena.

Virgenes, destrenzad la cabellera
Y dadla al vago viento;
Acompañad con arpa lastimera
Mi lúgubre lamento.

Desterrados ¡oh Dios! de nuestros lares,
Lloremos duelo tanto;
¿Quién calmará ¡oh España! tus pesares?
¿Quién secará tu llanto?

EL DOS DE MAYO.

¡Oh! ¡Es el pueblo! ¡Es el pueblo! Cual las olas
Del hondo mar alborotado brama;
Las esplendentes glorias españolas,
Su antigua prez, su independencía clama.
Hombres, mujeres, vuelan al combate,
El volcan de sus iras estalló:

Sin armas van, pero en sus pechos late
Un corazon colérico español.

La frente coronada de laureles,
Con el botín de la vencida Europa,
Con sangre hasta las cinchas los corceles,
En cien campañas veterana tropa;

Los que al rápido Volga ensangrentaron,
Los que humillaron á sus piés naciones,
Y sobre las pirámides pasaron
Al galope veloz de sus bridones;

A eterna lucha, á sin igual batalla
Madrid provoca en su encendida ira:
Su pueblo inerme allí entre la metralla
Y entre los sables reluchando gira.

Graba en su frente luminosa huella
La lumbre que destella el corazon;
Y á parar con sus pechos se atropella
El rayo del mortífero cañon.

¡Oh de sangre y valor glorioso dia!
Mis padres cuando niño me contaron
Sus hechos ¡ay! y en la memoria mia,
Santo recuerdo de virtud, quedaron.

Entónces, indignados me decian,
Cayó el cetro español pedazos hecho;
Por precio vil á extraños nos vendian
Desde el de Carlos profanado lecho,

La corte del monarca disoluta,
Prosternada á las plantas de un privado,
Sobre el seno de impura prostituta
Al trono de los reyes ensalzado.

Sobre coronas, tronos y tiaras,
Su orgullo sólo y su capricho ley,
Hordas de sangre y de conquistista avaras,
Cada soldado un absoluto rey,

Fijo en España el ojo centellante,

El Firene á salvar pronto el bridon,
Al rey de reyes, al audaz gigante
Ciegos ensalzan, siguen en monton.

Y vosotros ¿qué hicisteis entre tanto,
Los de espíritu flaco y alta cuma?
Derramar como hembras débil llanto
O adular bajamente á la fortuna.

Buscar tras la extranjera bayoneta
Seguro á vuestras vidas y muralla,
Y siervos viles á la plebe inquieta
Con baja lengua apellidar *canalla*.

¡*Canalla!* sí, vosotros los traidores,
Los que negais al entusiasmo ardiente
Su gloria, y nunca visteis los fulgores
Con que ilumina la inspirada frente!

¡*Canalla!* sí, los que en la lid, alarde
Hicieron de su infame villanía,
Disfrazando en espíritu cobarde
Con la sana razon segura y fria!

¡Oh! La *canalla*, la *canalla* en tanto
Arrojó el grito de venganza y guerra,
Y arrebatada en su entusiasmo santo
Quebrantó las cadenas de la tierra.

Del cetro de sus reyes los pedazos
Del suelo ensangrentados recogia,
Y un nuevo trono en sus robustos brazos
Levantando á su príncipe ofrecia.

Brilla el puñal en la irritada mano,
Huye el cobarde y el traidor se esconde;
Truena el cañon y el grito castellano
De *Independencia* y *Libertad* responde.

¡Héroes de Mayo, levantad las frentes!
Sonó la hora y la venganza espera;
Id, y hartad vuestra sed en los torrentes
De sangre de Bailén y Talavera.

Id, saludad los héroes de Gerona,
Alzad con ellos el radiante vuelo,
Y á los de Zaragoza alta corona
Cefid, que aumente el esplendor del cielo.

Mas ¡ay! ¿por qué cuando los ojos brotan
Lágrimas de entusiasmo y alegría,
Y el alma atropellados alborotan
Tantos recuerdos de honra y valentía,

Negra nube en el alma se levanta
Que turba y oscurece los sentidos,
Fiero dolor el corazón quebranta
Y se ahoga la voz entre gemidos?

¡Oh! levantad la frente carcomida,
Mártires de la gloria,
Que aún arde en ella con eterna vida
La luz de la vitoria!

¡Oh! levantadla del eterno sueño
Y con los huecos de los ojos fijos,
Contemplad una vez con torvo ceño
La vergüenza y baldon de vuestros hijos!

Quizá en vosotros, donde el fuego arde
Del castellano honor, aún sobre vida
Para alentar el corazón cobarde
Y abrasar esta tierra envilecida.

¡Ay! ¿cuál fué el galardón de vuestro celo,
De tanta sangre y bárbaro quebranto,
De tan heroica lucha y tanto anhelo,
Tanta virtud y sacrificio tanto?

El trono que erigió vuestra bravura
Sobre huesos de héroes levantado,
Un rey ingrato de memoria impura
Con eterno baldon dejó manchado.

¡Ay! para hollar la libertad sagrada
El príncipe, borron de nuestra historia,
Llamó en su auxilio la francesa espada

Que segase el laurel de vuestra gloria.
Y vuestros hijos de la muerte huyeron
Y esa sagrada tumba abandonaron,
Hollarla ¡oh Dios! á los franceses vieron
Y hollarla á los franceses les dejaron:

Como la mar tempestuosa ruge,
La losa al choque de los cráneos duros
Tronó y se alzó con indignado empuje
Del galo audaz bajo los piés impuros.

Y aún hoy hélos allí que su semblante
Con hipócrita máscara cubrieron,
Y á Luis Felipe, en muestra suplicante,
Ambos brazos imbéciles tendieron.

La vil palabra ¡intervencion! gritaron,
Y del rey mercader la reclamaban;
De vuestros timbres sin honor mofaron,
Mientras en su impudor se encenagaban.

Hoy esa raza degradada, espuria,
Pobre nacion, que esclavizarte anhela,
Busca también por renovar tu injuria
De extranjeros monarcas la tutela.

Tumba vosotros sois de nuestra gloria,
De la antigua hidalguía,
Del castellano honor, que en la memoria
Sólo nos queda hoy día.

Verted juntando las dolientes manos
Lágrimas ¡ay! que escalden la mejilla;
Mares de eterno llanto, castellanos,
No bastan á borrar vuestra mancilla.

Llorad como mujeres; vuestra lengua
No osa lanzar el grito de venganza;
Apáticos vivís en tanta mengua,
Y os cansa el brazo el peso de la lanza.

¡Oh! en el dolor eterno que me inspira
El pueblo en torno avergonzado calle,

Y estallando las cuerdas de mi lira
Boto tambien mi corazon estalle.

A LA MUERTE

DE TORRIJOS Y SUS COMPAÑEROS.

SONETO.

Hélos allí : junto á la mar bravía
Cadáveres están ¡ay! los que fueron
Honra del libre, y con su muerte dieron
Almas al cielo, á España nombradía.
Ansía de patria y libertad henchía
Sus nobles pechos que jamas temieron,
Y las costas de Málaga los vieron
Cual sol de gloria en desdichado día.
Españoles, llorad ; mas vuestro llanto
Lágrimas de dolor y sangre sean,
Sangre que abogue á siervos y opresores,
Y los viles tiranos con espanto
Siempre delante amenazando vean
Alzarse sus espectros vengadores.

FRANCISCO ZEA.

INSPIRACION.

Dijo el incendio á la tormenta un día :
« Sígueme por doquiera ;
Yo iré soltando en la extension vacía
Mi roja cabellera.
Tiemble ese mundo ; en mis robustos hombros
Se asentará el infierno ;
Tiemble el olimpo ; ascenderé entre asombros
Al trono del Eterno !
Será mi manto su brillante alfombra,
Su asiento mi ancha llama,
Y su dosel mi pabellon de sombra
Que el viento desparrama.
Abarcaré el empufo, omnipotente,
Con mis tremendos brazos ;
Escalaré el alcázar esplendente ;
Su cumbre haré pedazos.
Llamaré al águila ; sobre sus alas
Paseando el firmamento,
Del áureo campo las inmensas salas
Inundaré violento.
Y á la sangrienta luz de cien volcanes
Me agitaré bramando
El rayo irá ante mí ; los huracaues
Retumbarán soplando.
¿ Qué hará ese Dios cuando en revuelta nube

Y estallando las cuerdas de mi lira
Boto tambien mi corazon estalle.

A LA MUERTE

DE TORRIJOS Y SUS COMPAÑEROS.

SONETO.

Hélos allí : junto á la mar bravía
Cadáveres están ¡ay! los que fueron
Honra del libre, y con su muerte dieron
Almas al cielo, á España nombradía.
Ansía de patria y libertad henchía
Sus nobles pechos que jamas temieron,
Y las costas de Málaga los vieron
Cual sol de gloria en desdichado día.
Españoles, llorad ; mas vuestro llanto
Lágrimas de dolor y sangre sean,
Sangre que abogue á siervos y opresores,
Y los viles tiranos con espanto
Siempre delante amenazando vean
Alzarse sus espectros vengadores.

FRANCISCO ZEA.

INSPIRACION.

Dijo el incendio á la tormenta un día :
« Sígueme por doquiera ;
Yo iré soltando en la extension vacía
Mi roja cabellera.
Tiemble ese mundo ; en mis robustos hombros
Se asentará el infierno ;
Tiemble el olimpo ; ascenderé entre asombros
Al trono del Eterno !
Será mi manto su brillante alfombra,
Su asiento mi ancha llama,
Y su dosel mi pabellon de sombra
Que el viento desparrama.
Abarcaré el empyreo, omnipotente,
Con mis tremendos brazos ;
Escalaré el alcázar esplendente ;
Su cumbre haré pedazos.
Llamaré al águila ; sobre sus alas
Paseando el firmamento,
Del áureo campo las inmensas salas
Inundaré violento.
Y á la sangrienta luz de cien volcanes
Me agitaré bramando
El rayo irá ante mí ; los huracaues
Retumbarán soplando.
¿ Qué hará ese Dios cuando en revuelta nube

Que al septentrion ondea,
Vea al infierno que esplendente sube
Y sus falanges vea?
¿Qué hará ese Dios cuando con planta osada
Ante el férreo palacio,
Hincle yo el orbe y la mansion sagrada
Bullendo en el espacio?
¿Qué hará ese Dios cuando del alta esfera
Se lance el sol hirviendo,
Y ardan con él en su valiente hoguera
Cielo y mundo cayendo?
¿Qué otra creacion á mi avides ferviente
Le ocultará escondido?
¿No podré alzarne y quebrantar su frente
Con hórrido estampido?
Hijo del negro bátrio, mi encono
Lúgubre al mundo aterra.
¡Voy á triunfar!—En mi llameante trono
Vendré sobre la tierra.
¡Voy á surcar relampagueando el viento,
Voy á incendiar los mares;
Voy á sorber al grande firmamento
Sus pobres luminares!
¿Dó tiende el mundo la cobarde planta
En su mortal desmayo
A la chispeante luz con que abrillanta
Mi torva frente el rayo?
¿Va á buscar á su Dios?—El torbellino
Su vuelta espalda azota,
¡Ay, que la hambrienta nube del destino
Ante sus ojos flota!»
Oyólo Dios y, sosegando el vuelo
Sobre el radiante coro,
En voz solemne apostrofando al cielo,
Sonó la trompa de oro.

Juntó el celeste bando en las alturas,
Tronó el sagrado acento,
Y entre las sombras de Occidente impuras
Rodando alzóse el viento.
¿Quién eres tú que en colosal zumbido
Rugiendo te levantas
Y, cual torrente inmenso, embravecido
Te estrellas á mis plantas?
¿A dónde vas con tu murmullo eterno,
Con tu gigante espanto?
Tras tu sombra tenaz cruzó el infierno
Y se arropó en tu manto.
¿Qué ignoto abismo te abortó en sus iras
Hoy que tremendo estallas?
¿Quién eres tú que traspasando giras
Obstáculos y vallas?
Mares de luz circundan tu cabeza
Con fuego destellante;
Para apagar su indómita braveza
Un soplo me es bastante.
¿Qué importa que en ardiente llamarada
La inmensidad ahondando,
Hasta el dintel de la inmortal morada
Te extiendas rebramando?
¿Qué importa que, trepando al firmamento,
Blandas la roja tea?
¿No soy yo tu Señor? Tu amarillento
Rayo mi sien clarea.
¡Sube, incendio voraz! Yo te contemplo.
¡Llega á mí en tu victoria!
¡Un paso más! Te colgaré en mi templo
Y alumbrarás mi gloria.
Amarrado á mi trono, eternamente
Serás de ella testigo;
Yo te unirá á mi carro prepotente,

Te arrastraré conmigo.
¡Oh soberbio vasallo! ¿Quién te irrita?
¿Quién mueve así tu planta?
¿Qué asolador espíritu te agita
Y hasta mí te levanta?
¿Vas á abrasar un mundo en tu carrera?
¡Yo guardo al hombre inerme!
Un sol de paz inmenso reverbera
Y la tormenta duerme.
¡También el hombre es rey! Yo le he sentado
Sobre un trono de flores.
¡Para él brilla esa luz! Yo he coronado
Su sien con sus albores.
Tú bajarás sobre su frente un día
De Dios con la venganza;
Irás hollando su cabeza impía
Del viento á la pujanza.
¡Te daré mi caballo de pelea,
Mi lanza y mis enojos!
¡Oh, y cómo va á temblar cuando en tí vea
La lumbré de mis ojos!
Yo arrastraré á tu espalda resonando
Mi fúlgida carroza,
Entre la ardiente nube resbalando
Que alba mi rostro emboza.
¡Ambos asentaremos sobre escombros
La planta turbulenta!
Irémos por doquier sembrando asombros
Al són de la tormenta.
Mas yo llamaré al hombre en mi justicia
Desde mi asiento eterno;
Lanzaré al orco la mortal malicia,
Sujetaré al infierno.
Bajo mi rico pabellon glorioso
El justo habrá morada;

Arrullará su cándido reposo
La brisa perfumada,
Lleno de etérea pompa y hermosura
Brotará inmenso un día,
Y poblarán los vientos de dulzura
Torrentes de armonía.»

AL EMBESTIR.

Cuando suelto la rienda á mi caballo
Y alas le pido al viento,
Salta la lumbré, y bajo el férreo callo
Retiembla el pavimento.
He roto ya una lanza en la muralla;
Con sangre el campo humea;
Ante el solemne horror de la batalla
Mi espada centellea.
¡Ladrad, canes, ladrad! Yo, en vuestra frente
Clavando el ancho escudo,
Al són del trueno, en mi alazan valiente,
Caeré con golpe rudo.
¡Paso! ¡Yo voy! ¡Ensordecido el monte
Retumba mi amenaza!...
¿Veis?... ese sol, sangriento en su horizonte,
Relumbra en mi coraza.
¡Ay del que, al *aguijón* de su ardimiento,
El hierro, audaz, blanda,
Y, en pos del rayo, en su furor violento,
Se lanza en la pelea!
¡Yo basto á hundir la colosal muralla
Do su pendon tremola!...
¿No ha de ceñirme el triunfo en la batalla
Con su brillante aureola?

La extensa faz con los escombros rota,
Recruje el ancha tierra.....
¡Guay! Ya á los vientos deslumbrando flota
Mi pabellon de guerra!

JOSÉ MARTINEZ MONROY.

EL GENIO.

Fulgente rayo de la luz divina,
Que de Dios en la mente soberana
Los cielos ilumina,
Hijo de la creacion, naci potente
En su vasto palacio,
Del mundo en la mañana;
Creci ensanchando el infinito espacio,
Y levanté la inmarcesible frente,
Angusta ya, sobre la estirpe humana.
Volé por el Eden; y conduciendo
Las cintas de mi carro la fortuna,
Lancéme audaz, rompiendo
Las tinieblas del caos insondable,
Y el Éter impalpable
En que flotando se meció mi cuna.
Inmensos mares de movibles gasas
En torno de mi sólio refulgente
Informes se agruparon;
Polvo de estrellas anubló mi frente,

Y los rayos del sol me deslumbraron.
Mas las alas bati, las negras masas
Radiante separé; y adonde quiera
Que mi afanosa vista descubria
Otra luciente esfera,
Allí volaba yo: crucé la altura;
Brillando el cielo frente á mi veia,
El abismo á mis piés negro y profundo,
Y allá, á lo léjos, oscilando el mundo.
Yo vi al Eterno, con la esencia pura
De la edad que pasaba
Pirámides de siglos amasando;
Y en la cúspide yo, siempre yo estaba
Sobre el tiempo de ayer mi trono alzando.
Y mi voz resonó en las cavidades
De las vastas alturas,
Llamando sin cesar á las edades
Presentes y futuras,
Los siglos que vendrian.....
Y en monton acudian,
Cifiendo mi cabeza, á mi voz sola,
De indefinible y mágica aureola.
Vi las puertas del cielo
Rodar sobre sus ejes de diamante
Al sentirme pasar, y hollé triunfante
En mi carrera el primoroso velo
De rosas y de flores,
Que en mi color tuvieron sus colores.
Con el rico tesoro
De mis hebras de oro,
Su dulce lira fabricó el Parnaso;
El eco de mi voz fué la armonía,
Y guirnaldas de nubes, á mi paso,
El coro de los ángeles tejia.
Y á los mundos bajé: vi las pasiones

Y los vicios bullir, salir brotando
De mil generaciones
Su fuego, en humo sin cesar tornando ;
Y en un punto radiante y luminoso,
Que más que todos á mis piés brillaba,
Vi un tropel de mortales, que afanoso.
Con ciega y torpe y vacilante mano
Entreabrir procuraba
De la ciencia el arcano,
De que tan sólo Dios tiene la llave,
Y donde el hombre penetrar no sabe.
Vi los pueblos nacer; vi las ciudades
Berdar de vida la desierta esfera,
Y al soplo creador de las edades
Elevarse fantásticas do quiera,
Sus alas de color desenvolviendo,
Y hácia mí sus palacios
Y sus doradas cúpulas tendiendo.
Sobre un trono de perlas y topacios
Vi también la virtud, célica y pura;
Y miré con pavora
Su manto de esplendor y poderío
Destechado por el hombre en mil jirones,
Para ocultar el esqueleto frío
De las torpes y lánguidas pasiones.
Los pueblos y las razas que vinieron,
Llenas de juventud, de fuego henchidas,
Un tiempo por el orbe consumieron
Su existencia quimérica, ignorada;
Y luego confundidas
Rodaron á la nada,
Y otras razas despues las sucedieron.
Y de ese torbellino impetuoso,
En que se agitan siempre las naciones,
Vi cien héroes salir, en sus bridones

Cruzar el mundo, recorrer la tierra
Al ronco són de guerra,
Y en la diestra el acero endurecido ;
Y les vi denodados,
Roto en chispas el viento
Al choque de la espada y al rugido
Del tronante cañon, en un momento
Los límites borrar de los estados.
Hubo un tiempo despues, que una mirada
Al dirigir fugaz de polo á polo,
Tan sólo vi la nada.....
¡Humo y tumbas tan sólo!...
Algunos pocos hombres, que empujaban
Hácia el antro vacío
A los pesados siglos que pasaban ;
Y que despues, con loco desvarío,
Con entusiasmo fiero,
En triunfo conducían
Al siglo venidero
En sus hombros robustos y esforzados,
E, insensatos, caían
Bajo el enorme peso sepultados.
Mas vi también á algunos elevarse
Con noble afán hácia el celeste velo,
Y mirarme y temblar; les vi adornarse
De refulgentes galas,
Y en las brillantes y preciosas alas
Del arte y de la ciencia, alzarse al cielo,
Derramar sobre el mundo la belleza,
Y elevar victoriosos
Sobre los otros hombros su cabeza;
Y yo, que los vi ansiosos
De la gloria esplendente
Que el talento inmortal siempre ambiciona,
Para ceñir su frente

Les arrojé un laurel de mi corona.
Vi los tronos alzarse, el orbe todo
Sembrarse de monarcas opulentos;
Más pronto derribarlos en el lodo
Vi á las generaciones;
Y luégo á las naciones
Miré esculpir sus sacrosantas leyes
En los rotos fragmentos
De las viejas estatuas de sus reyes.
Vi brotar religiones á millares
Que en el fondo del tiempo se formaron,
Y que luégo en magníficos altares
Los hombres adoraron
Con fanatismo ciego;
Y á la voz del Eterno
Las vi yacer precipitadas luégo
En miserable y torcedor infierno.
Con sus torres gigantes
Vi elevarse los templos soberanos,
Y plegarias y cánticos brillantes
Lanzar desde su seno los humanos;
Mas pronto vi también crecer la hiedra
En el ara olvidada
Escribiendo en el tiempo una arruinada
Pero terrible maldición de piedra.
Vi las falsas deidades
Cruzar con la corona en la cabeza,
Al pasar las edades;
Llegó por fin de la verdad el día
Y abati su grandeza,
Y mostré su quimérica valía.
Los altares rompiendo en mil pedazos;
Y en seguida las vi contra mi trono
Fulminar impotentes anatemas,
Y extender hácia mí con ciego encono

Los raquíuticos brazos,
Entre el polvo buscando sus diademas.
Hoy ya, por los espacios elevado,
Donde tiendo mi vuelo,
Del sempiterno Dios ante la alteza,
Por los genios del orbe rodeado,
En las gasas del cielo
Envolviendo mi fúlgida cabeza;
Mientras los mundos á mis piés rodando,
Empujados del tiempo, en sombra vana
Cual ténues ilusiones van pasando,
Esperaré á los mundos del mañana;
Y en imperioso tono
Sus leyes dictaré, desde el palacio
En que, oculto en los pliegos del espacio,
La diestra del Eterno alza mi trono.
Y si atrevido el hombre
Quiere seguir mis huellas
Y elevar hasta allá su pensamiento,
Encontrará mi esclarecido nombre
Bordado con estrellas
En el limpido azul del firmamento.

¡A SIRIA!

CANTO DEL GRIEGO.

Mirad. El sol que se eleva
De los mares del Oriente
Lleva impresas en la frente
Manchas de sangre. Mirad.
Y entre los pliegues el viento

Rueda el eco comprimido
De un gigantesco gemido
Que murmura : « ¡ Libertad ! »
¡ Al Oriente ! Ya mi espada
Quiero blandir, ya sacudo
El polvo del viejo escudo :
Venid, naciones, en pos ;
Que allí se derrumba un pueblo,
Cuya oscilante cabeza
Con inmutable fijeza
Señala el dedo de Dios.
Pueblo que dormido canta,
Atado á sus tradiciones
Con dorados eslabones
De molición y de placer ;
Torvo cadáver, que arrastra
Por los mundos del olvido
Un sudario, guarnecido
Con los recuerdos de ayer.
El posó sobre el sepulcro
De Cristo su planta osada,
Rompiendo la noble espada
De nuestros padres al pié ;
El fabricó mis cadenas,
El atravesó los mares,
Para violar mis hogares,
Mi libertad y mi fe.
Mas él mirará temblando
Que al nacer el nuevo día,
La cruz en Santa Sofía
Mis hijos elevarán ;
Y buscará en el desierto
Con los ojos espantados
Los restos desparramados
De las hojas del Koran.

Ayer á ese pueblo altivo
Retó mi ardiente impaciencia,
Y un jiron de independencia
De sus manos arrancó :
Y hoy contemplo que sepulta
A mis hermanos sangrientos,
Bajo los rotos fragmentos
Del pacto que ayer firmó.
¡ Oh mengua ! Caballo, avanza
A vengar nuestro quebranto ;
El polvo del Asia es santo,
Y quiero aspirarlo ya.
Cruja el aire en la bandera :
Avanza, caballo, avanza ;
Que hasta el hierro de mi lanza
Ardiendo en rubor está.
Quiero besar las montañas
Que mis abuelos pisaron ;
Los templos que ellos alzaron
De hinojos saludaré ;
Y entre sus pardas ruínas
Resonará mi plegaria,
Y á su sombra solitaria
De mi afán descansaré.
Sangriento el Libano arde
Al fuego del torpe crimen,
Las ásperas selvas gimen
Al eco de la impiedad :
Para lavar esa sangre,
Para apagar ese infierno,
Es necesario un eterno
Diluvio de libertad.
Hoy, al fin, de la justicia
Resuena la voz tremenda :
¡ Ay del pueblo que no atienda

La señal de la expiación!
¡A la Siria! Vén, Europa;
Que esas razas han dejado
Escritos de tu pasado
Muchos siglos de baldon.

Y aún infesta nuestros lindes
Su enorme cadáver yerto:
Arrastrémosle al desierto,
Y desde el desierto al mar:
No más tregua; que si el hombre
Ha de cumplir su destino,
Debe en su largo camino
Lidiar y siempre lidiar.

Alzad, naciones: la hora
Que tanto esperó mi anhelo,
Ha sonado ya en el cielo:
Dios me llama; Dios me ve.
Mañana estaré en el Asia,
Y, con la voz poderosa
De nuestro siglo, á la losa
De su tumba llamaré:

«¿Soñasteis, razas de Oriente,
Encadenar la conciencia?
Libertad á mi creencia,
Y á la vuestra libertad;
Luchemos, y que mañana
Derrame sus resplandores
Sobre un desierto de errores
La estatua de la verdad.»

Y, si caigo, habré acatado
La voz de la patria mía.
¡Perecerán algún día
Mi justicia y mi virtud?
¿Acaso no habrá un poeta
Que cante al mundo mi historia?

¡Qué importa! El sol de la gloria
Coronará mi ataud.

BERNARDO LOPEZ GARCÍA.

EL DOS DE MAYO.

Oigo, patria, tu aflicción,
Y escucho el triste concierto
Que forman tocando á muerto
La campana y el cañon.
Sobre tu invicto pendon
Miro flotantes crespones,
Y oigo alzarse á otras regiones
En estrofas funerarias,
De la iglesia las plegarias,
Y del arte las canciones.

Lloras porque te insultaron
Los que su amor te ofrecieron.....
¡A tí, á quien siempre temieron,
Porque tu gloria admiraren;
A tí, por quien se inclinaron
Los mundos de zona á zona;
A tí, soberbia matrona,
Que libre de extraño yugo,

No has tenido más verdugo
Que el peso de tu corona!.....

Doquiera la mente mia
Sus alas rápidas lleva,
Allí un sepulcro se eleva,
Cantando tu valentía;
Desde la cumbre bravia
Que el sol indio tornasola,
Hasta el Africa, que inmola
Sus hijos en torpe guerra,
¡No hay un puñado de tierra
Sin una tumba española!.....

Tembió el orbe á tus legiones,
Y de la espantada esfera
Sujetaron la carrera
Las garras de tus leones;
Nadie humilló tus pendones
Ni te arrancó la victoria;
Pues de tu gigante gloria
No cabe el rayo fecundo,
Ni en los ámbitos del mundo,
Ni en el libro de la historia.

Siempre en lucha desigual
Cantau tu invicta arrogancia,
Sagunto, Cádiz, Numancia,
Zaragoza y San Marcial;
En tu suelo virginal
No arraigan extraños fueros.....
Porque, indómitos y fieros,

Saben hacer tus vasallos
Frenos para sus caballos,
Con los cetros extranjeros.....

Y aún hubo en la tierra un hombre
Que osó profanar tu manto.....
¡Espacio falta á mi canto
Para maldecir su nombre!.....
Sin que el recuerdo me asombre,
Con ansia abriré la historia;
Presta luz á mi memoria,
Y el mundo y la patria á coro
Oirán el himno sonoro
De tus recuerdos de gloria.

Aquel genio de ambicion
Que en su delirio profundo,
Cantando guerra, hizo al mundo
Sepulcro de su nacion,
Hirió al ibero leon
Ansiando á España regir;
Y no llegó á percibir,
Ebrio de orgullo y poder,
Que no puede esclavo ser
Pueblo que sabe morir.

¡Guerra! clamó ante el altar
El sacerdote con ira;
¡Guerra! repitió la lira
Con indómito cantar;
¡Guerra! gritó al despertar
El pueblo que al mundo aterra;

Y cuando en hispana tierra
Pasos extraños se oyeron,
Hasta las tumbas se abrieron
Gritando : ¡Venganza y guerra!

La Virgen con patrio ardor,
Ansiosa salta del lecho ;
El niño bebe en el pecho
Odio á muerte al invasor ;
La madre mata su amor,
Y cuando calmado está,
Grita al hijo que se va :
«¡Pues que la patria lo quiere,
Lánzate al combate y muere,
Tu madre te vengará!.....»

Y sueñan patrias canciones,
Cantando santos deberes ;
Y van roncas las mujeres
Empujando los cañones :
Al pié de libres pendones
El grito de patria zumba,
Y el rudo cañon retumba,
Y el vil invasor se aterra,
Y al suelo le falta tierra
Para cubrir tanta tumba.....

Mártires de la lealtad,
Que del honor al arrullo
Fuisteis de la patria orgullo
Y honra de la humanidad.....

En la tumba descansad,
Que el valiente pueblo ibero
Juzga con rostro altanero,
Que hasta que España sucumba,
No pisará vuestra tumba
La planta del extranjero.

AL DIA DE DIFUNTOS.

CANTO.

I.

Silencio..... Las campanas.....
¡Ay del hombre mortal! ¡Ay del doliente!
De la noche en el seno
Sin pena dormirá sueño tirano,
Y su entusiasmo ardiente,
Como lienzo fecundo
Que borra el tiempo con impura mano,
Se borrará del mundo.....
¡Ah! En el solemne día
En que los muertos abren sus ciudades
Vacila la razon. ¡Sombras humanas!
¡Ilusion del placer! ¡Santo delirio
De un amor inmortal!..... ¡Glorias del arte
Volad léjos de aquí..... Todo termina
Al borde del sepulcro ; loco empeño
Formará de la vida la quimera,
Por dejar una flor, una siquiera,
Sobre la leve realidad de un sueño.

Mentira es el placer; mentira el fuerte
Alto destino de la gloria humana;
¡Mentira la ilusión; verdad la muerte!
.....
¡Torpe dolor! ¡Estéril amargura!.....
¿Por qué pensar al corazón que llora
Del hombre la continua desventura?
Sorda la tierra al ruego,
Mata la forma; despedaza fiera
La belleza del mundo sin sosiego.
Agentes de su cólera indomable
Son las materias, que en tropel inundo
La cruzan por doquier; su boca impura,
Las tumbas nobles, miserables ó extrañas,
Que amenazando al ánima oprimida,
Esperan los escombros de la vida
Para nutrir con ellos sus entrañas.
El labio delicado,
La azul pupila inquieta,
El pecho de la hermosa, altar sagrado
Donde ofició el amor, la del poeta,
Libre cabeza, que con noble anhelo
Sintió latir la inspiración gloriosa,
Y se alzó poderosa,
Colon del arte, á descubrir el cielo,
Todo termina aquí. La madre tierra,
¡Ay! es la sola madre
Sin entrañas de amor; en vano un día
La cubrirá la primavera ufana
De flores y armonía;
En vano sus verdores
Dará á los prados, á las huertas frutos,
Purísimos colores
Al pálido rosal; en vano, en vano
Dará gentil rumor á la corriente,

Y aroma y luz al céfiro liviano:
Al pié de esa belleza
Vive la destrucción. Sordo usurero,
La tierra mata si á vivir empieza;
Asienta en los despojos
Su esfuerzo colosal; traga, devora,
Y cuando altiva en su poder se engríe,
Hipócrita y traidora,
¡Con jugo de sus víctimas sonríe!.....
Y la muerte también..... ¿Quién ha parado
Su carrera triunfal? Sobre ruinas
La ve el presente y la miró el pasado;
El inútil dolor no la contiene;
Atleta destructor, fiel mensajero,
Con porte á las orillas del profundo,
Continuamente se retira ó viene,
Secos sus ojos al dolor del mundo.....
En lucha con la vida
Trabaja sin cesar; el universo
Es su circo gigante; espectadores
De sus rudas hazañas,
Los que esperan morir; ¡madres! ¡hermanas!
No busqueis la piedad en sus entrañas,
Ni tendáis á sus huesos vuestras manos;
Esqueleto fatal, forma sin vida,
No escucha vuestra misera tarea;
Y si llora la madre al hijo bueno,
Arrancando el cadáver de su seno,
El charco de sus lágrimas vadea.....

II.

Mas, ¿por qué ese dolor? En otros días,
Cuando el viento oreaba
La sangre de Jesús; cuando el Calvario,

Recordando divinas agonías,
Bajo la sombra de la cruz temblaba,
Yo vi al circo romano,
Arcada colosal, timbre del arte,
Vacilar en su altiva pesadumbre,
Al peso impuro del furor pagano:
Miré á la muchedumbre
Ebria de sangre; percibí en la altura,
Bajo el arco del César, al soberbio
Pontífice y señor, símbolo vivo
De aquel pueblo sin fe; lo vi arrogante
Sobre varas de lictores altivo
Despreciar á las tumbas, y opulento
Tender el cetro, que aun al orbe doma,
Sobre el circo sangriento
De la materia altar, templo de Roma,
Patíbulo brutal del pensamiento.
Vi á la señal terrible
La arena retemblar; miré la puerta
Moverse, vacilar, girar incierta,
Y percibí espantado
La bárbara armonía
Que en el espacio ardiente se enlazaba
Del tigre, que á las turbas saludaba,
Y del pueblo que al tigre respondía.
Y.... allí, sola, en el seno
De la plebe romana,
Alta la frente, el corazon sereno;
La túnica cristiana
Sobre el hombro robusto, y en los brazos
La imagen de Jesus, noble y tranquila,
Miré á la Fe: su santa cabellera
Flotaba al aire vagarosa y pura,
Cual si el ala del ángel la moviera;
Asidos á su blanca vestidura

Los mártires cristianos,
¡Salém! gritaban en pujante coro,
Esperando el dulcísimo tesoro,
Con la oliva de amor entre las manos;
Y las turbas hirvientes
Cantaban y rugían;
Y Neron, ostentando la corona
De pontífice y dios, la alta cabeza
Levantaba en el circo; y vacilaba
La columnata ruda
Del vasto Coliseo
Al continuo aplaudir; y en tanto, humilde,
Excitando del pueblo el ánsia fiera,
La Virgen del Señor se arrodillaba,
Se enclavaba en la cruz con alma entera,
Y su pecho divino,
Que la fiera mordía,
Palpitaba de amor, moviendo el lino
Que sus formas castísimas cubría....
¡Cuadro consolador! ¡Lienzo sublime!
Deten, fantasma impío,
De la duda fatal tu voz potente;
Ya el espíritu gime
Con tranquilo dolor, y el alma inquieta,
Rompiendo la terrena vestidura,
Se alza á Jesus con incansable vuelo;
Desgarra la materia, al dolor doma,
Y arrollando á Palmira y á Sodoma,
Torna á Jerusalem, remonta al cielo.
La fe vuelve á lincir; su luz me ayuda;
¡Virgenes del Señor!.... ¡Santos atletas!
¡Columnas de la cruz!.... ¡Dulces cantores!...
Índómitos profetas
Cuyos plectros de oro
Templó en sus manos Dios!.... ¡Legisladores

Que disteis vuestras leyes
Al pueblo ungido que cruzó el desierto
Nutriendo con ilotas y con reyes
La estirpe de David!... ¡Arpas sonoras
De Daniel é Isafas!....
¡Mártires sobrehumanos,
Que hicisteis, agitando las enseñas
De destinos fecundos,
Rodar los muros, palpitar las peñas,
Temblar las aras y oscilar los mundos!
¡Sustentad ya mi fe!... ¡Que yo la mire
Romper en las conciencias
De la duda los bárbaros altares,
Y asentar en fortísimos pilares
La santa catedral de las creencias!
¡Que mi espíritu ciego
En claridad gloriosa se ilumine!
¡Que vacile la sombra al claro fuego,
Timbre de la verdad! ¡Que monte y río
Depongan su grandeza
Del amor al inmenso poderío!
¡Que la luz inmortal deje su rayo
Sobre la niebla inerte!
¡Que la divina idea
Domine al universo! ¡Que la muerte,
Tabor glorioso de los hombres sea!

III.

¿Qué es la materia ya? Con fe y sin pena
La destrucción admiro;
Pasto seré de su brutal faena,
Y por morir suspiro....
Ni espigas ni colores
Nutrirá con mi fe; de mi amor santo

No brotarán ni líquenes ni flores:
Altivo en mi poder, ya la contemplo
Romper la forma con augusta calma.
¡El sepulcro es el templo
De donde nace el alma!....
Y la muerte, ¿qué es ya? ¡Madre amorosa,
Arca de libertad, fiel peregrino
De la Canaan dichosa
Donde la vid purísima, cargada
De racimos de amor, mece su tallo,
De Dios enamorada;
Mensajero del bien; pórtico augusto
De la eterna región; títan sombrío
De atlético poder, que audaz vadea
El piélago insondable
Que hay entre Dios y el hombre; dulce aurora
De paz y de alegría;
Límite del dolor que nos devora;
¡Mañana del saber, puerta del día!
Pequeño el mundo, dilatado el cielo,
Infinito el amor que tras la tumba
Sube al Eterno con potente vuelo,
La muerte no es verdad; en otras horas
Sus fúnebres regiones
Decoraba el dolor; la negra duda
Cruzaba sin piedad los panteones,
Y con fatal violencia
Las lágrimas del mundo
Rebesando, sin dique en la conciencia,
Ocultaban á Dios. Mas desde el día
En que la cruz triunfal, sobre los hombros
De la colina agreste alzó sus brazos
Por montes y por mares,
Trasformando en pirámides de escombros

Los ídolos de Roma y sus altares,
El dolor tiene fin; la tumba es fosa
De claridad divina; Dios al yugo
De la muerte cedió, sufrió su imperio,
La aceptó por verdugo;
Mas al alzarse del Eterno y Fuerte
Sobre el cadáver santo,
Para consuelo del amor y el llanto,
¡Enclavada en la cruz murió la muertel!...

IV.

Dejad que las campanas
Repitan su canción; ¡Niños, ancianos,
Huérfanos sin hogar, madres dolientes,
Que del dolor en las terribles sañas
Con lágrimas sin fin llorais al hijo
Que tuvo por altar vuestras entrañas!....
¡Empezad la oración!.... ¡Ese sonoro
Rumor triste del bronce; esa armonía,
Forma sentida del mundano lloro;
Ese gemido que el espacio llena
Y á Dios el eco de los mundos lanza,
No es acento de duda ó de rencores,
Que si llora en su voz nuestros dolores,
Acompaña también nuestra esperanza!....

GABRIEL GARCIA Y TASSARA.

ODAS.

Á NAPOLEON

EN LA TRASLACION DE SU CADÁVER DE SANTA
ELENA Á FRANCIA EN 1840.

Vuelve: tu sombra en el Océano impera;
No hay tempestad; el Océano calla;
El te conoce ya como si fuera
Tu bridon generoso de batalla.

¿No es éste el voto que elevaba al cielo
La voz de tu alma con su Dios á solas,
Allá en las noches de tu inmenso duelo,
Al solemne murmullo de las olas?

Vuelve, Napoleon; vuelve á esa Francia
Que tu ojo moribundo requería:
Ya, ya se pierde en la brumal distancia
La roca del martirio y la agonía.

Gime el viento si suena, la onda gime
Y el silencio otra vez. ¡Silencio y calma!
El mundo siente en su estupor sublime
La sublime presencia de tu alma.

¿Cuál són, empero, de repente agita
El velo que la mar cubre y el viento?
¿No la conoces tú? ¿Ya no palpita

Los ídolos de Roma y sus altares,
El dolor tiene fin; la tumba es fosa
De claridad divina; Dios al yugo
De la muerte cedió, sufrió su imperio,
La aceptó por verdugo;
Mas al alzarse del Eterno y Fuerte
Sobre el cadáver santo,
Para consuelo del amor y el llanto,
¡Enclavada en la cruz murió la muerte!...

IV.

Dejad que las campanas
Repitan su canción; ¡Niños, ancianos,
Huérfanos sin hogar, madres dolientes,
Que del dolor en las terribles sañas
Con lágrimas sin fin llorais al hijo
Que tuvo por altar vuestras entrañas!....
¡Empezad la oración!.... ¡Ese sonoro
Rumor triste del bronce; esa armonía,
Forma sentida del mundano lloro;
Ese gemido que el espacio llena
Y á Dios el eco de los mundos lanza,
No es acento de duda ó de rencores,
Que si llora en su voz nuestros dolores,
Acompaña también nuestra esperanza!....

GABRIEL GARCIA Y TASSARA.

ODAS.

Á NAPOLEON

EN LA TRASLACION DE SU CADÁVER DE SANTA
ELENA Á FRANCIA EN 1840.

Vuelve: tu sombra en el Océano impera;
No hay tempestad; el Océano calla;
El te conoce ya como si fuera
Tu brido generoso de batalla.

¿No es éste el voto que elevaba al cielo
La voz de tu alma con su Dios á solas,
Allá en las noches de tu inmenso duelo,
Al solemne murmullo de las olas?

Vuelve, Napoleon; vuelve á esa Francia
Que tu ojo moribundo requería:
Ya, ya se pierde en la brumal distancia
La roca del martirio y la agonía.

Gime el viento si suena, la onda gime
Y el silencio otra vez. ¡Silencio y calma!
El mundo siente en su estupor sublime
La sublime presencia de tu alma.

¿Cuál són, empero, de repente agita
El velo que la mar cubre y el viento?
¿No la conoces tú? ¿Ya no palpita

Tu inmóvil corazón al grande acento?
Es tu pueblo frances. Los santos lazos
Que la Europa deshizo atar la engrie:
El te recibe en sus abiertos brazos
Y tu sombra magnánima sonrie.
¿Sonreír? Pero no. Cuando extendida
Bajo un dosel de palmas militares,
Mueve á tus piés tu capital querida
El mar de sus oleadas populares;
Sí, sonando una voz en torno al ara
E interrumpiendo aplausos y armonías,
«¿Qué Francia es esa Francia?» preguntára,
Cadáver siempre vivo, ¿qué dirías?
Tú fuiste á despertar á un pueblo esclavo,
No temible á la Europa en su ignorancia;
Fuiste á decir al scita y al esclavo,
Tú les fuiste á decir: «Hay una Francia.»
Así, moviendo el corazón romano
A la alta empresa de su gloria un día,
En sus oscuros bosques al germano
César le fué á decir que Roma había.
Y el germano fué á Roma y en la tumba
De César se sentó. Vagando incierta,
Así la voz de las conquistas zumba
Y á los pueblos atónitos despierta.
Y ella les dice su destino. ¡Oh, cuanto
Los lentos siglos á la Europa tardan!
¿Quién las horas dirá de mudo espanto,
Quién dirá el porvenir que ellos le guardan?
¡Napoleon! ¡Napoleon! El día
En que, temblando el ámbito europeo,
En el ocaso del destino hundia
Tu sol de gloria el disco giganteo;
En que, arrastrando el genio de la historia
Inmenso luto en generosa pena,

Fuiste á expiar el crimen de tu gloria,
Como el Luzbel de Europa, en Santa Elena;
En aquel entre todos triste día
De sosiego y de asombro á las naciones,
Que tu gran corazón se enflaquecia
Y el águila se huyó de sus legiones;
En aquel día en que, el silencio roto
Que guardaba la Europa en tu presencia,
La paz del mundo ejecutó su voto
Y firmaron los reyes tu sentencia;
¿No viste en tu vendido Capitolio,
Con aplauso y escándalo de Europa,
Trotar por las alturas de tu sólio
De un Czar salvaje la salvaje tropa?
¿Qué extraño ya (la osada fantasía
Mira avanzar los genios del destino),
Qué extraño ya que emprendan otro día
Las fieras hordas el fatal camino?
Allí do nuevos pueblos amanecen,
Allí está el porvenir. Y hoy cuando tornas
A este suelo frances do ya no crecen
Los lauros ¡ay! con que tu frente adornas,
¿No sientes, di, Napoleon, no sientes,
Ann de la muerte en la insondable estancia,
Que acaba de sonar en el Oriente
Un nuevo Waterlóo para la Francia?
¿No escuchas el rugido y los furoros
Del leopardo que el piélago domina,
Y hace indignos de ti los Tres Colores
Y tambien en la tumba te asesina?
¿No oyes la voz de tu rival sangrienta
Que á los pueblos asiáticos asombra,
Y zumba en las Pirámides y ahuyenta
Tu águila excelsa y tu enojada sombra?
¿Qué paz es esa paz? ¿Qué Francia es esa?

Mas ¡ay! que acaso se levante un dia,
Y renovando la tremenda empresa,
Ella misma se espante en su osadía.

Si, que, aunque atados á la espalda lleva
Los brazos poderosos el gigante,
El suelo tiembla si á moverse prueba
Y la Europa se mira en su semblante.

Ya sonará la guerra. El gran momento
Por la oscura region del tiempo avanza;
La Francia, dando su estandarte al viento,
Solstará en las naciones su venganza.

¡Guerra aquella será que el mundo llora
Con funeral presentimiento! Entónces
Cortará la segur niveladora
Cuanto dejen en pié marciales bronce.

Entónces ¡ay! al recordar la historia,
De quien tu Francia y tú nacisteis hijos,
Cubrirá las efigies de tu gloria,
En tí los ojos con espanto fijos.

Los tronos derretidos como cera,
Tronos y altares, leyes y blasones;
Los pueblos consumiéndose en la hoguera,
La Europa ardiendo como cien liones;

¿Esta la dicha fué que allá en el dia,
Tribuno emperador, de tus hazafias
A los pueblos incantos prometia
La hidra que te abortó de sus entrañas?

Tan negro porvenir finge la idea,
Por siniestros presagios combatida:
No hay salvacion para la Europa atea,
De los siglos que fueron desprendida.

Y al contemplar tan iracundos hados,
Dueños del mundo y de los hombres dueños,
A los ojos de sangre salpicados
Aun los Napoleones son pequeños.

Pequeño tú tambien. La fantasia,
Sin penetrar el formidable arcano,
Dignos de tu grandeza sólo via
Dose! el cielo, tumba el Océano.

Mas al cumplir tu voluntad postrera
Cumple el destino sus ocultas leyes:
César, tu Bruto fué la Europa entera,
Pero tú fuiste el Bruto de los reyes.

Vuelve, pues, vuelve, pues, donde presidas
La última saturnal de los esclavos:
Aquí, como en tu roca, ennegrecidas
Nubes te cercarán y mares bravos.

Que en esa tumba do á los pueblos quedan
El contagio y los triunfos de tu audacia,
Las tempestades de los siglos ruedan
Y estrellan contra tí la democracia.

Vuelve, y tu crimen y el de Francia expia:
Cuando surja de nuevo la honda plaga,
Los prestigios que el mundo obedecia,
Humo serán que al viento se deshaga.

¿A qué invocar en el horrendo trance
Al nuevo Atila que en el Norte asoma?
No es menester que el Septentrión lance:
Los bárbaros están dentro de Roma.

Vive, vive en tu tumba, en ella espera:
Dios al mirarte arruga el sobrecejo:
La historia, esa deidad tambien severa,
Te llama el Tamerlan de un pueblo viejo.

Á LAURA.

Laura, Laura, soy yo. Mi triste acento
Vaya esta vez á lastimar tu oido;

Eco desgarrador, hondo lamento
Del amor y el placer desvanecido.

Laura, Laura, soy yo. Y el alma mía,
Tras el bien ideal siempre corriendo,
Con su nunca engañada simpatía
Que aún te acuerdas de mí me está diciendo.

Que si amor suele unir los corazones
Con guirnaldas que el céfiro arrebató,
También tiene cadenas de eslabones
Que la tumba quizás no los desata.

Yo arrastro esa cadena. Y tú, que un día
A cuya última luz morir debimos,
Tu alma sintió lo que sintió la mía
Y un alma sola para amar tuvimos;

Cuando anheles la dicha, cuando, hastiada
De tanto bien como halagó tu vida,
Vuelvas la planta atrás por la encantada
Region feliz de la ilusión querida;

Por mustias que halles las antiguas prendas
Las flores muertas, los verdores secos,
A mí te llevarán todas las sendas
Y de mí te hablarán todos los ecos.

Mas no, no, que soy yo. Laura, es el niño
Tímido, silencioso, enamorado
Que llevaba en su pecho tu cariño
Como esencia purísima encerrado;

Es aquel niño que en el lento fuego
De ignorada pasión se consumía,
Y alucinado y delirante y ciego,
Adorado imposible te veía;

Que en su misma ilusión embebecido,
Sin osar hasta tí tender su vuelo,
Como en las alas de su amor subido,
De tu divino amor se halló en el cielo;
Aquel que tu alma desgarró mil veces

Con celos, con rigores, con agravios,
Que apuré la pasión hasta las heces
Pendiente de tus ojos y tus labios.

Laura, ¿lo escucharás? ¡Cuánto recuerdo
A tu existencia y tu hermosura unido!
¡En cuáles mundos de ilusión me pierdo
De tí nombre no más, Laura, al sonido!

Ora es la noche, el solitario monte,
El moribundo sol y el viento blando,
La alba luna que argenta el horizonte,
Tú y yo en la soledad gozando, amando.

Ora ya el sol con su primer mirada,
Cuando los campos á dorar empieza,
Y en su lecho de flores reclinada
Despertando al placer naturaleza;

Y yo aspirando en mi ilusión de amores
Las brisas de ámbar de la blanca aurora,
Y tú conmigo entretejiendo flores,
Mi dulce Vénus, mi brillante Flora.

O ya en las selvas bajo el rayo estivo,
Entre alamedas de verdura y sombra,
Al són del arroyuelo fugitivo
Adormecidos en la blanda alfombra;

Cual dos pastores de los siglos de oro
De Arcadia ó de Amatunta en las florestas,
De los goces del campo el gran tesoro
Apurando los dos en largas siestas.

¡Oh Laura! Hasta los ecos balbucientes
De la musa infantil de mi poesía,
Hasta aquellas imágenes rientes,
Olimpo de mi tierna fantasía;

Si, todo, todo cuanto fué mi gloria
En aquel tiempo por mi mal pasado,
Revive y se levanta en mi memoria
Al poder de tu nombre idolatrado;

Y cuando considero lo presente
Y esta ausencia infinita considero,
Pienso que de mí mismo estoy ausente
Y nada ya de la existencia espero.
Mejor fuera olvidar. Mas ¡ay! en vano
Quiero borrar del alma ilusionada
Aquel país de resplandor lejano
Donde siempre te encuentro á mí abrazada.
¡Ah! ¿Por qué no es así toda la vida?
¿Por qué la dicha misma se convierte
En sombra de dolor al alma asida
Con recuerdo tenaz hasta la muerte?
¿Por qué, al dejar con nuestra edad primera
El palacio de encantos é ilusiones
Donde se agota por la vida entera
El raudal de las puras emociones ;
¿Por qué al pisar del mundo los umbrales,
Cuando vais á espirar, horas dichosas,
Por qué no se nos clavan cien puñales
Donde al ménos muramos entre rosas?
¡Ah! ¿Por qué el corazón, copa vacía
Del licor de la fe, del entusiasmo,
No se nos cae del pecho ¡oh Laura! el día
Que en sus heces gustamos el sarcasmo?
¿Por qué llega en la vida un fiero instante
Que, áun del amor que verdadero ha sido
Sólo queda un recuerdo agonizante
Cual la luz de la tumba del olvido?
¿Por qué, por qué también el tiempo corre
En lo que nunca se soñó pasado,
Y esto te escribo yo sin que lo borre
Sangre del corazón despedazado?
¿Por qué al primer amor sobrevivimos,
Al primer Dios, á la primera creencia,
Y altares á otros dioses erigimos,

O sólo queda un Dios, la indiferencia?
Pero no temas, ¡o, que yo marchite
De tus dulces creencias los objetos ;
No temas, no, que en tu presencia agite
De mi seca razón los esqueletos ;
Que áun de tu vista y de tu voz lejano,
Como en la aurora de mi amor yo siento
El noble freno de tu hermosa mano,
El blando influjo de tu blando acento.
Reconóceme, Laura, soy el mismo ;
Un inmenso volcán mi fantasía,
Mi mente abismo, inmensurable abismo,
Y tuya, siempre tuya, el alma mía.
Y ¡oh! ¡si áun pudiera reclinarme frente
En el seno feliz de tus hechizos,
Y sentir agitar tu mano ardiente
De mi sien juvenil los blondos rizos!
¡Oh! ¡Si á mis ojos áun velar pudieras
Con la venda feliz de tus halagos
De esta imaginación, todo quimeras,
El devorante fuego y los estragos!
Pero no puede ser. ¡Dulces amores,
Única dicha, cuanto breve cierta,
Aunque volvierais con las mismas flores,
Vuestro sol era el alma, y está yerta!
¡Oh sueños! ¡Oh memorias! ¡Oh alegrías!
¡Oh ya lejana cuanto dulce historia!
Laura, no volverán aquellos días ;
Pero inmortales son en mi memoria.

SONETOS.

LA PRIMAVERA.

¡Oh campos! ¡Oh deleite! ¡Oh hermosura!
¡Oh rica aurora en rosicler y en gualdal!
¡Oh flores que en balsámica guirnalda
Os derramais por la feraz llanura!
¡Oh bosques de prolífica espesura
Que de los montes recamais la espalda!
¡Oh vivas auras que de falda en falda
La fragancia llevais y la frescura!
¡Oh hermoso río que el genial tesoro
Dilatas por la espléndida ribera,
Fluctuante espejo del naciente día!
¡Oh claro cielo de amaranto y oro!
¡Oh mañana del año! ¡Oh primavera!
¡Oh alma esposa del sol! ¡Oh Andalucia!

EL AQUILON.

Él es... Él es... Ya viene.... El polo cruje,
El sol se vela en la extension remota,
El mar se encoleriza y se alborota,
La tierra se estremece, el aire muge.
Ya viene, ya se acerca y silba y ruge;
La tempestad de entre sus alas brota;
Ya anuncia la agorera gaviota
La lluvia que aún resiste al alto empuje.

¡Aquilón! ¡Aquilón! Lira sublime
De la naturaleza entusiasmada,
Que en tí canta, en tí llora y en tí gime,
Ven y atruena la esfera al són turbada;
Tu vibracion al universo imprime,
Y en los brazos me arrulla de mi amada.

GERTRÚDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

Á LA POESÍA.

¡Oh tú, del alto cielo
Precioso don, al hombre concedido!
¡Tú de mis penas íntimo consuelo,
De mis placeres manantial querido!
¡Alma del orbe, ardiente poesía,
Dicta el acento de la lira mía!
Dictalo, sí, que enciende
Tu amor mi seno, y sin cesar ansío
La poderosa voz — que espacios hiende —
Para aclamar tu excelso poderío;
Y en la naturaleza augusta y bella
Buscar, seguir y señalar tu huella.
¡Mil veces desgraciado
Quien — al fulgor de tu hermosura ciego —
En su alma inerte y corazón helado
No abriga un rayo de tu dulce fuego;
Que es el mundo sin tí templo vacío,

Cielo sin claridad, cadáver frío!
Mas yo doquier te miro;
Doquier el alma, estremecida, siente
Tu influjo inspirador. El grave giro
De la pálida luna, el refulgente
Curso del sol, la tarde, la alborada.....
Todo me habla de tí con voz callada.
En cuanto ama y admira
Te halla mi mente. Si huracan violento
Zumba, y levanta al mar, bramando de ira;
Si con rumor responde soñoliento
Plácido arroyo al aura que suspira.....
Tú alargas para mí cada sonido
Y me explicas su místico sentido.
Al férvido verano,
A la apacible y dulce primavera,
Al grave otoño y al invierno sano
Me embellece tu mano lisonjera;
Que alcanzan, si los pintan tus colores,
Calor el hielo, eternidad las flores!
¿Qué á tu dominio inmenso
No sujetó el Señor? En cuanto existe
Hallar tu ley y tus misterios pienso;
El universo tu ropaje viste,
Y en su conjunto armónico demuestra
Que tú guiaste la hacedera diestra.
¡Hablas! ¡ Todo renace!
Tu creadora voz los yermos puebla;
Espacios no hay que tu poder no enlace;
Y rasgando del tiempo la tiniebla,
De lo pasado al descubrir ruínas,
Con tu mágica luz las iluminas.
Por tu acento apremiados,
Levántanse del fondo del olvido,
Ante tu tribunal, siglos pasados;

Y el fallo que pronuncias — trasmitido
Por una y otra edad en rasgos de oro —
Eterniza su gloria ó su desdoro.

Tu genio independiente
Rompe las sombras del error grosero;
La verdad preconiza; de su frente
Vela con flores el rigor severo,
Dándole al pueblo, en bellas creaciones,
De saber y virtud santas lecciones.

Tu espíritu sublime
Ennoblecce la lid; tu épica trompa
Brillo eternal en el laurel imprime;
Al triunfo presta inusitada pompa;
Y los ilustres hechos que proclama
Fatiga son del eco de la fama.

Mas si entre gayas flores
A la beldad consagras tus acentos;
Si retratas los tímidos amores;
Si enalteces sus rápidos concetos;
A despecho del tiempo en tus anales
Beldad, placer y amor son inmortales.

Así en el mundo suenan
Del amante Petrarca los gemidos;
Los siglos con sus cantos se enajenan,
Y unos tras otros — de su amor movidos —
Van de Valclusa á demandar al aura
El dulce nombre de la dulce Laura.

¡Oh! No orgullosa aspiro
A conquistar el lauro refulgente
Que humilde acato y entusiasta admiro
De tan gran vate en la inspirada frente;
Ni ambicionan mis labios juveniles
El clarín sacro del cantor de Aquiles.

No tan ilustres huellas
Seguir es dado á mi insegura planta.....

Mas — abrasada al fuego que destellas —
 ¡Oh genio bienhechor! á tu ara santa
 Mi pobre ofrenda estremecida elevo,
 Y una sonrisa á demandar me atrevo.

Cuando las frescas galas
 De mi lozana juventud se llevo
 El veloz tiempo en sus potentes alas,
 Y huyan mis dichas como el humo leve,
 Serás aún mi sueño lisonjero,
 Y veré hermoso tu favor primero.

Dame que pueda entónces,
 ¡Virgen de paz, sublime poesía!
 No transmitir en mármoles ni en bronces
 Con rasgos tuyos la memoria mía;
 Sólo arrullar, cantando, mis pesares,
 A la sombra feliz de tus altares.

A LA MUERTE DEL CÉLEBRE POETA CUBANO
 D. JOSÉ MARÍA DE HEREDIA.

Voz pavorosa en funeral lamento
 Desde los mares de mi patria vuela
 A las playas de Iberia; tristemente
 En són confuso la dilata el viento;
 El dulce canto en mi garganta hiela,
 Y sombras de dolor viste á mi mente.
 ¡Ay! qué esa voz doliente
 Con que su pena América denota
 Y en estas playas lanza el Océano,
 «¡Murió! pronuncia, el férvido patriota....»
 «¡Murió! repite, el trovador cubano»;
 Y un eco triste en lontananza gime:

«¡Murió el cantor del Niágara sublime!»
 ¿Y es verdad? ¿Y es verdad?... ¿La muerte impía
 Apagar pudo con su soplo helado
 El generoso corazón del vate,
 Do tanto fuego de entusiasmo ardía?
 ¿No ya en amor se enciende, ni agitado
 De la santa virtud al nombre late?...

Bien mal cede al embate
 Del aquilon sañoso el roble erguido;
 Así en la fuerza de su edad lozana
 Fué por el fallo del destino herido....
 Astro eclipsado en su primer mañana,
 Sepúltnle las sombras de la muerte,
 Y en luto Cuba su placer convierte.

¡Patria! ¡númen feliz! ¡nombre divino!
 ¡Idolo puro de las nobles almas!
 ¡Objeto dulce de su eterno anhelo!
 Ya enmudeció tu cisne peregrino....
 ¿Quién cantará tus brisas y tus palmas,
 Tu sol de fuego, tu brillante cielo....?
 Ostenta, sí, tu duelo;

Que en tí rodó su venturosa cuna,
 Por tí clamaba en el destierro impío,
 Y hoy condena la pérfida fortuna
 A suelo extraño su cadáver frío.
 De tus arroyos ¡ay! con su murmullo
 No darán á su sueño blando arrullo.
 ¡Silencio! de sus hados la fiereza
 No recordemos en la tumba helada
 Que lo defiende de la injusta suerte.
 Ya reclinó su languida cabeza
 De genio y desventuras abrumada
 En el inmortal seno de la muerte.
 ¿Qué importa al polvo inerte,
 Que torna á su elemento primitivo,

Ser en este lugar ó en otro hollado?
¿Yace con él el pensamiento altivo?...
Que el vulgo de los hombres, asombrado,
Tiembale al alzar la eternidad su velo,
Mas la patria del genio está en el cielo.

Allí jamás las tempestades braman
Ni roba al sol su luz la noche oscura,
Ni se conoce de la tierra el lloro....:
Allí el amor y la virtud proclaman
Espíritus vestidos de luz pura
Que cantan el Hosanna en arpa de oro.

Allí el raudal sonoro
Sin cesar corre de aguas misteriosas,
Para apagar la sed que enciende al alma,
Sed que en sus fuentes pobres, cenagosas,
Nunca este mundo satisface ó calma.
Allí jamás la gloria se mancilla,
Y eterno el sol de la justicia brilla.

¿Y qué, al dejar la vida, deja el hombre?
El amor inconstante, la esperanza,
Engañosa visión que lo extravía;
Tal vez los vanos ecos de un renombre
Que con desvelos y dolor alcanza;
El mentido poder, la amistad fría;
Y el venidero día

— Cual el que espira breve y pasajero —
Al abismo corriendo del olvido....
Y el placer, cual relámpago ligero,
De tempestades y pavor seguido....
Y mil proyectos que medita á solas,
Fundados ¡ay! sobre agitadas olas.

De verte ufano en el umbral del mundo,
El ángel de la hermosa Poesía,
Te alzó en sus brazos y encendió tu mente,
Y ora lanzas, Heredia, el barro inmundo

Que tu sublime espíritu oprímia,
Y en alas vuelas de tu genio ardiente.
No más, no más lamente
Destino tal nuestra ternura ciega,
Ni la importuna queja al cielo suba....
¡Murió!... A la tierra su despojo entrega,
Su espíritu al Señor, su gloria á Cuba;
¡Que el genio, como el sol, llega á su ocaso,
Dejando un rastro fúlgido su paso!

AL PARTIR.

SONETO.

¡Perla del mar! ¡Estrella de Occidente!
¡Hermosa Cuba! Tu brillante cielo
La noche cubre con su opaco velo,
Como cubre el dolor mi triste frente.
¡Voy á partir!... La chusma diligente
Para arrancarme del nativo suelo
Las velas iza, y pronta á su desvelo
La brisa acude de su zona ardiente.
¡Adios, patria feliz, eden querido!
¡Doquier que el hado en su furor me impela
Tu dulce nombre halagará mi oído.
¡Adios! Ya cruje la turgente vela....
El ancla se alza.... el buque estremecido
Las olas corta y silencioso vuela!

GUSTAVO A. BECQUER.

Del salón en el ángulo oscuro,
De su dueño tal vez olvidada,
Silenciosa y cubierta de polvo
Veíase el arpa.

¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas,
Como el pájaro duerme en las ramas
Esperando la mano de nieve
Que sabe arrancarla!

¡Ay, pensé! ¡cuántas veces el genio
Así duerme en el fondo del alma,
Y una voz, como Lázaro, espera
Que le diga: «¡ Levántate y anda! »

Los invisibles átomos del aire
En derredor palpitan y se inflaman;
El cielo se deshace en rayos de oro;
La tierra se estremece alborozada;
Oigo flotando en olas de armonía
Rumor de besos y batir de alas;
Mis párpados se cierran..... ¿Qué sucede?
—¡ Es el amor que pasa!

—Yo soy ardiente, yo soy morena,
Yo soy el símbolo de la pasión;
De ansia de goces mi alma está llena.
—¿A mí me buscas?— No es á tí, no.
— Mi frente es pálida, mis trenzas de oro,
Puedo brindarte dichas sin fin,
Yo de ternura guardo un tesoro.
—¿A mí me llamas?— No; no es á tí.
— Yo soy un sueño, un imposible,
Vano fantasma de niebla y luz;
Soy incorpórea, soy intangible;
No puedo amarte:— ¡ Oh, vén, vén tú!

Hoy la tierra y los cielos me sonrien;
Hoy llega al fondo de mi alma el sol;
Hoy la he visto... la he visto y me ha mirado:
¡ Hoy creo en Dios!

Voy contra mi interés al confesarlo;
Pero yo, amada mía,
Pienso, cual tú, que una oda sola es buena
De un billete del Banco al dorso escrita.
No faltará algún necio que al oírlo
Se haga cruces y diga:
«Mujer al fin del siglo diez y nueve,
Material y prosaica.... » ¡Bobería!
¡ Voces que hacen correr cuatro poetas
Que en invierno se embozan con la lira!
¡ Ladridos de los perros á la luna!
Tú sabes y yo sé que en esta vida,

Con genio, es muy contado quien la escribes;
Y con oro, cualquiera hace poesía.

Asonaba á sus ojos una lágrima,
Y á mi labio una frase de perdon;
Habló el orgullo y se enjugó su llanto,
Y la frase en mis labios espiró.
Yo voy por un camino, ella por otro;
Pero al pensar en nuestro mútuo amor,
Yo digo aún: «¿por qué callé aquel día?»
Y ella dirá: «¿por qué no lloré yo?»

Dejé la luz á un lado, y en el borde
De la revuelta cama me senté,
Mudo, sombrío, la pupila inmóvil,
Clavada en la pared.
¿Qué tiempo estuve así? No sé: al dejarme
La embriaguez horrible del dolor,
Espiraba la luz, y en mis balcones
Reía el sol.

Ni sé tampoco en tan terribles horas
En qué pensaba ó qué pasó por mí,
Sólo recuerdo que lloré y maldije,
¡Y que en aquella noche envejecí!

En la clave del arco mal seguro,
Cuyas piedras el tiempo enrojeció,
Obra de cincel rudo, campeaba
El gótico blason.

Penacho de su yelmo de granito,
La hiedra que colgaba en derredor
Daba sombra al escudo, en que una mano
Tenía un corazon.
A contemplarle en la desierta plaza
Nos paramos los dos:
Y «ese, me dijo, es el cabal emblema
De mi constante amor.»
¡Ay! es verdad lo que me dijo entónces:
Verdad que el corazon
Lo llevará en la mano.... en cualquier parte.
Pero en el pecho, no!

Yo me he asomado á las profundas simas
De la tierra y el cielo,
Y les he visto el fin ó con los ojos,
O con el pensamiento.
Mas ¡ay! de un corazon llegué al abismo,
Y me incliné por verlo,
Y mi alma y mis ojos se turbaron:
¡Tan hondo era y tan negro!!

Alguna vez la encuentro por el mundo
Y pasa junto á mí:
Y pasa sonriéndose, y yo digo:
¿Cómo puede reir?
Luégo asoma á mi labio otra sonrisa,
Y entónces pienso: — ¡Acaso ella se rie,
Como me rio yo!

¡Olas gigantes que os rompeis bramando
En las playas desiertas y remotas,
Envuelto entre la sábana de espumas,
Llebadme con vosotras!

¡Ráfagas de huracan, que arrebatáis
Del alto bosque las marchitas hojas,
Arrastrado en el ciego torbellino,
Llebadme con vosotras!

¡Nubes de tempestad, que rompe el rayo
Y en fuego ornais las desprendidas olas,
Arrebatado entre la niebla oscura,
Llebadme con vosotras!

Llebadme, por piedad, á donde el vértigo
Con la razon me arranque la memoria.....
¡Por piedad!..... ¡Tengo miedo de quedarme
Con mi dolor á solas!

Volverán las oscuras golondrinas
En tu balcon sus nidos á colgar,
Y, otra vez, con el ala á sus cristales
Jugando llamarán.

Pero aquellas que el vuelo refrenaban
Tu hermosura y mi dicha á contemplar,
Aquellas que aprendieron nuestros nombres...
Esas..... ¡no volverán!

Volverán las tupidas madre selvas
De tu jardin las tapias á escalar,
Y otra vez á la tarde, aún más hermosas
Sus flores se abrirán;

Pero aquellas, cuajadas de rocío,
Cuyas gotas mirábamos temblar
Y caer como lágrimas del día.....

Esas..... ¡no volverán!
Volverán del amor en tus oídos
Las palabras ardientes á sonar;
Tu corazon de su profundo sueño
Tal vez despertará;
Pero mudo y absorto y de rodillas,
Como se adora á Dios ante su altar,
Como yo te he querido..... desengáñate,
¡Así no te querrán!

Al ver mis horas de fiebre
E insomnio lentas pasar,
A la orilla de mi lecho,
¿Quién se sentará?
Cuando la trémula mano
Tienda, próximo á espirar,
Buscando una mano amiga
¿Quién la estrechará?

Quando la muerte vidrie
De mis ojos el cristal,
Mis párpados aún abiertos,
¿Quién los cerrará?

Quando la campana suene
(Si suena en mi funeral),
Una oracion al oír la

¿Quién murmurará?
Quando mis pálidos restos
Opriman la tierra ya,
Sobre la olvidada fosa

¿Quién vendrá á llorar?
¿Quién, en fin, al otro día,
Quando el sol vuelva á brillar,

De que pasé por el mundo
¿Quién se acordará?

Cerraron sus ojos
Que aún tenía abiertos;
Taparon su cara
Con un blanco lienzo;
Y unos sollozando,
Otros en silencio,
De la triste alcoba
Todos se salieron.

La luz, que en un vaso
Ardía en el suelo,
Al muro arrojaba
Las sombras del lecho;
Y entre aquella sombra
Veíase á intervalos,
Dibujarse rígida
La forma del cuerpo.

Despertaba el día,
Y á su albor primero
Con sus mil ruidos
Despertaba el pueblo.
Ante aquel contraste
De vida y misterios,
De luz y tinieblas,
Medité un momento:

*«¿Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!!»*

De la casa en hombros
Lleváronla al templo,
Y en una capilla

Dejaron el féretro;
Allí rodearon
Sus pálidos restos
De amarillas velas
Y de paños negros.
Al dar de las ánimas
El toque postrero,
Acabó una vieja
Sus últimos rezos:
Cruzó la ancha nave,
Las puertas gimieron,
Y el santo recinto
Quedóse desierto.

De un reloj se oía
Compasado el péndulo,
Y de algunos cirios
El chisporroteo.
Tan medroso y triste,
Tan oscuro y yerto
Todo se encontraba....
Que pensé un momento:
*«¿Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!!»*

De la alta campana
La lengua de hierro,
Le dió, volteando,
Su adiós lastimero.
El luto en las ropas,
Amigos y deudos
Cruzaron en fila,
Formando el cortejo.
Del último asilo,
Oscuro y estrecho,
Abrió la piqueta
El nicho á un extremo.

Allí la acostaron,
Tapiáronle luego,
Y con un saludo
Despidióse el duelo.

La piqueta al hombro,
El sepulturero
Cantando entre dientes

Se perdió á lo lejos.
La noche se entraba,
Reinaba el silencio.
Perdido en las sombras,

Medité un momento:
*¡Dios mio, qué solos
se quedan los muertos!!*

En las largas noches
Del helado invierno,
Cuando las maderas
Crugir hace el viento,
Y azota los yidrios
El fuerte aguacero,
De la pobre niña

A solas me acuerdo.

Allí cae la lluvia
Con un són eterno;
Allí la combate
El soplo del cierzo.
Del húmedo muro
Tendida en el hueco,
Acaso de frío
Se hielan sus huesos!.....

¿Vuelve el polvo al polvo?
¿Vuela el alma al cielo?
¿Todo es vil materia,
Podredumbre y cieno?

No sé; pero hay algo
Que explicar no puedo,
Que al par nos infunde
Repugnancia y duelo,
Al dejar tan tristes,
Tan solos los muertos.

JUAN AROLAS.

FELIPE IV.

I.

Muy metido en el embozo
Cruza un galán una calle,
Cuando tan negra es la noche
Que sus estrellas no salen:
El ala de su sombrero
Sobre la gorguera cae,
Y las ondulantes plumas
Viento y lluvia á la par baten.
Tiénese bajo un balcon,
Un pito de plata tañe,
Y otro corresponde adentro
Mientras una reja se abre.
Rica en gracias y atavío,
Poco tarda en presentarse

Allí la acostaron,
Tapiáronle luego,
Y con un saludo
Despidióse el duelo.

La piqueta al hombro,
El sepulturero
Cantando entre dientes

Se perdió á lo lejos.
La noche se entraba,
Reinaba el silencio.
Perdido en las sombras,

Medité un momento:
*¡Dios mio, qué solos
se quedan los muertos!!*

En las largas noches
Del helado invierno,
Cuando las maderas
Crugir hace el viento,
Y azota los yidrios
El fuerte aguacero,
De la pobre niña

A solas me acuerdo.

Allí cae la lluvia
Con un s6n eterno;
Allí la combate
El soplo del cierzo.
Del húmedo muro
Tendida en el hueco,
Acaso de frio
Se hielan sus huesos!.....

¿Vuelve el polvo al polvo?
¿Vuela el alma al cielo?
¿Todo es vil materia,
Podredumbre y cieno?

No sé; pero hay algo
Que explicar no puedo,
Que al par nos infunde
Repugnancia y duelo,
Al dejar tan tristes,
Tan solos los muertos.

JUAN AROLAS.

FELIPE IV.

I.

Muy metido en el embozo
Cruza un galan una calle,
Cuando tan negra es la noche
Que sus estrellas no salen:
El ala de su sombrero
Sobre la gorguera cae,
Y las ondulantes plumas
Viento y lluvia á la par baten.
Tiénese bajo un balcon,
Un pito de plata tañe,
Y otro corresponde adentro
Mientras una reja se abre.
Rica en gracias y atavío,
Poco tarda en presentarse

La hermosa que ha de causar
Sus glorias ó sus pesares.
Pone en los cruzados hierros
Manos con preciosos guantes,
Y el faldellin de tuan
Agitaron auras suaves.
En pláticas de placer
Se engolfan los dos amantes,
Dulces favores suplican,
Lloran desden, juran paces,
Y comparan sus amores
Con muy injuriosas frases,
Ella al rayo del estío,
Que seca la flor del valle;
Y él á la encendida llama
Que despiden los volcanes,
Que le abrasa el corazon,
De cuyas cenizas nace.
Así de su fiel cariño
Quiso hacer hermoso alarde,
Cuando vió un hombre tras sí
Puesto en accion de escucharle.
Tiró luego del estoque,
Y ardiendo en enojos graves,
Al desconocido inmóvil
Dirigió razones tales:
—Tras cobarde sois traidor:
¡Mal haya tal felonía,
Si os pagan por ser espía,
Que escucháis cita de amor!
Mañero sois en andar
Que si os llegára á sentir,
Sería vuestro avanzar
Precipitarse á morir.
¿A quién buscáis? ¿qué quereis?

¿Quién sois, villano? decid:
Mas no importa que no habléis,
Sacad la espada y refid. —
El incógnito animoso
Del embozo se deshace,
Y ántes que los dos riñesen,
Así quiso contestarle:
— ¿Quién soy yo saber quereis?
Quizá os pese ¡vive Dios!
Ya que no me conocéis,
Sabed que soy más que vos.
Yo recuerdo que en palacio
No ostentáis tanta bravura,
Que soleis hablar despacio,
Que os portais con más mesura;
Que á nadio llamais villano,
Y que nunca os viera allí
Con el estoque en la mano,
Mas con el sombrero, sí.
¡Duque! ya podeis refir,
Que nada importa mi nombre,
Pues sólo presumo de hombre
Para vencer ó morir. —
A la voz del rey Felipe,
Voz de trueno y huracanes,
El de Medina á sus piés
Rendido de hinojos cae.
De su triste corazon
Roncos los suspiros salen,
Y el monarca de Castilla
Fué prosiguiendo al alzarle:
— Duque, del reino saldréis,
Pues conviene á mi persona,
Y es forzoso que olvideis
A María Calderona.

De su hermosura liviana
Mi pecho prendado fué;
Pero yo os juro á mi fe,
Que se ha de acordar mañana.
Y en el rincón de un convento
Sola quedará con Dios
Para llorar su tormento
La que quiso amar á dos. —
Dijo el Rey, y á poco rato,
Queda en soledad la calle,
Ni se escucha voz alguna,
Ni en la reja se ve á nadie.

II.

Las trenzas sin alheñar,
Pálido y triste el semblante,
Con dos lágrimas hermosas
En los ojos celestiales,
Bajo de arteson dorado,
Sentada en el almadrage
De un escaño de marfil,
Gime una mujer sus males.
— ¡Ay de aquellas noches, dice,
En que al rey me presentasteis
Con secreto misterioso,
Conde-Duque de Olivares!
Porque amor y majestad
Mal pudieron hermanarse,
Sobrando de humilde en él,
Lo que en ella de arrogante;
Porque ofenden al cariño
Condiciones desiguales,
Y los abrazos de un rey

Oprimen aun cuando halaguen;
Pues las penas de servirle
Con las dudas de agradarle,
Los temores de ofenderle,
Cuando toda ofensa es grande,
Los respetos de atencion,
Y atencion de vasallaje,
Son grillos en complacerle,
Y obstáculos en amarle. —
Así dijo, y de sus ojos
Las dos lágrimas errantes,
Al perderse en las mejillas,
Sobre el blanco seno caen.
Inmóvil parece allí
Niobe de los pesares,
A quien quitan los dolores
Fuerzas para lamentarse,
Y en tan abatido estado
Seguiria, sino entrase
De improviso un hombre adusto,
Ministro de los altares.
— El gran Felipe, señora,
Nunca tolera el desman
De la que infiel y traidora
Tiene citas á un galán:
La majestad no se inclina
(Pues fuera ménos valer)
A estimar una mujer
Manceba del de Medina.
Dama infiel á los amores
Del monarca de Castilla,
Tema todos los rigores
Del dogal y la cuchilla. —
— No os tañe, prelado, á vos
Hablar de amor ni desden;

O no habéis, ó hablad de Dios,
Que lo demas no está bien.
En un tiempo con decoro
Tuvo la Iglesia en su altar
Cruz de leño, obispos de oro,
Fieles en decir y obrar:
Mas en tiempos desgraciados
Pierde la iglesia el tesoro,
Si al tener las cruces de oro,
Son de leño los prelados.
Vos de la cristiana grey
Sois guia, sois conductor;
Dejad la venganza al Rey,
Mientras os cumple mejor
Predicar con sano intento
De las ofensas perdon,
Y tras de la absolucion
Dar el pan del Sacramento.—
— Por compadecer á vos
Mal cumpliera con mi ley,
Desobedeciendo al Rey,
Que ocupa el lugar de Dios.
Mucho siento ¡vive el cielo!
Vuestro deslíz y aficcion,
Y ántes de daros el velo,
Yo os daré la absolucion.
Tosco sayal vestiréis,
Y del claustro en las moradas
Vuestra culpa lloraréis
Entre vírgenes sagradas.—
— ¿ Monja yo...? ¿Quién dió tal ley...?
¿Yo en un claustro retirado...?
Monja por fuerza ó de grado.
¿Quién puede mandarlo?— El Rey.—
Dijo el prelado, y al punto

De aquella mansion se parte.
Va murmurando en voz baja,
Practica la puerta, y sale,
Y sin recoger el vuelo
De sus hábitos talares,
Con las delicadas sedas
La larga escalera barre.
Pero al cabo de tres dias
Presentóse al Rey á darle
Los cabellos de la hermosa
Puestos en un azafate.

LA ODALISCA.

¿ De qué sirve á mi belleza
La riqueza,
Pompa, honor y majestad,
Si en poder de adusto moro
Gimo y lloro
Por la dulce libertad?
Luenga barba y torvo ceño
Tiene el dueño
Que con oro me compró;
Y al ver la fatal gumia
Que ceñia
De sus besos temblé yo.
¡ Oh, bien hayan los cristianos
Más humanos,
Que veneran una cruz,
Y dan á sus nazarenas
Por cadenas,

Auras libres, clara luz!
Ellas al festin de amores
Llevan flores;
Sin velo se dejan ver,
Y en cálices cristalinos
Beben vinos,
Que aconsejan al placer.
Tienen zambras con orquestas,
Y á sus fiestas
Ricas en adornos van,
Con el seno delicado,
Mal guardado
De los ojos del galan.
Mas valiera ser cristiana
Que sultana
Con pena en el corazon,
Con un eunuco atezado
Siempre al lado
Como negra maldición.
Dime, mar, que me aseguras
Brisas puras,
Perlas y coral tambien,
Si hay linfa en tu extension larga
Más amarga
Que mi lloro en el haren.
Dime, selva, si una esposa
Cariñosa
Tiene el dulce ruisenor,
¿Por qué para sus placeres
¿Cien mujeres
Tiene y guarda mi señor?
Decid, libres mariposas,
Que entre rosas
Vagais al amanecer,
¿Por qué bajo llave dura,

Sin ventura,
Gime esclava la mujer?
Dime, flor siempre besada,
Y halagada
Del céfiro encantador,
¿Por qué ha de pasar un dia
De agonía,
Sin un beso del amor?
Yo era niña, y á mis solas
En las olas
Mis delicias encontré;
De la espuma que avanzaba,
Retiraba
Con temor nevado pié.
Del mar el sordo murmullo
Fué mi arrullo,
Y el aura me adormeció:
¡Triste la que duerme y sueña
Sobre peña
Que la espuma salpicó!
De la playa que cercaron,
Me robaron
Los piratas de la mar:
¡Ay de la que en dura peña
Duerme y sueña
Si es cautiva al despertar!
Crudos son con las mujeres
Esos seres
Que adoran el interes,
Y tendidos sobre un leño,
Toman sueño
Con abismos á sus piés.
Conducida en su galera
Prisionera,
Fuí cruzando el mar azul;

Mucho lloré; sordos fueron ;
Me vendieron
Al sultan en Estambul.
El me llamó hurí de aroma,
Que Mahoma
Destinaba á su verjel ;
De Alá gloria y alegría,
Luz del día,
Paloma constante y fiel.
Vi en un murallado suelo,
Como un cielo
De hermosuras de jazmin :
Cubiertas de ricas sedas,
Auras ledas
Disfrutaban del jardín.
Unas padecían celos,
Y desvelos ;
Lograban otras favor ;
Quién por un desden gemía ;
Quién vivía
Sin un goce del amor.
Mil esclavas me sirvieron,
Y pusieron
Rico alfareme en mi sien ;
Pero yo siempre lloraba,
Y exclamaba
Con voz triste en el haren :
¿ De que sirve á mi belleza
La riqueza,
Pompa, honor y majestad,
Si en poder de adusto moro,
Gimo y lloro
Mi perdida libertad ?

ANTONIO DE LOS RIOS Y ROSAS.

LA OPINION.

SONETO.

La sien latiendo, turbia la mirada,
Teñido el rostro de rubor sangriento,
La espléndida melena suelta al viento,
La vestidura al seno desgarrada ;
Ella me ciñe en lúbrica lazada,
Trémulo el cuerpo, el labio macilento,
Con honda sed bebiéndome el aliento,
En su boca mi boca aprisionada.
¡ Oh vision, que mis sueños envenenas
Y en lava de volcan hinchas mis venas !
¿ Quién eres, di, mujer, deidad ó arpía ?
— Soy la opinion, tu esclava y tu tirana ;
Hoy, transida de amor, tu barragana ;
Ayer, tu dama infiel con befa impía.

JULIAN ROMEA.

EN LA MUERTE DEL EMINENTE ACTOR CÁRLOS LATORRE.

SONETO.

¡ Todo acabó : la gloria y su dulzura,
 Y el noble afán, y el entusiasmo ardiente,
 Y el levantar la creadora mente
 Sobre el mísero mundo y su amargura!
 ¡ El eco aún de los aplausos dura
 Que le rindió la alborozada gente;
 Y aquella noble y despejada frente
 Esconde ya la avara sepultura.
 Adios, Carlos, adios; miétras severo
 El canto de cien vates tus loores
 Se prepara á entonar, y con esmero
 Tu corona á tejer, rica en colores,
 Yo, discípulo, amigo y compañero,
 Regaré con mis lágrimas sus flores!

ÍNDICE.

	Páginas.
Dionisio Solís..	5
José de Vargas Ponce..	11
Manuel José Quintana..	21
Juan Nicasio Gallego..	38
Alberto Lista..	53
Leandro Fernández de Moratín..	62
Francisco Martínez de la Rosa..	75
Bernardino Fernández de Velazquez, duque de Frias..	86
Angel de Saavedra, duque de Rivas..	97
Javier de Burgos..	106
Mannel de Cavanyes..	109
José de Espronceda..	113
Francisco Zea..	127
José Martínez Monroy..	132
Bernardo Lopez García..	141
Gabriel García y Tassara..	153
Gertrúdis Gomez de Avellaneda..	163
Gustavo A. Becquer..	170
Juan Arolas..	179
Antonio de los Ríos y Rosas..	189
Julian Romez..	190



U A N L
BIBLIOTECA UNIVERSAL.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN[®]
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



BIBLIOTECA UNIVERSAL.

—
COLECCION

DE LOS

MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS,
NACIONALES Y EXTRANJEROS.

—
TOMO LXI.

—
JOVELLANOS.

—
EL DELINCUENTE HONRADO

Y VARIAS OBRAS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID,

DIRECCION Y ADMINISTRACION

calle de Leganitos, 18, 2.º

1880.



EL DELINCUENTE HONRADO.

Es cosa muy terrible castigar con la muerte una acción que se tiene por honrada.
(Acto I, escena V.)

INTERLOCUTORES.

D. Justo de Lara, alcalde de casa y corte.	D. Torcuato.
D. Simón de Escobedo, corregidor de Segovia y padre de	D. Claudio, escribano, oficial de la sala.
Doña Laura, viuda del marqués de Montilla y esposa actual de	D. Juan, mayordomo de D. Simón.
D. Torcuato Ramírez, hijo natural, desconocido, de D. Justo.	Felipe, criado de D. Torcuato.
D. Anselmo, amigo de	Eugenia, criada de doña Laura.
	Un alcalde, dos centinelas, tropa y ministros de justicia.

La escena se supone en el alcázar de Segovia.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa el estudio del Corregidor, adornado sin ostentación. A un lado se verán dos estantes con algunos libretos viejos, todos en gran folio y encuadernados en pergamino. Al otro habrá un gran bufete, y sobre él varios libros, procesos y papeles. Torcuato, sentado, acaba de cerrar un pliego, lo guarda, y se levanta con semblante inquieto.

ESCENA PRIMERA.

TORCUATO.

No hay remedio; ya es preciso tomar algún partido. Las diligencias que se practican son muy vivas, y mi delito se va á descu-

brir... ¡Ay, Laura! ¿qué dirás cuando sepas que he sido el matador de tu primer esposo? ¿Podrás tú perdonarme?... Pero mi amigo tarda, y yo no puedo sosegar un momento. (*Vuelve á sentarse, toma un libro, empieza á leer, y le deja al punto.*) Este ministro que ha venido al seguimiento de la causa es tan acíivo... ¡Ah! ¿Dónde hallaré un asilo contra el rigor de las leyes?... Mi amor y mi delito me seguirán á todas partes... Pero Felipe viene.

ESCENA II.

FELIPE.—TORCUATO.

FELIPE.

Señor.

TORCUATO.

Pues ¿y don Anselmo?

FELIPE.

Viene al instante. ¡Oh qué trabajo me costó despertarle! Cuando entré en su cuarto estaba dormido como un tronco; pero le hablé tan recio, metí tanta bulla y dí tales tirones de la ropa de su cama, que hubo de volver de su profundo letargo, y me dijo que venía corriendo. Ya yo me volvía muy satisfecho de su respuesta, cuando veo que, dando una vuelta al otro lado, se echó á roncar como un prior; con que me quité de

ruidos, y con grandísimo tiento le fuí poco á poco incorporando; le arrimé las calcetas, ayudele á vestirse, y gracias á Dios, le dejo ya con los huesos en punta.

TORCUATO.

Muy bien. ¿Y has sabido si tendremos carruaje?

FELIPE.

¿Carruaje? Cuantos pidais. Mientras la corte está en San Ildefonso, no hay cosa más de sobra en Segovia; pero, como yo no sabía dónde era nuestro viaje, no me atreví á ajustar alguno. Si vamos á Madrid tendremos retornos á docenas. El coche que trajo al alcalde de corte aún no se ha ido, y se podrá ajustar barato. ¡Ah, señor! (me acuerdo ahora por el alcalde de corte), ¿no sabéis lo que hay de nuevo?... (*Torcuato nada le responde.*) Acaban de traer á la cárcel á Juanillo, el criado del marqués. (*Torcuato se inmuta.*) ¡Pobrete! Ahora tendrá que confesar de plano, si no quiere cantar en el ansia. Dicen que sabe cuanto pasó en el desafío de su amo. Pardiez, él será muy tonto en no desembuchar cuanto ha visto.

TORCUATO.

(*Ap.* Ya el riesgo es más urgente)... Felipe.

FELIPE.

Señor.

TORCUATO.

Haz que mis vestidos se pongan en los
brules; á Eugenia que te entregue toda mi
ropa blanca; y date prisa, porque nuestro
viaje es pronto, y durará algunos dias.

FELIPE. (*Ap.*)

Aquí hay algun misterio. (*Anda por el
cuarto, poniendo en orden los muebles y
recogiendo alguna ropa de su amo que ha-
brá sobre ellos.*)

TORCUATO.

Aún no parece Anselmo... (*Sacando el
reloj.*) Las siete y cuarto. ¡Qué tardo pasa
el tiempo sobre la vida de un desdichado!

FELIPE. (*Sin dejar su ocupacion.*)

¡Tan recién casado hacer un viaje!... Él
está tan triste!... ¿Qué diablos tendrá?

TORCUATO.

Acaso juzgará intempestiva mi resolución.
¡Ah! no sabe toda la aflicción de mi alma.

FELIPE. (*Mirando á su amo.*)

¡Tiene un genio tan reservado!...

TORCUATO.

Ya parece que viene.

FELIPE.

No quiero interrumpiros.

TORCUATO.

Cuidado con lo que te tengo prevenido.
Si alguien me buscare, que no estoy en casa;
y si don Simón preguntase por mí, que estoy
escribiendo.

ESCENA III.

ANSELMO.—TORCUATO.

ANSELMO.

A fé, amigo mio, que me has hecho bien
mala obra. Dejar la cama á las siete de la
mañana!... Hombre, no lo haría ni por una
duquesa; mas tu recado fué tan ejecutivo...
(*Después de alguna pausa.*) Pero, Torcuato,
tú estás triste... Tus ojos... Vaya, ¿apos-
temos á que has llorado?

TORCUATO.

En mi dolor apenas he tenido ese pequeño
desahogo.

ANSELMO.

¿Desahogo las lágrimas?... No lo entiendo.
Pues qué, ¿un hombre como tú no se cor-
rería...

TORCUATO.

Si las lágrimas son efecto de la sensibili-
dad del corazón, ¡desdichado de aquel que
no es capaz de derramarlas!

ANSELMO.

Como quiera que sea, yo no te comprendo.
Torcuato, tus ojos están hinchados, tu sem-
blante triste, y de algunos dias á esta parte
noto que has perdido tu natural alegría.
¿Qué es esto? Cuando debieras... Hombre,
vamos claros; ¿quieres que te diga lo que he

pensado? Tú acabas de casarte con Laura, y por más que la quieras, tener una mujer para toda la vida, sufrir á un suegro viejo é impertinente, empezar á sentir la falta de la dulce libertad y el peso de las obligaciones del matrimonio, són sin duda para un jóven graves motivos de tristeza; y ve aquí á lo que atribuyo la tuya. Pero, si esta es la causa, tú no tienes disculpa, amigo mio, porque te la has buscado por tu mano. Por otra parte, Laura es virtuosa, es linda, tiene un genio dócil y amable, te quiere mucho; y tú, que has sido siempre derretido, creo que no la vas en zaga. Sobre todo (*viendo que no le responde*), Torcuato, tú no debes afligirte por frioleras; goza con sosiego de las dulzuras del matrimonio; que ya llegará el día en que cada cual tome su partido.

TORCUATO.

¡Ay, Anselmo! Esas dulzuras, que pudieran hacerme tan dichoso, se van á cambiar en pena y desconsuelo; yo las voy á perder para siempre.

ANSELMO.

¿A perderlas? Pues ¿qué?... ¡Ah! (*Dándose una palmada en la frente.*) Ahora me acuerdo que tu criado me dijo no sé qué de un viaje... Pero yo estaba tan dormido...

TORCUATO.

Tú eres mi amigo, Anselmo, y voy á darte ahora la última prueba de mi confianza.

ANSELMO.

Pues sea sin preámbulos, porque los aborrezco. ¿Puedo servirme en algo? Mi causal, mis fuerzas, mi vida, todo es tuyo; dí lo que quieres, y si es preciso...

TORCUATO.

Ya sabes que fui autor de la muerte del marqués de Mentilla, y que este funesto secreto, que hoy llena mi vida de amargura, se conserva entre los dos.

ANSELMO.

Es verdad; pero en cuanto al secreto no hay que recelar. Tú sabes también cuánto hice con Juanillo, el criado del Marqués, para alejar toda sospecha; pues aunque sólo tenía algunos antecedentes del desafío, yo le gratifiqué, le traspuse á Madrid, donde nadie le conoce, y mi amigo, el marqués de la Fuente, está encargado de observar sus pasos. No; léjos de pensar en tí ese bribon, tal vez creerá... pero no hablemos de eso, porque no es posible...

TORCUATO.

¡Ay, Anselmo, cuánto te engañas! Ese criado está ya en las cárceles de Segovia.

ANSELMO.

¿Cómo? ¿Juanillo? ¿Juanillo!... Pero ¿el Marqués no me avisaría?...

TORCUATO.

Tal vez no lo sabe, pero todo se ha hecho con el mayor secreto. Desde que de ór-

den del Rey vino á continuar la causa el alcalde don Justo de Lara, es infinito lo que se ha adelantado. Aún no há seis dias que está en Segovia, y quizá sabe ya todos los lances que precedieron al desafio. Él tomó por sí mismo informes y noticias, examinó testigos, practicó diligencias, y procediendo siempre con actividad y sin estrépito, logró descubrir el paradero de Juanillo, despachó posta á Madrid, y le hizo conducir arrestado. Antes de su arribo vivíamos sin susto. El alcalde mayor, que previno esta causa, se afaná mucho al principio por descubrir el agresor; pero sólo pudo tomar algunas señas por aquellos soldados que nos vieron reunir; y contentándose con despachar la requisitoria de estilo, cesó en la continuacion del sumario y le dejó dormir. Pero la corte, que cuando el desafio estaba, como ahora, en San Ildefonso, esperaba con ansia las resultas de este negocio. Las recientes pragmáticas del duelo, las instancias de los parientes del muerto y la cercanía de esta ciudad al sitio, interesaron al Gobierno en él, y de aquí resultó la comision de este ministro, en actividad... ¿Quién sabe si á la hora de esta mi nombre... Ya ves, Anselmo, que en tal conflicto no me queda otro recurso que la fuga. Estoy determinado á emprenderla; pero no he querido hacerlo sin avisarte.

ANSELMO.

Cuanto me dices me deja sorprendido. Estaba yo tan descuidado en este punto... Pero Juanillo ignora absolutamente que tú fueses el matador de su amo... ¿Y quién sabe si esta ausencia precipitada hará sospechar?... Por otra parte, la fuga es un recurso tan arriesgado... tan poco honroso...

TORCUATO.

¿Y piensas tú que cuando recorro á ella lo hago por evitar el castigo? ¡Ah! en el conflicto en que me hallo, la muerte fuera dulce á mis ojos. Pero si descubre mi delito, ¿cómo sufriré la presencia de don Simon, mi bienhechor á quien ofendí tanto; la de Laura, á quien hice verter tan tiernas lágrimas sobre el sepulcro de su esposo, y á quien despues hizo el atroz agravio de ocultarle mi delito? ¡Ah! yo llené sus corazones de luto y desconsuelo, yo desterré de esta casa el gusto y la alegría, y yo, en fin, turbé la paz de una familia virtuosa, que sin mi delito, gozaría aún del sosiego más puro. Este remordimiento llenará mi alma de eterna amargura. Sí, amigo mio; léjos de Laura y de su padre, buscaré en mi destierro el castigo de que soy digno, y al fin me hallará la muerte donde nadie sea testigo de mi perfidia y mis engaños.

ANSELMO.

¡Ay, Torcuato! el dolor te enajena y te

hace delirar, ¿Qué quiere decir «mi delito, mi perfidia, mis engaños»? ¿Acaso lo que has hecho merece esos nombres? Es verdad que has muerto al marqués de Montilla; pero lo hiciste insultado, provocado y precisado á defender tu honor. Él era un temerario, un hombre sin seso. Entregado á todos los vicios, y siempre enredado con tures y mujercillas; despues de haber disipado el caudal de su esposa, pretendió asaltar el de su suegro y hacerte cómplice en este delito. Tú resististe sus propuestas, procuraste apartarle de tan viles intentos, y no pudiendo conseguirlo, avisaste á su suegro para que viviese con precaucion, pero sin descubrirle á él. Esta fué la única causa de su enojo. No contento con haberte insultado y ultrajado atrocmente, te desafió varias veces. En vano quisiste satisfacerle y templanle; su temeraria importunidad te obligó á contestar. No, Torcuato, tú no eres reo de su muerte; su genio violento le condujo á ella. Yo mismo vi que, mientras el Marqués, como un leon furioso, buscaba tu corazon con la punta de su espada, tú, reportado y sereno, pensabas sólo en defenderte; y sin duda no hubiera perecido, si su ciego furor no le hubiese precipitado sobre la tuya. En cuanto á tu silencio ¿no me has dicho que don Simon, prendado de tu juiciosa conducta, movido de su antigua amistad con tu tia,

doña Flora Ramirez, y cierto de tu inclinacion á Laura, te la ofreció en matrimonio? ¿Hiciste otra cosa que aceptar esta oferta? Y que, despues de lo que debes á esta familia, ¿pudieras despreciarla sin agraviar al amor, al reconocimiento y á la hospitalidad? No, amigo mio, no; tú tomarás el partido que te acomode, pero tu interior debe estar tranquilo.

TORCUATO. (*Con viveza.*)

¿Tranquilo, despues de haber engañado á Laura? ¡Ah! su corazon no merecia tal perfidia. Yo le entregué una mano manchada en la sangre de su primer esposo, le ofrecí una alma sellada con el sello de la iniquidad, y le consagré una vida envilecida con el reato de este crimen, que me hace deudor de un escarmiento á la sociedad y siervo de la ley. ¡Qué de agravios contra el amor y la virtud de una desdichada! No, Anselmo, yo no podré sufrir su vista; no hay remedio, voy á ausentarme de ella para siempre.

ANSELMO.

Amigo mio, yo no puedo aprobar un partido tan peligroso; pero si tú estás resuelto á marchar, yo debo estarlo á servirte. ¿Quieres que te siga? ¿Que vayamos juntos hasta los desiertos de Siberia? Quieres...

TORCUATO.

No, Anselmo; conviene que te quedes. Yo necesito aquí de un fiel amigo que me envíe

noticias de mi esposa y se las dé de mi destino. No porque piense en ocultar á Laura mi resolución, no; este nuevo engaño me haría indigno de su memoria y de la luz del día. Aunque haya de serle amarga la noticia de mi separación, quiero que la deba á mi franqueza y fidelidad, y remediar de algun modo mis antiguas reservas.

ANSELMO.

Pues bien; ¿y cuándo piensas...

TORCUATO.

Después de comer. He pretextado un viaje de pocos días á Madrid para deslumbrar á mi suegro, y aún no le dije cosa alguna. En cuanto á mis intereses y negocios, este pliego te dirá lo que debes hacer. Contiene una instrucción puntual conforme á mis intenciones, y un poder general, de que podrás valerte cuando llegare el caso. Sobre todo, querido amigo, te recomiendo á Laura. En ella te dejo mi corazón; procura consolarla... ¡Ah! ¿cómo podrá consolarse su alma desdichada?

ANSELMO. (*Enternecido.*)

Mi buen amigo, lejos de tí, también yo habré menester de consuelo, y no le hallaré en parte alguna. ¡Cuánto me duele tu amarga situación! ¡Qué amigo, que consolador, qué compañero voy á perder con tu ausencia! Pero te has empeñado en afligirnos... En fin, cuenta con mi amistad y con el puntual

desempeño de tus encargos. ¡Ah, si fuese capaz de mejorar tu suerte!

TORCUATO. (*Abatido.*)

El cielo me ha condenado á vivir en la adversidad. ¡Qué desdichado nací! Incierto de los autores de mi vida, he andado siempre sin patria ni hogar propio; y cuando acababa de labrarme una fortuna, que me hacía cumplidamente dichoso, quiere mi mala estrella... Pero, Anselmo, no demos ocasión en la familia... Felipe vuelve... Aún nos veremos antes de mi partida.

ANSELMO.

Si, tengo que volver á cumplimentar á ese ministro; entónces hablaremos. Adios.

ESCENA IV.

FELIPE.—TORCUATO.

TORCUATO. (*Con serenidad.*)

¿Han preguntado por mí?

FELIPE.

El señor don Simon, y con algun cuidado. Dijo que iba á misa, y que volvía al instante. También preguntó mi ama; díjela que estabais con vuestro amigo.

TORCUATO. (*Inquieto.*)

¿Cómo? Pues ¿no te previene...

FELIPE.

Vos no me previnisteis que callase.

TORCUATO. (*Con severidad.*)

Anda á ver si hay algun retorno de Madrid, y ajústale para despues de mediodia. ¿Entiendes?

FELIPE.

Muy bien, señor.—¡Qué mal humor tienes!

ESCENA V.

SIMON.—TORCUATO.

SIMON.

¿Qué es esto de retorno? ¿Qué viaje es este, Torcuato? Tú traes á Felipe alborotado con tu viaje, y no me has dicho cosa alguna. Tampoco Laura...

TORCUATO.

Perdonad si no he solicitado ántes vuestro permiso. ¡Andais tan ocupado con el huésped! Cuando me vestí aún dormia Laura, y por no incomodarla... Ya sabeis que por muerte de mi tia quedaron en Madrid aquellos veinte mil pesos... Yo quisiera pasar á recogerlos.

SIMON.

Me parece muy bien, Pero me haceis tanta falta para acompañar á este ministro... El gusta tanto de tu conversacion...

TORCUATO.

En todo caso estoy pronto á complaceros; si os parece...

SIMON.

No, hijo mio; haz tu viaje y procura volver cuanto ántes. Laura sin tí no vivirá contenta, ni yo puedo pasar sin tu ayuda, porque las ocupaciones son muchas, y el trabajo excesivo me affige demasiado. ¡Ah! en otro tiempo... Pero ya soy muy viejo... A propósito, ¿qué te parece de este don Justo?

TORCUATO.

Jamás traté ministro alguno que reuna en sí las cualidades de buen juez en tan alto grado. ¡Qué rectitud! ¡Qué talento! ¡Qué humanidad.

SIMON.

Pero, hombre, es tan blando, tan filósofo... Yo quisiera á los ministros más duros, más enteros. Me acuerdo que le conocí en Salamanca de colegial, y á fé que entónces era bien enamorado. Pero, hijo mio, ¡si tú hubieras alcanzado á los ministros de mi tiempo!... ¡Oh! ¡aquellos sí que eran hombres en forma! ¡Qué teoricones! Cada uno era un *Digesto* vivo. ¿Y su entereza? Vaya, no se puede ponderar. Entónces se ahorcaban hombres á docenas.

TORCUATO.

Habría más delitos.

SIMON.

¿Más delitos que ahora? Pues ¿no ves que estamos rodeados de ladrones y asesinos?

TORCUATO.

Segun eso, ¿habria ménos conocimiento de las leyes?

SIMON.

¿De las leyes? ¡Bueno! Ahí están los comentarios que escribieron sobre ellas; míralos, y verás si las conocieron. Hombre hubo que sobre una ley de dos renglones escribió un tomo en fólío. Pero hoy se piensa de otro modo. Todo se reduce á libritos en octavo, y no contentos con hacernos comer y vestir como la gente de extranjería, quieren tambien que estudiemos y sepamos á la francesa. ¿No ves que sólo se trata de planes, métodos, ideas nuevas?... ¡Así anda ello! ¿Querrás creerme que, hablando la otra noche don Justo de la muerte de mi yerno, se dejó decir que nuestra legislación sobre los duelos necesitaba la reforma, y que era una cosa muy cruel castigar con la misma pena al que admite un desafío que al que le provoca? ¡Mira tú qué disparate tan garrafal! ¡Como si no fuese igual la culpa de ambos! Que lea, que lea los autores, y verá si encuentra en algúntal opinion.

TORCUATO

No por eso dejará de ser acertada. Los más de nuestros autores se han copiado unos á otros, y apénas hay dos que hayan trabajado seriamente en descubrir el espíri-

tu de nuestras leyes. ¡Oh! en esa parte lo mismo pienso yo que el señor don Justo.

SIMON.

Pero hombre...

TORCUATO.

En los desafíos, señor, el que provoca es por lo comun el más temerario y el que tiene ménos disculpa. Si está injuriado ¿por qué no se queja á la justicia? Los tribunales le oirán y satisfarán su agravio segun las leyes. Si no lo está, su provocacion es un insulto insufrible; pero el desafío...

SIMON.

Que se queje tambien á la justicia.

TORCUATO.

¿Y quedará su honor bien puesto? El honor, señor, es un bien que todos debemos conservar; pero es un bien que no está en nuestra mano, sino en la estimacion de los demas. La opinion pública le da y le quita. ¿Sabeis que quien no admite un desafío es al instante tenido por cobarde? Si es un hombre ilustre, un caballero, un militar, ¿de qué le servirá acudir á la justicia? la nota que le impuso la opinion pública, ¿podrá borrarla una sentencia? Yo bien sé que el honor es una quimera, pero sé tambien que sin él no puede subsistir una monarquía; que es el alma de la sociedad; que distingue las condiciones y las clases; que es principio de mil virtudes políticas; y en fin, que

la legislación, léjos de combatirle, debe fomentarle y protegerle.

SIMON.

¡Buena, muy buena! Discursos á la moda y opinioncitas de ayer acá; déjalos correr, y que se maten los hombres como pulgas.

TORCUATO.

La buena legislación debe atender á todo, sin perder de vista el bien universal. Si la idea que se tiene del honor no parece justa, al legislador toca rectificarla. Despues de conseguido se podrá castigar al temerario que confunda el honor con la bravura; pero mientras duren las falsas ideas, es cosa muy terrible castigar con la muerte una acción que se tiene por honrada.

SIMON.

Segun eso, al retado que mata á su enemigo se le darán las gracias, ¿no es verdad?

TORCUATO.

Si fué injustamente provocado, si procuró evitar el desafío por medios honrados y prudentes, si sólo cedió á los impetus de un agresor temerario y á la necesidad de conservar su reputación, que se le absuelva. Con eso nadie buscará la satisfacción de sus injurias en el campo, sino en los tribunales; habrá ménos desafíos ó ninguno; y cuando los haya, no reñirán entre sí la razón y la ley, ni vacilará el juez sobre la

suerte de un desdichado... Pero, señor, Laura estará impaciente... Si os parece...

SIMON.

¡Sí, sí, vamos allá. (*Se va y vuelve.*) ¡Ah! ¿sabes que han preso á Juanillo? No, ¿don Justo adelanta terriblemente en la causal. Tanto como eso, es menester confesarlo: él es activo como un diablo. (*Yéndose.*) ¡Sí, como un diablo... ¡Fuego!

ESCENA VI.

TORCUATO, (*paseándose.*)

En fin, voy á alejarme para siempre de esta mansion, que ha sido en algun tiempo teatro de mis dichas y fiel testigo de mis tiernos amores. ¡Con cuánto dolor me separo de los objetos que la habitan! Errante y fugitivo, tus lágrimas ¡oh, Laura! estarán siempre presentes á mis ojos, y tus justas querellas resonarán en mis oídos. ¡Alma inocente y celestial! ¡Cuánta amargura te va á costar la noticia de mi ausencia! Tú has perdido un esposo que ni te amaba ni te merecía, y ahora vas á perder otro que te idolatra, pero que te merece ménos, pues te ha conseguido por medio de un engaño. (*Despues*

de alguna pausa.) ¿Y adónde iré á esconder mi vida desdichada?... Sin patria, sin familia, prófugo y desconocido sobre la tierra, ¿dónde hallaré refugio contra la adversidad? ¡Ah! la imagen de mi esposa ofendida y los remordimientos de mi conciencia me affigirán en todas partes.



ACTO SEGUNDO.

El teatro representa una sala decentemente adornada. A un lado estará doña Laura, haciendo labor; á alguna distancia don Torcuato, con aire triste y extremadamente inquieto; Eugenia en pié, detrás de la silla de su ama, y don Simón se pasea por el frente de la escena.

ESCENA PRIMERA.

SIMÓN, TORCUATO, LAURA,

EUGENIA.

SIMÓN.

Y bien, Torcuato, ¿piensas estar en Madrid muchos días?

TORCUATO.

El asunto de que os hablé pudiera despacharse en pocas horas; pero las gentes de comercio son tan prolijas y gastan tantas formalidades...

SIMON.

¡Oh! eso de soltar dinero á nadie le gusta.

LAURA (Á Eugenia.)

¿Están ya compuestos los baules?

EUGENIA.

Si señora; ya están cerrados, y Felipe ha cogido las llaves.

LAURA.

¿Qué ropa blanca has puesto en ellos?

EUGENIA.

Toda la de mi señor.

LAURA (Con alguna admiracion.)

¿Toda?

EUGENIA.

Felipe me lo dijo.

TORCUATO.

Sí, yo se lo previne. Aunque deseo que mi vuelta sea breve, ¿qué sabemos lo que podrá suceder?

LAURA. (Ap.)

¡Yo estoy sin sosiego! Este viaje tan repentino... Su tristeza... Las expresiones que me dijo anoche... ¡Todo me inquieta!

TORCUATO. (Mirándola.)

¡Qué afligida está Laura! ¡Ah! ¡Si supiera la noticia que la preparo!

SIMON. (Siempre paseándose.)

Este don Justo toma las cosas con un calor... Desde las siete de la mañana está zampado en la cárcel. Quizá tendrá órdenes tan estrechas... ¡Oh! La corte quiere que

se hagan las cosas á galope tendido. (Mirando á Laura y Torcuato.) Pero mis hijos están tristes... ¿Si será por el viaje? ¡Eh! mimos de recién casados.

TORCUATO. (Con inquietud.)

Si este hombre no se va, yo no podré decirselo.

SIMON.

Laura ¿qué es eso? Tú estás triste, tambien lo está Torcuato. ¡Qué! ¿un viajecillo de pocos dias puede turbar vuestro buen humor?

TORCUATO.

Para dos corazones que se aman, la menor ausencia, señor, es un mal grave. Como cuentan sus gustos por momentos, cualquiera tiempo, cualquiera distancia que los separe, los aflige.

LAURA. (Con énfasis.)

Añadid al que se queda la incertidumbre, y vereis cuánto es mas justo su dolor.

SIMON.

¡Bueno! ¡Lindo! No la dijeran mejor dos amantes de Calderon. Ea, niña, no te vayas haciendo melindrosa. Que tu marido vaya y venga á sus negocios cuando le acomode; que harto tiempo queda para vivir juntos.

TORCUATO. (Ap.)

¡Pluguiera al cielo!

SIMON. (*A Laura.*)

Mira si quieres que te traiga algo de Madrid, y díselo.

LAURA. (*Mirando á Torcuato con ternura.*)

Sólo quiero que vuelva pronto.

TORCUATO.

¡Ah! ¡Cómo podré dejarla!

ESCENA II.

JUAN. — DICHOS.

JUAN. (*A Simon.*)

Señor, el ministro Garroso dice que os quiere hablar; ha hecho no sé qué prisiones...

SIMON. (*Siempre paseándose.*)

¿Algunos raterillos, eh?

JUAN.

Dicen que son gitanos.

SIMON.

Eso es peor. Dile que voy allá... Pero mira; que ántes avise á mi alcalde mayor, y que luego vuelva. ¡Gitanos!... ¡Fuego!

JUAN. (*Se va y vuelve.*)

¡Ah, señor!... Tambien ha estado ahí aquel don Vicente...

SIMON.

¡Litigante eterno! ¿Y qué le has dicho?

JUAN.

Que estabais ocupado.

SIMON.

Lindamente. Él solo viene á quitarme el tiempo, como si yo no tuviese que hacer más que atender á su pleito. (*Juan se va.*)

TORCUATO. (*Ap.*)

¡Infeliz! Acaso penderá de este pleito la subsistencia de su familia.

ESCENA III.

FELIPE. — DICHOS.

FELIPE. (*A Torcuato.*)

Ya está ahí el carruaje, señor.

LAURA.

¡Tan temprano! Aún no hemos comido.

SIMON.

Tanto peor para ellos. Que se aguarden.

TORCUATO. (*A Felipe.*)

Haz que entretanto se vayan poniendo los cofres en la zaga. (*Se va Felipe.*)

ESCENA IV.

JUAN. — DICHOS.

El señor don Justo envia á decir que si acaso no está aquí al mediodía, no se le aguarde á comer.

SIMON.

Partiez que lo ha tomado bien de asiento. Voyme á trabajar á mi despacho; si acaso viniera, que me avisen; y si tardare demasiado, que nos den de comer.

LAURA. (*A Eugenia.*)

Vé tú, Eugenia, á disponer lo que tengo prevenido, y haz que den de comer á Felipe, para que no haga falta á su amo.

ESCENA V.

TORCUATO, LAURA.

LAURA. (*Mirando á Torcuato.*)

Al fin nos han dejado solos; veamos lo que dice. (*Torcuato la mira, levanta los ojos al cielo y suspira.*) ¡Qué afligido está! No me atrevo á preguntarle... Pero es preciso salir de tantas dudas.—(*Con serenidad.*) Torcuato, este viaje que vas á hacer te tiene muy inquieto; yo lo conozco en tu semblante, y no sé cómo una ausencia de tan pocos dias, y que, por otra parte, es voluntaria, te puede costar tanto desasosiego.

TORCUATO. (*Se levanta mirando á todas partes.*)

¡Ah! ¿cómo se lo diré?

LAURA. (*Asustada.*)

Pero ¿qué es esto, Torcuato? ¿Tú suspi-

ras? ¿Nada me respondes? (*Levantándose.*) Querido esposo...

TORCUATO. (*Con pasion.*)

¡Ah, Laura!

LAURA. (*Con blandura.*)

Querido amigo, ¿qué es esto? ¿Tú desconfias de tu esposa? ¿Puede haber en tu pecho alguna pena de que Laura no participe? ¡Ah! yo he perdido tu confianza... Sí, tú me aborreces.

TORCUATO.

¿Yo aborrecerte? ¡Oh Dios! No, tierna esposa, no; jamás mi corazon te ha querido con más ardor ni con más ternura.

LAURA. (*Con inquietud...*)

Pues bien ¿qué es lo que te affige?

TORCUATO. (*Con extremo dolor.*)

El temor de perderte.

LAURA. (*Con sobresalto.*)

¿De perderme?

TORCUATO. (*Con extremo dolor.*)

Sí, Laura mia, y de perderte para siempre.

LAURA. (*Asustada.*)

¡Oh, Dios! ¡Qué oigo!

TORCUATO.

Mi corazon, querida esposa, no siente sus tormentos. Es muy digno de los que sufre y de los que le aguardan. Pero la afficcion que te preparo... ¡Ah! esto, esto es lo que me tiene sin sentido!

LAURA. (*Con resolucion.*)

Ahora bien, Torcuato; el cielo, por rumbos muy extraños, me ha conducido hasta tu lecho. Mil veces me has oído que vivo contenta en este destino, y que en él he encontrado mi felicidad. Desde que un santo nudo unió nuestros corazones, nuestros gustos y nuestras penas deben ser comunes; y si yo fuese capaz de ocultarte algunos de mis cuidados, creeria faltar á la fidelidad que te debo. Háblame claro, descúbreme tu alma, y librame de las angustias en que me tiene tu silencio.

TORCUATO.

Sí, Laura mia; voy á satisfacer ese justo deseo. Tu virtud y tu candor lo merecen, y ¡ojalá mi corazón les hubiese hecho en otro tiempo tanta justicia como ahora! Pero ya no hay remedio... Preven el tuyo para el terrible golpe que va á descargar en él este bárbaro esposo... ¡Ah! ¡cuánto dolor me cuesta el afgirte!

LAURA. (*Sobresaltada.*)

Mi alma se estremece al esencharte.

TORCUATO.

Ya ves con cuánto ardor se busca al matador de tu primer marido, y cuántas y cuán vivas diligencias se practican por descubrirle. El brazo de la justicia está levantado contra su vida miserable; el Soberano ha empeñado su augusto nombre en esta

pesquisa; tu padre y los parientes del muerto están sedientos de su sangre, y tal vez tú misma ofreces el deseo de su muerte á la buena memoria de tu primer amor; pues este delincuente, este hombre proscrito, desdichado, aborrecido de todos y perseguido por todas partes... soy yo mismo.

LAURA. (*Cae sobre su silla.*)

¡Oh, cielo!

TORCUATO.

Sí, adorada Laura, yo soy ese objeto miserable de la ira del cielo y de los hombres; y sin embargo, viviria tranquilo si no mereciese serlo tambien de la tuya... Pero yo te he ofendido, y lo conozco. Ocultándote mi situacion, hice á tu alma inocente el más atroz agravio, y esto solo me hace digno de los mayores suplicios. No; la muerte de tu esposo fué de mi parte un delito involuntario. El cielo es testigo de cuanto hice por evitarla. Pero mi silencio... mi perfidia... haberte engañado... ¡Ah! En vano querrá perdonarme tu alma virtuosa; yo no puedo perdonarme á mí mismo.

LAURA. (*Con sumo abatimiento.*)

Mujer desventurada, ¡qué es lo que acabas de saber!

TORCUATO. (*Con despecho.*)

Pero, Laura, consuélate; yo voy á vengarte. No; mi perfidia atroz no quedará sin castigo. Voy á huir de tí para siempre, y

á esconder mi vida destestable en los horribles climas donde no llega la luz del sol, y donde reinan siempre el horror y la oscuridad. Y no creas que voy huyendo de la muerte. ¿Qué hay en ella de horrible para los desdichados? ¡Ah! léjos de tu vista, el dolor de haberte ofendido será para mi alma un suplicio más duro y más terrible que la muerte misma.

LAURA. (*Como arriba.*)

Buen Dios ¿por qué delito castigas á esta desdichada?

TORCUATO.

¡Triste esposa! Yo soy el único autor de tus desdichas... Soy un monstruo que está envenenando tu corazon y llenándole de amargura. (*Ap.* ¡Ah! ¡mi silencio!... A lo ménos, si despues de perderla conservase su estimacion...)

ESCENA VI.

FELIPE. — DICHOS.

FELIPE. (*Asustado.*)

Señor, señor...

TORCUATO.

¿Qué? ¿qué quieres?

FELIPE.

Acaban de traer preso al señor don Anselmo á una de las torres de este alcázar.

Yo estaba sobre el foso disponiendo las zagas, y le ví entrar. Tambien me vió su merced, y me dijo al paso: «Corre, Felipe, corre, dile á tu amo lo que pasa; que vaya sin cuidado; que no se detenga, y que me escriba desde Madrid.»

TORCUATO. (*Con notable admiracion y susto.*)

¡Oh, Dios! ¡qué golpe tan terrible!

FELIPE.

Dicen los que le trajeron, que es quien mató al señor Marqués, y que Juanillo le ha declarado.

TORCUATO.

Bien está; vete. (*Se va Felipe.*)

ESCENA VII.

TORCUATO Y LAURA.

TORCUATO. (*Resolviéndose despues de una gran pausa.*)

No, yo no sufriré que padezca un momento por mi causa. Él está inocente, y voy á socorrerle.

LAURA. (*Deteniéndole.*)

¡A socorrerle! ¿Y podrás hacerlo sin esponer tu vida?

TORCUATO.

Pero Laura, ¿cómo he de sufrir que padezca mi amigo por mi culpa? ¿Le veré ar-

restado, deshonrado y tenido por delincuente, sin correr á ayudarle, siendo el único autor de su calamidad? No, no; voy á delatarme, á librar su preciosa vida y á morir, pues solo soy digno de este infortunio.

LAURA.

¿Y las lágrimas de tu esposa, hombre cruel, no podrán reprimir tus ímpetus violentos? ¿Quieres exponer mi triste vida á nuevos desconsuelos? Sosiégate, desdichado, y ten compasión de esta infeliz. Don Anselmo está inocente; el cielo velará sobre su vida, y nos dará medios de conservársela. Salva ahora la tuya, pues nos importa tanto. Huye, huye al instante de este funesto clima, donde te persigue el infortunio, y deja á nuestro cuidado la libertad de tu amigo.

FORCUATO.

No, querida Laura, no puedo obedecerte. Las cosas han tomado otro semblante, y ya no puedo separarme de aquí sin hacer traición al más honrado y digno amigo. Anselmo está preso por mi causa. Conozco su corazón; es incapaz de descubrirme, y ántes correrá mil veces á la muerte, que contribuya á la desgracia de un amigo. Yo no expondré temerariamente mi vida, no, Laura mía; tú me la haces amable; pero tampoco puedo abandonarle. Voy á enterarme de todo, á poner en salvo su vida y su re-

putación, y, en fin, si no pudiere conseguirlo, á tomar el partido que me dicten el honor y la amistad.

ESCENA VIII.

LAURA, *sentada y muy afligida.*

Yo no sé dónde estoy... El cielo sin duda se complace en llenar mi corazón de susto y desconsuelo... ¡Desventurada! Aún no há dos horas que gozaba de la dicha más pura, y ahora, rodeada de aficciones, me veo expuesta á perder lo que idolatro. ¡Cruel esposo! Tu silencio... ¿Era indigno mi corazón de tu confianza? ¡Ah! ¡si conocieras la ternura con que te ama!... Pero yo soy injusta; tú me amabas también; temías perderme, y un exceso de amor te hizo conmigo delincuente... Y ¿sufiré que tu vida en tan urgente riesgo se vea?... (*Levantándose.*) No; corro á defenderte... (*Deteniéndose.*) Y ¿á quién acudiré con mis lágrimas?... Mi padre... ¡Ah! ¿podrá sufrir mi padre que interceda por el matador de mi esposo? (*Con resolución.*) Pero este mismo ¿no es mi esposo también? Si; ya reconozco mi primera obligación.— (*Viendo á su padre.*) Padre...

ESCENA IX.

SIMON.—LAURA.

SIMON. (*Desde la puerta.*)

¡Vaya, vaya, que la hemos hecho buena! Laura, ¿no sabes lo que pasa? ¡Jesus! Jesus! Estoy aturrido. El amigote de tu marido está en la torre, y dicen es quien mató al Marqués. ¿Quién lo creyera? ¡sobre que no se puede fiar de los hombres! Pero á fé que no le arriendo la ganancia. Ya, ya; el amigo don Justo le dirá cuántas son cinco. Que vaya, que vaya ahora á defenderle tu marido con sus filosofías. Qué, ¿no hay más que andarse matando los hombres por frioleras, y luego disculparlos con opiniones galanas? Todos estos modernos gritan: la razon, la humanidad, la naturaleza. Bueno andará el mundo cuando se haga caso de estas cosas. Pero don Justo...

ESCENA X.

JUSTO, ESCRIBANO.—DICHOS.

JUSTO. (*Al Escribano, en el fondo.*)

Don Claudio, váyase á descansar un rato, y vuelva despues de las dos.

ESCRIBANO.

Señor, las doce han dado ya.

JUSTO.

Y bien, ¿no le bastan dos horas para comer y reposar? Ponga esos papeles sobre mi bufete, y vuelva á la hora que le digo. (*El Escribano pasa con los papeles á un cuartito interior, y vuelve á salir por la misma pieza.*)

SIMON. (*Viéndole pasar.*)

¡Eh! Yo apuesto que no va contento. Este bribon querrá trabajar poco, y que la comision dure mucho... Si, á mí con esas.

ESCENA XI.

JUSTO, SIMON, LAURA.

JUSTO. (*Acercándose.*)

¡Quién podrá reposar tranquilo mientras los infelices maldicen su descanso!

SIMON.

Vaya, señor don Justo, que esta mañana se ha trabajado mucho.

JUSTO.

Si, amigo, pero se ha adelantado poco.

SIMON.

¡Poco! Pues ¿no habeis atrapado dos reos, que se escaparon á la penetracion de mi calde mayor?

JUSTO.

Cierto es; pero, si no me engaño, aún estamos muy léjos de la verdad.—(A Laura.) Señora, ¿por qué estais tan triste? ¿Qué...

SIMON.

No hagais caso de niñerías. Su marido se va á Madrid por una ó dos semanas, y ved ahí lo que la tiene sin consuelo.

ESCENA XII.

TORCUATO, FELIPE.—DICHOS.

FELIPE. (A su amo en el fondo.)

Conque, ¿les digo que se vayan?

TORCUATO.

Sí; págales el día, pues ya no los necesito.

FELIPE.

Jamás le ví tan impertinente. (Se va.)

SIMON.

Pues qué, Torcuato, ¿ya no te vas?

TORCUATO.

No señor; no puedo desamparar á mi amigo.

JUSTO.

Si yo fuese delicado, señor don Torcuato, atribuiria esta ausencia á la incomodidad

de mi hospedaje; pero tengo de vos mejor opinion.

TORCUATO.

Señor, las personas de vuestro mérito, léjos de incomodar, hacen dichoso á cualquiera que las obsequia. Un negocio doméstico me obliga á pasar á Madrid; pero vos me habeis detenido, arresando á un amigo, á quien no puedo desamparar.

JUSTO.

Siempre me es apreciable vuestra compañía; pero no quisiera lograrla á tanta costa. La suerte de don Anselmo me compadece mucho, y la amistad con que le honrais no es lo que ménos me interesa en su favor.

TORCUATO.

Nunca tendreis que arrepentiros de haberle honrado con vuestra compasion, pues además de sus buenas cualidades, tiene, para merecerla, la de ser inocente. (Al oír esto, se inmuta Laura.)

JUSTO.

Así lo espero. Su semblante, su compostura y la serenidad que manifiesta, no son compatibles con una conciencia delincuente. Pero él se ha obstinado en callar cuanto sabe sobre el desafío y muerte del Marqués, y esto no se lo perdonarán las leyes.

SIMON.

¡Oh! Cuando lo sabe y no lo dice, algo será ello. Señor don Justo, no hay que juz-

gar á los hombres por sus semblantes; reos he visto yo que parecían unos santos, y eran peores que Barrabás.

TORCUATO.

No es Anselmo de ese número, ni es tan fácil á los perversos ocultar la iniquidad de su corazón. En fin, soy su amigo, y debo hacer por él cuanto me permitan el honor y la justicia.

JUSTO. (*Ap.*)

¡Qué juicio, qué compostura! No he visto mozo más cabal.

ESCENA XIII.

JUAN.—DICHOS.

JUAN. (*En el fondo.*)

Señores, la sopa está en la mesa.

SIMON.

¡Santa palabra! Vamos, vamos á comerla ántes que se enfríe; que lo demás lo descubrirá el tiempo.

ESCENA XIV.

TORCUATO, *muy pensativo y paseando.*

En fin, ya no hay recurso... Ya no puedo salvar á mi amigo sin exponer mi propia

vida. ¡Anselmo tiene contra sí tantas sospechas!... Si se obstina en callar sufrirá todo el rigor de la ley... Y tal vez la tortura... (*Horrorizado.*) ¡La tortura!... ¡Oh nombre odioso! ¡Nombre funesto!... ¿Es posible que en un siglo en que se respeta la humanidad y en que la filosofía derrama su luz por todas partes, se escuchen aún entre nosotros los gritos de la inocencia oprimida?... Pero ¿sufriré yo que por mi causa... No; el honor me sujeta á la dureza de las leyes, y yo sería digno de ella si le expusiese por evitarla. Perdona, triste Laura, tú, cuyas virtudes eran dignas de suerte más dichosa; perdona á este infeliz el sacrificio que va á hacer de una vida que es tuya, en las aras del honor y de la amistad.

ACTO TERCERO.

El teatro representa lo mismo que en el acto primero.

ESCENA PRIMERA.

JUSTO, SIMON, TORCUATO.

JUSTO.

Sí, señor don Torcuato; quien sabe de los autores de un delito, debe esta triste noticia á la causa pública y á la seguridad de los demás. Las leyes no pueden castigar los delitos si ántes no los prueban. Y ¿cómo los probarán si miran con indiferencia la ocultacion de la verdad? Así que, don Anselmo podrá estar inocente en cuanto al desafío; pero él contesta haber gratificado al criado del Marqués, enviándole á Madrid y manteníndole á su costa hasta el día, y esto supone que tiene noticia de la ejecucion, y aun del autor del delito. Os aseguro que

esto mismo excita mi compasion hácia él, pues conozco que por un efecto de generosidad labra su propia ruina por evitar la de algun otro.

SIMON.

Allá se las avenga; si no quiere pernear, que cante de plano. Tú, hijo mío, ya has abogado bastante en su favor; deja ahora que el señor don Justo haga su oficio, pues sabe lo que se hace.

TORCUATO.

(*A Simon.*) Tambien sé yo lo que me toca hacer por un amigo de cuya inocencia estoy seguro.—(*A Justo.*) Y habrá algun inconveniente en que yo le hable?

JUSTO.

No os lo permitirán sin órden mia; pero os la daré, y no habrá embarazo. (*Justo se acerca á la mesa, escribe un papel, le entrega á Torcuato, y éste se retira.*) (*Aparte.*) ¡Cuánto me compadece! La suerte de su amigo le tiene inconsolable. ¿Qué corazón tan honrado!

ESCENA II.

JUSTO, SIMON.

JUSTO. (*Pasándose.*)

Mucho me agradan, señor don Simon, el juicio y los talentos de este mozo. La señora

Laura será muy dichosa en su compañía.
SIMON.

¡Oh! ella está loca de contento. Es verdad que salió de un marido tan malo... El Marqués era un calaveron de cuatro suelas. ¡Qué malos ratos dió á la muchacha, y qué pesadumbres á mí! A los ocho dias de casado ya no hacía caso de ella, y á los dos meses no tenía de la dote ni dos cuartos. Ahí nos engañaron con que sus parientes eran grandes señores en la corte, y nos hicieron creer... ¡Eh! palabrones de cortesanos, que se llevó el viento. ¡Oh, Torcuato! Torcuato es otra cosa. ¡Qué mujer era su tia! Yo la conocí mucho en Salamanca. A su muerte le dejó una corta herencia, porque siempre le quiso como si fuera su hijo; y áun hubo malas lenguas... Pero era muy virtuosa; Dios la tenga en descanso. En fin, las locuras del Marqués me dejaron harto de señoritos; con que, por no tropezar con otro, viendo que Laura quedaba viuda y niña, y que Torcuato la tenía inclinacion, se la ofrecí, sin esperar que él la pidiese, y hoy viven ambos dichosos y contentos.

JUSTO.

Y ¿no pensais en darle algun destino?

SIMON.

¿Destino? No señor; soy ya muy viejo; mañana ó esotro me moriré, les dejaré cuanto tengo, y con ello podrán vivir sin quebra-

deros de cabeza. ¿Destino? ¡Buena es esa! Los hombres de empleo no sosiegan un instante. ¡Yo no sé cómo pretenden los que tienen con qué pasar! Y luego ¡se premia tan mal!...

JUSTO.

Señor don Simon, para el hombre honrado, la satisfaccion de servir bien es el mejor premio.

SIMON.

Y ¿os parece que la alcanzan los que sirven mejor? No por cierto. Hasta el crédito y la buena fama se reparte sin ton ni son. ¡Ah, señor! vos no conoceis todavía el mundo. Antiguamente era otra cosa; pero hoy se juzga sólo por apariencias. Todo consiste en un poco de maña y de ingenitura. Los hombres honrados por lo comun son modestos; pero los pícaros sudan y se afanan por parecer honrados; con que pasa por bueno, no el que lo es en realidad, sino el que mejor sabe fingirlo.

JUSTO.

En todo caso el hombre de bien, despues de haber cumplido con sus deberes, vivirá contento, y la injusticia de los que le juzguen no podrá quitarle su tranquilidad, que es el más dulce fruto de las buenas acciones.

ESCENA III.

ESCRIBANO.—DICHOS.

ESCRIBANO. (*A la puerta.*)

Señor, las dos han dado.

JUSTO.

Bien está. (*A Simon.*)—Yo trataré de volver á buen tiempo para haceros la partida.

SIMON.

Señor, vos trabajais mucho y á malas horas; cuidad más de vuestro deseanso; que al cabo de la jornada sale más bien librado el que se incomoda ménos.

JUSTO.

Este hombre tiene muy buen corazon, pero muy malos principios. (*El Escribano entra, y vuelve á salir con los papeles que dejó en el acto antecedente. Con él sale un criado, que entrega á Justo baston, sombrero y espada, y se van.*)

ESCENA IV.

SIMON, solo.

El hombre no sosiega. Con el bocado en la boca vuelve á su trabajo. ¡Fuego de Dios!

El que cogiere debajo, no se le ha de escapar á dos tirones.

ESCENA V.

LAURA.—SIMON.

LAURA. (*Asustada.*)

Señor, ¿habeis visto á Torcuato?

SIMON.

Poco há que salió de aquí. Pero ¿qué tienes, muchacha? ¿Por qué vienes tan asustada?... Tú has llorado... ¿eh?

LAURA.

¡Ay padre!

SIMON.

Pues ¿qué? Qué te ha dado? ¿Has perdido el juicio? Yo no os entiendo. Desde que tu marido resolvió su viaje andas tan alborotada y tan triste, que no te conozco; y el otro, desde que prendieron á su amigote, anda también fuera de sí. Antes mucha prisa por irse, y ahora ya parece que no se va... Aquí estubo charlando una hora con don Justo sobre las cosas de don Anselmo, y al fin se fué diciendo que iba á verle.

LAURA. (*Más asustada.*)

Y qué, ¿le habeis dejado ir?

SIMON. (*Sereno.*)

¿Dejado? ¿Por qué no?

LAURA.

¡Ay, padre, yo temo una desgracia!

SIMON. (*Cuidadoso.*)

¿Una desgracia? ¿Cómo?

LAURA.

¡Ah! No ha querido oirme... Sin duda se complacé en hacerme desdichada... Tal vez á la hora esta...

SIMON.

Pero, muchacha...— (*Viendo á Felipe, que entra corriendo y lloroso.*) ¿Otra tenemos!

ESCENA VI.

FELIPE.—DICHOS.

FELIPE.—(*Sollozando.*)

¡Ay, señor, qué desgracia! ¡Quién creyera lo que acaba de suceder!

SIMON.

Pues ¿qué? ¿Qué hay? ¿Qué traes? ¡Jesús! Hoy todos andan locos en mi casa.

FELIPE.

Señor, yo estaba en este instante con los centinelas que guardan al señor don Anselmo, cuando veo á mi amo llegar á la torre con mucha prisa, diciendo que queria hablarle; y aunque los soldados trataban de estorbárselo, manifestó una orden del señor don Justo, y le dieron entrada. Al punto

corre hácia su amigo, le abraza, y sin reparar en los que estaban presentes: «Anselmo, le dice, yo vengo á librarte; no es justo que por mi causa padezcas inocente.» Don Anselmo, que conoció su idea, procuró contentarle para que callase; le hizo mil señas, le interrumpió mil veces, y hasta le tapó la boca; pero todo fué en vano, porque mi amo, desatinado y como fuera de sí, proseguia diciendo á voces que él habia dado muerte al señor Marqués. A este tiempo entra el señor don Justo, á quien mi amo repite la misma confesion, intercediendo por su amigo y asegurándole que estaba inocente. De todo tomó razon el escribano, y ya quedan examinándolos. Don Anselmo queria persuadir al juez que él sólo era el reo; pero mi amo se affigió tanto é hizo tantas protestas, que le obligó á desdecirse. El señor don Justo queda sorprendido sobremanera, su amigo confuso é inconsolable; hasta los centinelas, viendo su generosidad, lloraban como unas criaturas. No, yo no puedo vivir si pierdo á mi amo.

LAURA.

¡Ah, mi corazon me anunciaba esta desgracia! ¡Padre mio!...

SIMON. (*Paseándose muy aprisa.*)

¡Yo no sé dónde estoy! ¡Qué! ¿Torcuato?... ¿Mi yerno?... No, no puede ser...—Felipe, ¿estás bien seguro?

FELIPE.

Ay, señor, ¡ojalá no lo estuviera! Por señas, que ántes de apartarse de nuestra vista me dijo: «Corre, querido Felipe, dile á mi esposa que ya está vengada; pero que si la interesa mi sosiego, me restituya su gracia y moriré contento.»

LAURA.

¡Que le restituya mi gracia!... ¡Ah! si pudiera salvarle á costa de mi vida. Desdichada de mí!... ¿A quién acudiré? ¿Quién me socorrerá en tan terrible angustia? ¡Querido padre! ¿Vos me abandonais en este conflicto! ¿Cómo no volamos á socorrerle?

SIMON.

No, hija mía, yo no lo creo aún. ¡Qué tu marido, Torcuato? No, no puede ser... ¿Cómo es posible que nos engañara?... (*Después de una larga pausa.*) Pero si es cierto, si ha sido capaz de una superchería tan infame... No, Laura, no lo esperes, yo no podré perdonársela; ántes seré el primero que elame por su castigo... Pues qué, después de haberle hospedado y protegido, de haberle agregado á mi familia y tenídole en lugar de hijo, ¿habrá sido capaz de olvidar todos mis beneficios y de engañarme de esta suerte?... Pero no, no puede ser... Yo no lo creo... El es allá medio filósofo, y tal vez querrá librar á su amigo por medio de una accion generosa.

LAURA.

No señor; ya es tiempo de hablar con claridad; su delito es cierto; él mismo me lo ha confesado.

SIMON. (*Muy enojado.*)

¿Él te lo ha confesado? ¿Y tuviste sufrimiento para oirlo? ¡Pícaro engañador! ¡Llenar de aficcion la familia donde estaba acogido, asesinar al que yo tenía en lugar de hijo, aspirar á la mano de su misma viuda, y lograrla por medio de un engaño... No, Laura; él es muy digno de toda nuestra cólera, y tú misma no puedes olvidar los agravios que te ha hecho.

LAURA.

Padre mio, estoy muy segura de su inocencia; no, Torcuato no es merecedor de los viles títulos con que afeais su conducta... Sobre todo, señor, él es mi esposo, y debo protegerle; vos sois mi padre, y no podeis abandonarme. (*Simon continúa paseándose, sin ceder de su enojo.*) Pero si vuestro corazón resiste á mis suspiros, yo iré á lanzarlos á los piés del señor don Justo; su alma piadosa se enternecerá con mis lágrimas; le ofreceré mi vida por redimir la de mi esposo; y si no pudiese salvarle, moriremos juntos, pues yo no he de sobrevivir á su desgracia.

SIMON. (*Más aplacado.*)

¡Laura, Laura!... Yo no sé lo que me

pasa; tantas cosas como han sucedido en solo un día me tienen sin cabeza... Y ¿qué? ¿qué puedo hacer en su favor aunque quisiera protegerle? No; su delito es de aquellos que nunca perdonan las leyes; su juez es justo y recto, y las consecuencias son muy fáciles de adivinar.

LAURA.

¿Con qué todos me abandonarán en esta tribulación? ¿Y vos también, padre cruel, quereis ver á vuestra hija reducida á nueva y más desamparada vida? ¡Alma sin compasión! Las lágrimas de una desdichada... Pero no importa; yo sola correré... (*Quiere irse y se detiene, viendo á Anselmo.*)

ESCENA VII.

ANSELMO.—DICHOS.

LAURA.

¡Ay, don Anselmo! Ya lo sabemos todo,

ANSELMO.

Señora, no soy capaz de explicaros cuánta es mi aflicción. ¡Generoso amigo!... ¡Con cuánto gusto hubiera dado la vida por salvarle! Pero la suya queda en el más terrible riesgo... No; yo no puedo abandonarle en esta situación; desde ahora voy á sacrificar mi caudal y mi vida por su libertad. S

fuera preciso, iré á los piés del Rey...— Pero, señor... (*A Simon.*) No perdamos tiempo; juntemos todos nuestros ruegos, nuestras lágrimas...

LAURA. (*Con eficacia.*)

Si, padre mio; él está inocente y es muy digno de vuestra proteccion. ¡Ah! en su alma virtuosa no caben el dolo y la perversidad que caracterizan los delitos.

SIMON.

Pero, señores, lo que yo no puedo comprender, es por qué este hombre nos calló su situación. Al fin, si me lo hubiera dicho, yo no soy ningun roble... Pero haber callado... haberse casado...

ANSELMO.

¡Ay! ¡Señor! él es muy disculpable; el amor que profesaba á Laura y el temor de perderla le alucinaron. Creedme, señor don Simon; yo era testigo de todos sus secretos. Apenas se celebraron las bodas, cuando un continuo remordimiento empezó á destrozarle el corazón, y en sus angustias, lo que más le affigia era el temor de perder á Laura y de disgustar á su bienecor. ®

LAURA.

¡Esposo desdichado! yo no te merecía.

SIMON. (*Enternecido.*)

¡Pobrecita!... Sosiégate, hija mia, y no te abandones al dolor con tanto extremo. (*Ap.*)

Sus lágrimas me enternecen...) (*Viendo á Justo.*) ¡Ah, señor don Justo!

ESCENA VIII.

JUSTO. — DICHOS.

JUSTO. (*En el fondo de la escena.*)

¡Cuán graves y penosas son las pensiones de la magistratura!

LAURA. (*A Justo.*)

¡Ay, señor, si pudiesen las lágrimas de una desdichada!...

JUSTO.

¡Qué terrible conflicto! Yo he traído la tribulación al seno de esta familia. — (*A Laura.*) Señora, la virtud y generosidad de don Torcuato excitan mi compasión aún más eficazmente que vuestras lágrimas, y me hallo más interesado en favor suyo de lo que podeis imaginar. Sosegaos, pues, y confiad en la providencia, que nunca desampara á los virtuosos.

SIMON.

¡Ay, señor don Justo! ¿quién nos diría que vuestro amigo y mi yerno era el delincuente que buscábamos?

JUSTO.

¡Ah! no podré yo explicar la turbación que causó en mi alma su vista al llegar á la

torre. La presencia de don Anselmo, lleno de prisiones, le tenia fuera de sí, y apenas me vió, cuando empezó á clamar por su libertad con un ardor increíble; pero no bien le miró libre, cuando volvió repentinamente á su natural compostura. Mientras duró la confesion se mantuvo tranquilo y reposado, respondió á los cargos con serenidad y modestia; y aunque conocia que su delito no tenia defensa alguna contra el rigor de las leyes, no por eso dejó de confesarle con toda claridad. La verdad pendia de sus labios, y la inocencia brillaba en su semblante. Entre tanto estaba yo tan conmovido, tan sin sosiego, que parecia haber pasado al corazon del juez toda la inquietud que debiera tener el reo. En medio de este conflicto, ciertas ideas concurren á alterar mi interior... ¡Qué ilusion! — (*A Laura.*) Pero, señora, pensad en vuestro reposo, y moderad los primeros impetus del dolor. — Señor don Simon, no la abandoneis en situacion en que tanto os necesita. Su esposo me la ha recomendado con la mayor ternura, y este era el único cuidado que afligia su buen corazon.

LAURA.

¡Desventurada!

ANSELMO.

¡Ah, mi buen amigo!

SIMON.

Sí, hija; vamos á pensar en tu alivio, y

cuenta con la ternura de un padre que no es capaz de olvidarse de tu bien. *(Yéndose.)*
 ¡Este don Justo es un ángel! Otros jueces hay tan desabridos, tan secos... No he visto otro por el término.

JUSTO. *(Profundamente pensativo.)*

La fisonomía de don Torcuato... el tono de su voz... ¡Ah, vanas memorias!... Pero es forzoso averiguarlo.

ESCENA IX.

ESCRIBANO. — JUSTO.

ESCRIBANO.

Señor, acaba de llegar del sitio un expreso con este pliego, y me ha pedido testimonio de la hora de su entrega.

JUSTO. *(Tomando el pliego.)*

Veamos. Id á despacharle.

ESCENA X.

JUSTO, solo.

(Lee.) «Enterado el Rey de que las averiguaciones hechas últimamente en la causa del desafío y muerte del marqués de Montilla, en que vuestra señoría entiende de su órden, han producido la prision del sir-

»viente del mismo Marqués, que se hallaba
 »prófugo en Madrid, y de que con motivo
 »se espera descubrir y arrestar al matador,
 »quiere su magestad que, si así sucediese,
 »proceda vuestra señoría á recibir su con-
 »fesion al reo: y no exponiendo en ella des-
 »carga ó excepcion que, legitimamente pro-
 »bados, le eximan de la pena de la ley,
 »determine vuestra señoría la causa confor-
 »me á la última pragmática de desafios, con-
 »sultando con su magestad la sentencia que
 »diere, con remision de los autos originales por
 »mi mano; todo con la posible brevedad. Nues-
 »tro Señor guarde á vuestra señoría muchos
 »años. — San Ildefonso, etc. — Señor don Jus-
 »to de Lara.» *(Paseándose con inquietud.)* ¡Tan-
 »ta prisa! Tanta precipitacion!... ¡Así trata
 »la corte un negocio de esta importancia!...
 »Pero no hay remedio; el Rey lo manda, y
 »es fuerza obedecer. Yo no sé lo que me
 »anuncia el corazon... Este don Torcuato...
 »Él está inocente... Un primer movimiento...
 »un impulso de su honor ultrajado... ¡Ah,
 »cuánto me compadece su desgracia!...
 »Pero las leyes están decisivas. ¡Oh leyes!
 »¡Oh duras é inflexibles leyes! En vano
 »gritan la razon y la humanidad en favor
 »del inocente... Y ¿seré yo tan cruel que no
 »exponga al Soberano... No; yo le repre-
 »sentaré en favor de un hombre honrado,
 »cuyo delito consiste sólo en haberlo sido.

ACTO CUARTO.

El teatro representa el interior de una torre del alcázar, que sirve de prision á Torcuato. La escena es de noche. En esta habitacion no habrá más adorno que dos ó tres sillas, una mesa, y sobre ella una bujía. En el fondo habrá una puerta que comuniqué al cuarto interior, donde se supone está el reo, y á esta puerta se verán dos centinelas. Justo está sentado junto á la mesa con aire triste, inquieto y pensativo, y el escribano en pié, algo retirado.

ESCENA PRIMERA.

JUSTO, ESCRIBANO.

ESCRIBANO. (*Acercándose.*)

Señor, ya está todo evacuado; á las cinco y media en punto partió el posta con los autos y la representacion.

JUSTO.

Muy bien, don Claudio; idos á mi cuarto, y esperadme en él sin separaros un instante. Si alguno me buscare para cosa urgente,

avisadme; y si no lo fuere, que nadie me interrumpa. Si volviere el expreso, traedle aquí con reserva; sobre todo, un profundo silencio...

ESCRIBANO.

Ya entiendo, señor.—(*Yéndose.*) ¡Qué afligido está!

ESCENA II.

JUSTO, *despues de alguna pausa.*

En fin, he cumplido con mi funesto ministerio sin olvidar la humanidad. ¡Quiera el cielo que mis razones sean atendidas! Pero el ministro no verá las lágrimas de estos infelices, ni los clamores de una familia desolada podrán penetrar hasta su oído... ¡Ve aquí por qué los poderosos son insensibles!... Sumidos en el fausto y la grandeza, ¿cómo podrán sus almas prestarse á la compasion? ¡Ah! ¡desdichados los que se creen dichosos en medio de las miserias públicas!... Mas yo confío en la piedad del Soberano... Su ánimo benigno no puede desatender tan justas instancias. (*Se levanta y pasea inquieto.*) No sé de qué nace esta inquietud que me atormenta. ¿No pudiera ser que don Torcuato... Haber nacido en Salamanca... no tener noticia de sus padres... Su edad... su fisonomía... ¡Ah dulce y funesta ilusion!

¡El fruto desdichado de nuestros amores pasó rápidamente de la cuna al sepulcro!... No obstante, quiero hablarle.—(*Llamando á los centinelas.*) ¡Hola! que venga el reo á mi presencia. (*Se sienta. Los centinelas entran por la puerta del cuarto interior, salen luego con Torcuato, que debe venir poco á poco por causa de los grillos, y le conducen hasta la presencia del Juez.*)

ESCENA III.

TORCUATO.—JUSTO.

JUSTO.

Sí, yo le preguntaré... (*Viéndole.*) Su vista me quebranta el corazón.—(*A los centinelas.*) Despejad.—(*A Torcuato.*) Sentaos. (*Los centinelas se retiran, y Torcuato se irá acercando poco á poco á una de las sillas, donde se sienta.*) Sentaos, amigo mío; ya no soy vuestro juez, pues sólo vengo á consolaros y daros una prueba de lo que os estimo. Vuestra honradez me tiene sorprendido, y vuestra franqueza me parece digna de la mayor admiración; pero siento que os hayan sido tan perjudiciales.

TORCUATO.

El honor, que fué la única causa de mi delito, es, señor, la única disculpa que pu-

diera alegar; pero esta excepcion no la aprecian las leyes. Respeto, como debo, la autoridad pública, y no trato de eludir sus decisiones con enredos y falsedades. Cuando acepté el desafío preví estas consecuencias; por no perder el honor me expuse entónces á la muerte, y ahora por conservarle la sufriré tranquilo.

JUSTO.

Pero ¡tanto empeño en callar las injurias con que os provocó vuestro agresor!... Tal vez su atrocidad, representada al Soberrano...

TORCUATO.

¡Ay, señor! las leyes son recientes y claras, y no dejan efugio alguno al que acepta un desafío. ¿Por qué queriais que dejase perpetuados en el proceso los nombres viles...

JUSTO.

Pues qué, ¿acaso el Marqués...

TORCUATO.

Me habeis dicho que no me hablais como juez; por eso os voy á responder como amigo. Mi ofensor, señor, era uno de aquellos hombres temerarios, á quienes su alto nacimiento y una perversa educación inspiran un orgullo intolerable. En nuestro disgusto me dijo mil denuestos, que yo disimulé á su temeridad. Me desafió varias veces, y yo me desentendí sin contestarle; pero al fin

insistió tanto y llevó á tal extremo su provocacion, que me echó en cara un defecto... El rubor no me deja repetirle. (*Se cubre el rostro.*)

JUSTO.

Y bien, ¿qué os dijo? Habladme con lisura.

TORCUATO. (*Llorando.*)

¡Ay señor! entré mis desgracias cuento por la mayor la de no saber á quién debo la vida. Yo he sido fruto desdichado de un amor ilegítimo; y aunque este defecto estuvo siempre oculto, ciertos rumores... En fin, el Marqués...

JUSTO. (*Sobresaltado y con prontitud.*)

Ya, ya entiendo... Y con efecto, ¿habeis nacido en Salamanca?

TORCUATO.

Sí señor; allí nací, y allí tuve mi primera educacion.

JUSTO. (*Siempre sobresaltado.*)

Y ¿á quién la debisteis?

TORCUATO.

A una parienta de mi propia madre, que me negó siempre el dulce nombre de hijo.

JUSTO. (*Con mayor inquietud.*)

Pero ¿supisteis despues que lo erais en efecto?

TORCUATO.

Una criada antigua me dió las únicas noticias que tengo de mi origen. Mi madre,

señor, fué una de aquellas damas desdichadas á quienes el arrepentimiento de una flaqueza empeña para siempre en el ejercicio de la virtud. Su pundonor y su recato eran extremos. No se contentó con ocultar al público su desgracia por los medios más esquisitos, sino que pensó toda su vida en remediarla. Una parienta anciana fué la única confidenta de su cuidado; por medio de ésta me hizo criar en una aldea vecina á Salamanca; despues me agregó á su familia con el título de sobrino, fingiendo que mis padres habian muerto en Vizcaya; y, en fin, engañó áun á su mismo amante, suponiendo mi muerte, y reservando para otro tiempo la noticia de mi existencia. No paró aquí su delicadeza; clamó continuamente por la vuelta de mi padre, á quien la necesidad obligara á buscar en países lejanos los medios de mantener honradamente una familia. Estaba ya cercana su vuelta, y para entonces preparado un matrimonio que debía asegurarme la noticia y la legitimidad de mi origen; pero la muerte desbarató estos proyectos. Un accidente repentino privó á mi madre de la vida, y á mí de tan dulces y legítimas esperanzas... Mas, señor, vos estais inquieto; ¿sentís acaso alguna novedad?

JUSTO. (*Mirándole atentamente conturbado en extremo.*)

No hay duda, él es... sí, él es...

TORCUATO.

¡Señor!...

JUSTO. (*Esforzándose para mostrar serenidad.*)

No, amigo mio, no tengais cuidado; y decidme: ¿nunca habeis sabido el nombre de ese padre desdichado?

TORCUATO.

No señor; la única noticia que pude adquirir de él fué que habia pasado con empleo á Nueva-España y que debia regresar con la última flota.

JUSTO.

¡Oh Dios! ¡Oh justo Dios! Mi corazón me lo habia dicho... ¡Hijo mio!

TORCUATO. (*Asombrado.*)

¡Qué! señor, ¿es posible...

JUSTO. (*Prontamente.*)

Sí, hijo mio; yo soy ese padre desdichado que nunca has conocido.

TORCUATO. (*De rodillas, y besando la mano de su padre con grande ternura y llanto.*)

¡Mi padre!... ¡Ay padre mio! despues de

haber pronunciado tan dulce nombre, ya no temo la muerte.

JUSTO. (*Con extremo dolor y ternura.*)

¡Hijo mio! Hijo desventurado... ¡En qué estado te vuelve el cielo á los brazos de tu padre!

TORCUATO. (*Como antes.*)

No, padre mio; despues de haberos conocido, ya moriré contento.

JUSTO. (*Levantándole.*)

El cielo castiga en este instante las flaquezas de mi liviana juventud... Pero ¿sabes, hijo infeliz, cuál es tu desgracia? Sabes cuánto debe ser mi dolor en este día?... ¡Ah! ¿Por qué no suspendí una hora, si quiera una hora... Tu desdichado padre ha vuelto de su largo destierro sólo para ser causa de tu ruina... ¡Ay Flora! ¡por cuántos títulos me debe ser dolorosa la noticia de tu muerte!

TORCUATO. (*Con serenidad y ternura.*)

Bien sé, padre mio, cuál es mi situación y cuál el funesto ministerio que debeis ejercer conmigo. Pero suponiendo mi suerte inevitable, ¿no es un favor distinguido de la providencia que me restituya á los brazos de mi padre? Ya no moriré con el desconsuelo de ignorar el autor de mis días; vos

me confortareis en el terrible trance; vues-
tra virtud sostendrá mi flaqueza, y á Laura
(*Enternecido*,) le quedará un digno conso-
lador en su triste viudez.

JUSTO. (*Enternecido*.)

¡Hijo infeliz! Hijo digno de mejor suerte
y de un padre ménos desdichado! tu virtud
me encanta y tus discursos me destrozan el
corazon... ¡Ah, yo pude salvarte, y te he
perdido!... Sólo la bondad del soberano... Sí,
su corazon es grande y benéfico, y no de-
satenderá mis razones.

ESCENA IV.

ESCRIBANO.—DICHOS.

ESCRIBANO. (*A Justo, desde el fondo de la
escena*.)

Señor, el caballero Corregidor solicita
entrar.

JUSTO. (*Al escribano*.)

Aguardad un momento.—(*A Torcuato*.)
Hijo mío, reserva en tu corazon este secreto,
porque importa á mis ideas; y si el cielo no
se doliere de este padre desventurado, ocul-
temos á la naturaleza un ejemplo capaz de
horrorizarla.

ESCRIBANO. (*Desde la puerta*.)

¡Con qué ternura le habla! Hasta le da
el nombre de hijo por consolarle. ¡Oh, qué
ejemplo tan digno de imitacion y de ala-
banza!

JUSTO. (*Al escribano*.)

Que éntre. (*El Escribano se retira, vuel-
ve con Simon hasta la puerta, y se va*.)

TORCUATO.

Sólo me toca obedeceros.

ESCENA V.

SIMON, JUSTO Y TORCUATO.

SIMON.

Perdonad, señor don Justo. Esta mucha-
cha no me deja sosegar un instante; si no
la detengo, ya venia despeñada á echarse á
nuestros piés. Clama por su marido, y dice
que no quiere separarse de su lado. Tam-
bien desea verle don Anselmo.

JUSTO.

¡Ah, si supieran cuál es su suerte!

SIMON. (*A Torcuato*.)

¡Muy buena la hemos hecho, Torcuato!
¡Mira en qué estado nos has puesto!

JUSTO. *(Con gravedad.)*

Señor don Simon, ya no es tiempo de convenciones; si no os doleis de su triste situación, al ménos no le aflijáis.

TORCUATO. *(A Justo.)*

Pero, señor, se me negará el consuelo...

JUSTO. *(Con blandura.)*

¿Para qué queréis exponeros á la angustia de ver las lágrimas de vuestra esposa y vuestro amigo? Tan tiernos objetos sólo pueden servir de mayor quebranto. Yo quiero excusárosle, amigo mio; retiraos un instante, y tratad de tranquilizar vuestro espíritu. Quizá en mejor ocasion podreis satisfacer tan justo deseo. — *(A los centinelas.)* ¡Holá! retiradle. *(Los centinelas se van con Torcuato en la misma forma que han salido.)*

ESCENA VI.

JUSTO Y SIMON.

SIMON. *(Viendo salir á Torcuato.)*

¡Este mozo nos ha perdido! Mi casa está hecha una Babilonia; todos lloran, todos se afligen y todos sienten su desgracia. Ve aquí, señor don Justo, las consecuencias de

los desafíos. Estos muchachos quieren disculparse con el honor, sin advertir que por conservarles atropellan todas sus obligaciones. No; la ley los castiga con sobrada razon.

JUSTO.

Otra vez hemos tocado este punto y yo creia haberos convencido. Bien sé que el verdadero honor es el que resulta del ejercicio de la virtud y del cumplimiento de los propios deberes. El hombre justo debe sacrificar á su conservacion todas las preocupaciones vulgares; pero por desgracia la solidez de esta máxima se esconde á la muchedumbre. Para un pueblo de filósofos seria buena la legislación que castigase con dureza al que admite un desafío que entre ellos fuera un delito grande. Pero en un país donde la educacion, el clima, las costumbres, el genio nacional y la misma constitucion inspiran á la nobleza estos sentimientos fogosos y delicados á que se da el nombre de pundonor; en un país donde el más honrado es el ménos sufrido, y el más valiente el que tiene más osadía; en un país, en fin, donde á la cordura se llama corbarría y á la moderacion falta de espíritu, ¿será justa la ley que priva de la vida á un desdichado, sólo porque piensa como sus iguales; una ley que sólo podrán cum-

plir los muy virtuosos ó los muy cobardes?

SIMON.

Pero, señor, yo creia que el mejor modo de hacer á los mozos más sufridos, era agravar las penas contra los temerarios.

JUSTO.

Cuando haya mejores ideas acerca del honor, convendrá acaso asegurarlas por ese medio; pero entre tanto, las penas fuertes serán injustas y no producirán efecto alguno. Nuestra antigua legislacion era en este punto ménos bárbara. El genio caballeresco de los antiguos españoles hacía plausibles los duelos, y entónces la legislacion los autorizaba; pero hoy pensamos, poco más ó ménos, como los godos, y sin embargo, castigamos los duelos con penas capitales.

SIMON.

Esos discursos, señor, son demasiado profundos; yo no soy filósofo ni los entiendo, pero estoy muy mal con que los mozos...

JUSTO. (*Con alguna aspereza.*)

Dejemos una conversacion que debe afligirnos á entrambos, y vamos á consolar á Laura, pues tanto lo necesita.

SIMON.

Pero, decidme, ¿no habrá algun medio de salvar á Torcuato?

JUSTO. (*Con seriedad.*)

Esa pregunta es bien extraña en quien sabe las obligaciones de un juez. El órgano de la ley no es árbitro de ella. No tengo más arbitrio que el de representar; y pues habeis oido cómo pienso, podreis inferir si lo habré hecho con eficacia.

SIMON.

¡Oh! pues si habeis representado, yo confío...

JUSTO.

No hareis bien en confiar. Las representaciones de un juez suelen valer muy poco cuando conspiran á mitigar el rigor de una ley reciente. Sin embargo, la providencia... la piedad del Soberano...

ESCENA VII. ®

ESCRIBANO. — Dichos.

[ESCRIBANO.

Señor, acaba de llegar el expreso.

JUSTO. (Recibiendo el pliego.)

Veamos... (Asustado.) No sé lo que me altera; el corazón no me cabe en el pecho.

SIMON.

¿Qué tendrá, que tanto se ha turbado?

JUSTO. (Leyendo en secreto la carta, manifiesta en su semblante grande conmoción y extremo dolor, y despues de haber acabado se arroja en una silla.)

Oh! ¡padre sin ventura! ¡Oh hijo desdichado!

ESCRIBANO.

¡Malo, malo! ¡Sin duda se ha confirmado la sentencia! (Se va el Escribano, y Simon, como temeroso de interrumpir á Justo, se retira al fondo de la escena, sin resolverse á desampararle.)

SIMON.

Yo no comprendo... Él ha perdido el color... ¡Cuál se ha puesto, Dios mio! ¿Qué traerá esta carta? (Cuanto dice Justo en el resto de la presente escena, se entiende aparte.)

JUSTO.

Sí, sí; yo he sido el cruel que ha acelerado su desgracia... ¡Ah! Yo esperaba que

mis clamores en favor de un inocente... ¡Hijo desventurado!

SIMON.

¿Señor?... (Acercándose con timidez.)

—¿Qué tendrá, que tanto exclama?

JUSTO. (Sin oírle.)

¡No sólo aprueban su muerte, sino que quieren también atropellarla! (Levantándose.) No; al Soberano le han engañado. ¡Ah! Si hubiera oído mis razones, ¿cómo pudiera negarse su piadoso ánimo á la defensa de un inocente?

SIMON. (Desde lejos.)

Señor don Justo...

JUSTO. (Paseándose por la escena, como fuera de sí.)

¡Hijo mio! ¡Hijo desdichado! ¿Cómo he de consentir?... Iré á bañar los pies del mejor de los reyes con mis humildes lágrimas.

SIMON.

¡Cuál está, Dios mio! ¡No sosiega un instante!—Señor don Justo... Por vida de... Señor don Justo...—Pero ¡qué gritos!...

ESCENA VIII.

LAURA, ANSELMO.—DICHOS.

Laura entra corriendo en la escena, y Anselmo deteniéndola.

ANSELMO.

Señora, señora, deteneos.

LAURA. *(Mirando à todas partes.)*

¡Qué! ¿Él correrá á la muerte, y yo no podré abrazarle?... Querido esposo, ¿dónde te esconden? ¿Quiénes son los crueles que nos separan?

SIMON.

¡Hija mia! ¿qué es esto?...—Don Anselmo...

ANSELMO.

Señor, no he podido contenerla... El poeta que llegó de la corte esparció la voz de que traía malas nuevas; entendiéronlo algunos de la familia, y sus lágrimas...

LAURA. *(De rodillas á Justo.)*

¡Ay, señor! ¿Así abandonais á vuestro amigo? ¿Sufrireis que su esposa desventurada...

JUSTO. *(Volviendo el rostro.)*

¡Ve aquí lo que faltaba al complemento de mi desdicha!— Señor don Simon, separad á vuestra hija de este sitio, donde nada es capaz de aliviar su dolor.

SIMON.

Vamos, hija, vamos.

LAURA. *(Resistiéndose.)*

No, yo no me separaré de aquí... ¡Qué! Despues de perderle, ¿me negarán tambien el consuelo de morir en sus brazos? ¡Crueles! todos son crueles con esta desdichada. *(Simon lleva casi violentamente á su hija, y Anselmo pretende seguirlos, pero se detiene, avisado por Justo.)*

ESCENA IX.

JUSTO, ANSELMO.

JUSTO.

Quedaos, don Anselmo. Los sucesos de este triste dia me han hecho conocer la fina amistad que profesais á don Torcuato. ¿Quereis dar un paso en su favor, que le pueda librar de la desdicha que le amenaza?

ANSELMO.

¡Pues qué! ¿lo dudais, señor? ¡Ah! no es posible comprender cuánto estimo sus virtudes ni cuánto me duele su triste situación. ¡Ah! Si pudiera á costa de mi vida...

JUSTO.

A méenos costa podeis serle muy útil y defender la suya. A pesar de cuantas razones expuse en su favor, la corte ha resuelto lo que oireis ahora.

ANSELMO.

¡Oh Dios!

JUSTO. (*Lee con dolor y turbacion.*)

«He dado cuenta al Rey de la causa escrita sobre el desafio que hubo en esa ciudad, el dia 4 de Agosto del año próximo pasado, entre el marqués de Montilla y don Torcuato Ramirez, de que resultó la muerte del primero; y sin embargo de cuanto usía expone en su representacion á favor del homicida, su magestad, considerando el escándalo que ha causado este suceso en esa ciudad, este real sitio y todo el reino, singularmente cuando estaba tan reciente la publicacion de su pragmática de 28 de Abril del mismo año pasado, y teniendo así mismo presente que el reo está llanamente confeso en su delito, se

»ha servido resolver que usía ponga en ejecucion la sentencia de muerte y confiscacion que ha dado en dicha causa, concediendo al reo sólo el tiempo preciso para disponerse á morir como cristiano; y usía me dará cuenta de haberse ejecutado en la forma prevenida.—Nuestro Señor, etc.»

ANSELMO. (*Lloroso.*)

¡Infeliz amigo! Yo no podré sobrevivir á tu muerte.

JUSTO.

¡Desdichado! ¡Todos se compadecen de su desgracia! Sólo la corte está sorda á nuestros clamores. Pero, don Anselmo, aún no sabeis hasta dónde llega la desdicha de vuestro amigo.

ANSELMO.

¡Qué, señor! despues de una sentencia...

JUSTO.

Sí, amigo mio; esta bárbara sentencia ha sido dictada por su mismo padre.

ANSELMO. (*Asombrado.*)

¿Vos padre suyo? ¡Oh Dios!

JUSTO. (*Trasportado de pena.*)

No, yo no soy su padre; soy un monstruo que le ha dado la vida para arrebatársela despues... ¡Insensato! Yo hubiera podido...

Pero no perdamos, amigo, un tiempo tan precioso. La terrible sentencia se va á notificar á Torcuato; la corte está cerca; vos sois su amigo; teneis en ella valedores... Tal vez nuestras instancias...

ANSELMO. (*Yéndose con precipitacion.*)

Basta, señor; he entendido; no me detengo ni un instante.

JUSTO. (*Siguiéndole.*)

Si fuere preciso que el nombre de su padre...

ANSELMO. (*Desde la puerta, y sin volver el rostro.*)

Entiendo, entiendo.

ESCENA X.

JUSTO, solo.

¡Santo Dios, encamina sus pasos!... Vé aquí el natural y dulce fruto de la virtud: todos se complacen en protegerla, y todos corren ansiosos á sostenerla en la adversidad. Pero ¡cuán débiles son sus apoyos contra la fuerza y el poder!—¡Virtud santa y amable! tú serás siempre respetada de las almas sencillas, más no esperes hallar asilo entre los vanos y poderosos... ¡Cuánto ha

cambiado mi suerte en sólo un dia! ¿Es posible que me he de hallar en la dura necesidad de derramar mi propia sangre?... Hijo desventurado! La mano de tu bárbaro padre te va á ofrecer el amargo cáliz de la muerte! ¡Funesta obligacion!... ¡Horrible misterio!... Si acaso don Anselmo... ¡Ah! ¿Qué podrán sus débiles ruegos contra los de tantos importunos... contra el respeto de las leyes... contra la preocupacion del Gobierno... ¡Ah!...

ACTO QUINTO.

Descúbrese á Torcuato, sentado, con prisiones y con la misma ropa que debe llevar al suplicio. Justo, algo distante, se pasea con aire profundamente inquieto y abatido. El Escribano estará retirado lejos de todos, y habrá centinelas dobles. La escena es de dia.

ESCENA PRIMERA.

JUSTO, TORCUATO, EL ESCRIBANO.

JUSTO. (*Al Escribano.*)

Dejadnos solos por un rato, y avisad cuando sea tiempo. (*Se va el Escribano, sacando el reloj.*)—Ya no me queda esperanza alguna... La hora funesta está cercana, y don Anselmo no parece... ¡Oh justo Dios! ¿Negareis este consuelo á mis ardientes lágrimas?

TORCUATO. (*Con voz desmayada.*)

En este triste y pavoroso instante la imá-

gen de Laura ocupa únicamente mi memoria, y el eco penetrante de sus suspiros resuena en el fondo de mi alma. ¡Ay Laura! Yo no soy digno de tan amargas lágrimas... (*Mirando á su padre.*) Mi padre... ¡Ah! su venerable presencia y su tristeza me destrozán el corazón... ¡Oh muerte! Sin estos objetos tú no serias terrible á mis ojos.—(*Llamando á su padre.*) Padre...

JUSTO. (*Sin oírle, y paseándose.*)

¡Hay que vencer tantas dificultades antes de hablar á un soberano!

TORCUATO. (*Con voz más animada.*)

Padre...

JUSTO. (*Paseándose, pero sin volver el rostro.*)

Las lágrimas me ahogan... No puedo responderle.

TORCUATO. (*Esforzando más la voz.*)

Querido padre...

JUSTO. (*Prontamente.*)

¡Hijo mio!

TORCUATO.

Yo estoy fatigado, y el peso de los grillos no me deja llegar á vuestras plantas... Mi hora se acerca... Dignaos de bendecir por última vez á este hijo desgraciado.

JUSTO. (*Acercándose y tomando su mano.*)

¡Hijo mio! Tus angustias se acabarán muy luego, y tú irás á descansar para siempre en el seno del Criador. Allí hallarás un Padre, que sabrá recompensar tus virtudes.

TORCUATO.

Si, venerado padre; voy á ofrecerle mi espíritu, y á interceder en su presencia por los dulces objetos de que me separa su justicia... ¡Padre mio! Vuestro corazón y el de Laura, llenos de pureza y rectitud, tendrán todo su valor ante el Omnipotente. ¡Ah, qué consuelo! ¡Esperar en el seno de la eternidad la compañía de dos almas tan puras!

JUSTO.

Tú has cumplido, hijo mio, con todos tus deberes, y puedes creerte dichoso, pues vas á recibir el galardón. ¡Ah! nosotros, infelices, que quedamos sumidos en un abismo de aflicción y miseria, mientras tu espíritu sobre las alas de la inmortalidad va á penetrar las mansiones eternas y á esconderse en el seno del mismo Dios que le ha criado. Procura imprimir en tu alma estas dulces ideas; que ellas te harán superior á las angustias de la muerte. (*A este tiempo se oye el reloj que da las once; Torcuato se extre-*

mece; Justo, horrorizado, se aparta de él, volviendo el rostro á otro lado, é inmediatamente entra el Escribano.)

ESCENA II.

ESCRIBANO.—DICHOS.

ESCRIBANO. (*Desde la puerta y con voz tímida.*)

Señor... la hora ha dado ya,

TORCUATO. (*Asustado.*)

¡Oh Dios!... Esta es la última de mi vida... Con qué, ¿no hay remedio?... (*Resignado, después de alguna pausa.*) Vamos pues á morir.

JUSTO. (*Con extrema inquietud, paseando por el frente de la escena.*)

Este don Anselmo... ¡Don Anselmo!... ¡Gran Dios! ¿Así abandonais al inocente?... (*Hace señal al Escribano, que se habrá mantenido á la puerta.*)

ESCENA III.

DICHOS.

(*El Escribano, sin salir, hace una señal desde la puerta, y á ella entran sucesi-*

vamente el Alcaide, la tropa y los ministros de justicia. El Alcaide despoja á Torcuato de sus prisiones, los soldados, con bayoneta calada, le rodean por todos lados, y la gente de justicia se coloca parte al frente y parte cerrando la comitiva. El Escribano precede á todos. En este orden irán saliendo con mucha pausa, y entre tanto sonará á lo lejos música militar lúgubre. Justo se mantiene inmóvil en un extremo del teatro con toda la serenidad que pueda aparentar, pero sin volver el rostro hácia el interior de la escena.)

TORCUATO. (Mientras le quitan las prisiones.)

Querido padre, yo os recomiendo á la inocente Laura; sustitúidla el lugar de este hijo, que vais á perder.

JUSTO.

Hijo mío, ella será mi único consuelo en las angustias que me aguardan.

TORCUATO. (Empezando á salir.)

¡Padre! Adios, querido padre. (Justo no le puede responder por el exceso de su dolor; se arroja en una silla, luego se reclina lobre la mesa, cubriendo su rostro con las manos, y entre tanto acaba de salir todo el acompañamiento.)

JUSTO. (Levantando las manos al cielo.)

¡Este don Anselmo!...

TORCUATO. (Fuera de la escena.)

¡Adios querido padre! (Justo al oírle, se vuelve á cubrir el rostro, y reclinado como ántes, guarda silencio por un rato.)

ESCENA IV.

JUSTO, con voz interrumpida.

¡Hijo infeliz!... Yo soy quien te priva de tu inocente vida... Lo que hice para salvarte ha sido tan poco... ¡Qué idea tan horrible! Pero no hay remedio... Bien presto la fúnebre campana me avisará de su muerte... (Levantándose asustado.) Ya parece que suena en mis oídos. ¡Santo Dios! (Paseándose por la escena con suma inquietud.) No hallo sosiego en parte alguna. ¡Hijo desdichado! ¿Es posible?... ¿Con qué, tu inocencia, tus virtudes, los ruegos de un amigo, los tiernos suspiros de una esposa, las lágrimas de un padre y el sentimiento universal de la naturaleza, nada pudo librarte de la muerte; de una muerte tan acerba y tan ignominiosa?... ¡Buen Dios! ¿Por qué no le socorres?... (Asustado.) Pero ¿qué ruido se oye? ¿Si estará ya espirando?

ESCENA V.

SIMON, LAURA.—JUSTO. *Laura entra en la escena corriendo, desgñada y llorosa, y su padre deteniéndola.*

SIMON. (*Desde el fondo.*)

Señor, señor, no puedo detenerla. Un solo instante que nos descuidamos...

LAURA. (*Mirando á todas partes.*)

No, no; todos me engañan. ¡Cruelles! ¿por qué me quitais á mi esposo? ¿Dónde está? ¿Qué! ¿no parece? ¿Se le han llevado ya? ¡Verdugos! ¡Cruelles verdugos de mi inocente esposo! ¿Estaréis ya contentos?... No; él no ha muerto aún, pues yo, respiro. Dejadme, dejadme que vaya á acompañarle; que la sangrienta espada corte á un mismo tiempo nuestros cuellos... ¡Querido esposo! ¡Ah! Tú lucharás también con tus verdugos por venir á unirme con tu Laura. ¿Por qué no quieren que espiremos juntos?

JUSTO. (*Procurando templar á Laura.*)

Hija...

LAURA. (*Mirándole con horror.*)

Yo no soy vuestra hija, ¡cruel! yo no soy

vuestra hija. Vos me habeis quitado mi esposo; si, vos me le habeis quitado. Y no os disculpeis con las leyes, con esas leyes bárbaras y crueles, que solo tienen fuerza contra los desvalidos.

JUSTO.

¡Qué alma podrá resistir á tantas aflicciones! (*Se oye á lo léjos una confusa griterío y casi al mismo tiempo el toque de campana que se acostumbra en semejantes casos.*) Pero ¡qué oigo! Qué rumor!... ¡Oh santo Dios! Recibe su espíritu. (*Se vuelve á arrojar en la silla, tomando la misma situacion en que ántes estuvo. Laura corre como furiosa; su padre manifiesta tambien mucho dolor, y la sigue sin hablar.*)

LAURA.

¡Qué! ¿ya espiró? No, no puede ser... Mi esposo... ¡Oh triste, oh desdichado esposo!... Tu sangre corre ya derramada... ¡Ah! voy á detenerla. (*Hace un esfuerzo por salir de la escena, y cae al suelo, oprimida del dolor.*)

SIMON.

¡Hija mia! Hija de mi vida!—¡Ah! que no respira. (*Aquí se hace una larga pausa, y durante ella continúa el sonido de la campana.*)

JUSTO.

Este melancólico silencio llena mi alma de luto y de pavor. ¡Eterno Dios! Tú has recibido ya su espíritu en la morada de los justos!

SIMON.

Hija mia... ¡Oh padre desdichado!

LAURA. (*Volviendo en sí.*)

Con qué, ¿ya no hay remedio? Con qué, el golpe fatal... No, yo no puedo vivir. ¡Queredo esposo! ¡Ah bárbaros! Ah crueles verdugos!

JUSTO.

Buen Dios, pues nos envias esta tribulación, conforta nuestras almas para sufrirla.

SIMON.

¡Hija mia! ¡Querida Laura!

LAURA. (*Levantándose con furor.*)

¿Y el justo cielo no vengará la sangre del inocente? ¡Oh Dios! atiende á mi ruego, y haz que perezcan los verdugos que le han asesinado; que la triste sombra de mi inocente esposo llene sus corazones de susto y de zozobra; que los gritos, los atroces lamentos de su viuda infeliz resuenen siempre en sus almas impías; que sean eterno objeto de tu terrible cólera. (*Vuelve á*

caer en los brazos de su padre como antes.)

SIMON.

¡Hija!...—El dolor la tiene sin sentido.—
¡Hija mia!...

JUSTO.

¡Ah! ¡su dolor es muy justo! ¡Desventurada! Pero qué nuevo rumor? Qué habrá sucedido?

ESCENA VI.

EL ALCAIDE, EL ESCRIBANO, EUGENIA y ALGUNOS OTROS DOMÉSTICOS salen apresurados á la escena, diciendo todos á una voz:

Albricias, albricias.

SIMON.

Pues ¿qué? ¿qué hay?

ESCRIBANO.

Albricias: el rey le ha perdonado.

JUSTO Y SIMON.

¡Oh Dios!

LAURA. (*Corriendo hácia el Escribano.*)

Pues ¡qué! ¿vive todavía? Amigo...

ESCRIBANO (*Fatigado.*)

Si el señor don Anselmo tarda un instante más, todo se ha perdido; pero el cielo le trajo á tan buen tiempo... Sí, señores, vive aun, y está perdonado; este es su indulto. (*Entrega un pliego á Justo.*)

LAURA.

Y ¿dónde está? Vamos á verle. (*Simon la detiene.*)

JUSTO. (*Abriendo el pliego, besa la real firma, la pone sobre la cabeza, y se retira á leer, diciendo:*

Al fin ¡buen Dios! los clamores de un padre desdichado no han sido vanos en tu adorable presencia.

SIMON. (*Al Escribano.*)

Pues vaya, hombre, cuéntenos lo que ha pasado, y sáquenos de dudas.

ESCRIBANO. (*Mientras lee Justo.*)

Yo no sé si podré, porque estoy tan alterado, tan gozoso... Ya todo estaba pronto, y el reo había subido á lo alto del cadalso; toda la ciudad se hallaba en la gran plaza de este alcázar, ansiosa de ver el triste espectáculo; el susto y la curiosidad tenían al pueblo en profundo silencio, y solo se oía el funesto pregon de la sentencia y las voces de los religiosos que auxiliaban. Entre tanto

conservaba Torcuato en su semblante la compostura y gravedad de su natural, y los ojos de todo el concurso estaban clavados en él, cuando el verdugo le advirtió que había llegado su hora. Entónces, sereno y mesurado, se acomoda la lúgubre vestidura, tiende su vista por toda la plaza, la fija por un rato en este alcázar, y lanzando un profundo suspiro, se dispone para la sangrienta ejecución. Todos guardaban un melancólico silencio, y ya el verdugo iba á descargar el fatal golpe, cuando una voz que clamaba á lo lejos «¡Perdon, perdon!» detuvo el impulso de su brazo. A esta voz siguió una grande y confusa gritería del pueblo, cuyo rumor engañó al que tenía á su cargo la campana; de suerte que el fúnebre sonido de esta y las alegres voces del indulto y del perdon resonaron á un tiempo en todos los oídos. Ya á este punto llegaba don Anselmo á caballo al sitio del suplicio. El susto, el polvo y el sudor habían desfigurado su semblante de forma, que nadie le conocía. Traía en la mano la real cédula del indulto que me entregó al instante (*Justo acaba de leer, y se acerca á oír al Escribano*); y dándome orden de que viniese á presentarla, se apeó, subió al cadalso, y allí queda, dando tiernos abrazos á su amigo y bañando su rostro en lágrimas de gozo.

JUSTO.

¡Ay amigo! corred; no os detengais un punto: poned á mi hijo en libertad, y que venga al instante á nuestra vista. (*El Escribano se va con precipitacion.*)—¡Oh buen Dios! Mi corazon desfallece de contento. Sí, querida Laura, él es mi hijo, y tú lo eres tambien... Ven á mis brazos, y ayúdame á dar gracias á la Providencia por este inefable beneficio.

LAURA. (*Corriendo á abrazarle.*)

¿Qué, señor? ¿Vos sois su padre?

SIMON.

¿Su padre? ¿Tambien tenemos esa?

JUSTO.

Sí, soy su padre, y sin embargo, habia decretado su muerte. ¡Ah! si el cielo no le hubiese salvado solo el sepulcro pudiera terminar mis tormentos. Sosiégate, querida hija, y tranquiliza tu espíritu agitado. En mejor tiempo te descubriré los designios de la Providencia sobre el origen de tu es-
poso.

LAURA. (*Besando la mano á Justo.*)

¡Querido padre! El cielo me le vuelve por vuestra mano, y á su virtud y á la vuestra debo tan gran ventura.

SIMON.

Señores, cuanto pasa parece una novela; yo estoy aturdido, y apenas creo lo mismo que estoy viendo...—Querida Laura, ven á los brazos de tu padre. (*Laura va á abrazar á su padre; pero viendo á su esposo, corre á encontrarle al fondo de la escena, donde se abrazan estrechamente.*)

ESCENA VII.

ANSELMO, lleno de polvo y en traje de posta; TORCUATO, desgredado, pero sin las vestiduras de reo, con semblante risueño, aunque muy conmovido:

FELIPE.—DICHOS.

LAURA.

¡Ah querido esposo!...

TORCUATO. (*Corriendo á abrazarla.*)

¡Ah Laura mia!...

JUSTO. (*Abrazando á Anselmo.*)

¡Mi bienhechor, mi amigo! ¿Con qué podremos corresponder á tan sublime beneficio?

ANSELMO.

En él mismo, señor, está mi recompensa.

He tenido la dulce satisfaccion de salvar á mi amigo.

TORCUATO. (*A su padre abrazándole.*)

¡Querido padre!

JUSTO.

Vén á mis brazos, hijo mio; vén á mis brazos... Tú serás el apoyo de mi vejez.

LAURA.

¡Ah! El gozo me tiene fuera de mí... Querido don Anselmo, yo seré eternamente esclava vuestra.

TORCUATO. (*A Simon.*)

¡Padre mio!

SIMON. (*Abrazándole.*)

Buen susto nos has dado, hijo; Dios te lo perdone. Vaya, señores, dejemos los abrazos para mejor tiempo, y díganos don Anselmo cómo se ha hecho este milagro.

ANSELMO.

Jamás sufrió mi alma tan terribles angustias. Cuando llegué á la corte estaba su majestad recogido, y mis gritos, mis clamores fueron vanos, porque nadie se atrevió á interrumpir su descanso. Yo no dormí en toda la noche ni un instante, pero tampoco dejé sosegar á nadie. El ministro, el sumiller, el mayordomo mayor, el capitan

de guardias, todos sufrieron mis importunidades. En vano me decian que mi solicitud era inasequible; porque yo no los dejaba respirar. Al fin, por librarse de mí ofrecieron pedir á su majestad una audiencia, y con esto los dejé por un rato; pero empleé el tiempo que restaba hasta la hora señalada en prevenir á los que debian extender la cédula, en caso de ser el despacho favorable, con lo cual todos estuvieron prontos y propicios. A las siete me admitió el soberano. Le expuse con brevedad y con modestia cuanto habia pasado en el desafio; le pinté con colores muy vivos el genio provocativo del Marqués, el corazon blando y virtuoso de Torcuato, el candor y la virtud de su esposa, y sobre todo, la constancia y rectitud del juez, diciendo que era su mismo padre. El cielo sin duda animaba mis palabras, y disponia el corazon del monarca. ¡Ah, qué monarca tan piadoso! ¡Yo vi correr tiernas lágrimas de sus augustos ojos! Despues de haberme oido con la mayor humanidad, «La suerte de ese desdichado, me dijo, conmueve mi real ánimo, y mucho más la de su buen padre. Anda, ya está perdonado; pero no pueda jamás vivir en Segovia ni entrar en mi corte.» Al punto me postré á sus piés y los inundé con abundoso llanto. Salgo corriendo, acelero el despacho, tomo el caballo vuelo en el camino, y ¡oh Dios!

un instante más me hubiera privado del mejor amigo.

TORCUATO.

Querido amigo, vuelve otra vez á mis brazos; tú has sido mi libertador. ¡Cuántos y cuán dulces vínculos unirán desde hoy nuestras almas!

JUSTO.

Hijos míos, empecemos á corresponder á los beneficios del rey, obedeciéndole. Vamos á tratar de vuestro destino, y demos gracias á la infalible Providencia, que nunca abandona á los virtuosos ni se olvida de los inocentes oprimidos.

¡Dichoso yo, si he logrado inspirar aquel dulce horror con que responden las almas sensibles al que defiende los derechos de la humanidad!

(BACCARIA. *Delitos y Penas.*)

Fin del Delincuente Honrado.

ELOGIO DE LAS BELLAS ARTES,
PRONUNCIADO EN LA ACADEMIA DE SAN FERNANDO.

EXCELENTÍSIMO SEÑOR: Estoy persuadido á que en este instante la mayor parte de los ilustres concurrentes que están á nuestra vista tendrá ocupada su atención, aún más que en la novedad del objeto que nos ha congregado, en la desproporción del orador escogido para hablar en su presencia. Después de haber oído otras veces en este mismo sitio á tantos individuos de nuestro cuerpo ensalzar con floridos y brillantes discursos el mérito y la excelencia de las bellas artes, ¿quién es éste, dirán, que desde el foro viene á consagrar su estéril y desalinada elocuencia á un objeto tan nuevo para él y peregrino?

Y á la verdad, señores, ¿qué hay de común entre los serios y profundos estudios de un magistrado y el sublime y delicado conocimiento de las bellas artes? Mi espíritu se turba y se confunde al contemplar

un instante más me hubiera privado del mejor amigo.

TORCUATO.

Querido amigo, vuelve otra vez á mis brazos; tú has sido mi libertador. ¡Cuántos y cuán dulces vínculos unirán desde hoy nuestras almas!

JUSTO.

Hijos míos, empecemos á corresponder á los beneficios del rey, obedeciéndole. Vamos á tratar de vuestro destino, y demos gracias á la infalible Providencia, que nunca abandona á los virtuosos ni se olvida de los inocentes oprimidos.

¡Dichoso yo, si he logrado inspirar aquel dulce horror con que responden las almas sensibles al que defiende los derechos de la humanidad!

(BACCARIA. *Delitos y Penas*.)

Fin del Delincuente Honrado.

ELOGIO DE LAS BELLAS ARTES,
PRONUNCIADO EN LA ACADEMIA DE SAN FERNANDO.

EXCELENTÍSIMO SEÑOR: Estoy persuadido á que en este instante la mayor parte de los ilustres concurrentes que están á nuestra vista tendrá ocupada su atención, aún más que en la novedad del objeto que nos ha congregado, en la desproporción del orador escogido para hablar en su presencia. Después de haber oído otras veces en este mismo sitio á tantos individuos de nuestro cuerpo ensalzar con floridos y brillantes discursos el mérito y la excelencia de las bellas artes, ¿quién es éste, dirán, que desde el foro viene á consagrar su estéril y desalinada elocuencia á un objeto tan nuevo para él y peregrino?

Y á la verdad, señores, ¿qué hay de común entre los serios y profundos estudios de un magistrado y el sublime y delicado conocimiento de las bellas artes? Mi espíritu se turba y se confunde al contemplar

que Ciceron, el más elocuente jurisconsulto que admiró la antigüedad, se hallaba en un país desconocido cuando, para acusar á Verres de sus robos en la pretura de Sicilia, tuvo que hablar de los artistas y las artes, y que el mismo Verres, que se preciaba de tener un fino y delicado gusto para discernir sus bellezas, se burlaba de la impericia de su acusador y de sus jueces, y los baldonaba con el título de ignorantes é idiotas.

Pero si este ejemplo me debe llenar de confusión, ¡cuánto más deberá turbarme la alteza y dignidad del objeto que nos ha congregado! Cuando le examino de propósito, ¡qué cúmulo de singulares circunstancias no hallo reunidas en él! Este es aquel día que el celo de nuestros mayores consagró al desempeño de la más importante y provechosa obligación de nuestro instituto; el día en que, sentada la justicia entre nosotros, corona con una mano á los tiernos atletas que han lidiado más diestramente en el certámen de aplicación y de ingenio que les hemos propuesto, y con otra les señala la senda por donde deben caminar hasta la perfección; este es, en fin, el día en que España, y aún las naciones amigas representadas en los ilustres individuos que honran este circo, vienen á medir el espacio que han corrido las artes hácia la misma perfección, y á calcular por él la ac-

tividad de nuestra aplicación y nuestro celo.

¡Qué elocuencia, pues, será capaz de llenar debidamente un objeto tan grande y tan sublime! Y cuando, ansioso de responder á la confianza con que vuestre celeridad me distingue, quisiera emplear mi débil voz en alguna materia digna del día, digna de los oyentes y digna de nuestro mismo instituto, ¿dónde hallaré un asunto en cuya dignidad y riqueza puedan esconderse el desaliño y la pobreza de mis palabras; un asunto cuya general aceptación é importancia no deje aparecer la pequeñez del orador?

Acaso el gusto que reina en nuestros días, el motivo de la presente celebridad y la aceptación de mis oyentes deberian inclinar mi atención hácia la parte sublime y filosófica de las artes; estudio que ha ocupado en este siglo, no sólo á los sabios artistas, sino también á los profundos filósofos. Pero después que la más penetrante metafísica ha logrado descubrir los recónditos y sublimes principios del gusto y la belleza, ¿qué podría añadir mi pobre ingenio á lo que han escrito tantos dignos literatos de nuestro tiempo? No, señores; contento con meditar sus observaciones y aplaudir sus descubrimientos, yo no seré tan vano, que aspire á colocar mi nombre y mi reputación al lado de la suya.

Mi discurso seguirá una senda ménos quebrada y peligrosa. El destino de las bellas artes en España, desde su origen hasta el presente estado, será mi único asunto: asunto al parecer trivial y conocido, pero que es todavía capaz de mucha ilustracion. Mas no le trataré como artista ni como filósofo, pues sólo hablaré de las artes como aficionado. Atraído de sus encantos, las buscaré atentamente por el campo de la historia, y despues de haberlas encontrado en los tiempos más lejanos, seguiré cuidadosamente sus huellas, sin perderlas de vista hasta llegar á nuestros dias.

Las bellas artes, cultivadas en varios antiguos pueblos desde los siglos más remotos, promovidas en Grecia desde el tiempo de Pisistrato, y elevadas á su mayor perfeccion en el largo gobierno de Péricles, el protector y el amigo de Fidias, se conservaron en todo su esplendor hasta la muerte de Alejandro, amigo tambien de Apéles, protector de Lisipo y digno apreciador de los artistas y las artes.

Las sangrientas turbaciones que agitaron la Grecia despues de la muerte de Alejandro; las feroces guerras de Pirro y de Perso y Mithridates, y la total sujecion de una y otra Grecia al duro yugo de los romanos, acabaron casi del todo con las artes griegas.

Los bellos monumentos de escultura y

pintura, de que había tanta copia en las célebres ciudades del Peloponeso, de Achaya y del Epiro, ó perecieron en los estragos de la guerra, ó fueron trasladados á la triunfante Roma. Desde entónces los artistas griegos pasaron tambien á servir á sus vencedores los romanos, que ya contaban entre sus pasiones el lujo y la aficion de las artes. Pero Roma, ni supo conocerlas ni honrarlas debidamente, ni ménos acertó con los medios de fijarlas en su imperio.

Primero alteraron los romanos la sencillez de las artes griegas; luégo empezaron á gustar de los adornos magníficos, y al cabo perdieron todas las ideas de gusto y proporcion. Sabemos por Plinio que el honor de la pintura no pasó del tiempo de Tiberio, y que en el de Trajano ya la habían desterrado de Roma los mármoles y el oro.

La traslacion de la silla imperial á Bizancio en tiempo de Constantino, la ruina de los sepuleros, templos, ídolos, vasos y todos los instrumentos del culto gentilico en el de sus sucesores; la ignorancia, las guerras intestinas, y sobre todo, las irrupciones de los bárbaros del Norte y su establecimiento en el imperio, acabaron con las artes en todo el mundo culto.

Cuando Roma empezó á manifestar alguna pasion por ellas, era ya España una de sus provincias; y á ella, acaso más que á otra

del imperio, extendieron los romanos el influjo de su magnificencia. Por este tiempo se erigieron en España aquellos célebres monumentos, templos, anfiteatros, circo, naumachias, puentes, acueductos y vías militares, cuyas ruinas han sobrevivido al estrago de tantas guerras y al curso de tantos siglos.

Pero las irrupciones de los septentrionales hicieron de nuevo á España un teatro de desolacion y de ruinas. Mérida, Tarragona, Itálica, Sagunto, Numancia y Clunia ofrecen todavía á los curiosos una idea de la magnificencia romana y del espíritu destructor que animaba á los feroces visigodos.

Aquí sería preciso, señor excelentísimo, interrumpir el curso de nuestra oracion y pasar de un salto el vacío que nos presenta la historia de los conocimientos humanos. En este vacío se hunden á un mismo tiempo la literatura, las ciencias, las artes, el buen gusto, y hasta el genio criador que las podia reproducir. Parece que, cansado el espíritu humano de las violentas concusiones con que le habian afligido el desenfreno y la barbarie, dormia profundamente, negado á toda accion y ejercicio, abandonando el gobierno del mundo al capricho y la ignoracia.

En el espacio de muchos siglos casi no encontramos las artes sobre la tierra, y si de cuándo en cuándo divisamos alguno de sus

monumentos, es tal, que apenas nos libra de la duda de su existencia; así como aquel rio que despues de haber conducido penosamente sus aguas por sitios pedregosos y quebrados, desaparece repentinamente de nuestra vista, sumido en los abismos de la tierra, y vuelve á brotar despues de trecho en trecho, no ya rico y majestuoso como ántes era, sino pobre, desfigurado y con más apariencias de lago que de rio.

En medio de las tinieblas que cubrian la Europa en esta época triste y memorable, divisamos á España haciendo grandes esfuerzos por sacudir el yugo de la ignorancia y buscar su ilustracion. En el siglo XII vemos en ella abiertos estudios públicos para la enseñanza de las ciencias y artes liberales; en el XIII aparece la lengua castellana despojada de su antigua rudeza, y cubierta ya de esplendor y majestad. Los poetas, los historiadores y los filósofos la cultivan y acreditan; y, finalmente, un sabio legislador á quien deben eternas alabanzas otras ciencias, produce un código admirable, que será perpetuo testimonio de los progresos del espíritu humano en aquel tiempo.

Por entonces vuelven á aparecer las bellas artes en España, desfiguradas é imperfectas á la verdad, mas no por eso indignas de la especulacion de los aficionados. La arquitectura especialmente ofrece muchos monu-

mentos dignos de admiracion por su inmensa grandeza, por el lujo de sus adornos y por la delicadeza de su trabajo.

Los romanos habian hecho primero más complicados los principios de este arte, añadiendo á los tres órdenes griegos el toscano y el compuesto, y desfigurando despues todos los órdenes con adornos extraños. Los griegos del bajo imperio empezaron á alterar los principios y reglas de proporcion de la arquitectura antigua, y los árabes y alemanes, trabajando á imitacion de estos griegos, pero sin ningun sistema cierto de proporcion, produjeron dos especies de arquitectura, á la última de los cuales se dió impropriamente el nombre de gótica.

Ambas se ejercitaron en España con esplendor desde el siglo XIII, y aún se ven algunas obras, donde se observa confundido el gusto de una y otra. Parece que esta arquitectura representa el carácter de los tiempos en que fué cultivada. Grosera, sólida y sencilla en los castillos y fortalezas; seria, rica y cargada de adornos en los templos; ligera, magnífica y delicada en los palacios, retrataba en todas partes la marcialidad, la supersticion y la galantería que distinguió á los nobles de los siglos caballerescos.

Pero sobre todo es admirable en los templos. ¡Qué suntuosidad! ¡qué delicadeza!

¡qué seriedad tan augusta no admiramos todavía en las célebres iglesias de Búrgos, de Toledo, de Leon y Sevilla! Parece que el ingenio de aquellos artistas apuraba todo su saber para idear una morada digna del Ser supremo. Al entrar en estos templos, el hombre se siente penetrado de una profunda y silenciosa reverencia que, apoderándose de su espíritu, le dispone suavemente á la contemplacion de las verdades eternas.

Pero examinad las partes de estos inmensos edificios á la luz de los principios del arte. ¡Qué multitud tan prodigiosa de delgadas columnas, reunidas entre sí para formar los apoyos de las altas bóvedas! Qué profusion, qué lujo en los adornos! Qué menudencia, qué nimiedad en el trabajo! Qué laberinto tan intricado de capiteles, torrecillas, pirámides, templetes, derramados sin orden y sin necesidad por todas las partes del templo! Qué desproporcion tan visible entre su anchura y su elevacion, entre las partes sostenidas y las que sostienen, entre lo principal y lo accesorio!

Lo mismo se puede decir de la pintura y escultura contemporáneas. Alguna vez hallamos en las obras de aquel tiempo ciertos rasgos de ingenio que nos sorprenden: nobleza en los semblantes, expresion en las actitudes, gentileza en las formas, grandiosidad en los pliegues; sin que por eso el todo

de las figuras ofrezca á nuestros ojos la idea del gusto y la armonía, que sólo pueden resultar de la más exacta proporción. Al lado de una figura lánguida y esbelta, se halla tal vez otra enana y reducida. Las edades y los sexos no se distinguen por la simetría, sino por el tamaño de las figuras; y en fin, los movimientos de aquel tiempo no nos ofrecen la idea de otra proporción que la que determinaba el ojo del artista.

Y vez aquí, señores, por qué desde el siglo XII al XV se hicieron tan cortos adelantamientos en las artes. Como en ellas no se seguía un sistema fijo y seguro de proporciones, sus progresos, tales cuales fuesen, nunca podían llevarlas hasta la perfección. El artista buscaba la belleza en su idea, y girando continuamente dentro de este círculo, donde no existía, se fatigaba en vano sin encontrarla. ¡Cuánto más eficaces hubieran sido sus esfuerzos si, saliendo de aquella corta esfera, se hubiese elevado á estudiar el bello prototipo de la naturaleza!

Pero entre tanto iba llegando el tiempo destinado para la restauración de las artes. El trato con los griegos, refugiados á Italia después de la toma de Constantinopla por Mahometo, hijo de Amurates II, había adelantado mucho la instrucción de los italianos, y mejorado el arte del dibujo, que ya cultivan con aplicación desde el siglo an-

tecedente. El célebre Besarion acreditó en Italia, entre otras obras estimables, los libros de Vitrubio, único autor en que los artistas modernos podían estudiar la simetría de los antiguos. Brunelleschi halló en él las proporciones de la antigua arquitectura, y conducido á la observación de los antiguos monumentos, arregló el nuevo sistema de edificar, que desterró para siempre el gusto bárbaro.

Ya entonces había nacido al mundo y madurado para las artes el genio de Miguel Angel, su principal restaurador. El ejemplo de Brunelleschi y sus imitadores le pone desde luego en el buen camino, y conduciéndole á las mismas fuentes, le hace estudiar los libros de Vitrubio, observar los restos de las obras antiguas, y subir hasta el trono de la naturaleza, fuente de toda belleza y perfección. Desde entonces ejerce con el mayor esplendor la arquitectura, establece las verdaderas proporciones del cuerpo humano, y eleva la pintura y escultura á igual grado de gloria. Rafael, sobre los mismos principios, descubre en el país de las artes nuevas bellezas que se habían escondido á su competidor, y las obras y discípulos de uno y otro fijan y extienden por todos partes las reglas del buen gusto.

Este era el estado de las bellas artes en Italia, cuando la conquista del reino de Ná-

poles abrió á los españoles sus puertas para que entrasen á buscarlas. Ya Pedro Berruguete y el ilustre Fernando del Rincón, pintor de los señores Reyes Católicos, habian empezado á desterrar la manera bárbara, y sembrado en España las primeras semillas del buen gusto. Estos ejemplos sacan á otros españoles de su patria y los conducen á Roma y Florencia, donde agregados á las escuelas de Rafael y Buonarota, estudian sus principios y sus obras, observan cuidadosamente los monumentos antiguos, y ricos de excelente doctrina, vuelven á establecerla y propagarla por su patria.

El genio español hallaba en todas partes poderosos estímulos que le aguijaban en pos de la gloria y la fortuna. La grandeza á que habian elevado la nacion los Reyes Católicos, la inclinacion de la nobleza que habia adquirido en las guerras de Nápoles el gusto y las aficiones italianas, y el oro del Nuevo-Mundo, destinado á recompensar el ingenio y el trabajo, inspiraban á los artistas españoles el más ardiente deseo de sobresalir en el ejercicio de las artes.

Bajo el gobierno de Carlos V empezó España á recoger el fruto de esta noble emulacion. Alonso Berruguete, despues de haberse instruido en la escuela de Buonarota, viene á trabajar á Toledo al lado de Felipe de Borgoña y otros flamencos é italianos que el

interés habia atraído á España. Sus obras deslucen á las de sus competidores. Sus discípulos Prado y Monegro siguen religiosamente sus máximas, y ayudado de Covarrubias, Toledo y los Vergaras, fijan entre nosotros el buen gusto.

Cuando una nacion, dice cierto filósofo, saliendo de su rudeza, recibe las primeras ideas de orden y comodidad, naturalmente se inclina con preferencia hácia la arquitectura. Así sucedió entre nosotros. Berruguete hizo desde luégo grandes progresos en el arte de edificar, y con sus obras logró desterrar el gusto gótico. Gumiel, Ontañon y Covarrubias le ayudaron en esta empresa, y establecieron aquella arquitectura del medio tiempo, que aunque distaba mucho de la gótica, no llegaba todavía al gusto y majestad de la griega y romana.

El estilo de estos arquitectos no era serio ni grandioso. Conocian ya los órdenes griegos y latinos, y los observaban en sus obras; pero su espíritu no se atrevia aún á remontarse sobre las antiguas ideas, acaso por contemporizar algun tanto con sus apasionados. Habian desechado la filigrana de los adornos góticos, pero sustituyendo otros, aunque más bellos y regulares, siempre ajenos de la sencilla majestad del arte. En estos adornos se descubre el gusto de los grotescos que Rafael habia autorizado en

la pintura. Covarrubias usó de allos con más parsimonia que Arfe y Berruguete, hasta que Toledo y Herrera los desterraron del todo, y acabaron de acreditar el gusto serio y grandioso que descubrimos en sus obras.

Pero Berruguete aspiraba á introducir la reforma en las tres artes, y es preciso reconocerle como á su primer restaurador en España. A él se debe el conocimiento de la simetría del cuerpo humano, primer fundamento de la belleza y principio capital del arte del dibujo. Garico, Borgona y Durero habían establecido en este punto diferentes sistemas. El primero daba á la figura del hombre la proporción, de nueve rostros; el segundo la de nueve y un tercio, y el tercero la de diez. Cada uno de estos sistemas tenía sus partidarios en España. Berruguete establece una nueva simetría por la observación del antiguo, la autoriza con sus obras, y atrae á su opinion todos los artista.

Entre tanto Becerra, empeñado en superar á Berruguete, huye de su escuela á Roma, estudia las obras de Rafael y Miguel Angel, observa cuidadosamente el antiguo sistema, y vuelve á España á disputar á su maestro el título de restaurador del buen gusto. Su simetría era aún más exacta que la de Berruguete; sus figuras más llenas, sus formas más redondas y elegantes.

Los artistas desamparan las banderas de Berruguete, se declaran por las proporciones y el estilo de Becerra, y las artes españolas reciben nuevo esplendor con su enseñanza, con sus obras y con las de Barroso y los Perolas, sus discípulos.

Entónces fué cuando, deseosos nuestros príncipes de domiciliar, las artes en su corte, atrajeron á ella gran número de artistas para hermosearla. Becerra, Mingot, Polo, Coello, Leoni y Carducci el mayor enriquecen los palacios del Pardo y de Madrid con obras excelentes. Todo se pintaba en aquel tiempo; todo se llenaba de estucos, de estatuas y adornos exquisitos, en que brillaban á un tiempo el genio de los artistas y la grandeza de los monarcas.

Pero la obra inmortal de San Lorenzo fué sin duda el mejor teatro de gloria que se abrió á los ingenios de aquella época. Felipe II, deseoso de erigir un monumento que atestigüase á la posteridad su devoción y su grandeza, despliega en la fábrica del Escorial todo su poder. La gloria de llenar el espacio de sus vastos deseos coronó entónces á dos famosos españoles, á Toledo y Herrera, de cuyos nombres durará la memoria tanto como la eterna maravilla en que la dejaron vinculada.

Para el adorno del templo, del monasterio y del palacio, acudieron de todas par-

tes los más acreditados artistas. Entre los extraños trabajaron con esplendor Pelegrin de Bolonia, Jácome Trezo y Rómulo Cincinato; pero otros no fueron tan felices, porque al mismo tiempo que los españoles Carvajal, Navarrete, Barroso y Monegro adquirían inmortal fama con sus obras, las de Zúcaro, Cambiaso y el Greco se vieron sucesivamente despreciadas. Parece que la fortuna vengaba el genio español del desaire de no haberle fiado toda la empresa. Aquellos artistas gozaban de una grande reputación en Italia, que no supieron conservar entre nosotros, como sucede á ciertas plantas indígenas de un suelo, que trasplantadas á otro se debilitan y empeoran, producen frutos de poco gusto y suavidad, y acaban perdiendo la virtud de germinar y producir.

A ejemplo de los príncipes, los grandes y señores de la corte apreciaban también las artes, protegían á los artistas y los empleaban en el adorno de sus palacios. El gran duque de Alba y el del Infantado, los marqueses de Tarifa, de Berlanga y Santa Cruz del Viso, el ministro Cobos, los Zúñigas, los Vargas y otros muchos señores, dejaron señalados testimonios de su buen gusto en Alba y la Abadía, en Lerma y Guadalajara, en Sevilla, en Berlanga, en el Viso, en Ubeda, en Plasencia, en Toledo

y en otras partes, donde se conservan todavía dignas y respetables memorias de aquel tiempo.

Ya entónces no estaban las artes encerradas en el ámbito de la corte, ni era uno mismo el centro del lujo y la riqueza, y el de la magnificencia y el buen gusto. Las grandes capitales les habian señalado honroso domicilio, y las protegían y alimentaban en su seno. Toledo, Sevilla, Córdoba, Granada, Valencia y otras ciudades tenían sus estudios, que competían con la escuela de la corte, y producían cada día muy buenos profesores. Yo no puedo pasarlas en silencio. La grande extensión del plan que me he propuesto me obliga por una parte á no olvidarlas, y por otra á correr con paso acelerado el campo inmenso que se abre á nuestra vista. ¡Qué muchedumbre de maestros célebres, de famosos discípulos, de obras y monumentos inmortales se ofrecen á nuestra imaginación en este instante! Ojalá tuviera yo el tiempo y la elocuencia necesarias para hacer de todos digna y detenida memoria!

En el renacimiento de las artes fué Toledo, como hemos visto, la cuna del buen gusto. La justicia que acabamos de hacer á los insignes artistas que establecieron allí las buenas máximas nos dispensa de repetir sus nombres. Sólo añadiremos que la

doctrina de Berruguete, Covarrubias, Toledo y Vergara se conservó sin mengua en muchos profesores que salieron de su escuela; que á pesar de su seco y desagradable estilo en la pintura, añadió el Greco mucho esplendor á las artes toledanas, y que sus discípulos Maino y Tristan, herederos de su doctrina, sin serlo de sus extravagancias, lograron allí un distinguido nombre, al mismo tiempo que los Basanes, Oriente y otros hábiles forasteros ilustraban con sus obras aquella antigua capital. Yo he visto en ella una copiosa série de monumentos, donde puede estudiar el curioso el origen, progresos y alteraciones de nuestras artes hasta el día, en que el celo de un prelado patriota y generoso las va restituyendo al esplendor que ántes lograron.

○ Pero pasando á hablar de Sevilla, permitame vuecelencia que no esconda los sentimientos de aprecio y gratitud con que mi corazón oye el nombre de un pueblo cuyos ilustres hijos han señalado la mejor parte de mi vida con singulares beneficios. Sí, gran Sevilla; sí, generosos sevillanos, yo voy á consagrar mi lengua en vuestro obsequio. ¡Feliz en este instante, en que la verdad me permite pagar á vuestra inclinación el tributo de gratitud y de alabanza que os debo de justicia!

Sevilla habia cultivado las artes ántes de

los Reyes Católicos, más como un oficio mecánico que como una profesion noble y liberal. El desgraciado Torregiani, contemporáneo y rival de Buonarota, y los flamencos Flores y Campaña, introdujeron en ella la emulacion y el buen gusto. Villegas, en cuyo favor, no sólo hablan sus obras, sino tambien la amistad con que le distinguió Arias Montano y Luis de Vargas, llamado el Jacob de la pintura, porque la buscó apasionado en Italia á costa de dos viajes de siete años, fundaron en su patria aquel famoso estudio, que produjo con el tiempo tan célebres artistas.

Era entónces moda en aquella culta y opulenta ciudad vestir las casas de cierta especie de tapicerías pintadas al temple, á que llamaban sargas. Como este género de pintura no dejaba lugar al arrepentimiento ni á la correccion, y era preciso para ejercitarle, sobre una grande exactitud en el dibujo, mucha destreza en el manejo del pincel, los antiguos pintores de Sevilla adquirieron en su ejercicio aquel valiente espíritu que caracteriza sus obras. Luis de Vargas[®] y sus discípulos trabajaron en sargas con gran crédito, y en esta ocupacion se criaron tambien Luis Fernandez, artista eminente, segun el testimonio de Pacheco; los Castillos, los Vazquez, Valdivieso y el mismo Pacheco, insigne teórico, aunque no tan feliz

en la práctica, más célebre por su enseñanza que por sus obras, y mucho más célebre aún por haber sido suegro y maestro del gran Velazquez.

Este ejercicio y el de las academias de dibujo, que nunca faltaron y fueron siempre muy frecuentadas en Sevilla, conservaron allí por mucho tiempo las buenas máximas, dando cada día nuevo esplendor á las artes.

¡Ojalá pudiese yo hacer digna memoria de todos los insignes profesores de la escuela sevillana! Pero ¿cómo podré olvidarme del doctor Pablo de las Roelas, del digno discípulo de Ticiano, que alguna vez se acereó en el colorido á su maestro, y que le excedió acaso en la invencion, en el dibujo y en los nobles caracteres de sus figuras? ¿Cómo pasaré en silencio á Zurbaran, al imitador del Carabagio, insigne por la fuerza de claro-oscuro, por la verdad de sus ropajes y por la facilidad de su dibujo? ¿Cómo no hablaré de Murillo, del suave y delicado Murillo, cuyo diestro pincel comunicaba al lienzo todos los encantos de la hermosura y de la gracia? ¡Gran Murillo! yo he creído en tus obras los milagros del arte y del ingenio; yo he visto en ellas pintados la atmósfera, los átomos, el aire, el polvo, el movimiento de las aguas y hasta el trémulo resplandor de la luz de la mañana. Tu nombre es el celebrado de todas las personas de

buen gusto; pero ¡cuánto más lo sería si el buril hiciese más conocidas tus obras!

No es este el lugar destinado para hablar del gran Velazquez ni del célebre Cano, dos grandes lumbreras de la escuela de Sevilla, de que haremos digna memoria en otra parte. Los nombres de los Herreras, los Valdeses, los Caros, de Antolínez, Ayala, Varela y otros muchos nos ocuparian tambien en este elogio si, precisados á seguir los progresos de la pintura en otras partes, no tuviésemos que separarnos de los sevillanos y Sevilla.

Al tiempo que Luis de Vargas galanteaba las artes en Italia para atraerlas á Sevilla, otro célebre andaluz, Pablo de Céspedes, hombre verdaderamente singular por su ingenio, por su literatura y sus virtudes, trataba tambien de domiciarlas en Córdoba, su patria. Despues de haber estudiado en Roma las tres artes cuando reinaba en ella el mejor gusto; despues de haber pintado en la Trinidad del Monte al lado de los Zúcaros, de Pelegrin de Bolonia y Perin del Vaga; y, finalmente, despues de haber inmortalizado su nombre restituyendo una bella cabeza á la estatua de su paisano Séneca, vuelve á Andalucía con su amigo César de Arvasia, valiente discípulo de la escuela de Leonardo, y establecen los dos en Córdoba un estudio famoso.

Dedicado continuamente Céspedes á las

artes y á las letras, hizo en uno y otro los más brillantes progresos. Su poema de la pintura bastaria para darle un lugar muy distinguido entre los amenos literatos y entre los sabios artistas. Pero su pincel no fué ménos feliz que su pluma, pues escribía y pintaba con igual inteligencia y gusto. Era exacto en el dibujo, gracioso en las fisonomías, grandioso en los caracteres y sabio en el uso de las tintas. Pacheco y Palomino le reconocen por uno de los maestros del buen gusto en Andalucía; pero todas las artes españolas deben á su doctrina y sus ejemplos una grata y respetable memoria.

Muerto Céspedes, sostuvieron la gloria de las artes en Córdoba sus discípulos Mohedano, excelente fresquista por el gusto de Arvasia; Zambrano, cuyas obras descubren algo de la gran manera de Rafael; Vela, que transmigró á la escuela de Carducci; Contreras, que pintó retratos con mucha correccion y frescura, y Peña, cuyas obras borró del todo la envidiosa mano del tiempo.

Habia por aquellos dias entre las escenas de Córdoba y Sevilla una correspondencia tan estrecha, que muchos de sus profesores pertenecen á una y otra, como tambien la gloria que anadieron al arte. Tales son los Castillos, los Valdeses, y otros que conservaron la buena doctrina en Córdoba

hasta los tiempos de Palomino, hijo de esta escuela, y á cuyos escritos deben mucha parte de su gloria las artes y los artistas españoles.

Entre tanto se iba formando en Granada otro estudio, que en el siglo XVII hizo famoso el nombre de Alonso Cano. Ya en los principios del siglo antecedente habia llevado allí el gusto y las buenas máximas de la escuela florentina el Torregiani; aquel infeliz artista, á quien la eminencia de ingenio, léjos de conducir á la fortuna, le hizo blanco y juguete de la persecucion y la desgracia. Despues de él trabajaron allí sobre el gusto de la escuela romana dos discípulos de Juan de Udina, Julio y Alejandro, que Carlos V envió á pintar en la Alhambra de Granada, deseoso de ilustrar con adornos romanos el mejor monumento de la arquitectura arabesca.

De estos artistas pudo ser discípulo Juan Fernandez Machuca, uno de los fundadores de la escuela de Granada, y que segun Palomino, siguió la gran manera de Rafael. Partió con Machuca esta gloria Pedro de Moya, que educado en la doctrina de Juan del Castillo, se perfeccionó en sus viajes á Inglaterra y Flándes, donde por algun tiempo oyó los preceptos y observó las obras de Wandick. De estas dos fuentes se derivó el suave y agraciado estilo que siguieron

los pintores granadinos de aquella época.

Ya entónces se habia formado en Sevilla el hombre eminente que debia levantar al mayor punto de gloria y esplendor la escuela de Granada. Alonso Cano, hijo de un arquitecto granadino, hábil en la profesion de su padre, pero más sobresaliente en la pintura y escultura, descubrió muy temprano su gran destreza en las tres artes. Discípulo sucesivamente de Pacheco, Herrera y Castillo, y siempre superior á sus maestros y á sus contemporáneos, parece que debió sólo á la naturaleza toda su enseñanza. Correcto en el dibujo, exacto en la simetría, gracioso y encantador en el colorido, sus pinturas serán siempre la delicia de las gentes de gusto. No fué inferior la gloria con que cultivó la escultura, de que nos ha dejado admirables monumentos. Pero ¡qué lástima para Granada que tantos talentos se hubiesen eclipsado con las mayores extravagancias! La gloria de la pintura murió con Cano en su patria, sin que hubiese dejado un solo discípulo digno del nombre de tan gran maestro.

Yo quisiera tener un tiempo menos limitado para hablar del estudio de Valencia y sus valientes profesores. Juan Juanez mereceria el más distinguido lugar en esta escuela, aun cuando no hubiese sido su primer maestro y fundador. Instruido en Italia en

la doctrina de Rafael, vino á comunicar á su patria los conocimientos que habia adquirido. No diré yo, con Palomino, que logró exceder al gran Sanzio; tales expresiones se deben graduar como hipérboles dictados por el efecto nacional; pero siempre alabaré en Juanez la hermosura y suavidad de su colorido, la verdad de su expresion, la gracia, la ternura, la divinidad de sus fisonomías. Parece que sus obras no están pintadas con la mano, sino con el espíritu; pero ¡con qué espíritu tan sábio, tan devoto, tan profundo!

Algo más tarde que Juanez, pasaron á Italia Zariñena y Rivalta, y aplicados á los maestros mas famosos de su tiempo, Ticiano y Anibal, se hicieron dignos de volver á pintar en Valencia al lado de Juanez. Parece que el segundo abandonó el estilo de su maestro por seguir el de Rafael, á que se acerca mucho más su manera, si ya no debió esta ventaja á los ejemplos que recibió del mismo Juanez. El primero fué un digno imitador del gran Ticiano, y tomó de él aquella gracia y verdad de colorido que es peculiar de su escuela. Valencia debe á estos tres maestros la buena enseñanza de sus artistas; pero sobre todo á Rivalta el padre, que por medio de su hijo y de Espinosa conservó allí por largo tiempo la gloria y el esplendor de la pintura.

Acaso me culpan ya mis oyentes porque tardo en hacer memoria del gran Ribera. Pero ¿qué falta harán mis elogios á un pintor tan celebrado en toda Europa? ¿Quién manejó con mas valentía el pincel? ¿Quién tocó con mas vigor las luces y las sombras? ¿Quién expresó mas vivamente los efectos de la humanidad alterada, ora estuviere marchita por los años, ora macerada con penitencias, ora destrozada y moribunda en la agonía de los tormentos? ¿Habrá por ventura algun espectador de alma tan insensible, que no se llene de un reverente horror á la vista de sus ancianos, de sus anacoretas y sus mártires?

Aunque por diferente camino, adquirió tambien mucha gloria en Valencia uno de los discípulos de Orrente, Estéban Marc, que guiado por la naturaleza hácia los objetos hórridos y fieros, logró expresar con gran verdad la confusion y el horror de los combates. Apénas se pueden considerar sus batallas, sin sentir alguna parte de la conmocion que causaria la misma verdad. Parece que el genio de la guerra daba al pincel de este hombre extraordinario el mismo impulso que pudiera al brazo de un soldado, para hacerle caminar al heroismo por medio de la carnicería y el destrozo.

Ni pereció del todo con estos profesores la gloria de las artes valencianas. Sotoma-

yor, que pasó de la escuela de Marc á la de Carreño; el erudito Victoria, el malogrado Bruc, Conchillos, Vila, Huerta y otros muchos, conservaron las semillas del buen gusto hasta el tiempo destinado á la renovacion de las artes por su ilustre academia y bajo los auspicios de su gran protector Carlos III.

Este nombre agosto vuelve toda mi atencion á la escuela de la corte, y me obliga á suprimir la memoria de otros estudios que florecieron por aquel tiempo en varias provincias. Pero permítame vucelencia que no olvide del todo los ilustres nombre de Martínez, Horfelin, Pertús y Raviela, que ilustraron con sus obras á Zaragoza; ni el del célebre aragonés Jimenez, honor del arte, por su ilustrada y ardiente caridad; que recuerde los nombres de Euguet, Guirró y Juncosa, gloria del principado de Cataluña; el del famoso naturalista Orrente, el vencedor de Caxesi, honor de Murcia, su patria, digno por sus obras y por sus valientes discípulos de eterna fama; el de Cristóbal Morales, lustre de Badajoz, llamado el Divino por haber representado siempre objetos de santidad y devocion; finalmente, los nombres de Salmeron y Vargas de Cerezo y Ledesma de Gonzalez, Pereda y Gil, de Gallegos, Yañez, Valpuesta y Baussá, que ilustraron en varios tiempos á Cuenca,

Búrgos, Valladolid, Salamanca, Almedina, Osma y Mallorca, sus patrias. Yo no puedo detenerme á ponderar las partes en que sobresalieron, ni hacer memoria de otros muchos, que el cronista de nuestras artes vengará algun dia de este silencio involuntario.

La corte de Felipe II, habitada de un príncipe que apreciaba y conocia las artes, de una nobleza ilustrada por su educacion y sus viajes, y de un pueblo rico con el mismo oro que le empobreció despues; donde el comercio y la carrera de las armas hacia cada dia grandes y repentinas fortunas, donde los buenos estudios se promovian y estimaban, las musas agradables se cultivaban y distinguian, y donde, finalmente, se habia entendido á todas las clases la inclinacion y el aprecio de las artes, era sin duda el teatro mas brillante que jamás pudo abrirse á la ambicion de los artistas.

En los gloriosos reinados de Carlos V y del mismo Felipe, Berruguete, Becerra, Moro y el Bergamasco, que siguieron la escuela de Buonarota; Zúcaro, que formado sobre el estilo de Rafael, fué despues maestro de Carducho, y el gran Ticiano, que dejó vinculado el gusto de su escuela en el Greco, y aun mejor en el canónigo Roelas, fueron los fundadores de la escuela de la corte. Del inmenso número de discípulos

que tomaron la doctrina de estos maestros y la propagaron á otros, permítame vucelencia que entresaque solamente aquellos nombres mas dignos de memoria.

Alonso Sanchez Coello, discípulo de Antonio Moro, imitador de Ticiano, y á quien su protector, Felipe II, solia llamar el Ticiano portugués, era merecedor de este nombre por el exacto dibujo y por la belleza de colorido que brilla en sus retratos. Jamás artista alguno se vió favorecido de la fortuna tanto como Sanchez Coello.

Solia Felipe divertirse asistiendo con familiaridad á su obrador, como se cuenta de Alejandro, que reposó alguna vez en el taller de Apéles de sus gloriosas fatigas. Algun dia se vió tambien al monarca español halagando al artista portugués con la misma mano que regia el cetro de dos mundos. Las primeras personas de la corte remedaban con sus obsequios el gusto y la humanidad del Soberano, concurriendo á visitar á Sanchez Coello. El cardenal Granvella, los arzobispos de Toledo y Sevilla, el gran don Juan de Austria, y aún el malogrado príncipe don Carlos, solian hallarse en el cortejo del artista. ¡Raros, pero notables ejemplos, que hacen mas lamentable el vilipendio en que cayeron despues las artes, y deben llenar de confusion y de verguenza á los que no saben apreciarlas!

Muerto Alonso Sanchez, sostuvieron el crédito del arte en la corte de Felipe III, no solo sus discípulos Liaño y el delicado Pantoja, sino tambien dos hábiles extranjeros, Bartolomé Carducci y Patricio Caxesi, de cuyas obras, como de las de Sanchez, pereció la mayor parte en el incendio de los palacios del Pardo y de Madrid. Vicente, hermano del primero, y Eugenio, hijo del segundo, fueron tambien herederos de su reputacion y doctrina. Felipe III los empleó con Nardi, el hijo de Cincinato, y otros muchos en la renovacion de los adornos del Pardo, que fué la más brillante palestra de los ingenios de aquel tiempo. El duque de Lerma los atraía á la corte, los recompensaba, y cuidaba á un mismo tiempo de la gloria del monarca y de la fortuna de los artistas. Entonces se llenó tambien Valladolid de obras estimables, y donde quiera que fijaba el Rey su residencia, dejaba durables monumentos de su grandeza y su buen gusto.

Pero la época más señalada en la historia de las antiguas artes españolas fué sin duda el reinado de Felipe IV, príncipe que conversaba con las musas, que entedia y ejercitaba las artes, y se gloriaba de proteger á los poetas y á los artistas. Apenas había subido al trono, cuando Velazquez, cuyas obras ya admiraba su patria, vino á buscar

en Madrid un teatro más proporcionado á la extension de sus talentos. El Conde-Duque conoce en sus primeros ensayos al mejor artista de su tiempo; le aplude, le anima, le ofrece su proteccion, y se da priesa por granjearle la de la corte y el Monarca. Sus primeras obras, expuestas al público, fijan en un instante su reputacion y su fortuna. ¡Qué dia tan glorioso para Velazquez, para Sevilla y para toda España, aquel en que los artistas mismos, á vista del retrato ecuestre de Felipe IV, reconocieron en su pincel el principado de la pintura!

En este triunfo fueron comprendidos pintores naturales y extranjeros. Carducci, Caxesi, Angelo, Nardi, profesores de mérito distinguido ceden tambien á la superioridad de Velazquez. El solo logra el honor de retratar al Soberano, como otra vez Apéles á Alejandro. Todas las bocas se ocupan en alabanza suya, y hasta el silencio y los susurros de la envidia concurren al aplauso del pintor sevillano.

Tanto se debía á las eminentes calidades que le adornaban; porque ¿quién tuvo más verdad en el colorido, mas fuerza en el claro-oscuro, más sencillez en la expresion, más variedad, más verdad, más sabiduria en los caracteres? El solo, entre tantos, supo dar á sus personajes aquel aire propio y nacional, á cuyo hechizo no pueden resistirse los ojos

ni el corazón de quien los mira. Él solo por medio de una sabia aplicación de los principios ópticos, expresó los efectos de la luz en el ambiente y los del aire iluminado por ella en los cuerpos, y hasta los vagos intermedios que los separan. Alaben otros, en hora buena, las gracias de la belleza ideal, buscada casi siempre en vano por los corretores de la verdad y la naturaleza, mientras que aplaudiendo sus conatos, damos nosotros á Velazquez la gloria de haber sido singular en el talento de imitarlas.

Nobles jóvenes que estais escuchando, honor, delicia y esperanza de nuestras artes, no os desdendeis de seguir las huellas de tan gran maestro. La verdad es el principio de toda perfeccion, y la belleza, el gusto, la gracia no pueden existir fuera de ella. Buscadlas en la naturaleza, eligiendo las partes más sublimes y perfectas, las formas más bellas y graciosas, los partidos más nobles y elegantes; pero sobre todo, aprended de Velazquez el arte de animarlas con el encanto de la ilusion; con este poderoso encanto, que la naturaleza habia vinculado en los sublimes toques de su mágico pincel. Las obras de Velazquez convertian hácia las artes la atención de la corte y la nobleza, y hacian que todos se gloriasen de protegerlas. Las casas de los grandes y señores, emulando el lucimiento de los reales palacios,

se pintaban tambien al fresco y se adornaban con cuadros, estatuas, estucos y bronces exquisitos. ¿Quién podrá referir los nombres de tanto ilustre protector como entonces lograron las artes y los artistas? Los duques de Medinaceli y Medina de las Torres; los condes de Monterey, de Oñate y Benavente; los marqueses de Leganés, de la Torre y Villanueva del Fresno, el príncipe de Esquilache, el Condestable, y sobre todo, el almirante de Castilla, aquel gran Mecénas de los artistas españoles, digno por su celo y su buen gusto de eternas alabanzas, tenian en sus palacios preciosas y abundantes colecciones, que buscaban con ansia y registraban con admiracion los naturales y extranjeros.

Yo no puedo apartar de mi imaginacion aquellos memorables dias en que el desdichado príncipe de Gáles, tan célebre por su afición á las artes como por sus ruidosas desgracias, iba reconociendo estas colecciones al lado del famoso Rubens, el amigo de Velazquez y el príncipe de los pintores flamencos. ¡Oh! cuánto tuvieron que admirar uno y otro en el gusto y la magnificencia de nuestros grandes! ¡Con cuánta generosidad ofreció la corte á aquel príncipe las buenas obras que apetecia! Con qué profusion pagaba él mismo las que solo se sacrificaban al interés! Pero el destino habia resuelto que

este ilustre aficionado, léjos de empobrecer, enriqueciese el tesoro de nuestras artes. El mismo sacrilego furor que privó de la vida y la corona al infeliz Carlos I, hizo tambien la guerra á sus gustos y aficiones, y la más preciosa parte de sus pinturas vino, por su muerte, á enriquecer la admirable coleccion del Escorial.

En medio de la gloria que derramaban sobre las artes el genio sublime de Velazquez y los esfuerzos de muchos dignos artistas, se iban poco á poco olvidando las buenas máximas, y sucediendo á ellas la arbitrariedad, que debia un dia desterrarlas de nuestro suelo. Una muchedumbre increíble de ingenios pobres y mezquinos habia entrado en las artes, llevada de la esperanza de sorprender en ellas la fortuna. Sin pasar á Italia, sin observar el antiguo, sin adornarse de los conocimientos necesarios, y lo que es más, sin estudiar por elementos el dibujo, creian que la fuerza sola de su genio les podria levantar hasta la esfera adonde se habian remontado sus deseos.

Este vano empeño solo produjo un enjambre de artistas aventureros, que ejercitando las nobles artes como profesion mecánica y servil, apenas sacaban de ellas una miserable subsistencia, al mismo tiempo que las envilecian. Para vender sus malas obras las exponian en tiendas públicas que eran otras

tantas redes tendidas á la afición del ignorante vulgo. El Gobierno, que vió de repente confundidas las artes nobles con las mecánicas en el humilde tráfico que se hacia con los productos de unas y otras, juzgó que las debia confundir tambien en el tributo de la alcabala. La pintura estuvo por algun tiempo amenazada de un golpe, que la hubiera sepultado para siempre en el mayor vilipendio, si tres celosos y sábios profesores, el Greco, Nardi y Carducchi no hubieran defendido su nobleza y ejecutoriado solemnemente su libertad. A tanto descrédito habia reducido las nobles artes la codicia de algunos oscuros profesores!

Pero el conocimiento de este mal despertó al fin el designio de remediarle. Ningun recurso mas oportuno que el de erigir un cuerpo permanente, que conservando las buenas máximas, velase siempre sobre la gloria de las artes. En efecto, se concibe y propone el plan de una academia pública para la enseñanza del dibujo y de las ciencias auxiliares y amigas de las artes. El reino junto en cortes examina este plan, le aprueba y clama por su establecimiento. El Conde-Duque se declara protector de la empresa, y el Monarca la autoriza con su sanción. Todo se dispone para el logro de tan loable designio, todo se facilita. Pero ¡qué confusion, qué oprobio para algunos artistas de aquel tiempo!

¿Será creíble que los obstáculos que frustraron tan gloriosa empresa nacieron de entre los mismos profesores? Por fortuna los nombres de estos enemigos de las artes se hundieron con ello en los abismos del tiempo y del olvido. ¿Quién, si nó, los hubiera librado de la execración de su posteridad?

Entretanto Velazquez descollaba sobre todos sus contemporáneos, y hecho el Atlante de la pintura, sostenía sobre sus hombros toda la gloria del arte. Un viaje que hiciera al Escorial en compañía de su amigo Rubens y otro á Italia, seguido al marqués de los Balbases habian extendido maravillosamente la esfera de sus conocimientos por medio del estudio de las obras del Veronés del Tintoretto, Buonarota y Rafael, y por el de los antiguos modelos del palacio de Médicis. Su reputacion era ya superior á los tiros de la envidia y á los reveses de la suerte; pero no habia corrido aún todo el campo de gloria que le señalara la fortuna.

Felipe IV, siempre deseoso de promover las artes, forma el proyecto de hacer una coleccion de modelos antiguos y modernos, que librase á sus vasallos de la necesidad de ir á buscarlos á Italia. Velazquez, nombrado para esta empresa, se embarca con el duque de Nájera; observa en Génova las obras del Calvo y la célebre estatua de Andrea Doria; pasa á Milan, á Padua y á Ve-

necia, donde recoge algunos cuadros del Veronés y el Tintoretto; vuela de allí á Bologna, y recluta á Colona y Miteli, célebres fresquistas, para traerlos á Madrid; reconoce las colecciones de Florencia y Módena; detiéndose en Parma á ver las obras del Parmesano, y admirar la prodigiosa cúpula del Correggio, y libre de aquel encanto, abraza en Nápoles al famoso Ribera y llega por fin á Roma. Los retratos de Inocencio X, del cardenal Pamphili, su ministro, y de otros personajes, le granjean el favor de aquella corte. Valido de él, compra algunos originales antiguos y hace sacar modelos de los demas; el Laocoonte, el Hércules de Glycon, la Cleopatra, el Antinoo, el Mercurio, el Apolo, la Niobe, el Gladiator; finalmente, cuanto habia conservado el tiempo de bueno y admirable, todo fué objeto de la observacion de Velazquez, todo lo busca, lo adquiere, lo copia y lo conduce para enriquecer la coleccion de su protector y soberano.

Vuelto á España, se vacian en bronce y yeso las estatuas y se colocan en el palacio de Madrid para ser algun dia alimento de las llamas. Las pinturas que habia adquirido, las compradas en la almoneda de Carlos I y los que presentaron á su majestad varios señores de la corte, se trasladan al Escorial, donde Velazquez las describe y co-

loca. Todo se hace por su dirección y por su arbitrio. La gracia del Monarca y la estimación de la corte habían subido al más alto punto, y el retrato de la infanta doña Margarita, milagro del arte, que Jordan llamaba el dogma de la pintura, y de donde el delicado Mengs no sabía apartar sus ojos, acabaron de llenar el espacio que el cielo había señalado á su reputación.

¡Ojalá pudiese yo separar de mi discurso la triste memoria de la muerte de este hombre célebre, que por espacio de treinta y siete años fué el mejor ornamento de las artes españolas! Pero la verdad me obliga á recordarla á vuestre ciencia, y aún á decir que con Velazquez murió también en España la gloria de la pintura.

Aunque Carreño, Camilo, Arias y alguno otro se habían distinguido en la escuela de Pedro de las Cuevas, y aventajado á su maestro, Rici y Roman, discípulos de Carduechi, Muzo y Villacis, que lo fueron de Velazquez, sostenían muy débilmente la gloria de sus nombres.

Los demás artistas, entregados á su sola imaginación, buscaban caminos nuevos para sobresalir entre la muchedumbre, así como hacían, con afrenta de las musas, los poetas de aquel tiempo. Cuál buscaba la sublimidad y hallaba la hinchazón, cuál quería ser correcto y se hacía amanerado, unos

huyendo de la vulgaridad, caían en la afectación, otros, siguiendo demasiado la inclinación del vulgo, se hacían triviales y groseros. Finalmente, algunos discípulos de Juan del Castillo, en Andalucía, de Marc, en Valencia, y de Cuevas, en Madrid, empezaron á alterar las buenas máximas, y desde entónces, como hubo Góngoras y Silveiras, Vegas y Moltalvanes, Paravicinos y Valdiviesos, que corrompieron y desfiguraron la poesía y la elocuencia, hubo también Alfáros, Donosos y Atanasios, que alteraron y corrompieron la pintura.

Lo mismo sucedió con la escultura, Cano, Montañés, Hernandez y Pereira la habían cultivado con esplendor en Granada, Sevilla, Valladolid y Madrid, pero por su muerte apenas quedó alguno capaz de reemplazarlos, si ya no damos esta gloria á Mena y á Roldana.

La ruina de la arquitectura precediera algun tanto á la de las otras artes. Perdió primero la regularidad y el decoro de que habían dado tan buenos ejemplos Toledo, Herrera, el Greco y los mismos Cano y Hernandez, y empezó despues á producir edificios fanfarrones, donde la riqueza del ornato escondía la falta de orden y sistema y deslumbraba al ignorante espectador. Herrera, Barnuevo, Rici y Donoso pueden contarse entre los que pusieron en boga el

gusto mezquino y embrollado, y abrieron el camino á las extravagancias de Churriguera.

Entre tanto se aparece en Madrid el hombre extraordinario que debia acabar de una vez con los artistas y con las artes españolas. Bien conozco que muchos de los presentes oirán con escándalo su nombre; pero es forzoso pronunciarle. Es forzoso decir que Lucas Jordan fué uno de los destructores de nuestras artes. Esta triste verdad se ha descubierto mucho tiempo há por los buenos observadores de nuestro siglo, y la autoridad y la razon la confirman de un modo incontestable.

Jordan, nacido al mundo con un sublime y elevado talento para la pintura, educado primero en la libre y descuidada escuela de su padre, adelantado despues en la de nuestro Ribera, y perfeccionado finalmente en Roma y en Venecia con el estudio del antiguo y de las obras de los grandes maestros se hizo capaz de aventajarse á cuantos artistas le habian precedido y de reunir en sí sólo toda la gloria del arte. Poseedor del talento de imitar en un grado eminente, dotado de una imaginacion la más fecunda y brillante que se ha conocido, prodigiosamente diestro en la ejecucion de sus ideas, en el uso de los colores y las tintas y en el manejo del pincel, ¡con qué obras no hu-

biera immortalizado su nombre, si en lugar de sacrificar sus talentos al interés y á la fortuna, los hubiese consagrado solamente á la perfeccion y á la gloria!

Pero Jordan fué siempre esclavo de la codicia, y solo pintó para satisfacerla. Despues de haber imitado á Ribera, al Tintoretto, á los Caracis, y aún al mismo Rafael, le vemos preferir el defectuoso estilo de Pedro de Cortona, y seguirle siempre como á su guia y maestro. ¡ Ah! Si le juzgamos por la mayor parte de sus obras, ¡cuán diferente le hallamos de lo que pudo ser! ¡Cuánto descuido no se advierte en su dibujo! Cuánta confusion, cuánto bullicio en sus composiciones! ¡Cuán poco decoro en las personas y en las actitudes! ¡Qué uniformidad tan causada en los semblantes! Yo no puedo dejar de compararle á un célebre poeta de su siglo; Lope de Vega y Jordan fueron muy parecidos en la elevacion de sus talentos y en el influjo que tuvieron en la poesia y la pintura por el abuso de ellos. Dotados ambos de una facilidad incomparable, parece que se contentaban con producir mucho, sin empeñarse en producir bien. Uno y otro publicaban sus ideas originales, sin que el pincel ni la pluma las corrigiesen ni acabasen. Uno y otro arrastraban tras sí los ojos del vulgo, y aún los de muchos profesores, más por la pompa y aparente armonía que

reinaba en sus obras, que por el mérito intrínseco de ellas. Lope llenó nuestros teatros de dramas irregulares y monstruosos, que desterraron de la escena el orden, la verdad y el decoro; Jordan llenó nuestros palacios y nuestros templos de composiciones recargadas, donde el decoro, la verdad y la exactitud se ven sacrificadas á la abundancia y vana ostentacion. El uno hizo de sus imitadores unos poetas insulsos; afectados y charlatanes; el otro de los suyos unos pintores atrevidos, incorrectos y amanerados. Finalmente, los dos desterraron el orden, la regularidad y la decencia de la poesía y la pintura.

Entre tanto la corte, la nobleza, la nación toda se había declarado por Jordan, y empezaba á mirar con hastío las obras que con mano juiciosa y detenida trabajaban los pocos partidarios del buen gusto. Claudio Coello, discípulo de la naturaleza y la última esperanza de las artes españolas, apuraba todo su saber en una obra capaz de restituirles el honor que habían perdido. Despues de un prolijo y detenido estudio, presenta al señor Carlos II el admirable cuadro de la *Santa Forma*. A su vista todos aplauden la verdad y la exactitud; pero todos culpan la lentitud y detencion de su trabajo ¡Como si fuese fácil producir una maravilla en un momento, ó como si no fuese disculpable la lentitud de

quien pintaba para la eternidad! En fin, la preocupacion, que habia contagiado desde el primero hasta el último hombre de la corte, hizo que Jordan triunfase, que Coello muriese desairado, y que profetizando la ruina de las artes, llevase consigo al sepulcro la esperanza de su restauracion.

Pero dejémoslas otra vez sumidas en el olvido, y volvamos por un rato los ojos á España, envuelta ya en aquella famosa guerra que aseguró el trono al padre de los Borbones; sus restauradores. Las musas habian huido medrosas de nuestra corte, engolfada en un piélago de proyectos marciales y políticos, y esperaban en silencio que llegasen á su sazón los triunfos de Felipe para volver á descansar á la sombra de sus laureles. Entre tanto el mal gusto hacía tambien la guerra á los bellos monumentos del tiempo antiguo. Las pinturas, estátuas, vasos y otras preciosidades, que antes adornaban los grandes edificios, iban saliendo de ellos poco á poco, y en su lugar entraban las telas, el oro, los cristales y otros adornos, substituidos por la moda y el capricho. Desde entonces empezamos á mirar con hastío la sencillez de nuestros padres; y cansados de lo que ellos habian tenido en grande estima, feriamos los adornos de moda al cambio de las mejores producciones de las artes.

¡Quién podrá recordar sin lástima aquel

tiempo en que, al favor de la universal confusión iba saliendo de nuestros confines la mayor parte de los preciosos monumentos que tantas personas de buen gusto habían recogido en el largo espacio de dos siglos! ¿Adónde están ahora aquellas copiosas y exquisitas colecciones que honraban otras veces los palacios de nuestros grandes y las casas de nuestros nobles? ¿Qué se ha hecho de aquellos preciosos museos formados á tanta costa, aumentados con tanto afán y poseídos con tanto gusto? Que se abran por un instante á nuestra vista los palacios de la corte y las provincias; entremos de repente en ellos, busquemos las obras de los célebres artistas, recogidas por nuestros abuelos... Pero ¿qué digo? Preguntemos siquiera por aquellas venerables series de retratos que conservaban en otro tiempo á sus poseedores la historia de sus familias y la imagen de sus ilustres ascendientes. ¿Que se hizo de ellas? ¿Cómo han desaparecido de nuestra vista? ¿A tanto pudo llegar el descuido, que no exceptuásemos del comun menosprecio los semblantes de nuestros mismos abuelos? ¿Por ventura podremos aplicarnos aquella sentencia de Plinio en tiempo de Trajano? «Desde que nuestras costumbres, decía, no se parecen á las de nuestros mayores, nos curamos muy poco de conservar sus imágenes.»

«La pintura, decía también Plinio, era una arte noble cuando los reyes y los pueblos la sabían apreciar; mas ya han logrado desterrarla los mármoles y el oro. ¡Oh! ¿qué diría si viese nuestras casas, no ya cubiertas de láminas de oro ni adornadas con raros y exquisitos mármoles, sino vestidas de estofas y damascos, ó lo que es peor, de humildes lienzos y de ridículos papeles?»

Pero ¿por qué renuevo á vucelelencia la memoria de una época tan triste para las artes, si el nombre sólo de Felipe nos ofrece la idea de su restauración? Cuando este gran monarca pasó los Pirineos, ya le inflamaba el deseo de restaurar en España las ciencias y las artes; y aun no le libraré del todo de los cuidados de la guerra la célebre paz de Utrecht, cuando ya le vemos ocupado en la ejecución de tan glorioso designio. Casi al mismo tiempo de fundadas las sábias academias, por quienes la lengua castellana, la poesía, la elocuencia y la historia recobraron su primitivo esplendor, levánta en los ásperos montes de Valsain y en el sitio que ocupaba el antiguo alcázar de Madrid dos insignes monumentos, que llevarán su gloria á la más remota posteridad. Los mejores artistas que conocían en su tiempo Italia y Francia, Fermin Tierri, Dumander, Wanloó, Procacini, Yubarra, Sacchetti, trabajan en la ejecución de sus

designios. Abre su generosa mano y trae á España la preciosa coleccion de antiguos monumentos que había juntado en Roma la célebre reina Cristina; y deseoso de fijar para siempre las artes en su reino, se dispone á la fundacion de una academia.

¿Quién podrá negarte, oh ilustre Villarias, la gloria que es debida al patriótico y generoso afan con que promoviste este designio ante aquel buen monarca; ni á tí, Olivieri, ni á vosotros, celosos miembros de la junta creada por Felipe, la de haber cooperado á los intentos del Soberano y del Ministro? Volved la atencion, oh nobles concurrentes, á ese monumento de gratitud que teneis á la vista, y hallaréis en él perpetuada la memoria del solemne dia que descubrió á toda España la idea de un establecimiento tan glorioso. ¡Ah! La muerte no permitió á Felipe que gustase el fruto de tan generosa proteccion; y transfiriendo á sus augustos hijos el cuidado de coronar sus designios, privó á España de un poder y á las artes de un protector, que vivirá eternamente en su memoria.

Fernando sube al trono, tan ansioso de seguir el ejemplo de su gran padre, que parecía haberle sucedido sólo para cumplir sus intenciones. Apénas le informa Villarias, cuando dispensa una completa aprobacion á los designios de Felipe. El feliz dia de tu

glorioso nacimiento amaneció entonces, ¡oh ilustre Academia! Otro ministro patriota, el esclarecido Carvajal, cuya memoria será siempre grata y respetable en tus fastos, se declara tambien en favor tuyo. A su inspiracion, Fernando te dota generosamente, te da prudentes leyes, te comunica su nombre, y solemnizando con su sancion tu existencia, erige en tí un perpétuo asilo para las artes españolas.

¡Ojalá tuviera yo la elocuencia de Tulio, para perpetuar la memoria de este origen, oh nobles académicos! Ojalá pudiera renovar toda la gloria de aquel dia, en que un grave magistrado anunciaba con voz de oráculo á la nacion española las grandes esperanzas que vuestro celo y aplicacion han realizado! Mas ¿quién será tan insensible al bien de su país, que olvidándose de una época tan señalada, no bendiga continuamente la memoria de Carvajal, el augusto nombre de Fernando, y el perdurable monumento que los conserva á las generaciones futuras.

Yo entro, finalmente, á tratar de la última y más gloriosa época de nuestras artes. Pero al pasar desde el elogio de los muertos á la alabanza de los vivos, ¿habrá acaso entre los que me oyen quien recele que mi boca, consagrada tanto tiempo á un ministerio de verdad y justicia, pueda prestar su voz en este instante á la mentira y á la adulacion?

Mas ¿qué ridículo temor me turba y embaraza? ¿No son cuántos me escuchan fieles testigos de lo que voy á referir? Si, nobles oyentes: yo espero, yo exijo de vosotros que honreis con vuestra aprobacion esta parte de mi discurso; con una aprobacion que imponiendo silencio á la murmuracion y á la envidia, sea el más irrefragable testimonio de la verdad de mis palabras.

Mientras honraba España con abundosas lágrimas la tierna memoria de Fernando, sorprendido por la muerte en la mitad de su carrera, venia desde Nápoles á ocupar su trono el augusto Carlos III; este monarca generoso, á quien ya daba Italia el nombre de restaurador de las artes, por haber ennoblecido con magnificas obras á Nápoles, Portici y Caserta; por haber descubierto y sacado de las entrañas de la tierra dos grandes ciudades de la antigüedad, Pompeya y Herculano; por haber derramado en todo el mundo la noticia de sus bellos monumentos, y finalmente, por haber recompensado á los artistas con una generosidad digna del tiempo y del espíritu de Alejandro.

Cuánta atencion le hubiesen merecido las artes despues de su venida á España lo publica una multitud de grandes y bellos monumentos, erigidos en la extension de sus dominios, donde brillan igualmente la magnificencia y el buen gusto; lo publican estas

mismas paredes, augusto domicilio de la naturaleza y del arte, debido á su beneficencia; lo publican los célebres estudios de Valencia, Barcelona, Sevilla y otras ciudades, fomentados por su generosa proteccion, y las artes fugitivas de las provincias restituidas á su seno; lo publican, en fin, las mismas artes, levantadas bajo su glorioso gobierno á un punto de prosperidad donde no pudieron llegar en las edades precedentes.

Mas ¿para qué buscamos ejemplos distantes de nosotros? Esta misma córte en que habitamos, Madrid, sacaba del abismo de la inmundicia á la luz del más brillante esplendor; renovadas sus calles, sus plazas, sus puertas y paseos; llena de suntuosos edificios, gallardas fuentes, bellas estátuas, arcos magníficos y toda especie de exquisitos adornos; Madrid, donde la arquitectura ha recobrado su antigua majestad, la escultura, su gentileza, la pintura su gracia y su decoro, el grabado y todas las artes del dibujo su gusto y elegancia, ¿no será en lo venidero el más glorioso y durable testimonio de la magnificencia de Carlos?

Pero hagamos tambien justicia á los instrumentos de su beneficencia, y tejiendo en el elogio de Augusto las alabanzas de Mecénas, aplaudamos el celo del sábio ministro que tenemos presente del que supo convertir una parte de la legislacion hácia

la gloria de las artes; del que ha dado á nuestro cuerpo la suprema magistratura del buen gusto; del que negó al gusto depravado la entrada en nuestras ciudades, en nuestros templos y edificios públicos; del que nos ha perpetuado la posesion de los monumentos; del buen tiempo, cerrando nuestros puertos á las obras de los pintores célebres, con que antes hacian un vil comercio, la ignorancia y la codicia. La posteridad, que cogerá todo el fruto de su ilustrada proteccion, hará algun día á su memoria un elogio más cabal que el mio, sin el riesgo de lastimar su moderacion ni de defender su modestia.

Aquí debiera yo hacer memoria de los valientes profesores que la penetracion de Carlos supo escoger para el adorno de sus corts y palacios; pero no es tiempo todavía de hablar de los que viven y aumentan con sus obras el patrimonio de su reputacion; y cuando quisiera tratar de aquellos cuya fama ha fijado ya la muerte, veo la sombra de un profesor gigante, que descuella entre los demás y los ofusca: la sombra de Mengs, del hijo de Apolo y de Minerva, del pintor filósofo, del maestro, el bienhechor y el legislador de las artes.

Sí, señores; nosotros debemos á Mengs estos honrosos títulos; y cuando yo los atribuyo á su memoria, creo que mi boca es sólo un órgano destinado á hacer la expresion

de nuestros comunes sentimientos. Mas no penseis que Mengs ha muerto para nuestra academia ni para España. Su nombre vive y vivirá en la más distante posteridad. Vivirá en sus discípulos, esperanza de nuestras artes; vivirá en el célebre musco que adorna estas moradas, vivirá en sus divinas obras, vivirá en sus profundos escritos, tesoro de inestimable doctrina, que se puede llamar el catecismo del buen gusto y el código de los profesores y amantes de las artes; vivirá, finalmente, en los elogios que la amistad y la justicia dictaron á un distinguido miembro de nuestra asociacion con cuya florida elocuencia no puede entrar en lid la rudeza de mis palabras.

Y cómo, hablando de Mengs, no haré memoria de uno de sus amigos, del más ardiente partidario de su doctrina y del buen gusto, del celoso viajero que guiado por el patriotismo corre de un cabo al otro nuestra Península, visita sus villas y ciudades, las plazas, los templos, las obras públicas, busca por todas partes los monumentos de las artes, hace conocer y apreciar las obras estimables, ejerce una imparcial y rígida censura contra los abortos de la extravagancia, y persigue y acosa el mal gusto hasta hacerle huir avergonzado de los dominios que habia tiranizado por tantos años?

Sí, ilustre Academia; yo me atrevo á

anunciarte que el feliz tiempo de mirar las artes subidas al ápice de la perfeccion está ya muy cercano. Tú ves difundido por todo el reino y comunicado á todas las clases el amor y aprecio de sus bellezas, que es el mejor anuncio de su prosperidad. Una centella de este amor, desprendida del corazon de Carlos, ha bastado para inflamar todos los corazones. ¿Y quién pudiera resistirse á la influencia de tan ilustre ejemplo?

Pero ¿no tenemos á la vista otro ejemplo, que es la más segura prenda de nuestras esperanzas? El primogénito de Carlos, delicia y esplendor de la nacion española, ¿no es el primero y el más ardiente apasionado de nuestras artes? ¿Con cuánto laudable afan recoge sus monumentos! ¿Con qué delicado discernimiento los distingue y aprecia! ¿Con cuanta generosidad emplea y recompensa, con cuanta bondad alienta y estimula á nuestros artistas! ¡Oh augusto príncipe! si acaso mi humilde voz puede subir á la encumbrada esfera donde habitas, dignate oírta propicio, pues te habla á nombre de las mismas artes que proteges! Continúalas, ho generoso Carlos, esta benigna proteccion, que tanto las ensalza y en que está cifrada la esperanza de su prosperidad. Reconoce la influencia de tu ejemplo en el ansia con que todos le imitan. Mira á tu digno hermano, al serenísimo Gabriel, uniendo á la proteccion de las

letras este mismo amor á los bellos monumentos de las artes. Mira la mayor parte de la nobleza de España, los jefes de la Iglesia y de los pueblos, las comunidades y cuerpos públicos, animados del mismo espíritu. Inspira, oh príncipe venerado, inspira al augusto Infante, al hijo de la patria y su más dulce esperanza, inspírale, con tus virtudes y las de tu excelso padre, tu aficion y la suya á nuestras artes; para que creciendo y educándose en ellas, se eternice algun dia entre nosotros su esplendor y su gloria.

¡Felices vosotros, anables jóvenes, que empezais á coger el fruto de vuestra aplicacion á vista de unos príncipes que saben estimar vuestros sudores! Felices, por haber nacido en un tiempo en que los sublimes principios de las artes están ya generalmente reconocidos, y en que los partidarios de la preocupacion y la ignorancia huyen desde su campo á las banderas del buen gusto! Felices, por haber estudiado en un suelo en que podeis observar de noche y dia los ejemplares griegos, las obras de vuestros ilustres paisanos, y sobre todo, la naturaleza, primer modelo y prototipo de las artes! El honor, que es su mejor alimento; el honor, dulce y gloriosa recompensa de los artistas, ya no os abandonará en vuestra carrera. Este ilustre cuerpo está encargado de su

conservacion. Vosotros sois los hijos de sus desvelos; vuestra gloria es suya, y despues de haber coronado los primeros esfuerzos de vuestro ingenio, habeis adquirido un derecho inamisible á su generosa proteccion.

Ve aquí, noble Academia, la primera obligacion de nuestro instituto, y ve aquí tambien el primer objeto de mis exhortaciones. Si mi débil voz, sin el auxilio de los conocimientos técnicos y sin el aparato de la elocuencia, se ha atrevido á pintar el inmenso cuadro que representa el destino de las artes desde su origen hasta el presente estado, sólo ha sido para poner á tus ojos la série de causas que han influido otras veces en su elevacion ó su ruina. Tú las has visto nacer en el siglo de oro de la nacion, prosperar hasta la época del mal gusto, caer precipitadamente en vilipendio, hasta que el padre de los Borbones pudo volver hácia ellas una parte de su atencion; reflorcer en los reinados de Felipe y Fernando, y levantarse en el de Carlos III á un punto de esplendor que nunca habian conocido. A tí te toca velar de hoy más sobre su gloria y prosperidad. Un continuo desvelo en establecer y propagar las buenas máximas, en hacer sangrienta guerra á las obras de bárbaro y depravado gusto, en promover la aplicacion y el honor de los artistas, harán

que nuestras artes, protegidas por nuestros príncipes, estimadas por nuestros nobles y apreciadas por todas clases del Estado, suban á tu vista á un punto de esplendor y de gloria que no te deje envidiar los tiempos de Alejandro, de Augusto, de Leon X y de Felipe II.

MEMORIA

DEL CASTILLO DE BELLVER,

DESCRIPCION HISTÓRICO-ARTÍSTICA.

*!Le moyen de ne pas méditer sur
ce que l'on voit tous les jours!
(MAD. DE SEVIGNÉ.)*

A cosa de media legua, y al oeste sudo-este de la ciudad de Palma, se ve descollar el castillo de Bellver, al cual nuestras desgracias pudieron dar alguna triste celebridad. Situado á medio tiro de cañon del mar, al norte de su orilla, y á muchos piés de altura sobre su nivel, señorea y adorna todo el país circunyacente. Su forma es circular, y su cortina ó muro exterior la marca exactamente; sólo es interrumpida por tres albacaras ó torreones, mochos y redondos, que desde el sólido del muro se avazan, mirando al este al sur y al oeste, y le sirven como de traveses. Entre ellos hay cuatro garitones, circulares tambien, y arrojados del parapeto superior, los tres abiertos, y al raso de su altura otro cubierto y elevado

sobre ella. Iguales en diámetro y altura hasta el nivel de la plataforma, empiezan allí á disminuir y formar un cono trunecado y apoyado sobre cuatro columnas colosales, que resaltadas del muro, los reciben en su collarin, y bajan despues á sumirse en el ancho vientre del talús. Escóndese este en el foso, y sube á toda su altura, formando con el muro del castillo un ángulo de cuarenta y cinco grados, y girando en torno de él y de sus torres. El foso, que lo abraza todo, es ancho y profundísimo, y sigue tambien la linea circular, salvo donde los cubos ó albacaras le obligan á desviarse y tomar la de su proyectura. En lo alto, y por fuera del foso, corre la esplanada, con débiles parapetos, ancha y espaciosa, perosin declives, y siguiendo siempre la forma y líneas que el foso le prescribe.

A la parte que mira al oeste, sale y se avanza del centro de la esplanada un antiguo y débil baluarte, desde el cual hasta el puente levadizo se ve reforzado el muro exterior con una fuerte batería de nueve cañones, levantada en él en el siglo anterior á la moderna, para oponer a los fuegos que pudieran colocarse en las alturas vecinas. En torno del mismo muro corre por defuera un estrecho contrafoso, de forma y fondo irregular, y al todo rodea una buena estacada, con su camino cubier-

to y glásis, añadidos también á la moderna.

Entrase de la estacada al castillo por una puerta que mira al norte. Pásase luego por el puente levadizo, echado sobre el contrafoso, á otra que mira al norte nordeste, y comunicada con la esplanada, desde la cual, por otro puente, antes levadizo y hoy firme, con sus ladroneras en lo alto y dobles puertas, á la antigua, abajo, se pasa sobre el foso por frente del oeste noroeste al interior de la fortaleza, única entrada, pues que otro puente que había á la parte del sur no existe ya.

Mirando al norte y entre los dos puentes se levanta desde el fondo del foso, y aislada por él, la gran torre del homenaje, que venciendo la altura del castillo, descuellla orgullosa más de cuarenta y cinco piés sobre su plataforma. Es también circular, y su cima se ve ceñida en torno de treinta y ocho grandes modillones almohadillones, que naciendo del muro con tres piés de alto y dos y medio de proyectura superior, se avanzan en forma de tornapuntas á recibir el antepecho, volado en la cumbre, y la coronan majestuosamente, mientras que los claros entre unos y otros sirven de ladroneras, y dejan espacio suficiente para los usos de la defensa. Este edificio aislado comunicaba en lo antiguo con la esplanada

por un puente levadizo, ya demolido; hoy sólo comunica con la plataforma por medio de otro puentecillo, firme ya, pero que fué y puede volver á ser levadizo, echado desde ella sobre dos altísimos arcos puntados que nacen y tienen su apoyo del uno al otro muro.

El interior de la fortaleza se compone de un muro medianero, y fuera de él una galería, circulares y concéntricos al muro exterior. Entre los dos muros están las habitaciones; entre el medianero y la arcada alta el corredor ó galería abierta, que da paso á ellas. En el centro, y rodeado por la arcada inferior, el patio, circular y espacioso. Este patio cubre el aljibe, y sirve á su uso por medio de un gran brocal cuadrado y bien labrado, que está cerca de su centro. La belleza del todo es grande y digna de ser más conocida.

Lo primero que admira en su interior es la osadía de las bóvedas que cubren las habitaciones. Volteadas en torno entre muros circulares y concéntricos, y sostenidas en grandes, pero estrechas y muy resaltadas fajas octágonas, que representan arcos encontrados y cruzados en lo alto, es visto de cuán gracioso y extraño efecto serán. Lo más notable de ellas es el arte con que el arquitecto escondió su verdadera solidez, porque de una parte representó estas bóve-

das sólo apoyadas en débiles fajas, y por otra no dió mas apoyo á estas que el de unas impóstitas en forma de repisas ó peanas voladas al aire de trecho en trecho como á un tercio de altura de la pared interior. A estas peanas viene á morir, y al mismo tiempo de ellas nace y arranca aquella muchedumbre de arcos, porque agrupados de tres en tres, y confundidos en uno, se van poco á poco levantando desde su raíz, y abriéndose y desplegándose de un lado al otro hasta cruzarse en el cenit de las bóvedas, para caer despues cerrando y reuniéndose hasta indentificarlo sobre las repisas fronteras. Así es como el artista quiso representar estas bóvedas péndulas en el aire, y es fácil concebir cuán extraña y graciosa será su apariencia, y cuán gusto y pericia supone la simétrica degradacion de éstos arcos, que enlazándose por todas partes y en todos sentidos entre tan desiguales muros, producen la más elegante y caprichosa forma.

Las bóvedas de la galería alta siguen la misma degradacion en proporciones más reducidas, pero más notables aún; porque el arquitecto, constante siempre en su idea, en vez de apoyar sus fajas trinitarias, como pudo, sobre las columnas, haciéndolas morir en el frente que representaban sus capiteles, las dejó tambien péndulas sobre impostitas

ó peanas arrojada al vano desde la espalda de las segundas dovelas de los arcos, á igual altura del muro medianero, y de este modo completó el caprichoso designio de agradar con la hermosura y sorprender con la osadía y aparente ligereza de su obra.

Esta galería se compone de veinte y un grandes arcos puntuados, ó mas bien de cuarenta y dos piés que cada uno de los principales contiene dos embebidos en su luz. Otras tantas por consiguiente son sus columnas, todas ellas octógonas; y así las bases que las reciben como los capiteles que las coronan, y aún las plumas de los adornos de estos, que ofrecen algun vislumbre del tiempo corintíaco, y en fin, hasta las dovelas de los arcos siguen exactamente los cortes ve sus ángulos y presentan las mismas facces. Esta igualdad simétrica, que es de muy gracioso efecto á la vista, la roban las pequeñas pero esenciales diferencias que hay en los módulos de unas y otras columnas y en las formas de sus miembros. La más visible de ellas está en los plintos, que en las intermedias son octógonos y en las principales cuadrados, pero cubiertos de un cojin ó almohadilla, cuyas puntas caen en una y cortan graciosamente sus ángulos. Cada tres columnas sostienen un arco doble, ó sean los dos embebidos en él, y colocadas todas á iguales distancias, vienen á serlo tambien

las luces de unos y otros arcos. Y como todos se vayan enlazando entre sí, y las enjutas de los arcos pequeños estén perforadas con sencillo y gracioso dibujo arabesco, y el todo diligentemente labrado y escodado en la buena piedra de Santañi, que es de bello color y finísimo grano, visto en cuán magnífica y armoniosa será esta galería, que casi se halla en su primera integridad.

La arcada descansa sobre un firme antepecho corrido en torno, y le sirve de embasamento, al mismo tiempo que corona al cuerpo inferior en que se apoya, y sobre el cual arroja una graciosa cornisita arquitrabada. Este cuerpo es otra galería de arcos redondos, cuya luz corresponde á la de los grandes ó dobles de lo alto, y son por lo mismo veinte y uno. Fuertes columnas ó pilastrones cuadrados, aunque cortados los vivos de sus ángulos, los sostienen, y cierran en derredor el patio por do se entra de ella á las cuadras, en que la tropa se aloja. El techo de estas y de la galería es plano y de madera, única tacha de obra tan laudable y magnífica.

Desde el patio á la galería alta se subia por tres cómodas escaleras que descansan en las puertas de la capilla, de la principal de las habitaciones y de la cocina, y esta última, condenadas las otras, sirve solamente en el día. De aquí se sube á la platafor-

ma por dos caracoles circulares y una escalera en escuadra, que desembocan en ella. Un antepecho corrido la defiende al exterior, y otros dos más bajos, el uno su orilla interior y el otro divide en dos partes su plano. Este embaldosado, en imperceptible declive hácia el centro, y bien embetunado, sirve para recoger y abastecer de agua-lluvia la gran cisterna, que, como dijimos, se esconde en el vientre del patio, y que la traga por conductos que penetran el sólido del muro medianero. Y como los terrados de las albacaras vierten tambien por canalones á la misma plataforma, y el del homenaje por su particular conducto, de tal manera se aumenta esta provision, que por muchos que se supongan los defensores del castillo y largo el plazo de su asedio, jamás, si bien cuidado, faltará agua en este aljibe.

A la torre del homenaje se pasa desde la plataforma por el ya mencionado puentecillo, y ya dentro de ella, se sube y baja por otro caracol, que va dando entrada á sus cámaras. Son estas cinco, y todas circulares; dos sobre el plano del puentecillo, y tres que bajan hasta el del foso. Nada aparece en ellas que no indique haberse dispuesto más bien para cárcel que para habitacion. Muros robustísimos, puertas barreadas con fuertes trancones y cerrojos, ventanas altas, estrechas y gnarnecidas de gruesas rejas de

hierro, y otras defensas, que la codicia arrancó ya, peso cuyas huellas no pudo borrar, acreditan aquel triste destino. Pero descúbrese aún más de lleno en la cámara inferior, llamada la Hoya, y no sin mucha propiedad, pues que más propia parece para fosa de muertos que para custodia de vivos. Ocupa en ancho el espacio interior de la torre, y en alto la parte más honda de la cava, que está rodeada por el talús, sin otra luz que la que puede darle una estrechísima saetera al través de aquellos hondos, dobles y espesísimos muros. Tampoco tiene otra entrada que una tronera redonda, abierta en lo alto de la bóveda, y cubierta de una gruesa tapadora, que según indicios, era también de fierro, con sus barras y candados. Por esta negra boca debía entrar, ó más bien caer, desde la cámara superior, en tan horrenda mazmorra el infeliz destinado á respirar su fétido ambiente, si ya no es que le descolgaban pendiente de las mismas cadenas que empezaban á oprimir sus miembros.

El ánimo se horroriza al aspecto de esta tumba de vivos, y si de una parte reconoce que no hay crimen á que no pueda llegar en su heroísmo la perversidad de algunos hombres, de otra no puede ménos de admirar que sean muchos más los que han aspirado á la excelencia en el arte horrible de atormentar á sus semejantes.

Algo distrae de tan tristes reflexiones la idea de otros objetos que tuvo en algun tiempo este castillo, pues se dice haberse destinado para palacio de los reyes de Mallorca, y aun se añade que en él vivió y murió no sé qué persona real. Esto último parece una patraña, desmentida por la historia; pero la elegancia interior de la obra, y la distribución de sus magníficas habitaciones, que no desdicen de aquel noble destino, confirman lo primero. Puede probarlo también la grande y hermosa capilla, dedicada á san Márcos, su patrono y otras oficinas del interior, y en fin, el que entre tantas obras grandes como se emprendieron en Palma despues de la conquista, no se halla otra que parezca destinada á la morada de sus reyes.

¿Quién, pues, se detendrá un poco á contemplarla en aquellos antiguos destinos, que trasportado en espíritu á tan remota época, y recordando el carácter y costumbres que la distinguían, no se halle sorprendido por las ideas y sentimientos que su misma forma presenta al hombre pensador? Porque figúrese usted este castillo cercado de un ejército enemigo, embarazado con armas y máquinas, y lleno de caballeros, escuderos y peones ocupados en su defensa. ¿Qué, no tropezará usted con ellos en todas partes, subiendo, bajando, corriendo y haciendo

resonar en torno de estas huecas bóvedas la estrepitosa vocería del combate? ¿Y no le parecerá que ve á unos jugando desde los muros y torres sus armas ó máquinas, ó asestando sus tiros al abrigo de las troneras y saeteras, y otros en la barrera exterior, presentando sus pechos al enemigo, mientras los mas distinguidos defienden el pendon real que sobre el alto homenaje tremola al viento los blasones de Mallorca? Pues y los sitiadores, ¿cómo no figurárselos arremolinados por la cima del cerro, lanzando desde sus tornos, algarradas y manganillas un diluvio de dardos y piedras sobre los sitiados, ó bien apiñados en derredor de los muros y barreras, lidiando y pugnando por vencerlos? Y con tal conflicto, ¿quién no se horrorizará al contemplar la saña con que unos y otros harían subir hasta el cielo su rabioso alarido, y con que, llenos de sudor y fatiga y cubiertos de polvo y sangre, se obstinaban todavía en el horrendo ministerio de recibir ó dar la muerte?

Pero en otro tiempo y situacion, ¿cuán diferentes escenas no presentarian estos salones, hoy desmantelados, solitarios y silenciosos! ¿Cuál sería de ver á los próceres mallorquines, cuando despues de haber lidiado en el campo de batalla ó en liza del torneo á los ojos de su príncipe, venian á recibir de su boca y de sus brazos la recom-

pensa de su valor! Y si la presencia de las damas realizaba el precio de esta recompensa, ¡qué nuevo entusiasmo no les inspiraría, y cuánto al mismo tiempo no hincharía el corazon de los escuderos y donceles, preparándolos para estas nobles fatigas, bien premiadas entonces con solo una sonrisa de la belleza! Y ¡qué si los consideramos cuando en medio de sus príncipes y sus damas, cubiertos, no ya del morrion y coraza, sino de galas y plumas, se abandonaban enteramente al regocijo y al descanso, y pasaban en festines y banquetes, juegos y saraos las rápidas y ociosas horas! El espíritu no puede representarse sin admiracion aquellas asambleas, menos brillantes acaso, però mas interesantes y nobles que nuestros modernos bailes y fiestas, pues que allí, en medio de la mayor alegría, reinaban el orden, la union y el honesto decoro; la discreta cortesania templaba siempre el orgullo del poder, y la fiereza del valor era amansada por la tierna y circunspecta galantería.

Tales ideas, ó si usted quiere, ilusiones, se ofrecen frecuentemente á mi imaginacion, y la hieren con tanta mas viveza, cuanto se refieren á objetos que no solo pudieron verse, sino que probablemente se vieron en este castillo; porque ha saber usted que á fines del siglo XIV le habitaron don Juan I y doña Violante de Aragon aquellos príncipes

tan ágricamente censurados por su afición á la danza, la caza y la poesía, y por la brillante galantería que introdujeron en su corte. Mallorca los recibió con extraordinaria generosidad, y no hubo demostracion, fiesta ó regocijo que no hiciese para lisonjear sus aficiones; pero Bellver, donde fijaron su residencia, fué el principal teatro de estos pasatiempos. ¿Quién pues, recordando aquella época, en medio de estos salones cuya gallarda arquitectura armoniza tan admirablemente con tales destinos, no se detendrá á meditar sobre lo que en otro tiempo pasaba en ellos? De mí sé decir que á veces me presentan tan al vivo aquellas fiestas, que creo hallarme en ellas; y siguiendo la voz y los pasos de sus concurrentes, admiro la enorme diferencia que el curso de pocos siglos puso entre las ideas y costumbres de aquel tiempo y del nuestro. Ya me figuro á una parte á los ancianos caballeros, tan venerables por sus canas como por las cicatrices ganadas en la guerra, hablando de las batallas arrancadas y peligrosos fechos de armas de un buen tiempo pasado, mientras que ahora los vigorosos paladines tratan solo de justas y torneos, encuentros y botes de lanza, despreciando en el seno mismo de la paz la fatiga y la muerte. A veces creo ver á unos y otros mezclados con los donceles y caballeros noveles que en la mañana de su vida

adornaban ya las gracias de su edad con el respeto á los mayores; y entónces así admiro la reverente atencion con que estos mozos sabian oír y callar, como el celo con que los viejos desenvolvian ante ellos cuanto una larga experiencia les enseñara en los duros ejercicios de la guerra y la caza. Si se trataba de la primera, marchas, correrías, peleas, cercos, asaltos de plazas eran materia de sus conversaciones; si de la segunda alanos y sabuesos, osos y jabalíes, garzas y gerifaltes la llenaban. Duros encuentros de la guerra, estrechos lances de montería y cetrería era su delicia en la paz, sin que por eso se desdeñasen de hablarles alguna vez de armas y caballos, lorigas y cimera, adornos y paramentos militares para temporizar con su edad, y aficionarlos mas y mas á estos ejercicios. Tales eran sus conversaciones, tales los gustos de una nobleza que formaba la primera milicia y era el mas robusto apoyo del Estado; y yo no puedo recordarlos sin admirar una época en que hasta las diversiones y pasatiempos la instruian y preparaban para llenar los altos fines de su institucion.

Y ¿cuál no seria en ella el influjo del amor en las costumbres públicas, cuando la hermosura le desdeñaba si las marciales gracias del valor no le ennoblecian? Figúrese usted por un rato el coro de la juventud mi-

litar, reunido al de las graves matronas y modestas damiselas, solo accesibles al trato en semejantes concurrencias.

No crea usted, no, que su conversacion versaba sobre brocados y cintas, airones y tocados, ó adornos mujeriles, sino sobre los varoniles y ejercicios de la liza y la caza; y si alguna vez se desviaba hácia la parte mas agradable de ellos, era para fijar con sus decisiones el gusto de las sobre-vestas y plumajes, y la agudeza de las divisas y empresas amorosas de los caballeros. Jueces de la gallardía y del gusto, jamás negaban su aprecio al valor discreto, y en sus danzas y banquetes, en sus cacerías y deportes privados, para él reservaban el agrado y la dulce sonrisa, mientras su ceño y desvíos arredaban al necio orgullo y á la flaca cobardía, y los escarmentaban.

Así es como á vista de estas paredes nacen una de otra mil agradables ilusiones, que fuera molesto referir; pero no quiero callar una, que en cierto modo pertenece á la historia de este castillo, y que tampoco desagradará á usted, para quien solo escribo. Por otra parte, quo seria muy árida y enojosa su descripción, si detenido yo en las formas de sus piedras, desechase las reflexiones que despiertan, privando á usted y privandome á mí del placer con que se recuerdan tan respetables memorias?

Es bien sabido que en la época de que hablamos, la judicatura del ingenio estaba reservada á las damas, como la del valor, y que la literatura de entonces se reducía casi á la poesía provenzal especialmente en la corte de Aragon, en cuyo molde fué vaciada la de Mallorca. Esta poesía, que habia nacido en Cataluña, y pasado de allí al país cuyo nombre tomó, era toda crótica, y toda consagrada al bello sexo, cuyos amores y celos, favores y desdenes, constancia y perfidias, daban materia á todos sus poemas. Y ¿quién ignora que las leyes del ingenio se tenían entonces en los consistorios ó cortes de amor donde las damas presidian y juzgaban, ni que á esta diversion fueron sobremanera aficionados los soberanos que residieron aquí en 1394? ¿Será pues creible que en un país do esta poesía era de tan antiguo cultivada, y en una temporada que se dió toda á fiestas y alegrías, no se hubiese celebrado un consistorio para poner á prueba los ingenios de Aragon y Mallorca! Oh, y cuán brillante y discreta asamblea no presentarian bajo de estas bóvedas, el Rey cercado de sus grandes y barones, la Reina presidiendo en medio de las damas aragonesas y palmesanas, y los nobles trovadores de Aragon, Cataluña y Mallorca, recitando ó cantando entre ellas á competencia sus terzones y serventesias, trovos y decires, para obtener de su mano

la violeta de oro, premio del vencedor! Y aun acabado tan solemne acto, ¿qué sería oírlos cantar al son del arpa ó del laud sus lais y virolais, para deporte de las mismas damas, ó bien hacerlos tañer y cantar por sus juglares y menestriles, mientras que las acompañaban en las danzas y zarabandas de sus saraos, esperando siempre de sus labios la recompensa de su ingenio? Y pensando en esto, ¿será posible no sentir alguna parte del entusiasmo que tales asambleas inspiraban?

Bien sé que al compararlas con las nuestras, el gusto melíndroso y liviano que reina en ellas las tachará de groseras y bárbaras; pero ¿será con razon? Es innegable que los progresos hechos en las ciencias y en el gusto, y su aplicacion á la milicia, las artes y el trato civil, han mejorado la táctica, la literatura, la industria, y aun dado á la moderna galantería un carácter tanto menos fiero cuanto mas pulido; pero compárense los tiempos á las costumbres, y búsquese á esta luz el influjo moral y político de unas y otras fiestas. El paralelo no será ventajoso para nosotros. Aquellos usos, de que hoy nos mofamos, hacían de los caballeros discretos poetas, de los poetas esforzados paladines, y de las damas jueces capaces de calificar el valor y el ingenio de unos y otros. ¿No se educaron en ellos los Moncadas y

Torrellas, gloria de Aragon; los Rocaforts y Montaneres, terror del Oriente, y los Vidales y Mataplanas, delicia de Europa? No se educaron las Beatrices y Fanetas, musas de Aragon y Provenza, que al mismo tiempo que animaban las danzas y endulzaban las lirás de sus próceres, formaban el corazon y el espíritu de sus damiselas? Y ¿á qué otra escuela se debieron los encantos de la bella Laura, la Safo de su edad, y aquel su amor puro y celestial, que sacó de la lira de Petrarca los sublimes suspiros que todavía respiran en las almas sensibles?

Y ¿podrémos atribuir algo de semejante á nuestras tertulias, á nuestras fiestas de sociedad, y (si queda alguna cosa á que cuadre este nombre) á nuestra moderna galantería? ¿Citarémos algun despechado y tenebroso desafío, alguna llorona elegía, alguna muelle y torpe cantinela? Respondan por mí los intrépidos militares y los insignes poetas, que por nuestra dicha no se acabaron, y digan si tienen que agradecer alguna parte de su valor ó de su estro al trato público ó privado de nuestras damas.

Pero el tiempo, que disipó aquellos objetos, va consumiendo ahora con diente roedor hasta las duras piedras de edificio, cuya decadencia ofrece al observador otras reflexiones de muy diferente naturaleza. Una de ellas, poco atendida, por mas que otros

edificios la presenten, es que mirado por la parte del norte, no solo aparece en su primera integridad, sino que sus muros, endurecidos por los vientos frios y secos que soplan desde el nordeste al noroeste, se ven entapizados de una costra de musgo tanacísimo, cuyas escamas blanquecinas; jaldes, grises y negras, anuncian, como las hiedras en los viejos robles, su venerable, pero fresca y robusta ancianidad. Por el contrario, á la parte opuesta los vientos y lluvias australes, que frecuentemente le azotan, atacando el glúten y desuniendo el grano de la piedra, abren paso á los ardientes rayos del sol que mientras corre de oriente á poniente, penetran hasta las entrañas de sus sillares, y los corroen y deshacen, y graban en ellos la marca de su flaca decrepitud. Pero ¿acaso la naturaleza, confiando al observador el secreto de sus operaciones, no le avisa tambien para que se instruya y oponga á sus estragos? Y por qué no se aprovechará de esta leccion la arquitectura? No podría, ayudada de la mineralogía, hallar materias ó preparaciones que resistiesen al influjo de los flúidos devastadores que vienen de aquella plaga? Y si lograrse vencerla, ¿la duracion de sus bellezas no iria á la par con el deseo de los artistas y de los poderosos, que trabajan para la eternidad?

Con todo, la verdadera flaqueza de esta

obra no se esconde á la observacion de su interior. El dice que los muros van poco á poco perdiendo su aplomo, pues se los ve acá y allá desprendidos, y aun separados del lábio de las bóvedas, sin duda, á lo que yo juzgo, á efecto del empuje de los garitones, que volados en lo mas alto del muro, luchan continuamente contra su nivel, á pesar del robusto, pero mal entendido apoyo que les fué dado. Y si á esto se añade el lento estrago que van haciendo en las bóvedas las aguas trascoladas desde la plataforma, que ya gotean en abundancia sobre las habitaciones y galerías, y las filtradas del aljibe, que atacan sus cimientos, fácil es de inferir que el hado de ruina y mortalidad viene con paso acelerado sobre esta fortaleza.

Quisiera, para completar la parte histórica de esta descripcion, dar á usted noticia del año en que empezó á construirse el castillo y del arquitecto que le construyó, pero las mas exquisitas diligencias no han bastado para desenterrarlos. El vulgo le cree obra de moros, como á todas las que se alejan un poco de su limitado conocimiento. Los historiadores de Mallorca lo atribuyen á su rey don Jaime el Segundo, y dicen que le destinó tambien para habitacion de sus sucesores; pero sin otro apoyo que el de la tradicion. Acerca de esto voy yo recogiendo

algunas noticias y reuniendo varias conjeturas, que á usted no serán desagradables. Mas como no sea fácil exponerlas sin entrar en discusiones tal vez prolijas, las reservo para las notas, que la necesidad de ilustrar otros puntos hace necesarias. Entre tanto puede usted contar de seguro que el año de 1309 estaba concluido este castillo, y que por lo menos tiene ya cinco siglos de edad.

Pero ¿qué son cinco siglos en comparación de los que recuerda al espíritu este venerable monumento? Construido todo, salvo el exterior de la galería alta, de una especie de asperon llamado aquí *marés*, sus sillares se ven rellenos de pedrezuelas rodadas de diferentes tamaños y colores, ya confusamente agrupadas, ya sembradas y sueltas por su masa arenosa. Ahora bien, estas pedrezuelas fueron en algun tiempo desprendidas de las altas montañas de la isla, ó bien de algun continente mas distante, pues que su pasta y colores son harto varios; fueron despues rodadas y arrastradas por las aguas, privadas de sus ángulos y asperidades y depositadas en este cerro cuando era todavia arenal ó playa de arena suelta. Esta arena al fin, endurecida y petrificada por la accion de algun glúten ó flúido, se hubo de convertir en asperon, envolviéndola en su seno; conjetura que es tanto mas

probable, cuanto así los sillares como la matriz de la cantera en que fueron cortados, envuelven tambien algunas conchas y mariscos, indicios de haber estado cubiertos del mar. Añada usted que estas conchas se hallan en lechos no muy espesos, pero muy estendidos en la misma cima del cerro, que se ven algunas por sus laderas, y que se descubren incrustadas en la roca y en las alturas y lugares adyacentes hasta un cuarto de legua de distancia. Añada usted tambien que son de las que llaman bivalvas y longitudinales, tan grandes, que tienen desde una tercia hasta media vara de largo, y por último, que de ellas segun me han informado, no se halla hoy ninguna viva ni muerta en la vecina playa. Y he aquí como el espíritu, á vista de semejante fenómeno, no puede menos de transportarse hasta los tiempos del diluvio por lo menos; esto es, á mas de cuarenta siglos antes que se levantara este hoy anciano y decrepito castillo. ¡Así es como la naturaleza, obediente á las leyes que le dictó su divino Hacedor, volviendo y resolviendo, cambiando y desfigurando la faz de nuestro pequeño planeta, le renueva y conserva; mientras que las deleznales generaciones de los hombres, arrastradas en la impetuosa corriente del tiempo, se van sucediendo atropelladamente, y desaparecen y caen con todos sus monumentos

en el abismo insondable de la eternidad! Pero ya es tiempo de salir de este castillo para recorrer sus contornos y dar á usted más cabal idea de su situacion, la cual es por todas todas partes áspera, fragosa y de difícil acceso, salvo hácia el oeste, donde presenta un poco de terreno algo llano y tratable. Su altura es tal, que apenas hay punto ni rincón en toda la escena que domina, por bajo y distante que sea, que no le descubra, y como su forma sea tan antigua y extraña, no se puede mirar de parte alguna sin que hiera fuertemente la imaginacion y despierte en ella las ideas mas caprichosas. Alguna vez, al volver de mis paseos solitarios, mirándole, á la dudosa luz del crepúsculo, cortar el altísimo horizonte, se me figura ver un castillo encantado, salido de repente de las entrañas de la tierra, tal como aquellos que la vehemente imaginacion de Ariosto hacía salir de un soplo del seno de los montes para prision de algun malhadado caballero. Lleno de esta ilusion, casi espero oír el son del cuerno tocado de lo alto de sus albacaras, ó asomar algun gigante para guardar el puente, y aparecer algun otro caballero, que ayudado de su nigromante, venga á desencantar aquel desventurado. Lo mas singular es que esta ilusion tiene aquí su poco de verosimilitud, pues sin contar otras aplicaciones, el castillo

ha salido todo de las entrañas del cerro que ocupa.

A poca distancia de sus muros, y á la parte de oeste, se ve la tenebrosa caverna de donde se sacaron todos sus sillares, y cuya negra boca, que respira al mediodía, pone grima á cualquiera que se le acerca. Yo he reconocido gran parte de ella; está minada en diferentes galerías; mas ó menos espaciosa, y de mucha, pero no conocida extension, por mas que el vulgo crea que comunica de una parte al mar y de otra á la ciudad. Por estas galerías se puede dar la descripcion de lo mas interior del cerro hasta cierta profundidad. Compónese por la mayor parte de grandes y espesas tongadas de *marés* ó *asperon*, echadas horizontalmente á diferentes alturas, alternadas y cortadas por otras capas de piedras rodadas, sueltas en arena ó marga, ya roja, ya blanquecina, con mezcla de greda, arena ó tierra caliza, pero unas y otras de menos espesor. Sobre todas ellas, y sobre la boca misma de la gruta, se ve la tongada de grandes conchas, y sobre esta capa superior del cerro, que es una piedra compuesta de varias materias, en que predomina la arena, con no poca apariencia de lava, y no sin indicios de haber estado en fusion. En algunas partes esta piedra aparece en forma escoriosa; en otras no solo

aguejereada por insectos marinos, sino tambien lleno de conerecciones, con que se descubren algunos petrificados ó impresos univalvos, y que creo ser de los que llaman *barrrenas*. Las cortaduras de las laderas del bosque descubren tongadas de las materias primero dichas, y en el hondo de sus cañadas aparecen á trechos capas de piedras angulosos de diferentes materias y tamaños, que parecen venidas aderrumbadas de lo alto.

Lo que llaman aquí *marés* es una piedra areniza ó asperon de grano grueso, y no sin mezcla de materias y cuerpos extraños. Es blanda en su lecho, y tan blanda, que recién sacada se asierra cual si fuese un leño, y labra con instrumentos fáciles. De ella se construyen casi todas las obras del país llano de la isla, y de ella se construyó el castillo; y las galerías de la cantera de do salió, algunas de las cuales corren por bajo de sus cimientos, indican á un mismo tiempo la direccion de sus tongadas y el lugar que ocuparon los sillares. Otros indicios confirman que todo el núcleo del cerro es de las materias ya dichas, pues que las capas de conchas, pudines, margas, etc., aparecen á la misma altura en las laderas de los cerros vecinos. y hasta las rocas de asperon que se descubren á las orillas del mar indican que esta materia continúa aquí hasta su

nivel. Yo no sabré combinar estas varias observaciones con ninguno de los sistemas geológicos que han pretendido establecer Buffon, Lamelherie, Lamarche y Petriu; por eso me he contentado con indicar los hechos, dejando á otros delirar, si quieren, sobre sus consecuencias.

La superficie del bosque ofrece observaciones menos aventuradas. Es de una tierra mista; cuya pequeña capa se compone de granos arenosos, con mezcla de marga y greda y de moléculas vegetales, resultantes aquellos del detrimento de la roca superior y estas de la recomposicion periódica de tantas plantas como ha producido. Mas la tierra primitiva, que aparece á trechos en las hendiduras de la misma roca, es de color rojo subido, y cual si en algun tiempo hubiese sufrido la accion del fuego, toda su apariencia es de tierra de montaña ú óxido rojo de hierro, pero yo no sé si efectivamente fué.

La extension del término del castillo, regulada por el ruedo que ocupa, será como de tres cuartos de legua de circunferencia. Por el mediodía tocaba en otro tiempo en el mar; hoy, ocupada su orilla por el nuevo lazareto y otros edificios mas modernos, linda en el camino que pasa ante ellos, y como este corre á este oeste desde la ciudad á Portopí, castillo de San Carlos, Calamayor y villa de

Andraix, y sirve además de paseo, se ve de continuo transitado. Las cañadas que recogen las aguas de la altura coronada por el castillo limitan su término por lo restante del sur y por todo el norte, y las cercas de algunas heredades particulares por el este y oeste.

Por toda esta gran superficie el espinazo de asperon asoma acá y allá á la estrecha capa, ó mas bien costra de tierra que la cubre, y sin embargo, está en incesante producción de vegetales. No há mucho tiempo que la adornaba un bosque espesísimo de pinaretes que en la mayor parte ha desaparecido á mi vista por las causas que apuntaré despues. Vense aún en ella no pocos algarrobos, y sus frondosas ramas, de un verde fresco y brillante, campean entre las capas amarillentas de los pocos pinaretes que han quedado, cuyos troncos, deformes y torcidos por la desigualdad y escaso fondo del suelo en que nacen, por el impetu de los vientos que los azotan de continuo, por el descuido con que se los deja crecer y la torpeza con que se los poda, y en fin, por los frecuentes insultos de hombres y bestias, aparecen pobres y desnudos, y mas que á la hermosura, concurren ya á la fealdad y tristeza del bosque.

Pero las grandes causas de su despoblacion son de muy otra naturaleza. Desde luego,

contándose los despojos de su poda entre los derechos del gobernador del castillo, mientras la moderacion de alguno respetó los árboles como propiedad pública fiada á su cuidado, la codicia de otro solo trató de despojarlos, hasta reducir la copa de los pinaretes á un pequeño hopo en la cima. Agrégase á esto los insultos de los extraños, que en un país escaso de leñas, en un bosque situado entre una comarca pobre y una ciudad populosa, no podian ser ni pequeños ni raros. Con todo, su antigua espesura era tal, que daba, como suele decirse, para todo y para todos; esto es, para el uso legítimo y para el abuso. Para acabar con ella fué menester que este llegase á su término, y así sucedió.

De lo dicho inferirá usted fácilmente que este término no será menos rico en pastos y con efecto, entre tanta muchedumbre de hermosas plantas, crece y amorehigua con el mayor vigor la numerosa plebe de las gramineas, trifolios y demás yerbas pratenses, que nunca faltan en las cañadas, y solo se agostan en los altos en la fuerza del estío. Esta abundancia se debe á la de los rociós que proporciona la vecindad del mar, la cual además hace estas yerbas muy sabrosas y preciadas por los pastores vecinos. Pero si uno ó dos rebaños de ovejas, abonando el suelo, las aumenta tanto como las disfruta,

tres ó cuatro de voraces cabras asuelan con su diente venenoso hasta las plantas que las protegen. Los tiernos pinaretes, acebuches, algarrobos y lentiscos son devorados al nacer por este animal destructor, tan enemigo del arbolado como del cultivo; y viniendo alguna vez en pos de él los puercos con su hocico minador, todo lo talan y apuran hasta la esperanza de su reproducción. Así es como mientras el celo duerme, la codicia vela, y se apresura á consumir la total ruina de un bosque, que bien cuidado y defendido, pudiera recobrar todavía su antigua riqueza y hermosura.

Desde la primavera era en otro tiempo muy frecuentado en los dias festivos, en que el pueblo palmesano venia á gozar en él las dulzuras de la estacion y á solazarse y merendar entre sus árboles. Extremadamente aficionado á esta inocente diversion, á que da el nombre de *pan-caritat*, se le veia llenar y hermosear el cerro, esparcido acá y allá en diferentes grupos, en que familias numerosas, con sus amigos y allegados, trincando, corriendo riendo y gritando, pasaban alegremente la tarde y á veces todo el dia. Y como la juventud haga siempre el primer papel en estos inocentes desahogos, allí es donde se la veia bullir y derramarse por toda la espesura, llenándola de movimiento y alegre algazara, para abandonarla

después á su ordinaria y taciturna soledad. ¡Cuántas veces he gozado yo de tan agradable espectáculo, mirándole complacido desde mi alta atalaya! Pero estos inocentes y fáciles placeres, tan ardentemente apetecidos como sencillamente gozados por todo un pueblo alegre y laborioso, le fueron al fin robados, y desaparecieron con los árboles á cuya sombra los buscaba.

Yo no sé si alguna particular providencia quiso agravar mi infortunio, contemplando á mis ojos el horror de esta soledad; sé sí que al paso que caian los árboles y huian las sombras del bosque, le iban abandonando poco á poco sus inocentes y antiguos moradores. No ha mucho tiempo que se eria en él toda especie de caza menor, que como contada entre los derechos del Gobierno, y por lo mismo poco perseguida, crecía en libertad y además se aumentaba con la que acosada en los montes vecinos, buscaba aquí un asilo. Abundaban sobre todo los conejos, cuya colonia, domiciliada aquí por don Jaime el Segundo, se habia aumentado á par de su natural fecundidad. Solíanlos yo ver con frecuencia al caer de la tarde salir de sus hondas madrigueras, saltar entre las matas, y parecer seguros en la fresca yerba á la dudosa luz del crepúsculo. Criábanse tambien muchas liebres, y alguna, al atra-vesar yo por la espesura, pasó como una fle-

cha ante mis piés, huyendo medrosa de su misma sombra. El ronco cacareo de la perdiz se oía aquí á todas horas, y ¡cuántas veces su violento y repentino vuelo no me anunció que escondía sus polluelos al abrigo de los lentiseos! Desde que la aurora rayaba, una muchedumbre de calandrias, jilgueros, verderones y otros pajarillos salían á llenar el bosque de movimiento y armonía, bullendo por todas partes, picoteando insectos y flores, cantando, saltando de rama en rama, volando á las distantes aguas y volviendo á buscar su abrigo so las copas de los árboles, y tal vez esconder en ellas el fruto de su ternura; y mientras la bandada de zancudos chorlitos, rodcando velozmente la falda y laderas del cerro, los asustaba con sus trémulos silbidos, el tímido ruiseñor, que esperaba la escasa luz para cantar sus amores, rompía con dulces gorjeos el silencio y las sombras de la noche, y enviaba desde la hondonada el eco de sus tiernos suspiros á resonar en torno de estos torreones solitarios. Usted comprenderá sin que yo se lo diga, cuánto consolarían este desierto tan agradables é inocentes objetos, pero todos le van ya desamparando poco á poco, todos desaparecen, y sintiendo conmigo su desolacion, todos emigran á los bosques vecinos, y abandonan una patria infeliz, que ya no les puede dar abrigo ni alimento,

mientras que yo, desterrado tambien de la mia, quedo aquí solo para sentir su ausencia y destino, y veo desplomarse sobre el mio todo el horror y tristeza de esta soledad.

¡Qué mucho pues que la abandonen los hombres! No echaré yo menos por cierto aquellos que duros é insensibles, alguna vez subian á este cerro para turbar la paz y la dicha de estos seres bien inocentes, y que hallando un bárbaro placer en la muerte y la destruccion, ya los sobresaltaban con el súbito ladrido de sus perros, ya los hacian caer sin vida al tiro de sus armas insidiosas, ó ya más crúeles, aprisionándolos en sus redes, los privaban de la compañía y libertad, que les eran más caras que la vida. Pero ¿cómo no echaré menos el espectáculo de un pueblo laborioso y pacífico, que de cuando en cuando subia á reposar aquí de sus fatigas, y á gozar á la sombra de los árboles y entre tan sencillos objetos un placer puro y sin remordimiento?

¡Ah! ¡con cuánta pena no observo ya desde esta atalaya, que si alguna vez la costumbre trae una que otra familia á estos antes amados lugares, se la ve volver triste y atónita, hallando yermas y desnudas las escenas que antes hermosa era la naturaleza con sus galas y encantaba el amor con sus ilusiones! Su maldicion cae entonces sobre sus bárbaros devastadores, y acudiendo á

la estéril venganza de los débiles, los condena al ceño de sus contemporáneos y á la execeracion de la posteridad. A sus quejas responde mi alma afligida, y jamás oye resonar la segur sobre estos árboles, que no exclame, con el tierno cantor de los jardines:

*Un ingrat possesseur
Sans besoin, sans remords les libre à la coignée,
Ils meurent: de ces lieux s' exilent pour toujours
La douce réverie et ses tendres amours!*

Al norte y á tiro de fusil del castillo está el almacén de pólvora de la plaza; es un edificio de ciento cincuenta piés de largo sobre cincuenta de ancho, bien cerrado y defendido con un buen para-rayo, con su cuerpo de guardia para un oficial y doce ó quince hombres, todo bien construido, pero á mi juicio mal situado, el almacén por la cercanía del castillo, que sin duda perecerá en una explosion casual, y el cuerpo de guardia por la del almacén, de que apenas dista diez varas, teniendo además la puerta, ventana y dos chimeneas hácia él. Y hé aquí los únicos edificios del recinto, si ya no se cuenta por tal la casa yerma de la *Joana*, que está al lado de su límite meridional.

Dase este nombre á una cueva excavada en la peña, pero cerrada de pared, con su puerta y ventana y pozo al exterior, su habitacion alta y baja, su horno, su cocina y

otras piezas dentro; todo ruinoso, abandonado y aun detestado. La tradicion vulgar dice que moró en ella no há mucho tiempo la *Joana*, grande hechicera, que en vida solia convertirse en gato y tomar otras formas á su placer, y que ahora su sombra se complace de visitarla de tanto en tanto. Esto se dice; dos higueras, que yo hé visto plantadas ó casualmente nacidas cerca de su puerta, pueden haber confirmado esta vulgaridad pues su fruto, aunque de buena apariencia, se avanece y pudre sin llegar á sazonar, sin duda por hallarse estas plantas en una umbría y estar del todo descuidadas. No obstante, los simples pastores y cabreros del bosque cuentan y creen que cierto canónigo antojadizo murió de haberlos comido; y hé aquí la ridícula historia forjada sobre el abandono de esta casilla, que probablemente no tuvo otra causa que la esterilidad y fragosidad del terreno inmediato, destinado antes al cultivo, de que aun hay indicios. Sea lo que fuere, la fuerza de la supersticion la hace mirar con horror, y aleja de ella pastores y ganados, por mas que ofrezca algún pasto y un abrigo seguro contra la inelencencia. ¡Notable prueba de su poder, cuando no le vencen el interés ni la necesidad!

Sirven tambien al adorno del sitio de Bellver diferentes alquerias y casas de campo situadas en sus confines, las cuales, bien

plantadas y cultivadas, completan la escena, y hacen agradable contraste con el agreste desaliño del cerro.

Pero sobre todo (y con esto voy á concluir), ninguna vecindad honra mas, ninguna recomienda ni alegra tanto los términos de Bellver, como el santuario de la Bonanova, que da su nombre al confin de que hablé últimamente. Situado al oeste de Palma, y á medio tiro de cañon del castillo y del mar, y dedicado á la Virgen María, es, por decirlo así, el Begoña ó el Contrueces de los marreantes mallorquines. Apenas estos han emprendido ó acabado alguna de sus pequeñas expediciones, cuando la familia del patron ó de los marineros viene en romería á Bonanova, donde, á vueltas de la devocion, pasa allí alegremente un día entero ó una tarde. Ni esta devocion inflama solo á los navegantes, sino que se extiende á todo el pueblo de Palma y sus contornos, cuyas familias acostumbran asimismo visitar la ermita en algunos días del año; mas cuando llega el del santo y dulcísimo Nombre de María, bien puedo decir que he gozado ya tres veces, aunque de lejos, del mas tierno espectáculo; porque entonces se despuebla la ciudad y los campos vecinos para venir á celebrarle en su pequeño y gracioso templo. Lumbradas y bailes al son de la gaita y tamboril anuncian desde la noche anterior la

solemnidad preparada, y el primer rayo del siguiente día halla ya cubiertos los senderos del bosque y las demas avenidas de la ermita de un inmenso gentío que viene á la fiesta, y á gozar de camino de la diversion que ofrece su concurrencia. Porque hasta aquí, como sucede en muchas partes, es una de las solemnes ocasiones en que la devocion se hermana admirablemente con el regocijo de los pueblos, y santifica, si se me permite esta expresion, el placer y alegría de los corazones sencillos é inocentes. Los concurrentes, despues de hacer sus preces y satisfacer su primera curiosidad, se derraman por todo el recinto del santuario á ver á ser vistos y á saludarse y tratarse entre sí; pero al acercarse el mediodía se dividen en grupos, y cada uno se separa y toma la situacion que desea ó que puede para comer y sestear. No hay algarrobo por allí, no hay olivo ni almendro que no abrigue una familia contra los rayos del sol equinoccial, ni familia, por pobre que sea, que no pueda á su sombra cantar alegre, con el Horacio español:

Ami una pobrecilla
Mosa, de amable paz bien abastada,
Me basta; y la vajilla,
De oro fino labrada,
Sea de quien la mar no tema airada.

Entrar y salir en la ermita, charlar, correr, bailar ó ver los bailes, llevan el resto de la tarde; el mas señalado de ellos se tiene en

el porche de la cercana casa de *son Gual*, bellisima quinta de le excelentisima señora marquesa viuda de Sollerie, que la edificó, así como la nueva ermita y que en este día admite y regala con generosidad á las personas de la nobleza que vienen á la fiesta, y acoge además en sus umbrales al pueblo que acude á solazarse ante ellos.

En toda la tarde y por todas partes reina el mas vivo y al mismo tiempo el más pacífico y honesto regocijo. Que tambien en esto es señalado y laudable el buen pueblo mallorquin, pues que manifestando en sus diversiones la alegría mas exaltada y bulliciosa, nunca ó rarísima vez da en ellas aquellos ejemplos de desacato, disolucion y discordia, que por desgracia turban y hacen amargas las de algunos otros países. A la de este día convida tambien, y en gran manera la realza, la hermosura del sitio, porque es frondoso, elevado y pintoresco, con la magnífica vista de la bahía á una parte, y á otra la de la rica y hermosa campaña, sobre la cual descuella el castillo de Bellver, haciendo en ella muy distinguido papel. — *Marina.*

FIN.

ÍNDICE.

	<u>Págs.</u>
EL DELINCUENTE HONRADO.	5
ELOGIO DE LAS BELLAS ARTES. . .	99
MEMORIA DEL CASTILLO DE BELLVER. — Describeion histórico-artística. .	154

NUEV
BIBLIOTECA